

... de la
... Leonel
... al 6 de
... de 1900

... una abstracción concreta e inofensiva al hombre útil y asustado de los útiles y perjudiciales (ALMAFUERTE)
... las Jueves - Lo Edita y Imprenta - Oficinas y Talleres Poligrafo 270 - T. F. 81
... Director Ing. JULIO FERNANDO VOLONTÉ

... hechos los debemos
... en 1944, en Bretton Wo
... EEUU. La economía mun
... de occidente y orient e cap
... lista juega una nueva ca
... que es así como un repla
... de la anterior política eco
... mica

JAVIER QUINTERNO

La Cacha

Memorias de una época

... CONSTANTE HISTORICA

... la mañana del miércoles 24 de marzo se
... etapa en la vida institucional del país, si
... se abra otra, en la cual damos los prime
... y cuando el futuro es una gran incógn
... fruta madura que cae sola del árbol,
... encabezado por los tres comandantes en
... el poder en la Argentina, un poder que ya se
... braba vacío de autoridades, inmerso en su propia
... ncia, incapaz para encontrar alguna salida o
... mente esperando que el golpe se produjera, el
... no de la ex presidente María Estela Martínez
... rón taponó en los últimos días todas las salidas
... tucionales, así epilogó la gestión presidencial
... desastrosa de la historia.

Sin duda que este final había sido presenten
... sectores de la opinión pública. En las últim
... mas tal presentimiento se había transform
... convicción, que se refirmaba diariamente por
... de la más diversa naturaleza. Todo ello ayu
... or una prensa nacional, que ya sea abierta o
... mente, fue dando el apoyo psicológico para
... el amplio consenso general que el golpe de
... necesitaba. En los últimos días del gobierno
... había psicosis de golpe en las calles del país.

Y así se cumplió la constante histórica, consoli
... en las dos últimas décadas, en que ningún go
... nstitucional completó su período, hasta se
... ar que el último que lo pudo hacer fue Juan L
... go Perón en 1952, al completar su primer pe
... Pero la historia de los golpes de estado
... ndo mucho más allá del 6 de septiembre de 1930,
... hora ya se había transformando en un
... arranque de

Militar se cons
... oposición, sin
... las marchas en la
... con la sica. El pueblo con una tranquilidad in
... en todos los rincones
... zalegría con qué?
... un gobierno par
... como si a ese pueblo
... con el derro
... seguidores. Una a
... gobierno que en
... desastre. Por eso la gran
... repudiaba al Plan Mon
... recesión y entrega. Porque
... hambre, recesión y entrega. Pero
... un pueblo por lo
... se terminaría una etapa de deshonesta
... de ninguna manera podía estar contento ese pueblo por pla
... Sólo el tiempo irá marcand
... la realidad futura: ¿cuál camino
... se seguirá?...

Pero a poco andar, cuando esta nueva etapa res
... nienza a nacer, ya la prensa liberal lanza sutilmente sus co
... que no hay que hacer, —dice— en em
... el dirigismo y la estatolatría acaban de demostrarnos su em
... Evidentemente se cumple
... árbol caído todos hacen leña,
... no estadista ni dirigista,
... aunque les
... O acaso, de
... que el primer
... y el segundo
... una etapa para la

Se acaba de cerrar una etapa para la
... y dura. Por eso, junto a las banderas repa
... con vuestras banderas enarboladas en las
... Y si perdieras, empezar otra vez como cuando
... y nunca más escribir una palabra sobre la pérdida
... suya.



La Cacha

Memorias de una época

La Cacha

Memorias de una época

JAVIER QUINTERNO



Quinterno, Javier

La Cacha: memorias de una época / Javier Quinterno. - 1a ed. -

La Plata: EDULP, 2018.

360 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4127-78-5

1. Autobiografías. 2. Derechos Humanos. I. Título.

CDD 920

La Cacha

Memorias de una época

JAVIER QUINTERNO



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2018

ISBN N.º 978-987-4127-78-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2018 - Edulp

Impreso en Argentina

Dedicatorias

A mis padres, que me enseñaron sus valores y me entregaron todo su amor.

A mis hijas, a quienes deseo transmitirles esta historia y esos valores y decirles que las amo con todas mis fuerzas.

A Fernando Volonté, y a todas las personas que fueron los protagonistas.

A todos los desaparecidos y víctimas de la dictadura; y a sus familiares, que mantienen viva la memoria.

Agradecimientos

A Patricio Lorente, Marcelo Miró y Juan Becerra, que leyeron e hicieron su aporte para que este libro pueda existir.

A José Luis Salomón, Pablo Alberto Censi y Marcelo Pereyra, de la Municipalidad de Saladillo, que pusieron a disposición los archivos de la ciudad.

Índice

| | |
|---|----|
| Dedicatorias | 7 |
| Agradecimientos..... | 9 |
| Prólogo I | |
| Lo que nos tocó como generación | 15 |
| Prólogo II | |
| Realizar el pensamiento..... | 21 |
| 1 / Otra vez olvidaron la puerta abierta | |
| Estudiar y trabajar | 25 |
| 2 / Junio de 1974 | |
| Letra por letra | 35 |
| 3 / ¿Cuál es tu nombre de guerra? | |
| En el baúl de un Falcon..... | 53 |
| 4 / El tormentoso 1975 | |
| Una onda expansiva | 59 |
| 5 / Código de supervivencia | |
| Bicicleta, parrilla..... | 69 |
| 6 / Cambios de octubre | |
| Crisis de <i>El Argentino</i> | 77 |
| 7 / La primera tortura | |
| Soñar adentro de una pesadilla | 85 |

| | |
|---|-----|
| 8 / Egresados | |
| Romper el orden | 91 |
| 9 / Analizando cada cosa | |
| No te hagas ilusiones..... | 97 |
| 10 / Sin cofre de la felicidad | |
| Carlos y su orquesta | 105 |
| 11 / Segunda tortura (parte I) | |
| ¿Este es el radical?..... | 115 |
| 12 / Febrero del 76 | |
| Los comedores universitarios | 123 |
| 13 / Segunda tortura (parte II) | |
| ¿Así te gusta?..... | 133 |
| 14 / El golpe de Estado | |
| Quinta devaluación en dos meses | 141 |
| 15 / Segunda tortura (parte III) | |
| Fusílenlo | 149 |
| 16 / Abril de 1976 | |
| Resistir o desensillar hasta que aclare..... | 157 |
| 17 / Recuperar mi cuerpo | |
| Después de la parrilla..... | 167 |
| 18 / Mayo de 1976 | |
| Se define el intendente de la dictadura | 177 |
| 19 / La pastilla y los vuelos | |
| Éste se va a volar | 185 |
| 20 / Junio del 76 | |
| Amenazas y colaboracionismo | 195 |
| 21 / El Ingeniero | |
| Preparado para aguantar | 205 |
| 22 / Agosto de 1976 | |
| Nube oscura | 219 |

| | |
|--|-----|
| 23 / Sótano, ratas | |
| Gritos en la noche..... | 231 |
| 24 / Setiembre de 1976 | |
| El asesinato de Karakachoff y Teruggi..... | 237 |
| 25 / El tren y los perros | |
| Miedos profundos..... | 245 |
| 26 / Octubre de 1976 | |
| La muerte de Mario Amaya..... | 257 |
| 27 / La canción del Chango | |
| La lluvia y el viento eran dos hermanos..... | 267 |
| 28 / Enero de 1977 | |
| Un enero más que cálido..... | 277 |
| 29 / Samuel y su destino | |
| Rompecabezas..... | 287 |
| 30 / Febrero de 1977 | |
| ¿Y qué querés si son marxistas?..... | 295 |
| 31 / La liberación fallida | |
| Levantate y cerrá los ojos..... | 303 |
| 32 / Junio de 1977: las historias se juntan | |
| Una crónica de 40 años..... | 311 |
| 33 / El héroe leproso | |
| ¿Te torturaron, hijo?..... | 323 |
| 34 / Diciembre de 1983 - Octubre de 2014 | |
| Alfonsín Presidente..... | 335 |
| 35 / Palabras desde la emoción | |
| (un epílogo)..... | 355 |

Lo que nos tocó como generación

¡Tremendo libro Javier! Es difícil dejar de leer un testimonio tan dramático como esclarecedor de esos años oscuros escrito con tanta fluidez. Y desde ya es difícil prologarlo.

Desde mi vida universitaria, vigente desde esos tiempos, pensé escribir esta introducción en un tono histórico académico que le ponga contexto a lo que ya vos contextualizás. Concluí y sentí sin embargo, que si éstas serán las primeras líneas que el lector recorrerá, mi aporte debía compartir ese sentimiento que transita todo el documento. Esa rabia compartida por tanta historia de injusticia brutal, inexplicable como todas las injusticias.

¿Cómo pueden ser las personas tan parecidas a bestias que sólo pueden tener forma en nuestra imaginación? ¿Cómo pudo el siglo XX (sólo porque es en el que nos tocó vivir) recrear brutalidades insospechadas con tanta naturalidad y recurrencia?

El por qué nos tocó como generación y te tocó tan directamente, lo explicás y es el fundamento de tu libro. Los valores perdidos y recuperados no sólo sostienen a esa democracia, en esos momentos desaparecida, y en éstos con tanta necesidad de firmeza, sino que nos

sostienen a nosotros, como ciudadanos, como miembros de una comunidad, como padres y abuelos.

Los que vivimos esa época y con esa edad, tenemos tantos sentimientos encontrados: alegría e incomodidad de estar vivos, angustia por recordar seres tan queridos y perdidos que a pesar de las más de cuatro décadas pasadas aún imaginamos entre nosotros. Cuando doy una teórica o debato en el Consejo Superior de nuestra Universidad Nacional de La Plata, atestado de militancia estudiantil sosteniendo sus banderas y cantando sus consignas, me parece ver a nuestros amigos, me parece verte, así de jóvenes, como los vimos la última vez, mezclados en el tumulto o en el aula, enamorados de sus ideas, defendiéndolas hasta la impertinencia.

La vida hizo que nos conociéramos una década después, en 1987, integrando el equipo y compartiendo la gestión de Pablo Pinto como Intendente de La Plata. Aunque nuestros caminos fueron diferentes nos separamos poco. Creo que esta historia que contás, la tuya, la de tantos, una edad parecida, profundas convicciones compartidas, la vocación por hacer, la necesidad de transformar la realidad incompleta e injusta en algo más parecido a una sociedad más justa, nos mantuvo cerca. Cada uno en lo suyo pero cerca.

Tu relato es un timbre que suena para recordarnos que de vez en cuando debemos salir cada uno y todos del aula en la que estamos y encontrarnos en el patio. No para el recreo. Hace rato que nuestra vida no tiene recreos. Sino para recordarnos que todavía tenemos mucho por hacer, por defender, por pensar, por construir.

Y que esta tragedia que de forma tan clara nos traés a la memoria, tiene sentido si es la base sobre la que podemos asentar el sueño hecho realidad de una sociedad mejor, con más oportunidades de defender su dignidad con trabajo, en paz y en convivencia. Pensando de la manera que sea, disintiendo y acordando. Siendo de la manera que sea, iguales o diferentes, pero conviviendo, en la conciencia que la búsqueda del progreso colectivo, el de todos y cada uno, es el camino para crecer y ver crecer con serenidad a los hijos de ese pueblo que

soñaron los pibes de esa época, los que pueden recordar como vos... y yo, y los que mataron por atreverse a soñar.

Vine a estudiar a La Plata con un grupo de amigos desde la infancia, desde San Pedro, mi pueblo. Hace unos años, los que aún están se juntaron y yo no pude ir. Se conmemoraban los 35 años del golpe militar del 76 y la reunión fue para no atreverse a olvidar y para recordar a los amigos perdidos en esa época nefasta.

Mandé una carta para estar cerca y en mi caso recordar a un amigo desaparecido que también estuvo en La Cacha pero que no sobrevivió.

Dejame que te la transcriba, creo que aporta a lo que estamos diciendo y fundamentalmente a lo que vos decís en tu conmovedor aporte:

La Plata, 24 de marzo de 2011

Querida Marta, no puedo asistir aunque quisiera ir con todo mi corazón al recordatorio de Esteban en este 35 aniversario del Golpe del 76.

El ir poco a San Pedro, el verlos poco, poquísimos a todos ustedes en todos estos años, vuelven más vivos mis recuerdos de aquella época, de nosotros, de vos Marta, de Cascote, del Grillo, de los más cercanos a Esteban: Daniel, Horacio, nosotros, Rubén y Susana, Marcela (La Negra)... También de Mariano, el Japonés y Javier.

En fin, nos recuerdo jóvenes, casi pibes, mucho más chicos de los que tengo como alumnos en la Universidad de La Plata desde hace 27 años. Nos recuerdo llenos de energía, de alegría, de picardía, de sueños y de ideales. Aventureros y románticos, Con ganas de vivir y construir una vida y comprometerla con nuestro pueblo.

Recuerdo el Golpe de Chile del 73 y nuestra reacción, la ida del Grillo a Brasil a integrar la Resistencia, recuerdo Ezeiza. Todos momentos de tremendo significado para todos nosotros.

Recuerdo nuestra ida a La Plata a estudiar una carrera universitaria en el 74, nuestro primer año, las pensiones, los actos por la muerte de Achem y Miguel en octubre de ese año, nuestra forma semicons-

ciente de vivir y algunas veces protagonizar toda esa época llena de violencia y de terror.

¡Teníamos menos de 18 años cuando nos fuimos a la Universidad y 20 cuando lo mataron a Esteban!

Lo recuerdo a Esteban muy cerca nuestro en toda esos momentos, también me acuerdo de nuestros primeros puchos juntos en la primera adolescencia, algunas de nuestras primeras borracheras, me acuerdo de sus novias y de las mías, me acuerdo de su despiste estructural y genético, de su imagen desalineada y despreocupada, de su sentido del humor, de su espíritu permanentemente solidario, hasta exageradamente desprendido con sus amigos y también con sus conocidos, de su carácter bonachón.

Me acuerdo por ejemplo que se levantaba temprano para acompañarme a los actos del secundario cuando una delegación salía del colegio. Yo era el abanderado y Esteban no era un buen alumno y por lo tanto nunca lo citaban, pero por esas cosas que él tenía me acompañaba. Le encantaba pedirme la bandera mientras caminábamos por la Mitre y romper los cartelitos de plástico de los negocios con el asta de la misma. Un travieso de 17 años, pícaro de cosas simples, imposible de descubrirle una maldad.

Yo vine a La Plata con Rubén en los primeros meses de 1974, primero vivimos en una pensión y algunos meses después alquilamos una casa por la terminal con otros sanpedrinos. Meses después vino Esteban, su vida era un lío entre el Banco que era su laburo, Naturales que era su Facultad y su incipiente militancia en la JUP.

Por esos días todo era increíble, dormíamos 7 en una habitación. Estudiábamos y en mi caso, como estudiante de arquitectura, dibujaba hasta la madrugada. Esteban, un goloso compulsivo, se dormía con la cuchara de dulce de leche en la boca. Compartíamos los pocos mangos que teníamos y nadie administraba.

Un par de veces Esteban se gastó toda la plata del mes en libros que nos confirmaban las injusticias permanentes en la historia de nuestro continente. “Las venas abiertas...” era el libro de cabecera. Mientras,

cuando la dictadura cerró definitivamente el Comedor Universitario, muchas veces revisábamos la basura de la verdulería del barrio para encontrar algo para cocinar y comer. Todo estaba bien, ¿así debía ser?

Cuando la represión se hizo más violenta, Esteban ya estaba involucrado fuertemente con su militancia. Un día de 1976 nos dijo que se iba, que no era seguro para nosotros que él estuviera ahí. Y se fue, nunca supimos exactamente el lugar donde vivía. Nos venía a visitar de vez en cuando. Nosotros tampoco vivimos más en esa casa. Rubén con sus 20 años se casó con Susana y se fueron a vivir a un garage adaptado como departamento y pronto tuvieron un hijo. Yo viví un tiempo en Buenos Aires en lo de una tía y terminé en la casa de los que fueron después mis suegros. Ya mi mujer Liliana, “Manuela” como me gustaba decirle en esa época, era mi compañera.

Nos juntábamos con Esteban muy de vez en cuando en la casa de Rubén. Yo estudiaba con unos compañeros en una casa ahí cerca. Creo que Esteban nos protegía. Sabía que la cosa estaba muy fulera y cuidaba a sus amigos.

Un día, en abril de 1977 nos avisaron que Esteban había “desaparecido”, que “lo habían levantado”. Fue el 23 de abril y hasta diciembre dicen que lo vieron en La Cacha.

Todo el ambiente era tremendo en La Plata. Se escuchaban tiros todas las noches. Era difícil hasta ir a la Facultad, veíamos operativos en las esquinas, nos revisaban en todo momento. Creo que no supimos qué hacer ni cómo reaccionar ante la desaparición de nuestro amigo y el recuerdo de esa sensación de impotencia no nos abandonó nunca.

Con el tiempo entendí que era importante no olvidar. Que fuimos una generación lastimada de la peor manera por esa época. Que la vida nos dejó una marca que era necesario cuidar más que tratar de borrar, para que los otros pibes, los que vinieron después de nosotros, no pagaran el tremendo precio que pagaron jóvenes como Esteban y para que su sacrificio sirva de cimiento sólido y definitivo de una sociedad que debe crecer sólida en sus valores, en su espíritu crítico, en sus ganas de justicia e igualdad y en su capacidad de tolerancia para convivir con la

diferencia. En mi caso intento aportar desde la gestión y la docencia universitaria a ese pensamiento y a la idea de buscar siempre un futuro mejor para todos.

Marta, quizás sean demasiado extensas estas líneas pero tenía la necesidad de escribírtelas y de escribirlas en el recuerdo tan permanente como necesario de nuestro querido amigo. Un cariño a todos,

FERNANDO TAUBER

Presidente de la Universidad Nacional de La Plata

PRÓLOGO II

Realizar el pensamiento

*Cuando los gobiernos temen a la gente,
hay libertad. Cuando la gente teme
al gobierno, hay tiranía.*

THOMAS JEFFERSON

Quiero expresar que es un gran honor para mí prologar esta obra. No solo porque conozco al autor de quien me considero su amigo y se de su lucha constante por la transformación de la Argentina en una sociedad integralmente democrática.

Este libro no sólo es un testimonio de lo que fue la dictadura más sangrienta en la historia del país. Sino, además, de la existencia de un conjunto de jóvenes que acompañados por un grupo de mayores creyeron que la forma de lograr una sociedad justa no era la violencia sino un proceso de cambio de las conciencias por medio de la militancia y el discurso democrático.

En este caso se narra la vida de un joven cargado de ideales frente a una sociedad violenta que escribía en un diario sus ideas con el fin de participar en la actividad política por medio de la expresión de un discurso republicano cargado de pasión. No sólo publicando sus ideas, sino escribiendo poesías que significaban la necesidad de un sentimiento de institucionalidad y paz en medio de una época signada por los enfrentamientos y la intolerancia.

De su narrativa surge claramente que la represión no comenzó con el golpe militar. Surgió en los finales del gobierno democrático, primero con la sanción de la ley 20.840 en septiembre de 1974 y luego con el dictado de los decretos 2770/75, 2771/75 y 2772/75, con fecha 6 de octubre de 1975. Cabe destacar que el primero de ellos disponía: “El comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actúan en la provincia de TUCUMAN”.

Estas normas dan muestras claras de la dificultad de ejercer la libertad de expresión y de la decisión del gobierno de aniquilar. En este contexto donde lo jurídico era mucho más débil de lo que sucedía en la realidad fáctica. Es decir, las normas expresan mucho menos de lo que constituían las violaciones a los derechos humanos en ese momento, es cuando Javier milita y escribe.

Obviamente un joven de 17 años que veía esa realidad empieza a querer que las cosas cambien, que se pueda llegar a un mundo donde las personas no se maten por tener ideas diferentes. Sabiendo que esto constituía un riesgo en un pueblo de la Provincia de Buenos Aires, con un pequeño diario, comienzan a expresarse. Esto trae aparejado la detención de amigos y finalmente la desaparición propia.

Tuve oportunidad de conocer a Javier durante la investigación que llevamos a cabo en la Comisión de Derechos Humanos y Garantías de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires. Era un momento difícil, la democracia se había recuperado pero los grupos represivos aún tenían poder y se encontraban enquistados, muchos de ellos, entre los oficiales superiores de las Fuerzas Armadas. Que significaba esto, había que tener mucho coraje para declarar e informar sobre los crímenes de Lesa Humanidad cometidos. Había que tener fortaleza para luego de sufrir la tortura y ver como compañeros de cautiverio desaparecían, declarar ante la C.O.N.A.D.E.P., puesto que no se sabía cuánto podía durar el sistema Republicano.

Javier, como tantas otras víctimas colaboró asumiendo el riesgo y gracias a ello pudimos conocer los crímenes más aberrantes cometidos por el Estado Terrorista en la Argentina.

No puedo dejar de mencionar al continuar este prólogo lo que significó, como se plantea en esta obra, el juicio a las Juntas Militares. Raúl Alfonsín llevó a cabo un hecho inédito. Sin fuerzas de ocupación como en Nüremberg o Tokio, con el aval del pueblo argentino se llevó a cabo un juicio donde se conocieron los delitos de Lesa Humanidad que todavía gracias a los tratados internacionales hoy se persiguen. Lo más grave era que muchos en la Argentina no eran conscientes de ello. Solamente voy a reproducir parte del prólogo que hizo Ronald Dworkin (considerado uno de los más grandes filósofos del derecho del siglo XX, y uno de los principales teóricos de la igualdad de la suerte) para la traducción en inglés del “Nunca Más”.

Dworkin tituló su prólogo “Report From The Hell” (“Crónicas Del Infierno”). En este prólogo expresa: “Eran torturados casi sin excepción: de manera metódica, sádica, con abusos sexuales, choques eléctricos. Con simulacros de ahogo y con golpizas constantes; en definitiva, de la manera más humillante posible. No para descubrir información (de muy pocos se podía obtener alguna información) sino para quebrarlos espiritualmente además de físicamente, y para el placer de sus torturadores. La mayoría de los que sobrevivían a la tortura eran asesinados”.

Esto fue lo que le tocó ver y vivir a Javier. No puedo dejar de resaltar que la ciudad de La Plata fue uno de los principales lugares donde se desató esta brutal comisión de crímenes por parte del Estado Terrorista.

Miles de personas fueron detenidas y trasladadas a esta ciudad. Luego torturadas y asesinadas. Uno de esos centros clandestinos de detención, quizá el principal en la Provincia de Buenos Aires fue La Cacha. Sin embargo, es importante referir que había muchos argentinos que no tenían miedo de manifestarse: las Madres de Plaza de Mayo, Las abuelas de Plaza de Mayo, La Asamblea Permanente por

los Derechos Humanos y muchas personas y asociaciones se expresaron y movilizaron con valentía frente a estas atrocidades.

En definitiva, la Argentina comenzó a cambiar gracias a las luchas de todas estas personas y de un pueblo que se comprometió con el sistema político. Porque como diría Jose Ortega y Gasset: “El revolucionario no se rebela contra los abusos sino contra los usos”; y por primera vez hemos alcanzado 35 años de democracia, lo que claramente fue cambiar los usos.

En el texto de este libro pude encontrar expresados los niveles de dificultad para tratar de esclarecer acerca del riesgo previo del golpe cívico militar de 1976 y sus consecuencias posteriores, en el marco de todas las limitaciones que tuvieron sus protagonistas. Vale para ello recordar las palabras de Leandro Alem cuando manifestara: “La vida política de un pueblo marca la condición en que se encuentra; marca su nivel moral; marca el temple y la energía de su carácter”.

Finalmente, creo que los prólogos, a diferencia de la introducción, tienen por objeto manifestar la impresión que deja la obra. En mi caso me pareció sumamente atrapante, además me recordó a mi juventud y con ello la necesidad de rendir homenaje a la memoria. No podemos olvidar lo que sucedió para que NUNCA MÁS vuelva a suceder. Va en estas breves líneas una felicitación al autor con profundo afecto, reconocimiento y admiración.

Termino con una frase de Domingo Faustino Sarmiento: “Escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento”.

MIGUEL OSCAR BERRI

Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP

1 / OTRA VEZ OLVIDARON LA PUERTA ABIERTA

Estudiar y trabajar

El frío de junio siempre fue mi enemigo. Desde pequeño el asma me cerraba los bronquios y tenía que recurrir a unas pastillas con corticoides que me aliviaban para respirar, pero que me complicaban el organismo en general.

Desde que vivía en La Plata había dejado de atenderme por el grandísimo Dr. Cordo, un especialista en alergia y enfermedades asociadas, que venía de Azul a Saladillo y con el que compartía su filiación radical y su pasión por las letras. Su alegría y buen humor, que hacían honor a su nombre –Cándido-, me permitían sobrellevar el padecimiento de los pinchazos por las vacunas que dos veces por semana me aplicaba en su consultorio de la calle Rivadavia.

Ese tratamiento me había mejorado mucho porque ya no vivía con esa rinitis que me llevaba a mojar hasta cuatro pañuelos por día y sólo padecía dos o tres bronquitis por año, lo que para mí era casi un récord. Sin embargo, había aprendido a bancarme los padecimientos y nunca caía en cama o mejor dicho, aunque enfermo, seguía en pie haciendo cosas.

Debe de haber sido por eso que tuve asistencia perfecta durante los 12 años que fui a la escuela primaria y secundaria. La biblioteca de mi madre tenía todos los libros que año a año me regalaban por ser un “pequeño Sarmiento”, como se decía entonces a quienes tenían como mérito ir todos los días a cantar la oración a la bandera.

Ese mes de junio de 1977 era más frío que lo habitual porque no sólo el clima nos iba calando los huesos sino que en la atmósfera de la ciudad y en la Argentina en general, las noticias no oficiales nos informaban acerca de cómo una noche cerrada nos envolvía a todos como si fuera una niebla invisible que se metía por todas las rendijas, incluso en las mentes de los que se querían hacer los distraídos.

Al frío climático, en mi caso, lo palpaba en la puerta ventana de la habitación que había compartido con Juan Antonio por más de un año, y que daba al Sur Oeste. Era una pieza pequeña del Centro de Estudiantes de Saladillo que se vinculaba con el living, y servía de pasillo entre el baño y la habitación principal donde dormían cuatro estudiantes más. Tenía rotos los postigos por viejos -casi ya no se podían cerrar sin acomodar antes las maderas verticales-, los vidrios se habían quebrado y ya faltaban algunos pedazos antes que llegáramos nosotros. Los emparchamos pegándoles afiches para evitar la filtración del aire que los inflaba, formando una panza que nos marcaba qué tan potente venían los vientos de la pampa. Cambié tres veces la cabecera de mi cama en relación con esa puerta ventana para ver de qué forma podía tomar menos frío, y quedé frente a ella con el convencimiento de que tendría controlada esa situación.

En el Centro de Estudiantes de Saladillo éramos siete becados que no pagábamos alquiler. Era un beneficio inapreciable porque la mayoría no hubiéramos podido ir a estudiar a La Plata sin esa ayuda y, además, teníamos un sistema de comida comunitaria que obligaba a compartir la encomienda que todos los días nos llegaba por la empresa Liniers en un esquema en el que las familias nos ayudaban como podían.

La casa estaba en la planta alta de la esquina de 3 y 50 y tenía ya graves problemas de mantenimiento que nosotros agravábamos sin

querer, al no hacerle otra cosa que limpiarla en el marco de un cronograma semanal que dividía el trabajo para que el lugar estuviera limpio y ordenado. Al ser todos hombres esa no era una tarea que hiciéramos con mucha habilidad, pero la cumplíamos. Peor era vivir en la mugre.

Justo al lado había una pensión de mujeres que obviamente captaban nuestra atención, ya sea desde los balcones contiguos o en la vereda, donde habitualmente nos juntábamos a charlar. Las chicas venían a nuestro centro a tomar mate porque en su pensión estaba vedada la entrada de varones. Era otra distracción más de las que disponíamos en un lugar donde siempre había visitantes que pasaban y entraban a compartir sus momentos libres, los que no siempre coincidían con los nuestros por lo que era bastante difícil estudiar en medio de tanta actividad social y recreativa.

Teníamos una gran mesa en el estar principal que servía para charlar, tomar mate, y jugar al tute y al ping pong. Por esa razón, la mayoría no estudiaba allí. Preferíamos ir al departamento de algún compañero para poder hacerlo con mayor tranquilidad. Hasta el descanso se volvía complicado en medio de tantos ruidos, y muchas veces se escuchaban las quejas desde los cuartos para que los que estuvieran en el living bajaran la voz.

Juan Antonio había dejado su trabajo en una escribanía de 13 entre 49 y 50 por otro más interesante en un laboratorio. Él era un experto en el tema notarial porque así se había costeadado sus estudios secundarios en Saladillo adonde había llegado desde Mosconi, y nos habíamos hecho amigos entre otras cosas porque cuando uno llega a otro lugar suele ser visto como sapo de otro pozo y esa situación estrechó fuertemente nuestro vínculo afectivo.

Entonces, me impulsó a presentarme en la escribanía y postularme en su reemplazo. Yo no sabía nada de ese trabajo, pero él estaba convencido que podía hacerlo. No fue fácil. Yo nunca había escrito en una máquina eléctrica. En la entrevista con Cecilia, la escribana, me llamó la atención que ella fuera tan agradable y que no me hiciera una prueba de tipeo (cosa que jamás hubiera podido aprobar). “Vos

de este tema no sabés nada, pero tenés cara de buen muchacho”, dijo y me dio el trabajo.

Me mandó a copiar una venta-hipoteca de 14 páginas en una oficina del fondo, al lado del baño, lo que me permitía estar fuera de la vista de la escribana (y de la responsable de la escribanía, que no me miraba con mucho cariño). Estuve un rato para encontrar el botón que prendía la máquina de escribir y muchos días para acostumbrarme a la sensibilidad del teclado, que repetía la misma letra si mantenía apretada la tecla por más de una fracción de segundo. Corregía a cada rato con un papelito blanco que se ponía entre la hoja y los caracteres, hasta que por fin entendí cómo funcionaba esa máquina infernal que me dio de comer por muchos meses.

Me levantaba a las seis y media para cursar de siete y media a trece y trabajar desde las dos de la tarde hasta las seis en la escribanía. A esa hora iba a donde estaba parando Eduardo, un compañero de facultad y amigo de Pergamino, que vivía en la casa de su tía en 7 y 65, y estudiaba hasta las doce de la noche.

Todos los días recorría ese camino porque estábamos preparando dos materias libres, además de los parciales que ya se nos venían encima. Caminaba rápido esas veinte cuadras, como midiendo campo, con el tranco largo. Cuanto antes llegara, antes estaría durmiendo y podría descansar seis horas, como lo hacía todos los días de lunes a viernes. Los sábados y los domingos me despertaba a las siete para estudiar lo que no podía avanzar en los días de semana. Tenía que recibirme lo antes posible porque no había certeza que pudiera alquilar algún departamento con un sueldo de cuatro horas de trabajo.

Mi rutina, desde que lo habían detenido a Fernando Volonté en Saladillo y habían allanado con camiones militares la casa de mis padres, buscándome, era tomar una serie de medidas de seguridad, como por ejemplo dar una vuelta manzana mirando prolijamente si había autos estacionados o personas desconocidas cerca de donde vivía.

Nunca tuve un plan acerca de qué hacer si alguna de esas alertas sonaba. Además, como todo sistema, el mío se estaba relajando,

y mucho más si tenía sueño, como en esa noche del 2 de junio. Ni siquiera recordé los pasos de aquella rutina. No recuerdo si caminaba solo por las largas cuerdas de 3 entre 50 y 64, ni si en la noche profunda de La Plata sonaba alguna sirena de patrulla, como ocurría siempre. O si se escuchaban disparos o chirridos de gomas sobre el asfalto. Sólo sabía que tenía sueño y que quería llegar para tirarme en la cama de mi cuarto antes de darle cuerda al despertador que tenía sobre la mesa de luz.

El caño de un fusil en la cabeza

Cuando metí la llave en la cerradura de esa puerta gigante pintada de gris claro, herida por mil cicatrices, se me escapó un insulto: estaba abierta. ¡Casi la una de la mañana y la puerta abierta! Eso podía significar que se hubieran olvidado de cerrarla (terrible descuido) o, peor, que hubiera una fiesta. Era jueves. ¿Por qué no esperar al viernes para que luego nadie tuviera que madrugar al día siguiente?

Las dos opciones me ponían de mal humor y me hicieron subir las escaleras corriendo. Las voces en el estar me develaron que la cosa venía de reunión y traté de adivinar quiénes serían los invitados de ese día. Abrí la puerta cancel y me asomé por el hueco para ver el rostro de los amigos que compartían la tertulia. Vi tres caras, las tres desconocidas. Arriba de la mesa había armas largas y negras como en una muestra de un museo contemporáneo dejadas al azar en forma de una escultura.

Desde abajo escuché una voz de loco: “¡Flaco, bajá y pone las manos y la cara contra la pared o te quemamos!”. Por reflejo bajé los dos escalones que había subido y miré de reojo el marco de la puerta que con la luz de la calle parecía más grande que nunca. Un tipo me apuntaba con un arma. Apoyé las manos contra la pared y sentí al de abajo detrás de mí, pateándome las piernas para que las abriera más. Me palpó para ver si tenía armas. El olor a alcohol que salía de su

boca me inundó la nariz y me recordó que la Tripe A estaba integrada por borrachos que disfrutaban colgando cerebros de los cielorrasos.

Traté de capturar la imagen del arma que me apuntaba, imaginando que si era una Itaca o una escopeta recortada ya tenía que ir despidiéndome de este mundo. Uno de los de arriba tiró una bolsa celeste que me pusieron en la cabeza mientras subía gateando el segundo tramo de la escalera. En unos segundos me ubiqué en la situación en la que estaba: había ingresado al peor de los mundos.

Pensé que estas cosas ocurrían pero jamás que me podía tocar a mí, por lo que desde ese momento traté de salir de mi propio cuerpo para tomar distancia, aunque fuera en la imaginación, de lo que me estaba ocurriendo. Fue imposible. Uno de los tipos me preguntó el nombre, y con el caño del fusil me apretó la cabeza contra el suelo. Le dije cuál era mi nombre y me empezó a leer un poema:

Los años al pasar nos van marcando
sobre el surco de tierra o el baldío
en el rostro eterno de aquel crío
que por hambre y por frío está llorando.

Yo trataba de ubicarme de dónde habían sacado ese poema y me acordé que estaba en mi librito *La Triste Realidad de Argentina y América Latina*. Traté de pensar dónde tenía guardado mi ejemplar en el centro de estudiantes y rápidamente entendí que allí no estaba. Lo habían obtenido de la requisita en mi casa de Saladillo o en la de Fernando; y me preocupé porque no se trataba de un procedimiento al azar: era a mí a quién estaban buscando y se habían tomado el trabajo de hacer inteligencia.

Esa escena duró uno o dos minutos. Enseguida empezaron a sonar tiros afuera. Los que estaban arriba se volvieron locos y salieron corriendo hacia la habitación mía donde estaba prendida la luz. Con la cabeza más apretada que nunca contra el piso, porque el que me tenía apuntado también estaba en una situación de desesperación,

podía ver a través de la bolsa que me cubría (creo que era una funda de almohada), sobre los vidrios de la puerta de mi cuarto, las figuras recortadas de dos hombres con sus ametralladoras disparando en forma indiscriminada desde el balcón hacia la vereda y la calle.

Estamos matando a todos

“¡A los tuyos los estamos matando a todos!” me decía el que me apretaba con el caño contra el piso. Ahí tomé conciencia acerca de cuál sería el destino de mis seis compañeros del centro de estudiantes que no estaban a mi vista y que podían ser el blanco de esa locura.

Me corrió un frío de terror por la columna porque ellos no tenían nada que ver con mis actividades y no iba a ser la primera vez que mataran a personas sin ningún sentido. “¡¿Cuántos tipos tenés en tu custodia?! ¡¿Cuántos?! ¡Decilo ya, hijo de puta! Así los matamos a todos”, me gritó el que me apuntaba con al arma. “¡Ninguno! ¡¿Qué custodia?! ¡Yo no tengo custodia!” le grité. “¡Vamos, vamos, si ya matamos varios, hijo de puta!, me decía el tipo, cada vez más enloquecido.

Mi cerebro funcionaba a mil por hora para tratar de entender qué estaba ocurriendo, pero no lograba armar una secuencia lógica que me diera un mínimo de tranquilidad o comprensión.

Los que bajaron corriendo subieron lentamente la escalera y le dijeron algo al que me tenía contra el suelo. El tipo no entendió lo que le decían hasta que le ordenaron: “Bajalo, que a este lo llevamos”. Me esposaron. Aunque ellos no lo supieran, esas esposas me dieron una mínima tranquilidad. La Triple A no usaba ese tipo de herramientas, típicas de la captura policial. Ellos mataban directamente y jamás trasladaban a una víctima. Ellos ejecutaban de la forma más brutal posible. Lo que yo no sabía era que la muerte no es lo peor que te puede pasar en esta vida.

Bajé las escaleras abrumado por la idea de que, por mi culpa, mis amigos del centro de estudiantes estuvieran muertos. Bajé cada escalón con los miedos y las incógnitas que seguramente me iban a acompañar el resto de mis días. Al mismo tiempo, no sabía si lo que me quedaba era sólo un suspiro. Los había visto dispararles a no sé quiénes con una saña propia de asesinos. Ese placer de apretar el gatillo contra humanos me empezaba a pintar ante quiénes estaba, presa de quiénes era. Mis presagios no podían ser más pesimistas.

Al salir a la vereda sentí el viento helado de esa noche interminable. Caminé a tientas con la cabeza tapada y las manos en la espalda en medio de varios tipos que hablaban fuerte y sabían que nadie los podía molestar. Traté de ubicarme para buscar la referencia de la vereda donde habían disparado desde arriba y sólo lo pude hacer cuando uno de ellos me agachó la cabeza y me dijo que levantara la pierna para subir al baúl de un auto estacionado sobre 50, casi esquina 3.

Me pareció sentir un gran despliegue de vehículos y gente. En todo ese tiempo no escuché una sola sirena ni de auto ni de ambulancias. Fueran quienes fueran los destinatarios de todas esas balas, seguro estaban muertos o malheridos. El baúl era de un Falcon, lo reconocí porque mi padre tenía uno modelo 1963. Este, en cambio, era el símbolo de otra década donde se transformaron en las carrozas de la muerte. Nunca se me ocurrió jugar en el baúl del auto de mi padre y ahora iba en ése, que me llevaba a un lugar del que no había noticias de alguien que hubiera vuelto.

Empecé a pensar qué ocurriría cuando el auto se detuviera. Podían matarme ahí nomás o llevarme a otro sitio. No era nadie importante como para que se justificara ajusticiarme, pero con el mismo argumento tampoco se justificaba tenerme como prisionero. Empecé a hacer el balance de mi corta existencia, por si me tocaba estar viendo los últimos minutos.

Saqué como conclusión que había hecho todo lo que había deseado y que no tenía casi nada de qué arrepentirme. Con 19 años podía decir que había vivido un poco pero que mis convicciones justifica-

ban aun lo que me estaba pasando. Tenía la fortaleza de aquellos que creen profundamente en algo y que, por lo tanto, asumen lo que les depara el destino.

Me sentí lo suficientemente maduro para entender que podía morir en ese momento y que había valido la pena lo vivido. Tenía mucho sueño, pero me resistí a dormirme porque pensé que tal vez me estuviera asfixiando como en la perrera, con los gases del auto que me transportaba. En realidad tenía sueño por el tremendo estrés de lo que me estaba ocurriendo. Todavía no entendía que la pesadilla recién estaba comenzando.

Noticia

Unos días antes del 2 de junio de 1977 una familia de Saladillo se vio conmovida por un accidente que le ocurrió a su hijo Gustavo y de resultas de sus heridas los médicos lo derivaron al Instituto Médico de La Plata, ubicado en 1 y 50. La recuperación de Gustavo llevó a tener en vilo a toda su familia y tanto ellos como otras personas que estaban en el nosocomio esa noche pudieron ver el ingreso de dos personas con graves heridas de bala producto de un enfrentamiento a pocas cuadras de allí.

Un par de bomberos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires que caminaban armados luego de dejar su guardia en la Central de La Plata se retiraron de la manzana de 3 y 51 caminando con rumbo a la estación terminal de micros por calle 3 sin ser anoticiados que la zona estaba liberada para una intervención de las Fuerzas Conjuntas que iba a proceder a detener a un delincuente subversivo. Ellos caminaron con destino a 4 y 42 cuando al llegar casi a la esquina de 50, detrás de los árboles les surgieron hombres de civil armados que les intimaron la rendición, lo que los llevó a pensar que era un ataque terrorista como tantas veces les habían prevenido, con el objeto de quitarles las armas que ellos portaban. El reflejo de ambos fue

parapetarse detrás de los anchos árboles de la vereda de los pares y emprender la resistencia cuando desde la esquina les comenzaron a disparar. La refriega se inclinó directamente a favor de las Fuerzas Conjuntas cuando desde el balcón se sumaron las ráfagas contra los desprevenidos bomberos, los que fueron alcanzados y quedaron heridos en grave estado.

Como la operación de secuestro no aparecía como algo complicado no tenía previsto ningún tipo de apoyo de ambulancias, por lo que al momento de identificarlos, los bomberos fueron subidos a dos autos de los que participaban del operativo y recibieron la orden del jefe del mismo, que no debía rendirle cuentas a nadie de sus decisiones, que los llevaran al hospital más cercano. Por la gravedad de las heridas, el “Oso” mandó que los llevaran al Instituto Médico Platense, que estaba a sólo 3 cuadras. En contramano salieron los autos hacia el Instituto, donde ingresaron por la guardia a los gritos convocando a todos los médicos y enfermeros, porque uno de los bomberos tenía perforado un pulmón y se estaba muriendo. A nadie de los que en ese momento se encontraban en el IMP les resultó posible ignorar semejante despliegue de las fuerzas de seguridad ni la desesperación de los miembros que llegaron hasta allí, pero lamentablemente tampoco les llamó la atención lo que estaba ocurriendo, sencillamente porque ya casi todos se habían acostumbrado a que ese tipo de cosas pudieran suceder en una Argentina que había perdido definitivamente la tranquilidad y la cordura.

De lo sucedido, como de la suerte corrida por los dos bomberos, no ha quedado constancia de ninguna naturaleza, sólo el testimonio casi mudo de un padre que en ese momento estaba preocupado por la salud de su hijo, mientras otra familia del mismo pueblo no sabía que el suyo había entrado simultáneamente en el estado de la desaparición forzosa y marchaba tieso en el baúl de un Falcon hacia un destino que lo sumergiría en el inframundo del terrorismo de estado.

Letra por letra

En la primavera del 73 conocí a Fernando Volonté a instancias de un compañero de la escuela secundaria, Carlos Antonio Gorosito. El “Goro” iba al Colegio Nacional Anexo Comercial Manuel Pardal y gozaba del afecto de todos. Entre otras cosas, porque a pesar de vivir en una situación de pobreza se esforzaba por estudiar y salir adelante.

Nuestra primera charla política ocurrió en abril de ese año. Todos lo felicitaban porque a pesar de la derrota del radicalismo en las elecciones presidenciales de marzo, en la segunda vuelta, para elegir Senadores en la Capital Federal, había ganado Fernando de la Rúa. Con 35 años había derrotado al candidato del peronismo Marcelo Sánchez Sorondo, un nacionalista que terminó espantando al electorado porteño.

El Goro como buen militante tenía como objetivo captar a todos aquellos jóvenes que mostraban alguna inclinación política o social, y en varias oportunidades me invitó a ser parte de reuniones partidarias en el comité de la UCR. Yo no iba. Hasta que finalmente accedí a ir a un asado que se hizo en la casa del diputado provincial que tenía la ciudad: Fernando Volonté.

Durante toda la reunión me dediqué a escuchar. Con 15 años, yo era el invitado más joven. Me impresionó el clima de respeto que había y, más allá de las muestras de afecto por los que trataron de integrarme, sentí una vocación que hasta ese entonces era sólo una idea a la que ahora se le presentaba la oportunidad de pasar a la acción si es que quería cambiar la realidad.

Mis dudas estaban entre la política, la economía y la escritura, sin saber cuál de esos caminos sería el que finalmente tomaría después de la secundaria. Entonces, Fernando Volonté me preguntó qué escribía y le dije que prosa y poemas, y me ofreció publicarlas en el periódico de la familia: *El Argentino*. Me sentí muy feliz. Tanto el asado como todo lo que lo rodeó (organización, austeridad y sentido común de parte de la familia de Volonté), me dio la sensación que conocía a ese grupo desde siempre.

El Argentino era un símbolo de Saladillo que trascendía al periodismo. No existía en la ciudad en 1974 casi ninguna otra institución que sobreviviera desde comienzo de un siglo que, como el XX, aparecía como el más convulsionado y dinámico de la historia de la humanidad.

El lunes siguiente fui al periódico con unos poemas en mi bolsillo. No estaba convencido de mostrárselos a Fernando. Tampoco sabía si lo iba a encontrar. Entré por la puerta de la imprenta que tenía dos vidrieras desde las que se veían las máquinas y los imprenteros. Todo me llamaba la atención. Parecía ir por un túnel hacia el pasado donde las cosas y las personas eran educadas, y el orden y el silencio eran dominantes. El olor de la tinta redondeaba esa impresión tan potente, y jamás pude olvidarme en mi vida de ese día en el que percibí que las ideas tenían un impacto profundo en los sentidos.

Antes de elegir cuáles poemas llevarle, volví a leerlos, y como siempre me ocurre, ninguno me gustó. En realidad yo ya estaba cambiando de una métrica rígida a otra más flexible que permitiera decir más cosas y resultara un poco más agradable al oído. Pero lo que tenía escrito y pasado en mi máquina Underwood de 1923, que había

comprado con mis ahorros en un remate cuando cumplí 15 años, eran esos versos que tenía en el bolsillo cuando entré a *El Argentino*.

Detrás de un escritorio antiguo y hermoso estaba Fernando Volonté. A su izquierda, una pila de diarios se levantaba como una columna casi hasta la altura de su cabeza. Del lado derecho había una pila de boletas electorales que usaba como borrador. En el medio, una carpeta de cuero. Se levantó rápido de su silla y me saludó con un apretón de manos muy cálido que me permitió relajarme un poco en ese ambiente tan solemne que tenía su oficina.

Cuando me senté frente a él pude prestar atención a un gran cuadro que colgaba de la pared. Era una foto en blanco y negro de una persona leyendo en ese mismo lugar como si ese paisaje hubiera quedado detenido en el tiempo. “El de la foto es mi padre, Miguel Ángel. Dirigió *El Argentino* durante 32 años. Después de mi abuelo, que lo dirigió 24. Y yo me hice cargo en 1966, cuando murió mi padre, y acá estoy”, me dijo. “Sí, sé quién es. La ciudad sabe de él. Es más, mi abuelo, en un libro, le dedica un verso del que sólo recuerdo que dice: “Yo como tantos lloré, a Miguel Ángel Volonté”. “No la pasó nada bien tu papá en la época del peronismo”, le dije. Apretó los labios y me contestó: “No, todavía están en las ventanas los agujeros de los balazos. Al diario lo clausuraron varias veces, pero él ni se mosqueó. Les siguió pegando como siempre. ¿Así que vos escribís?”, me dijo. Le contesté: “Hago lo que puedo, pero no estoy muy conforme con mis trabajos”. “Es bueno no estar conforme con lo que uno hace. Siempre se lo puede hacer mejor”, me respondió.

Era un problema que yo venía arrastrando desde hacía un tiempo. No estaba conforme con lo que había hecho unos meses atrás. Lo comparaba con trabajos calificados y cada vez tomaba más noción de mis carencias. Todas las tardes iba a la biblioteca popular Bartolomé Mitre de Saladillo a leer. Al principio, en forma indiscriminada. Luego me volví más selectivo. Fue en la biblioteca del Colegio Nacional (donde me había hecho amigo de su bibliotecaria) que aprendí la lección. Le llevé un trabajo literario narrativo y ella me indicó: “Me

encanta. Lo único que te digo es que no se dice *vestuta*. Si quisiste referirte a algo viejo, se dice *vetusta*". Como buen descendiente de vasco, me quedé discutiéndole la aplicación del término, hasta que trajo el diccionario y, con mucha educación, me mostró la correcta aplicación del término. Desde entonces entendí que debía leer mucho más y jamás discutir desde la certeza.

La Biblioteca Bartolomé Mitre era un lugar muy amplio con miles de libros de todas las materias. Las chicas que atendían combinaban dos valores que yo consideraba geniales: sabían muchísimo de lo que fuera, y me atendían maravillosamente. Ese lugar fue un refugio en el que me sentía mimado y haciendo una de las cosas que más disfrutaba: leer.

Con el tiempo, no sólo me apartaban libros de literatura que les parecía más apropiada para mí, sino que cuando ellas - todos los meses - hacían el listado de los libros que iban a encargar a las editoriales usando el fondo que disponía la biblioteca, me lo mostraban por si quería incluir alguno más; o a veces, simplemente para que estuviera al tanto de los que iban a entrar en los próximos días. Ese trato tan especial me hacía sentir muy considerado, y mucho más teniendo en cuenta que sólo tenía 15 años.

De la misma forma me ocurría con Fernando ("el ingeniero Volonté", como le decían todos). Ese hombre era una persona importante en la ciudad. Dirigía un periódico y era diputado de la Provincia de Buenos Aires. Pero yo no me sentía para nada intimidado porque su trato era amable. "¿Y? ¿Qué haces: prosa o poesía?", me preguntó en su oficina de *El Argentino*. "Las dos cosas, pero no tengo muchas pasadas a máquina, así que le puedo mostrar sólo unos poemas. Son de temas sociales y que tratan de pintar lo que ocurre", le dije y le acerqué uno solo, que se titulaba "Realidad".

Lo leyó detenidamente, levantó los ojos y me dijo: "Es muy valiente. Me gusta mucho. ¿Lo podemos publicar?" "Sí claro", le dije sin poder disimular la alegría. Después nos quedamos hablando de política. Me contó de su padre, de toda su lucha contra los conservadores

siguiendo el ideario *yrigoyenista*; y contra el peronismo, por su sesgo antidemocrático. También me dijo que a finales de los años 50 se había sentido impresionado por la revolución cubana en sus inicios, como la mayor parte de los intelectuales progresistas de la época. Pero que luego lo había decepcionado la evolución hacia una tiranía. El legado de su padre era tan fuerte para Fernando que me impresionó. Unía distintas generaciones y le marcaba un destino que a todas luces significaría más sacrificios que satisfacciones personales.

Después visité el taller, donde no pude comprender cómo desarmaban letra por letra, o mejor dicho tipo por tipo, el ejemplar del día anterior para empezar a componer de la misma forma el nuevo. Estaba fascinado por esa habilidad increíble de los tipógrafos de *El Argentino* que sabían cuál era cuál y las colocaban en los casilleros que les correspondían. Sólo así podían volver a tomarse los tipos indicados sin error en los nuevos textos que componían. “Es una tecnología igual a la de la primera imprenta de Gutenberg. Hacemos los diarios en aquella impresora plana que compró mi abuelo en 1909. Yo me llamo también Julio en honor a él, que comulgaba con los blancos uruguayos. Así que en la Argentina no podía ser otra cosa que radical”, me dijo riéndose, mientras señalaba la máquina.

Realidad

El jueves siguiente a mi visita a Volonté, mi vecino me sorprendió mostrándome un ejemplar de *El Argentino*, donde estaban mis versos en letra de molde. Era un poema inconformista o de protesta en una época donde no podía llamar la atención porque esos eran los vientos imperantes en nuestras costas. Pero que se publicara en *El Argentino* -un diario “serio”- convertía al hecho en una cuestión absolutamente rara. El texto decía:

Los años al pasar nos van marcando,
sobre el surco de tierra o el baldío,
en el rostro eterno de aquel crío
que por hambre y por frío está llorando.

Si de un extremo a otro de su valle,
se siente el rigor del sometido,
cuando mata por lo suyo y es herido,
ni Dios puede pedirle que se calle.

La hermandad de los hombres se frecuenta
incluirla en todos los mensajes,
sin haber visto siquiera los obrajes,
es inmensa mentira, se descuenta.

Hablando por boca de un galeno,
la única forma de estar en igualdad
es que para este terrible y fiel veneno
nuestro propio pueblo produzca inmunidad.

Desde entonces, casi todos los días en los que Fernando estaba en la ciudad yo iba al “diario”, la forma con la que evitábamos decir periódico (salía una vez a la semana; los cuatro primeros jueves de cada mes). Allí charlábamos sobre política porque de fútbol no podíamos hablar (él era fanático de River; y yo de Boca, como mi padre).

Fernando era un periodista notable que podía leer entre líneas a cada editorialista y conocía de cada uno de ellos su vida, sus compromisos y sobre todo sus intenciones. Ese aprendizaje de decodificar los mensajes me pareció fantástico porque era como transcribir un mensaje cifrado en medio de la guerra. Con el paso del tiempo, él me leía un texto y yo debía adivinar quién lo había escrito y sobre qué textos anteriores cabalgaba la nota en cuestión. Entendí entonces que

nuestro lenguaje es particularmente rico, y sirve tanto para transmitir ideas como para ocultarlas.

Él fue quien me transmitió la importancia de dos valores adicionales sin los cuales resulta muy difícil llegar a resultados valederos: el método y la persistencia. Era un convencido, por una cuestión de formación, de que el método científico, muy propio de las ciencias duras como la ingeniería en la que se había formado, era útil para las ciencias sociales. Pudimos comprobarlo porque su aplicación nos permitía en muchos casos prever comportamientos que simplemente estaban vinculados a una cuestión estadística, y cuya planificación de acciones futuras iban inexorablemente a verificarse en el tiempo.

El tema de mantener una fórmula de trabajo en el mediano plazo también nos daba resultados porque lo habitual en muchos casos es el funcionamiento por arrebatos o por cuestiones circunstanciales que cambian aún antes de obtener los frutos de cada planteo. Para un adolescente, poder interactuar con esas herramientas me parecía un verdadero milagro de la naturaleza que trataba de aprovechar en cada minuto.

Había un núcleo duro que se iba formando en torno a Fernando, formado por “Panchito” Ferro, Carlos Gorosito, y yo. No sólo compartíamos el afecto. También una ideología común y un enfoque metodológico de la política que, aún a nuestro propio pesar, nos hacía diferentes. Eran los tiempos de la “revolución” entendiéndola como una etapa de transformación total y absoluta, donde nada podía ser un obstáculo para alcanzarla y desembocar en la felicidad de nuestro pueblo. Pero el tema que permanentemente nos hacía caer en el debate era cuáles eran los límites, y si la violencia podía ser la herramienta para lograr esa felicidad.

La corriente mayoritaria a nivel social no sólo justificaba la revolución (y mucho más cuando favorecía sus objetivos sectoriales), sino que en muchos casos era vista como un objetivo en sí mismo porque, concretamente, se hablaba de acumulación de poder en los mismos términos en que podía hablarse de acumulación de poder de fuego, lo que transformaba ambos términos casi en sinónimos.

Nosotros no adheríamos a esa visión maniquea de la historia y sosteníamos que “el fin no justificaba los medios” sino que ambos, fines y medios, debían compadecerse. Era lo que, sin que se nos entendiera demasiado, proclamábamos como “la revolución en el marco del Estado de derecho”. Casi todos se nos reían porque el planteo era que eso no podía realizarse de esa forma y que por lo tanto era “contrarrevolucionario”.

Eran también tiempos de dogmatismos y de verdades reveladas que ponían a quienes no utilizábamos ese tipo de recetas aprendidas de memoria en situaciones complicadas. Porque el esquema de discutir y no asumir la propia fórmula como infalible le restaba peso a nuestras afirmaciones. Mucho más cuando se buscaban ejemplos prácticos en el mundo en los que nuestro “reformismo democrático” se estuviera aplicando con éxito. Mientras tanto, el planeta se dividía entre los proyectos comunistas -fueran soviéticos o maoístas-, el imperialismo capitalista y las luchas contra esa dominación por parte de los pueblos para instaurar nuevas dictaduras del proletariado.

El golpe de Pinochet en Chile fue brutal para nuestro planteo porque terminó derrocando a la última democracia reformista de izquierda que podíamos mostrar como ejemplo de respeto a ese Estado de derecho, al que siempre hacíamos referencia. El otro caso, que realmente era enrostrado para simbolizar el fracaso de este tipo de planteo, era precisamente el argentino, en el que las cosas iban camino al desastre aun cuando lo peor no había ocurrido.

Entonces, un tema que surgía en forma recurrente era el nivel de atraso del radicalismo en todas sus líneas. Había quedado reducido a un partido de viejos que pensaba, actuaba y comunicaba sus cosas de manera anacrónica. En esta cuestión de la comunicación nos producía un frontal rechazo el discurso florido que abundaba en adjetivos y carecía de conceptos.

En determinado momento, nuestro grupo tomó una decisión: nuestros discursos tenían prohibido agregar adjetivos y palabras como bello, duro, siniestro. No podían siquiera pronunciarse. Era un

ejercicio que hacíamos diariamente y que al principio no fue para nada fácil, pero que nos obligaba a desarrollar ideas y conceptos por sobre todas las cosas, una práctica que nos quedó para siempre.

Cuando alguien adjetivaba edulcorando una oración era automáticamente señalado por el resto para corregirle el desvío. Esa práctica aumentó sustancialmente el volumen conceptual de nuestros mensajes y logramos parecer antitéticos al “verbo balbinista”, como le decíamos a los cultores de la forma barroca de hablar de Ricardo Balbín.

La cuestión pasaba centralmente porque alguien pudiera, al final de un mensaje o discurso, sintetizar por lo menos cinco ideas importantes y no miles de palabras con casi nada de contenido. De la misma forma y en tono de broma podíamos estar horas hablando “precisamente acerca de nada”, como decía “El Goro” Gorosito para demostrar que también podíamos expresarnos de la otra forma, ampliando un lenguaje que a fuerza de práctica y lectura habíamos dotado de una enorme cantidad de vocablos y que, en nuestro caso, era producto de los libros que podíamos leer gracias a la biblioteca popular de la ciudad.

Fanta con Fernet

Ir a la Biblioteca Popular Municipal B Mitre era parte del recorrido habitual de mi vida. Siempre me hacía un tiempito para pasar. Allí tenía todo el silencio y los libros que quisiera a mi disposición para leerlos o llevarlos. Debía recordar lo que había porque no tenía otra forma de archivarlo que no fuera en mi memoria. Con el tiempo tomé como fórmula guardar referencias especiales porque no podía memorizar todo y porque –por otra parte- yo sabía que los ejemplares estarían allí por siempre. Entonces, cuando por algún tema me surgiera alguna duda, ubicaba mis referencias y luego iba a la biblioteca a buscar el libro que estaba necesitando.

En esos tiempos de siestas extensas que yo aprovechaba para no dormir, tenía un amigo del alma con el que recorriamos las calles de Saladillo en bicicleta: Omar Pérez. Era mayor que yo y estaba terminando el secundario para mayores. Su humildad y bondad quedaban demostradas en cada acción o reflexión que aportaba a nuestra amistad. Iba a buscarme a la puerta del negocio de mi padre y se quedaba esperando, sin bajarse de la bicicleta, hasta que yo terminara de ayudar y pudiera salir a dar una vuelta.

Nuestros recorridos incluían una parada en el taller donde se preparaba el auto de Turismo Carretera del pueblo. Allí podíamos estar horas mirando el trabajo de los mecánicos y hablando con Miguel, dueño y jefe de la concesionaria donde primero un *Valiant IV* y luego una *cupé Dodge GTX* se preparaban para correr los domingos.

Con Omar compartimos amistad en la plenitud de la adolescencia. Conversábamos sobre chicas, y disfrutábamos después del mediodía en un bodegón frente a la estación de trenes, donde nuestro hábito era tomar Fanta con Fernet en vasos gigantes y alinear recuerdos de carreras perdidas, de jugadas heroicas del Boquita de nuestros amores y, también, de mis poemas, que a mi amigo le parecían fabulosos.

Él decía que yo escribía como Hernández Arregui. Un día, me trajo uno de sus libros (que yo no conocía) y nos reímos de algunas similitudes en los versos y en las ideas, y de la misma rebeldía hacia el orden social. Además de compartir su tiempo conmigo, Omar enriquecía la visión de otras cosas que pasaban a nuestro alrededor y a las que yo no les hubiera prestado atención. Por ejemplo, la importancia de la lealtad personal y la confianza en nuestros pares. Con su sola presencia yo daba por sentado que la humanidad debía ser esencialmente buena, y que lo que quedaba por discutir eran los asuntos externos producidos por la misma sociedad, condicionada por esa maldad externa.

La paz pueblerina contrastaba con la violencia y la inseguridad política que vivía la Argentina de ese tiempo. Basta recordar que en los finales de los 60 había comenzado una actividad insurgente contra la dictadura de Juan Carlos Onganía, “un militar con aspiraciones

monárquicas”, como decía Fernando Volonté. Era una buena descripción. En una oportunidad, Onganía fue a la inauguración de la Rural de Palermo en un carruaje tirado por caballos, al modo de los reyes europeos. Además, expresaba la ideología de los cursillos de cristiandad, en los que aparecía cantando la célebre canción *De colores*.

La autodenominada “Revolución Argentina” o el “Onganiato” había derrocado a un gobierno inobjetable desde todo punto de vista como el de Arturo Illia (UCR). Pero la supuesta fortaleza del régimen totalitario se empezó a resquebrajar, a pesar de la complicidad de cierta dirigencia sindical y políticos adeptos, a partir del hartazgo de la gente y la decisión de tres dirigentes de diferente extracción política sindical de Córdoba, como Elpidio Torres (SMATA), Agustín Tosco (Luz y Fuerza) y Atilio López (UTA). En los últimos días de mayo del '69 estalló el “Cordobazo”. Fue una gesta de trabajadores y estudiantes que tuvieron como primer muerto a Máximo Mena, un joven de 27 años militante del radicalismo y obrero de la IKA-Renault.

Recreábamos la historia desde la tortuosa decadencia de la dictadura hasta el retorno de Juan Domingo Perón, con la abundante bibliografía que había en la Biblioteca Pública, como resultado del triunfo peronista de 1973, y que ocupaba numerosos estantes producto de muchos historiadores que seguían la vida del General. Pero esa abundancia contrastaba con los casi inexistentes recuerdos escritos de la gestión de Illia que nosotros buscábamos afanosamente para duplicarlos y transformarlos en material de nuestra propaganda política.

Paradójicamente eran los tiempos donde un líder de la UCR, Ricardo Balbín, insistía con la idea de la unión nacional para tratar de soldar una etapa de división profunda entre los argentinos. Pero no era esa la melodía que la mayoría de quienes eran parte de la política querían escuchar. Muchos estaban conjugando para sus acólitos el verbo de la acción, que no significaba otra cosa que la violencia existente y la por venir.

Para nosotros era importante haber recordado antes el Cordobazo y el Viborazo (o segundo Cordobazo, producido en 1971, del que no se tiene mucha memoria) porque fueron dos puntos de inflexión

no sólo en la historia de un régimen dictatorial que empezaba a agornizar, sino porque también fueron la última manifestación de resistencia organizada con participación del pueblo.

Durante los 70 este tipo de acciones quedaron reservadas para élites armadas que se autoproclamaban representantes de los sectores populares o dueños de la seguridad pública -en el caso de las fuerzas armadas- pero sin ningún tipo de consenso real. Es decir que el concepto de la democracia en cuanto a poder delegado o apoyo explícito fue ignorado porque, entre otras cosas, quienes así funcionaban no creían en los sectores populares a los que decían representar. Era un mesianismo ciego que jamás podía tener nuestro apoyo y, mucho menos, cuanto más totalitario se volvía.

Pero aún a la distancia percibíamos el marasmo violento abriéndose paso en los medios de comunicación nacionales que llegaban al pueblo en forma de diarios, por entonces los principales divulgadores de noticias. Yo los leía en la biblioteca o en *El Argentino*, en este caso con la posibilidad adicional de comentar las novedades del país con Fernando. Veíamos cómo a la llamada resistencia armada que podríamos sintetizar en Montoneros y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), combatientes en ese tiempo contra la dictadura de Onganía-Levingston (que estuvo sólo 9 meses, entre los dos cordobazos) y Lanusse, les surgía una competencia desde la derecha política sindical que se autodenominó Triple A (Alianza Anticomunista Argentina).

Tres letras A

Para nuestro grupo la Triple A era uno de los monstruos más terribles para el horizonte no sólo de una democracia racional sino también para el radicalismo combativo que tratábamos de expresar. La razón era que el debut de esta formación armada fue precisamente el 21 de noviembre de 1973, con el atentado contra nuestro senador predilecto, Hipólito Solari Yrigoyen.

Hipólito, junto con Raúl Alfonsín y Mario Amaya, eran las columnas con las que defendíamos nuestros postulados desde el progresismo. Nadie podía correr por izquierda cuando explicábamos sus acciones y sus proyectos. Con esas banderas nos sentíamos expresados y respaldados. En ese tiempo Solari Yrigoyen había realizado una intervención memorable de más de 4 horas en el Senado de la Nación, donde él representaba a Chubut. Unas horas después una bomba estallaba en su Renault 6 cuando le daba arranque en el garaje donde lo guardaba, y le destruía las piernas.

En ese discurso, que nosotros conocíamos casi de memoria porque fue editado en forma de libro, Hipólito explicaba todas las reservas y contradicciones del proyecto de ley de Asociaciones Profesionales, que él definió en ese debate que sólo serviría para consolidar el poder de los burócratas a los que denominaba como la “oligarquía sindical”, uno de los más grandes obstáculos para la democratización real de la Argentina.

A nadie le pasó desapercibido que el jerarca del sindicalismo burocrático de ese entonces, Lorenzo Miguel, lo calificara como “el enemigo público número uno”; ni tampoco que se acercara a la clínica donde los médicos se esforzaban por salvar una de las piernas del Senador, con un ramo de flores, para tratar de desprejarse de la autoría intelectual del atentado.

Podría decirse que las 3A surgieron como decisión política en el velorio de José Ignacio Rucci, apenas 56 días antes del atentado contra Hipólito Solari Yrigoyen, y como una respuesta al homicidio del Secretario de la CGT a manos de Montoneros, que dos días después de la elección de la fórmula Perón - Perón lo retaban al General mándole a su mano derecha dentro del justicialismo sindical, vívido en las retinas de todos sosteniéndole el paraguas el día de su retorno tan esperado.

En ese tiempo era común en las discusiones sostener que no eran lo mismo el terrorismo de derecha que el de izquierda, porque uno se había desarrollado como un mecanismo de defensa a la agresión

“apátrida” y, por ende, estaba legitimado por ese origen de resistencia del ser nacional ante la agresión externa, como si los muertos fueran buenos o malos según quién los contara.

En esa secuencia de terror y muerte, que la gran mayoría de los vecinos de Saladillo percibían lejana, ocurrió un hecho que conmovió a todos porque absolutamente a nadie le resultaba indiferente: la muerte de Juan Domingo Perón. Los peronistas lo lloraron con pasión. Aquellos que, como yo, no pertenecíamos a su movimiento nos sentimos impresionados por la envergadura de un caudillo capaz de encender tantos sentimientos. Aún quienes lo odiaban no tuvieron otra reacción que la del reconocimiento; y creo que todos nos sentimos expresados por las palabras de Ricardo Balbín, cuando dijo que: “Este viejo adversario despide a un amigo...”.

La paradoja fue precisamente que en el momento de lo que parecía la peor violencia política de la historia, la fractura que había dividido a los argentinos durante 28 años, se había extinguido por voluntad de ambos líderes. Pero el problema que terminó por consumir en forma más acelerada la salud del tres veces presidente, no era ya esa grieta, sino una nueva entre grupos de su propio movimiento.

Al principio, Perón la había alentado porque le resultaba funcional. Eso fue lo que ocurrió con los focos insurgentes que actuaron contra la dictadura de Onganía – Lanusse. Pero en una reunión -antes de su retorno al país- con los líderes de Montoneros le había quedado en claro que más temprano que tarde habría un enfrentamiento violento en la Argentina.

Su plan de pacificación, que había comenzado enrarecido porque el ERP no había aceptado el cese del fuego con las elecciones del 11 de marzo del 73, terminó muy pronto de complicarse cuando Montoneros decidió la eliminación de José Ignacio Rucci. Los hechos se aceleraron cuando, en medio de cánticos hostiles el mismo Perón echó de la Plaza de Mayo a la juventud radicalizada de su partido en mayo del 74. El General, ya agotado, se vio obligado a hacer una apelación al cese de la violencia y a la pacificación por cadena nacional en junio

y, finalmente, murió unos días más tarde, provocando una terrible sensación de orfandad para más de la mitad de los argentinos.

Mucho debatimos en nuestro grupo sobre lo que podía ocurrir en la Argentina sin un dique de contención como el que Perón había sido hasta ese momento, aunque ya tenía profundas fugas y contradicciones lacerantes. El debate entre la patria socialista y la patria peronista dejaba afuera a enormes mayorías de la población que creíamos en la democracia como sistema político.

Nosotros bregábamos por una ruptura real del sistema de dominación imperante en la etapa de la Guerra Fría, pero no imaginábamos otro sistema que la democracia para lograrlo. Creíamos en la necesidad de cambiar el sistema productivo existente, pero estábamos convencidos de que el socialismo no era aplicable en nuestro país y que tampoco nos llevaría a desarrollarnos desde el punto de vista económico.

Condenábamos su metodología violenta no sólo porque estábamos absolutamente contra sus terribles efectos, sino porque además afirmábamos que terminaba haciéndole el juego a los sectores de la derecha que tenían el poder de las armas en forma de fuerzas de seguridad. Obviamente que con los sectores conservadores nuestras disidencias eran absolutas porque la aplicación de sus posturas únicamente podía llevarnos a ajustes económicos e inevitablemente a una dictadura. Por eso es que fuimos fijando posición sobre todos esos temas durante un largo y extenuante 1974 que me inspiró estos dos poemas que trataban de describir la situación en que vivíamos:

La condena del hermano mayor: subdesarrollado

Sucias las sienes / y el cuerpo transpirado, / el pie mugriento / y un dedo lastimado, / callos en mano / por mango desgastado, / lengua sedienta / y pulmón contaminado, / suenan las tripas / y el hambre allí guardado, / alta perso-

na / lo aguarda muy callado, / alza la vista / hacia el juez
en el estrado, / firme y humilde / espera el acusado, / di-
cen la pena / por la que es juzgado. / Todo se basa en SER
/ y haber gritado, / no resistir más el llanto derramado. /
Por existir solo junto al ser amado. / Por no tener más uñas
porque las ha gastado. / Por no tener más piel de tanto
magullado. / Por no tener ni ropas / ni un mísero calzado.
/ Por no saber lo que es estar sentado. / Por no conocer las
ropas de un prelado. / Por ignorar el color / de algún bi-
llete dado. / Por no saber lo que es / de ellos un subgrado.
/ Baja el martillo y el caso está cerrado. / Se lee la pena a
la que ha sido condenado: / Seguirá viviendo como hasta
ahora, / así explotado. / Hasta que conozca de modas / y
sea perfeccionado. / Hable un inglés un tanto decorado. /
Disfrute del chiste, profundo y rebuscado. / Use patines
sobre los pisos encerados. / Baile la música y los versos
importados. / Crea las mentiras que se hayan publicado.
/ Y odie el maíz / que usted ha cosechado, / las vacas, las
aves y animales / que ha criado. / Pelee con su hermano
porque lo han insultado, / o se agarre a los tiros con el pri-
mer soldado. / Si usted les hace caso / Tendrá el pasado
y el futuro asegurados / y ellos se irán, ya muy confiados /
cuando en su Patria / ni tan sólo un recurso haya quedado.

Setiembre 1974

Un nuevo engendro: el terror

Porque engendrar, engendra / Y para muchos crecer, /
para algunos comenzar a fenecer. / Entonces preguntar:
¿Por qué? / Resulta iluso, / si el futuro de engendrar /
se basa en un abuso. / Un poder dominante, lo disculpa

/ pero matar, / define para Dios, una gran culpa. / ¿Por qué disculpar? / ¿Por qué ocultar? / Si dos asesinos son iguales / ¿Qué diferencia de poder, / hace menguar sus males? / Rezar por unos / y escupir a otros, / hace pensar, vosotros: / ¿por qué tenéis un distintivo / que diferencia con sumo pensamiento / al animal del hombre esquivo, / o conocéis a la gente por su aliento?

Diciembre 1974

Estos versos un tanto rústicos y desprolijos reflejaban mi forma de pensar a los 16 años: valía la pena luchar por una sociedad mejor que se fundara en la justicia en todas sus formas. La discusión más conflictiva de entonces se expresaba en cuál era el camino para lograrla. Y allí residían las grandes diferencias dentro de lo que definíamos como el campo popular. No alcanzábamos a vislumbrar que ese mismo campo popular podía a su vez dividirse de acuerdo a cuál fuera la forma de alcanzar la felicidad de nuestro pueblo, y cuánto podían influir esas formas diferentes en la vida de todos.

Tendíamos a pensar que cada sector era responsable por sus propias acciones pero que ellas sólo impactarían en su propio seno. No nos dimos cuenta que cada una de nuestras decisiones finalmente serían pagadas por toda la comunidad a la que decíamos representar.

3 / ¿CUÁL ES TU NOMBRE DE GUERRA?

En el baúl de un Falcon

El Falcon avanzaba como si fuera dueño de la calle. Las marchas gemían y los rebajes marcaban la aproximación a cada esquina. Yo iba y venía sobre el piso del baúl, tratando de adivinar hacia dónde íbamos. Pero a poco de andar me desorienté y sólo trataba de calcular el tiempo de traslado, como si pudiera fugarme y volver caminando. Era una forma de no pensar en cuál podía ser mi destino.

Trataba de imaginarme qué ocurriría cuando el vehículo se detuviera y rápidamente me convencí de que ese no era un buen plan porque me cargaba de ansiedad y no tenía ninguna respuesta. Si me mataban en algún lugar cuando el auto se detuviera, o si me llevaban a otro sitio, no había grandes diferencias. No tenía registro de nadie que hubiera vuelto de ese tipo de secuestros.

El balance de mi vida me daba positivo. No en vano estudiaba para ser contador. Pero ese balance no era numérico sino que recopilaba sensaciones e historias breves con las que recorría los recuerdos de mis 19 años, de los cuales los últimos cuatro habían sido tan intensos que parecían un siglo. A pesar de la gravedad por las que se fue deslizando la historia del país, yo tenía una cantidad de bue-

nos momentos y enseñanzas profundas que me habían marcado para siempre, y me sentía orgulloso de haberlos experimentado. Si mi vida se terminaba podía hacerme cargo de su resultado y sentirme feliz por haber vivido ese tiempo.

En la oscuridad del baúl no sentía que me faltara el oxígeno ni tuve claustrofobia. Tampoco era un buen momento para descubrir ese tipo de padecimientos. Seguía preocupado por el estado de mis compañeros del centro de estudiantes que no había podido ver cuando me secuestraron, y estaba intrigado por el tiroteo que ocurrió con mi llegada.

Mi intuición me decía que estaban dando vueltas en círculos para desorientarme. Si eso era así, sólo podía tener sentido para salir de la ciudad en algún momento; y si mi destino era ejecutarme, no iban a perder tiempo de esa forma. Para ocupar mi cabeza empecé a imaginar hacia dónde me estarían llevando. Descarté la dirección norte, es decir hacia Capital Federal, porque no se escuchaban autos ni ruidos externos. El camino daba para la soledad. ¿Estábamos yendo hacia el Sur o hacia el Oeste? Me convencí de que íbamos al Sur, tal vez hacia Magdalena. Allí había un penal para reclusos. Pero por la misma intuición descarté esa posibilidad.

Tenía referencias de un lugar de reclusión clandestino en Arana, al Sudoeste de La Plata, claro que mucho más cerca de lo que habíamos recorrido. Cada vez me convencía más de que íbamos en ese rumbo, donde había una guarnición militar. Al final del recorrido aminoramos la velocidad y sentí una serie de serruchos en los neumáticos que obligaban a bajar la marcha. Luego me pareció que pasamos una vía. A los pocos metros el auto se detuvo. Escuche que mis secuestradores hablaban pero no pude entender qué decían. Me dio la impresión de que había un guardaguanado. Lo conocía porque desde los 6 años le abría las tranqueras a mi padre cuando lo acompañaba a realizar los repartos en los que llevábamos alimentos y comprábamos aves y huevos en las chacras de Saladillo.

Fue un recuerdo grato porque pasé toda mi infancia y parte de mi adolescencia bajando del camión para abrir y cerrar esas puertas gigantes de alambre o madera. Atravesábamos esas líneas divisorias y recorríamos las chacras donde estaban las familias de cientos de amigos con los que mi padre compartía una ginebra en cada casa y yo desayunaba varias veces por mañana como prenda de respeto. Tomé ese recuerdo tan grato como si fuera una despedida de la felicidad que había vivido hasta entonces: lo que venía no tendría nada bueno.

La puerta del baúl se abrió y sentí el brusco cambio de la temperatura. En ningún momento me había sacado la campera de corderoy marrón que me había tocado en el reparto de la ropa de mi abuelo Luis. Estaba como nueva, y yo sabía que él la apreciaba porque se la ponía los domingos para ir a jugar al *mus* con sus hermanos. La bolsa que me habían puesto en la cabeza seguía impidiéndome ver a quienes ahora me indicaban que debía volear la pierna para bajar a tierra.

Me agarraron muy fuerte de los brazos y con ese impulso salí lanzado y caí de rodillas. El suelo de piedras pequeñas parecía de un estacionamiento de autos en medio del campo, porque en ese momento no se escuchaba más que un profundo silencio. Me llevaron caminando rápido hasta un lugar al que entramos los tres juntos, pero enseguida me pusieron contra la pared, con las manos atadas. Pasaron minutos u horas que yo no pude registrar y que se interrumpían a cada rato con un empujón que me hacía golpear la cabeza -que tenía gacha- contra la pared. Una pregunta sonaba a un insulto: “¿Cuál es tu nombre de guerra? ¿Cuál es tu nombre de guerra?” Y yo sólo podía decir: “Soy Javier, soy Javier”. Porque, además, si bien suponía que se trataba del seudónimo que usaban los denominados subversivos, no tenía familiaridad con ese tipo de terminología ni tenía intención de que pareciera que así era.

Así pasé lo que me pareció un cambio de guardia. Cuando arribaron los nuevos, alguien se encargó de mí: “¿Y vos de qué orga venís pibe?”, me preguntó uno, levantando la voz y empujándome de vuelta contra la pared. “Yo soy radical, ¡de la Juventud Radical!”, grité. “Ah,

sos jodón, pelotudo. Decime: ¿en qué organización subversiva militar, imbécil?, me preguntó el verdugo. “Soy de la Unión Cívica Radical, de la Junta Coordinadora Nacional de la UCR”, le insistí.

Molesto, me tomó de los brazos, atados atrás de la espalda, y me zamarreó para conseguir la misma respuesta. Se enojó más, caminó unos pasos hacia otra persona que estaba cerca pero que yo no había notado que estaba allí y le dijo con fastidio: “¿Qué mierda hace un radical acá, la puta madre? ¿Están levantando cualquier cosa?”. El otro le susurró: “Ojo, que éste no es un perejil: es de los que bajan línea”. Ese comentario, en ese lugar, era una etiqueta complicada que todavía no sabía lo que significaba en los cerebros de los tipos que me tenían secuestrado.

Al final vino uno que podía ser alguno de los anteriores pero no hablaba. Me llevó del brazo por distintos recovecos de esa edificación en la que sería un huésped más. No se escuchaban voces pero sentía la existencia de gente en casi todos lados. El que me guiaba en un momento se detuvo y me hizo agachar para que percibiera la existencia de una colchoneta flaca, sin funda, en la que debía echarme. Cosa que no me resultó fácil con las manos atadas detrás de la espalda. Pero cuando finalmente lo hice, el guardia me desató, me puso una esposa en la mano izquierda y la enganchó cerrándola en una argolla que emergía del piso, de manera que quedé anclado al suelo sin otra movilidad que la que me permitían esos 20 centímetros de recorrido.

Al rato volvió y me tiró encima de las piernas una frazada liviana con la que entendí que debía taparme para protegerme de un frío diferente que emergía del piso en forma de una humedad que el colchón chupaba sin parar como si fuera una esponja gigante. El viento y el silencio se colaban y parecían tocarme.

Cuando el guardia se fue me recosté sobre el lado de la argolla en la que estaba la esposa agarrada a mi muñeca. Esa debía ser mi orientación porque no podía cambiar la cabecera ni tampoco el lado sobre el que debía apoyar mi cuerpo. Traté de mirar por el borde inferior de la bolsa que tenía sobre mi cabeza. Allí me percaté de que en algún

momento me habían cambiado la funda de la cama con la que me cubrieron en el Centro de Estudiantes por una bolsa oscura, mucho más grande, que casi me llegaba a la cintura y no me dejaba resquicio para -en posición horizontal- poder mirar y tener una primera impresión del lugar donde estaba.

Era tal mi excitación que el agotamiento me vencía pero mis ojos no se cerraban a pesar de estar dentro de una oscuridad a la que tendría que acostumbrarme. De chico siempre tuve temor a quedar ciego, y en esa situación en la que estaba obligado a estar a oscuras, no tenía certeza si al prolongarse esas condiciones, mis ojos - por falta de uso - perderían la capacidad de ver.

Pasaron minutos u horas en esa situación de reposo forzado sin lograr dormirme, muerto de cansancio, hasta que cerca de mí, mucho más cerca de los que me hubiera imaginado, escuche una vocecita que me preguntaba quién era y de dónde venía.

Le contesté igual que al guardia, porque aunque no me parecía para nada que pudiera ser uno de ellos, me invadía la desconfianza. Cuando le dije mi nombre y apellido y que era radical, la voz lo repitió para un lugar un poco más lejano como si pasara esos datos a otros y luego todo se transformó en un susurro: “¿Y por qué te chuparon?”. Era la voz de una chica. “No sé, debe ser porque escribía en un periódico de mi pueblo. En La Plata yo no militaba”, le comenté en voz baja. “Capaz que te ficharon por eso”, me respondió, dándole un sentido de comprensión a mis palabras. Pero ahí se cortó el diálogo y yo no me atreví a hablar más. Primero, porque suponía que había gente cuidando que no se hablara; y, además, porque yo no sabía nada acerca de lo que existía fuera de la bolsa que cubría mi cabeza.

Estás en La Cacha

“Estás en La Cacha ¿Cómo me dijiste que te llamabas?”, me dijo la vocecita después de un silencio. “Javier, me llamo Javier ¿Y qué

es La Cacha?”, le pregunté, aunque me imaginaba la respuesta. Me contestó: “Un chupadero donde traen a los que levantan en esta zona. Se llama así por la Bruja Cachavacha que hacía desaparecer a los chicos en *Hijitus*”. “Yo debo estar por error acá adentro”, le comenté, atreviéndome a tomar la iniciativa por primera vez. “Sí, eso es lo que dijimos todos cuando recién nos trajeron”, me respondió.

Le pregunté si éramos muchos los que estábamos ahí. Tenía tantos interrogantes que me quemaba la garganta. “Sí, como 50”, pero no siempre estamos los mismos. A veces algunos se van y vienen otros. Como vos por ejemplo”, me contestó. Ella hacía más o menos seis meses que estaba ahí. “¿Qué fecha es hoy?”, me preguntó. Era 3 de junio. “Yo estoy desde enero”, dijo, y me hizo un sonido como el de la lechuga: “Shhh...”, por el que entendí que debíamos callarnos: alguien se acercaba.

Desde algún lugar entraba claridad, lo que indicaba que un nuevo día estaba amaneciendo. Venía de arriba como si en algún lugar hubiera ventanales y por allí se sumergieran rayos de luz frenados por algún motivo que yo desconocía. La mañana del viernes se abrió ante mí de una forma totalmente distinta a lo que me hubiera imaginado. No había dormido siquiera un instante desde el día anterior y no tenía sueño. Eran tantas las incertidumbres que colgaban de mi cabeza como el pelo achatado por este nuevo sombrero que me habían puesto.

No podía parar de pensar en mis padres. ¿Qué harían cuando se enteraran de mi secuestro? A mi hermana, que estudiaba también en La Plata y que vivía en una pensión de 11 y 60, ¿la traerían también a La Cacha aunque no hubiera hecho nada? Fernando Volonté, que se había salvado aquella vez en Saladillo cuando lo detuvieron y la pueblada lo liberó, ¿también lo traerían conmigo? ¿Qué había pasado con mis compañeros del Centro de Estudiantes? Eran tantas preguntas sin respuestas que finalmente empecé a tratar de ordenar mis pensamientos. Cuando lo logré, la tranquilidad me permitió por primera vez dormir un rato.

Una onda expansiva

Como si fuera la onda expansiva de una de las tantas bombas atómicas que estallaban en forma subterránea en los territorios de las grandes potencias que se disputaban la primacía del poder destructivo, en los primeros meses del 75 el clima de sofocación y de violencia comenzó a llegar cada vez más a nuestra pequeña y tranquila ciudad de Saladillo.

Ese año EE. UU festejó el estallido número 800 con cargas atómicas cada vez más potentes, y algo parecido ocurría del lado soviético, aunque esa información era desconocida para el resto del planeta. Así como el mundo avanzaba raudo a su propia destrucción, la Argentina iba recorriendo el mismo camino pero con armas mucho más convencionales.

En Enero de ese año nos juntamos los que integrábamos el pequeño núcleo de reflexión política que lideraba Fernando Volonté, y que además de Pancho Ferro, “Goro” y yo, integraba también Lolo Espíndola, un joven chacarero de Álvarez de Toledo que aportaba una espectacular capacidad de síntesis en las conclusiones de cada tema; Omar Iocco, que se estaba por recibir de contador público (lo que nos

garantizaba un buen enfoque de los asuntos de la economía); y Abel Gianonni, de la Juventud Radical, que tenía un kiosco en el corazón de la ciudad desde donde captaba toda la información del ambiente.

Veíamos un horizonte de dificultades cuyo eje central para el conjunto social no pasaba por una discusión ideológica entre los sectores que se disputaban el poder, incluso usando la violencia, sino porque la economía del país se había detenido luego de 11 años de crecimiento en los que influyó la inercia favorable dejada por la gestión de Illia y que no pudieron (a pesar de su esfuerzo), destruir totalmente los gobiernos posteriores.

En realidad, los problemas tuvieron un origen externo provocado por la crisis del petróleo de 1973, lo que firmó el acta de defunción para el modelo que hasta entonces había existido en la Nación. El pacto acordado por el ministro José Ber Gelbard, que permitía aumentar el consumo a partir de subir los salarios y mantener los precios -y que terminaba en junio del 75- se había acabado mucho antes con su renuncia en octubre del 74. Mientras que el interinato de Gómez Morales, tan breve como intrascendente, había dejado el cargo en manos de Celestino Rodrigo, predestinado a incorporarse a la historia negra de la economía argentina.

A los distintos sectores del campo, que en nuestro caso se expresaban por pequeñas explotaciones en las que por las sucesiones familiares había quedado dividido el partido (y que le daban pujanza al comercio vinculado a comprar y vender al ritmo de las cosechas), se les había acabado una etapa de buenos precios. La inflación los consumía igual que al resto, pero con el dólar congelado y dividido en tres cotizaciones reguladas, el valor de sus producciones languidecía sin soluciones a la vista. La falta de información cubría de indiferencia los hechos que se iban suscitando y que sólo un pequeño grupo de la comunidad seguía día a día.

El 7 de febrero los Montoneros asesinaron a Antonio Muscat, un gerente de Alba. Era la respuesta al decreto que dos días antes Isabel Martínez, ya a cargo de la presidencia, habría firmado en acuerdo

general de ministros, autorizando la intervención del Ejército Argentino a “neutralizar y/o aniquilar el accionar subversivo” en la provincia de Tucumán, donde existían focos guerrilleros comandados por el ERP.

Supusimos que Montoneros estaba reclamando para sí mayor atención de parte del aparato represivo del gobierno, con el fin de no perder la centralidad que de alguna manera el Ejecutivo Nacional le había reconocido a los *erpianos*. Una hipótesis lamentablemente confirmada el 21 de marzo de 1975, cuando se desencadenó lo que se denominó “La masacre de Pasco”, donde medio centenar de hombres de la Triple A salieron a cazar militantes de la Juventud Peronista en Lomas de Zamora con un listado muy específico de a quiénes buscar.

El objetivo eran los seguidores de Pedro Turner, intendente depuesto por considerarlo “zurdo” y reemplazado por el concejal Eduardo Duhalde. De acuerdo a nuestros datos de ese entonces, que no fue fácil conseguir, ocho personas fueron secuestradas en esa redada que contó con la zona liberada por la policía de una provincia ya al mando de Victorio Calabro.

El peronismo de derecha había echado en enero del 74 a su gobernador, Oscar Bidegain. Un mes más tarde le ocurrió lo mismo a Ricardo Obregón Cano, gobernador de Córdoba, detenido por su jefe de policía, Antonio Domingo Navarro, un fascista insurrecto que contó con la venia presidencial. Después de ese golpe de estado, la provincia de Córdoba fue intervenida y el vicegobernador electo en 1973, Atilio López (uno de los tres líderes del Cordobazo) fue asesinado por la Triple A en setiembre de 1974.

La información de “La masacre de Pasco” nos llenó de pavor. A las ocho personas secuestradas (entre las que se contaban los dos hermanos Díaz, de 14 y 16, respectivamente; y el concejal Héctor Lencina, opositor a Duhalde) las subieron a un micro de línea al que detuvieron en la Avenida Pasco, los bajaron y los fusilaron delante de todo el mundo, además de dinamitar los cadáveres esparciendo por todo el vecindario pedazos de cuerpos que quedaron colgando de los cables

y en las veredas de las casas de los vecinos que, aturridos, salieron a ver qué había ocurrido.

La respuesta no se hizo esperar. El 2 de abril, Montoneros ejecuta a un teniente coronel del Ejército. La violencia se iba instalando en la República ante la indiferencia de una comunidad cuyas preocupaciones lógicamente pasaban por otras cuestiones, más vinculadas a una economía que ya no daba respuestas a requerimientos básicos de casi ningún sector nacional, más una inflación que devoraba salarios y destruía empresas.

De ese momento hubo dos temas que nos quedaron grabados en las reuniones semanales que hacíamos con nuestro grupo de Saladillo; a veces en el diario, en la casa de Fernando o en el Comité Radical. El primero, era que a mediados del mes de abril habría elecciones a gobernador y vice en la provincia de Misiones. Los elegidos en 1973 habían muerto en noviembre de ese año en un accidente de aviación, y el peronismo había dilatado las elecciones hasta que ya finalmente en enero del 75 el gobierno federal intervino la provincia para convocar a elecciones.

Los candidatos fueron Miguel Alterach, por el FREJULI (Frente Justicialista de Liberación); Ricardo Barrios Arrechea, por la UCR; y Agustín Puentes, por el debutante Partido Auténtico, que nucleaba a toda la izquierda peronista apoyada por los Montoneros y la JP.

El *Cacho* Barrios Arrechea era un joven militante de *Renovación y Cambio* que motivó que todos ayudáramos en esa elección. Nuestros legisladores provinciales como *Cachi* Casella y Fernando Volonté se trasladaron a Misiones a trabajar la campaña y volvieron maravillados del contacto que el radicalismo tenía allí con los sectores más postergados y el nivel de popularidad del partido y de nuestro candidato.

Sólo 7 puntos lo separaron del candidato del FREJULI, que contó con todo el apoyo del gobierno nacional. Con 38,7%, Barrios Arrechea mejoró sustancialmente los guarismos que la UCR sacaba en la década de los 70. De esa elección aprendimos que realizando un

trabajo comprometido, con un proyecto claro y buenos candidatos, se podían ganar en elecciones libres, con lo que confirmamos que la democracia era el camino a seguir.

La izquierda peronista, más particularmente Montoneros, que sacó el 9%, descartó definitivamente esa metodología para llegar al poder. Sus planteos no recibían el apoyo popular que suponían que debía tener. Confirmaron entonces que el poder estaba “en la punta de los fusiles”, razón por la cual ir a elecciones constituía una pérdida de tiempo.

El segundo gran aprendizaje ocurrió unas semanas más tarde cuando nos llegó la invitación para participar de un acto en Avellaneda y decidimos que fuera casi todo el grupo. Entonces armamos una pequeña logística para poder llegar hasta un gimnasio muy grande de un club de Villa Corina, una zona muy humilde de casas bajas y calles estrechas, al lado de una “villa miseria” construida con chapas de cartón y rezagos de hogares más pudientes.

El olor de los chorizos inundaba el recinto en forma de un humo blanco que se esparcía siguiendo la dirección de nuestras narices. A ese acto llevé una libreta y una lapicera para tomar nota. Ya habíamos tomado la decisión de comenzar a editar *Lucha Popular*, el periódico oficial de la Juventud Radical de Saladillo, y esta cobertura nos daba material muy fresco para confeccionar el informe de lo que finalmente fue la contratapa.

Los dos últimos oradores fueron Ricardo Barrios Arrechea, que venía de la gesta heroica de Misiones; y Raúl Alfonsín, que presidía el *Movimiento de Renovación y Cambio*. Nunca voy a olvidarme que en su tonada misionera, *Cacho* se pronunció sobre lo que debía ser el destino del partido de Yrigoyen diciendo: “Yo ya estoy cansado de que me vengan a decir que el radicalismo es la reserva moral de la Nación. Quiero que deje de ser un vino reserva para ser un vino común que esté en la mesa de todos los argentinos”, arrancando una ovación y confirmando el por qué de su raigambre popular.

El cierre encontró a un Alfonsín altamente preocupado por lo que estaba ocurriendo en el país y con la interna partidaria a flor de piel. Reclamaba más dureza con el gobierno y fijar posiciones en todos los temas. Su momento de aplauso cerrado fue cuando gritando con su voz grave le espetó a la conducción de la UCR: “Que se queden con todos los cargos si eso es lo quieren. Pero que nos dejen el partido para hacer del radicalismo el movimiento popular que gobierne en la Argentina”.

Escaso apoyo

Lucha Popular nació a la luz pública en mayo del 75. Era el hermano pequeño de medio tabloide doblado de *El Argentino*, con una tirada de 500 ejemplares de distribución gratuita pero que no se negaba a aceptar contribuciones.

En su corta vida se imprimieron cuatro números bimestrales con una diagramación típica de editorial y dos notas en tapa. El resto, eran las secciones nacional, internacional y –la más importante- la destinada a la información partidaria.

Hacerlo resultaba muy fácil porque al escribir para el diario tomábamos de allí las notas que nos parecían las mejores y luego se le daba forma. Fernando Volonté se abstenía de participar y de opinar acerca de cómo hacer nuestro periódico, aunque se imprimía en sus instalaciones y los recursos humanos y materiales de impresión salían de sus arcas mediante su amable donación.

Con el número uno en nuestras manos fuimos a entregarle un ejemplar a Raúl Alfonsín durante una charla en Saladillo y nos hizo el honor de leerlo completamente, mientras los más grandes trataban de hablar con él de cuestiones vinculadas a la Sección Séptima. Nos emocionó muchísimo cuando leyó la contratapa que comentaba el acto de Avellaneda y preguntó: “¿Quién hizo este artículo?”. A mí me dio vergüenza decir algo, a lo que “Goro” le respondió, señalándome:

“Javier”. “¿Qué edad tenés vos?, me preguntó Alfonsín. Le dije que tenía 17. “Tenés una buena pluma, pibe. Esto está muy bien sintetizado. Ojalá los diarios nacionales nos reflejaran de esta forma”, me dijo, doblando nuestro periódico y metiéndolo en el bolsillo de ese saco gris que de tanto uso iba tomando el color de los recuerdos.

Fue precisamente en los primeros días de junio cuando nuestra monotonía de pueblo se quebró notificándonos que todo aquello que nosotros seguíamos día por día pero que a casi nadie interesaba, en realidad impactaría también sobre la pequeña ciudad. Se había desatado *el rodrigazo* y con él un verdadero terremoto económico que derritió salarios y pasivos, y pulverizó esperanzas de millones de personas que no sabían lidiar con una inflación del 777% anual, además de una devaluación inicial del 160%, que con el aumento de tarifas encendió la mecha de un shock ingobernable para una Presidente que no podía manejar siquiera situaciones normales.

Ese momento fue la puesta en valor de casi todo lo que nosotros habíamos estado haciendo por esa misma sociedad que no nos prestaba atención. Como un boxeador golpeado, la comunidad buscaba por lo menos una explicación, y todas nuestras advertencias anteriores empezaron a tener un sentido.

Debíamos comunicar algo que diera certeza acerca de lo que estaba pasando, y cargar con dureza sobre el sector de la derecha peronista que manejaba la economía. ¿Quiénes eran los buenos y quiénes los malos? Como siempre ocurre en esas situaciones, en vez de buscar responsabilidades la gente buscó culpables. Por supuesto que nosotros salimos de inmediato a explicar por qué había pasado todo eso y cuáles eran las fórmulas para salir de semejante desastre.

El aprendizaje fue que uno debe sembrar siempre aunque tenga la sensación que hacerlo no sirve para nada. *El Argentino* fue un faro en la explicación de un fenómeno brutal de transferencia de ingresos y de ajuste económico, además del inicio de una fase terminal de la crisis política de entonces.

Junto con la devaluación del peso, se devaluó el valor de la palabra de la corporación política, que reaccionó con un criterio defensivo antes de cumplir con sus obligaciones primarias. Así se exacerbaban todas las contradicciones, al punto que un burócrata de derecha como Lorenzo Miguel se enfrentó con un terrorista de derecha como José López Rega; y éste, que ya era responsable de más de 500 muertes en la Argentina, comenzó a despedirse del poder (no por semejante crimen de Estado, sino por la debacle de la economía).

Cuando nosotros, desde el mismo periódico que había estado denunciando los horrores de la Tripe A ante una sociedad que veía esos hechos como lejanos, pudimos anclar la responsabilidad del *rodrigazo* en el brujo que estaba detrás de la Presidente, recién entonces logramos que fuera catalogado como lo que realmente era: un asesino político enclavado dentro de la trama del poder del gobierno. Fue nuestro primer logro objetivo en la batalla comunicacional que estábamos librando desde hacía ya bastante tiempo, y así lo percibimos. Sirvió para ratificar nuestra estrategia de confrontar contra los verdaderos enemigos de la Argentina que, simultáneamente, eran los enemigos de la democracia.

Es en esos meses en los que ocurrieron hechos que conmovieron y estremecieron al mundo: cae Saigón y termina la guerra de Vietnam con la primera derrota militar de la principal potencia de la Tierra, lo que hace florecer en la mente de muchos la idea de que la guerra popular revolucionaria no sólo es factible sino que tiene por destino el triunfo. De parte de los EEUU, recrudescen todos los argumentos a favor de la guerra fría y de la amenaza guerrillera en todo el planeta. El patio trasero se vuelve prioritario, la Doctrina de la Seguridad Nacional americana se potencia y se transforma en una política explícita e institucional que inunda todo el territorio de América Latina, robusteciendo todos los pronunciamientos de rechazo de quienes no adheríamos a semejante planteo. Ni siquiera la reapertura del canal de Suez (8 años después de su cierre durante la Guerra de los Seis Días) es capaz de reinstalar un ánimo de paz mundial.

Todos esperábamos que la primavera del 75 presentara alguna sorpresa positiva en un panorama que se iba cargando de angustia y pesar. Sin embargo, en cada reunión semanal veíamos cómo nuevos nubarrones se concentraban para marcar un futuro cada vez más complicado. En la edición del 11 de setiembre de *El Argentino*, Fernando Volonté reflejaba esa situación con una editorial que tituló “Escaso apoyo”. Se refería al pronunciamiento militar de los altos mandos que encabezaron Viola y Suarez Mason, y que terminó entronizando a Jorge Rafael Videla como máximo jefe, pulverizando la capacidad de gestión del recientemente designado ministro del Interior de Isabel Perón, el también militar Vicente Damasco.

Fernando destaca el poco respaldo que tenía el ministro, a pesar de provenir de las entrañas mismas del peronismo. Unos días después renunciaría a su cargo, en el que estuvo apenas poco más de un mes. Una semana más tarde, Fernando agrega otros elementos de análisis que ilustran lo complejo de la situación. Hace referencia a una reunión nocturna de la Presidente con sus acólitos (que muchos de los que estuvieron allí definieron como “histórica e histérica”), en la que además de confirmarles a todos que había designado a Videla como Jefe del Estado Mayor, les anticipa un viaje al interior, más precisamente a Delfín Gallo en Tucumán.

En ese acto, Isabel Martínez hace una apología en defensa de su gobierno, y en medio de un discurso improvisado que la muestra en una situación cercana al desquicio, arremete duramente contra la oposición, rompiendo lazos sustanciales para la defensa del sistema de la democracia. Fernando, un cultor de los detalles, siempre decía que del análisis de los pequeños actos se podían prefigurar las grandes consecuencias de las acciones humanas.

Ese mismo sábado Isabel se toma licencia por 45 días permitiendo la asunción del Presidente Provisional del Senado, Italo Argentino Luder, y se genera una expectativa de encauzar una crisis que ya se vislumbraba por afuera del nivel del gobierno, es decir institucional.

5 / CÓDIGO DE SUPERVIVENCIA

Bicicleta, parrilla

Volaba mi bicicleta roja por la calle Belgrano hasta Alem, donde la vía impedía pasar. Devoraba las cuerdas con un frenesí propio de un bólido entre humano y mecánico. El doble freno delantero y trasero que habíamos inventado en la bicicletería de *Nanni* (un cascarrabias de gran corazón que nos regalaba todo) garantizaba detener esa marcha de locos, aun cuando cada tres meses debíamos cambiar las horquillas, que se doblaban y amenazaban quebrarse por ese freno de potencia, llamando al desastre.

Sobre Alem estaba el taller donde preparaban los autos de TC. Desde las puertas enormes de chapas verdes podía verse la prolijidad de quirófano y, al fondo, la cola majestuosa de la Dodge GTX esperando la próxima carrera. Sería en 25 de Mayo, y todo el pueblo estaría alentando para darles pelea a los Ford de Gradassi y Estéfano, dos ases de la época.

Pero esta vez miré bien al fondo y vi todo oscuro. Traté de girar hacia la derecha para preguntarle a Omar, por qué no estaba el auto. Allí sentí el tirón, como si Omar me tomara muy duro de la muñeca izquierda y me impidiera dar vuelta. Era la esposa policial que me

sostenía el brazo e impedía que me diera vuelta del lado derecho para poder dormir. Me desperté: no estaba en el taller de Saladillo sino en La Cacha.

La depresión que me producía darme cuenta que estaba secuestrado con una bolsa en mi cabeza era inmensa. Pero mucho más brutal era el contraste entre el sueño en libertad y la realidad de estar amarrado al piso sin poder levantarme. Sentía una tremenda opresión en la vejiga. No sabía cuánto tiempo había pasado sin orinar. La locura que había vivido en las últimas horas me hicieron perder la noción del tiempo, pero ahora el cuerpo me estaba marcando con dolor el límite de mi capacidad de almacenamiento.

Ya era de día y algo había dormido. Mi gran duda era cómo haría mis necesidades si estaba amarrado al piso. Fue en ese momento que escuche un grito que llenó el silencio: “¡Buenos días, delincuentes subversivos!”. Un coro de susurros respondió: “Buenos días”. Había llegado la nueva guardia, según me sopló alguien que estaba cerca. Comenzaron a escucharse ruidos. Alguien pidió si lo podían llevar al baño. “Ah, Chango, ¿me vas a decir que te estás meando?”, le respondió uno de los guardias, a lo que el primero le contestó: “Y, sí”.

Fuimos pasando todos de a uno por vez. Cuando ya habían pasado unos cuantos dije: “¿Puedo?”. El guardia que estaba más cerca se me acercó y le dijo a otro: “¿Y a éste cuándo lo trajeron?”. Alguien le respondió que ayer a la noche. Se me acercó, abrió las esposas y me pidió que juntara las manos cerrándolas por delante. Agarrándome de la cadena de las esposas me fue llevando como un perro.

Por debajo de la bolsa pude ver el inodoro y rápidamente me puse a orinar. Cuando terminé, antes de golpear para salir como me había indicado el guardia, me tomé 30 segundos para mirar, levantando un poquito la bolsa, un afiche que estaba pegado en la puerta del lado de adentro. Tenía un dibujo de una persona de cuya boca salía un texto que decía: “Soy el Pepe, y estoy disfrutando los dólares en Europa mientras ustedes se sacrifican en la Argentina”. En ese momento yo no sabía que Pepe era el nombre de guerra de Mario Firmenich, jefe

de Montoneros. Cuando alguien adentro me lo aclaró entendí el porqué de ese afiche, lo único que se podía leer estando en cautiverio.

Me llevaron de las esposas otra vez hasta el colchón sin pronunciar una palabra. Me sentía tan aliviado que podía respirar mucho más profundo. Cuando acurruqué mi cabeza contra mi hombro porque no tenía almohada me puse a pensar que el lunes no iba a poder ir a cursar y que ya quedaba casi nada para los segundos parciales de las materias que estábamos cursando con mi amigo Eduardo.

Matemáticas financieras y Macroeconomía eran mis predilectas, pero estaba muy preocupado por Análisis matemático, que me había demostrado mi poco bagaje de conocimiento de escuela del interior frente a lo que sabían de ese tema los que venían del Colegio Nacional de la Universidad.

Dediqué un tiempo a pensar cómo resolvería esos días que seguramente perdería sin percatarme que era altamente probable que mi carrera quedara trunca para siempre. Creo que mi cerebro me estaba haciendo una trampita para que no me ubicara en el tema central, que era salir vivo de donde estaba. Seguía haciendo el esfuerzo mental de tratar de ver quién había sido capaz de llevar a cabo esa proeza, y siempre caía en el ejemplo de Hipólito Solari Yrigoyen, que había podido viajar al exterior por una gestión del senador norteamericano Edward Kennedy luego de haber logrado que lo blanquearan poniéndolo a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Pero yo no tenía la importancia política de Hipólito, y ningún senador extranjero pediría por mí, por lo que ese razonamiento siempre se cancelaba de la misma manera: “sopa”, que era una forma que teníamos nosotros de decir “cero posibilidades”.

Pero hablando de sopa, después de la procesión al baño, el grupo de guardianes siguió trabajando y yo escuché el ruido como de latas contra el piso, hasta que uno de ellos dijo al lado mío: “Este no tiene taza”. Entonces, otro revoleó desde lejos un tazón de aluminio que pegó en mi muslo y que yo levanté con mi mano libre.

Al rato alguien llenó el tazón que yo seguía sosteniendo como si fuera la estatua de un mendigo y pude oler el mate cocido caliente, muy azucarado, que era nuestro desayuno. Al costado de mi colchón encontré más tarde un pedazo de pan. Tenía hambre. “Comete el pan. Acá no hay que desperdiciar nada si querés vivir”, me dijo una voz. Después agregó que la comida podía tardar y ese pan me ayudaría a esperarla. “¿Dan de comer?” dije, lo que provocó una sonrisa del hombre que me estaba hablando. Me contestó: “Sí, no es un hotel, ni siquiera una fonda, pero por lo menos se come. Todos dicen que la comida viene del Regimiento 7, pero nadie sabe bien y a nadie le interesa. ¿Y vos por qué estás acá?, me dijo.

Le dije que era radical, que escribía en un periódico opositor a la dictadura, que había publicado un libro a los 17 años de tono social y que pertenecía al grupo de Alfonsín en la UCR. “Ah, bueno, ya no perdonan a nadie. Pensé que acá estábamos sólo los combatientes, pero los muchachos ya no se ahorran enemigos”, me contestó con voz muy baja.

Le pregunté por qué había caído ahí. Me dijo que era de la lista “Azul y Blanca” en la Universidad, que fue apoyo de “los compañeros de Montoneros” en algunas operaciones. “Como cayó mi responsable, cuando fui a mi cita me estaban esperando también a mí”, me dijo con una tranquilidad de quien ya contó la misma historia cien veces. “¿Y qué pasa acá? ¿Te mandan a prisión, te juzgan?, le pregunté. Me contestó: “Ojalá nos blanqueen y nos pongan a disposición del PEN, pero no lo sabemos. Lo cierto es que acá te detienen, te torturan, te tienen un tiempo y luego te trasladan. ¿A dónde? Nadie sabe, aunque hay muchas versiones. A todos los que están acá los pasaron por la “parrilla”: la picana, ¿viste?, y es importante tenerlo en claro porque eso te hace mierda si no estás preparado”.

“¡La puta madre!”, dije y pensé si yo estaba preparado para ser torturado de esa forma. En general, imaginaba para mí finales heroicos en los que caía muerto por las balas de la Tripla A o de los milicos, pero nunca había imaginado ser torturado. Esa afirmación de mi compañero de “tabicado” (como se denominaban los que estaban

cerca pero divididos por algo, lo que no impedía hablarse), me abrió un escenario más complicado del que ya tenía. Ahora estaba notificado de que la tortura era la forma usual de llegar a la supuesta verdad por parte de mis carceleros.

Sin que yo le preguntara, mi compañero de detención siguió hablando: “Tenés mucha suerte de que los que te secuestraron entraban en franco ni bien te trajeron. Ellos son los encargados de torturarte y de hacer el interrogatorio; y cuando te agarran frío la pasás muy mal. Bah, la pasás peor. Tarde o temprano te van a “parrillar”, y cuando eso te pase vos tenés que tener en claro algunas cosas”, dijo mi compañero de detención.

Me llamé a silencio, no sé si por temor a lo que me iba a decir o por prudencia, y él dejó de hablar. Enseguida sentí que alguien caminaba cerca de mí por una especie de callecita entre los colchones. Era un guardia que estaba haciendo la recorrida y retirando las tazas. El pan que yo aún no había comido lo tenía debajo de la frazada, que era todo lo que tenía para cubrirme. Me sentía sucio. Una de las cosas que más apreciaba del centro de estudiantes era poder bañarme con agua caliente de la ducha.

El silencio volvió a instalarse, pero yo pude prestar más atención a lo poco que escuchaba. Empecé a percibir las respiraciones que había a mi alrededor. Los ronquidos naturales de algunas personas que tiradas, igual que yo, hacían ruido al inhalar o exhalar el aire frío de ese invierno crudo. Esos ruidos me recordaron que yo no podía tener alergia ni espasmos bronquiales, porque no disponía de ningún remedio y no podía pensar que quienes nos tenían allí como animales me iban a prestar la atención médica que en esas crisis yo normalmente necesitaba. Por lo que tomé por precaución forzar la respiración por la nariz para bajar las posibilidades de hacer una bronquitis.

Estar en el piso, en contacto con la humedad, cubierto por una sola manta no me ayudaban a mantenerme protegido de un acceso asmático que me complicara la salud. Por la noche iba a respirar un poco dentro de la frazada. Eso me ayudaría a respirar aire menos frío y calentar el cuerpo.

Propiedad del Oso

De pronto escuché un susurro alejado: “Che, decile al nuevo”. Mi compañero de tabique me empezó a hablar como lo había hecho antes: “Flaco, a vos te van a torturar y yo te voy a contar cómo es esa historia para que puedas salir de ahí con menos daño”. Lo escuché atento y en ningún momento tuve desconfianza de esa voz que no conocía pero que ahora me estaba dando un verdadero código de supervivencia. “Ya tenés que haber pensado todo lo que te pueden preguntar, así que recordá todos los hechos de tu vida que les pueda interesar a estos tipos para poder explicarlos”, me dijo; y agregó: “Tenés tiempo porque vos sos propiedad de la patota del Oso, que no vuelve hasta mañana. No podés dudar porque eso va a hacer que te den más duro si llegan a creer que te estás guardando algún dato importante. Si vas a mentir, mentí siempre igual y no cambies porque te van a hacer pedazos con cada contradicción”.

Hizo un silencio de un rato y luego volvió a hablar: “Te van a llevar a la ‘máquina’, que es una cama donde te dan con la picana y ahí sí que cualquiera dice la verdad o, peor, miente con tal de que no se la den más. Acordate que a la persona que nombres en ese momento, seguro que éstos la van a buscar y le hacen lo mismo que a vos. Pero cada dato que vos les das les confirma que vos sabés más y te dan más picana para que lo largues. Tenés que gritar muy fuerte porque eso hace que te duela menos. Con el tiempo te vas acostumbrando a las descargas. Cada vez te va a doler menos, pero vos seguí gritando como al principio así no te aumentan el voltaje. Yo sé que es difícil relajarte cuando te están dando con la picana, pero si te ponés rígido sufrís mucho más. Todo lo que digas tiene que ser coherente, o por lo menos parecerlo, para que no se ensañen con vos. Si te sentís muy mal hacé como que entrás en paro y ellos van a detener la tortura para chequear si estás aún con vida. Eso te va a dar unos minutos para recuperarte, pero a eso sólo lo vas a poder hacer una vez. No creo que dos. Grabate ahora tu sueño más fuerte y que te hace más feliz y pen-

sá en él siempre mientras te estén dando; y también cuando paren, así puedes resistir más y ellos te van a hacer menos daño. Ah, después de la ‘máquina’ no se te ocurra tomar agua por las siguientes 24 horas, aunque te la ofrezcan. Te podés morir porque el organismo queda tan alterado que no puede procesar nada. Y dos cosas más. De aquí nadie te va a sacar. Si podés salir será porque estás vivo y los convenciste de que sos un perejil; y si te vas en libertad, acordate del nombre de cada uno de nosotros para decirle a nuestros familiares que estamos vivos y dónde estamos”.

Esto último me dio la impresión de ser un pedido póstumo y me conmovió mucho más que todo lo anterior. Me cayeron lágrimas. Cuando me sobrepuse a semejante impacto empecé a pensar en lo que me había dicho al principio. Era un verdadero código que debía aprenderme de memoria si quería salir vivo de allí; y ahora no sólo tenía razones afuera de La Cacha para hacerlo, sino que también tenía razones adentro. Todo me sonaba tan lógico como tremendo, y empecé a pensar que mis chances de sobrevivir dependían de superar cada una de las dificultades que tenía por delante.

Ahora, ¿cómo podría soportar esas dificultades? Recordé entonces una frase que había leído en algún libro, sin recordar el autor: “Cuando uno pierde la libertad sólo puede recuperarla soñando que volverá a ser libre”. Entendí entonces que esos sueños son los que nos empujan a luchar y sobrevivir. Es una carga genética cultural que contiene un mandato de la especie, más fuerte que nuestras propias debilidades.

6 / CAMBIOS DE OCTUBRE

Crisis de *El Argentino*

En los primeros días de octubre de 1975 nos juntamos en la casa de Fernando Volonté a discutir acerca de la cuestión nacional. Allí nos enteramos de un tema que ignorábamos por completo: la situación económica de *El Argentino* era angustiante. Si seguía saliendo era porque Fernando ponía dinero de su bolsillo todos los meses.

Nos ofrecimos a hacer algo para tratar de ayudarlo, ya que su cierre significaba que la comunidad se quedaría sin el único medio local en ese momento. Pero además, eso implicaba que nuestro canal de contacto masivo con los vecinos de la ciudad también podía llegar a perderse.

Volonté tenía un plan de acción para tratar de aumentar las suscripciones, incrementar el precio de tapa y lograr avisos publicitarios. Yo me ofrecí a apoyarlo y salí a recorrer los comercios de Saladillo. Fernando insistió en pagarme una comisión por lo que lograra. Tuvi- mos una buena respuesta de los avisadores, que en algunos casos no compartían nuestra línea de pensamiento pero nos respetaban.

Esa experiencia de “corredor” me sirvió para percibir el reclamo de orden que había en nuestra sociedad, convulsionada por la violencia. Era una queja que siempre terminaba en el reclamo de un gobier-

no militar, lo que me llevaba a tener que tratar de explicar que eso iba a ser aún peor. Dudo que haya podido convencer a alguno de mis interlocutores. Recuerdo que cuando logré el aviso de una importante empresa concesionaria de tractores y cosechadoras, el dueño, una persona relativamente joven y con mucho sentido del humor, cuando me dio el cliché de aluminio fundido con la imagen de la máquina, me dijo riéndose: “Esto es un apoyo de las multinacionales para los que las combaten”.

Nuestro problema era el de todos los medios de prensa escritos del país y así lo reflejó *El Argentino* en su editorial que tituló “Apremiante Situación de la Prensa”, en el que hace mención al comunicado de la XII asamblea general de ADEPA, en la que dice: “Ya las páginas de los diarios se han reducido, ya miles de ciudadanos padecen los efectos de la falta de información, ya hay ciudades o pueblos que han contemplado impotentes el cierre de algunas publicaciones”.

El comunicado incluyó también dos referencias dirigidas a los problemas para importar papel y a la discriminación de la publicidad oficial, utilizada para silenciar las voces opositoras, lo que constituía una combinación letal no ya para los medios en sí mismos, sino para el derecho a la información de la comunidad.

El panorama de la política nacional seguía sin solución y nos pareció lógico que el radicalismo publicara un documento fijando su posición, cosa que no fue posible por las contradicciones que había entre los que pensábamos que había que criticar tanto al gobierno como a los golpistas, y los que pretendían criticar sólo al primero, porque estaban a favor del golpe, aunque no se atrevían a decirlo.

Finalmente se impuso que no saliera nada. La frustración nuestra fue mayúscula porque no entendíamos que pudiéramos tener este tipo de diferencias. Mucho mayor aun fue nuestra bronca cuando el Partido Comunista de Saladillo publicó en el periódico un comunicado expresando: “Cerrar el paso al terror y al fascismo. ¡Que cese la muerte de andar libre por las calles y caminos de la República! ¡Basta de asesinatos monstruosos a cargo de bandas derechistas presumi-

blemente parapoliciales! Ni la denominada y sanguinaria acción de bandas derechistas resuelven ningún problema, los agravan”.

Mientras que nosotros sentimos que el PC nos había madrugado la oportunidad de fijar posición sobre este tema, nuestros detractores dentro del radicalismo aprovecharon ese comunicado para tildarnos, como ya lo venían haciendo, de “bolches” y, por supuesto, consolidar su posición de no hacer nada.

Dentro del peronismo las cosas se agravaban día a día y así lo reflejaron las ediciones del periódico del 18 y el 25 de setiembre, donde se publicó un decreto del Poder Ejecutivo que prohibía el proselitismo, adoctrinamiento, difusión de ayuda para su sostenimiento y cualquier otra clase de actividad del “grupo subversivo autodenominado Montoneros”, igualando su condición a la del ERP, que el 24 de setiembre de 1973 se prohibió hasta el punto de no nombrarlo en los medios de comunicación.

En el grupo evaluamos que inevitablemente esta decisión trataba de contentar a las Fuerzas Armadas, pero que vista desde la acumulación de poder que se estaba gestando en forma directamente proporcional a la debilidad del mismo gobierno, ello iba a ser interpretado como un mero trámite confirmatorio de las decisiones estratégicas que ya se estaban tomando en algún pliegue escondido de la Argentina que venía a nuestro encuentro.

Mucho debatimos si había que salir a apoyar enfáticamente al quinto Presidente de este período constitucional, el Dr. Luder, y evaluamos todos los antecedentes y el perfil de su propio carácter, definiendo que nada podíamos esperar de él. “La gestión de Luder está desde el comienzo signada por inevitables ambigüedades. Además, reducir como se pretendió, el problema a un episodio de salud (de Isabel), sin mayores connotaciones políticas, es una invitación a la opinión pública al ejercicio ilegal de la ingenuidad”, escribió Fernando Volonté en su editorial, cortando en pedazos la estrategia de la estupidez colectiva, en la que la mayoría de la dirigencia política de ese momento había caído.

La mera remoción de dos ministros que ya estaban renunciados de antemano, y su reemplazo por Angel Federico Robledo y Tomás Vottero, así como los cruces con el ministro de economía Antonio Cafiero por parte del Presidente interino, confirmaron que la que podía ser una salida institucional al conflicto en realidad era el aborto de nuevas expectativas que cederían ante el regreso del fantasma de Isabel Perón, lo que nos sumiría en uno de los peores escenarios.

La conmemoración de un nuevo aniversario del 17 de octubre estaba cruzado por la expectativa del retorno de Isabel a la Presidencia por el fin de su licencia. En ese sentido se fueron alineando los distintos actores dentro del peronismo. El más notorio fue el gobernador de Buenos Aires, Victorio Calabró, que en declaraciones a medios internacionales tuvo un planteo crítico hacia la gestión del PJ y el retorno de Isabel, a tal punto que esto repercutió en la sesión del Concejo Deliberante de Saladillo, que reflejó *El Argentino*.

El presidente de la bancada del FREJULI, concejal Rubén Cavenaghi, manifestó el apoyo de su bloque a las palabras del gobernador, que planteó que callarse la realidad era ser golpista y mereció el apoyo del bloque radical, el que a través de su presidente, el concejal Marcelo Tosca, expresó: “Hay que aplaudir fervientemente a quienes dicen de sus errores y que quieren de una vez por todas terminar con los ladrones, vengan de donde vengan”. La moción terminó siendo aprobada por unanimidad.

El libro

En el escritorio que estaba en mi dormitorio guardaba tantos poemas que finalmente un día decidí sacarlos para ordenarlos. Había manuscritos y otros tipeados a máquina en la vieja Underwood. Algunos tenían fecha y otros habían sido publicados en *El Argentino*, por lo que ordenarlos fue bastante fácil.

Así surgió la idea de publicar un libro que recopilara algunos de esos poemas. Se lo comenté a mi madre, que sentía orgullo por mis trabajos literarios, pero también mucho miedo porque ya había percibido que publicar ideas en la Argentina era riesgoso.

Ella, en el 74, se había comprado una máquina de tejer Knittax con la que por día hacía más de 30 conjuntitos para bebés de lana blanca que prolijamente luego cosía. No ganaba mucho dinero a pesar de trabajar como 10 horas desde la mañana temprano hasta la tardecita, pero con ese ingreso podía ayudar a mi hermana que ya estaba estudiando en La Plata y tener algún ahorro.

No dudó un minuto en decir que ella iba a pagar la edición del libro, cosa de la que seguramente se arrepintió muchas veces, pero nunca me lo dijo. Yo fui a ver a un pariente, Osmar Pallero, que era poeta y tenía la imprenta *Saladillo*. No quise imprimirlo en el periódico *El Argentino* porque seguro Fernando Volonté no me iba a querer cobrar ni los costos. Cuando se enteró que lo imprimía en otro lado, puso cara de disgusto. Yo entendí que de esa forma lo jorobaba menos. Hablé con Pallero y se mostró muy contento porque él había impreso el libro de mi abuelo Luis, “De mi tierra”.

Me dijo que quería tener a la tercera generación en su misma editorial. Me planteó que si hacíamos 500 ejemplares eso podía salir unos mil trescientos dólares de la época, y me pidió que no me hiciera problema por la forma de pago, así que le comenté a mi madre el valor, ella respondió que los tenía y que le metiéramos para adelante.

En Agosto acerqué los papeles y la mitad del valor para comprar el papel y avanzar en la impresión. Yo tenía 17 años y más voluntad que medios, pero todos los mayores a mi alrededor me iban resolviendo esas cuestiones y confiaban en mí. En octubre tuve el librito impreso y en los días siguientes armamos la presentación.

El lugar no podía ser otro que la Biblioteca Popular Bartolomé Mitre. El Grupo Amigos de las Letras, a través de Ethel Mariotto, se ofreció a coordinar y presentar el acto. Ella -además de ser nuestra amiga- era en ese momento Directora de Cultura del gobierno justi-

cialista de Ariel Delía, lo que demostraba nuestros niveles de conviencia política.

Mis compañeros del Colegio Nacional de Saladillo, Ana Laguna y Carlos Dalto, hablaron en la presentación del libro y se refirieron a mis poemas con halagos inmerecidos, producto de nuestra amistad. Carlos Gorosito hizo un enfoque político de apoyo desde el radicalismo, y el “Jujeño” César Agostini le puso música a dos poemas que completaron esa presentación que reflejó mi emoción en los ojos llorosos de mis padres; en particular, de mi madre que, con razón, se sentía dueña de ese momento tan especial para la familia.

El libro que ostentosamente tenía como título “La triste realidad de Argentina y América Latina” contenía 26 poemas, en los que no había palabras que destilaran la hermosura de la naturaleza o de los sentimientos humanos más bellos. Su prólogo así lo expresaba: “Mis poemas son el reflejo del pueblo. Cuando ese pueblo esté contento y sea feliz, entonces mis poemas pretenderán ser hermosos”.

Ante la amenaza latente de un golpe de Estado y la presencia de los militares en tareas de represión interna, así como su entrenamiento en West Point bajo la línea de la teoría de la seguridad nacional, opté por poner en primer lugar el poema “San Martín, vigente en nuestros días”, que resultaba absolutamente antitético con los militares de ese momento. Decía:

Tengo que fijar los ojos a tu mundo,
para saber cuál es el camino.
Tengo que mirarte muy profundo,
adentro de tu alma de argentino.
Y sacar luz de la sombra
que anuda la garganta mustia.
Tu boca dibujó silencio,
aun cuando te ahogó la angustia.
Preciso saber si vuestra vista
perfila como antes, aquel sueño,

que nuestra patria querida, la soñada,
nunca *más en la historia tenga dueño*.
Necesito saberlo porque vivo
y transito un camino recorrido,
por hombres que lo dieron todo
y hasta un todo del todo hemos perdido.
Cuántos pasos dejaron tus zapatos
en ésta, la tierra americana,
que siente el sopor de ser vencida,
pero *aún vencida es nuestra hermana*.
Aprendimos tu forma, tu contexto,
olvidamos tu fondo, el que perdura,
en el suelo que hasta ayer pisaste,
en la pequeña Lima, la inmadura.
Esa que fijó tu mente,
y dejó grabada en la oración
la misma que nos grita: Hermanos,
a dónde iremos sin unión.
Busco en el cesto del olvido,
ejemplos que llueven por los poros,
para activarlos con fuerza y con coraje
pero ahora, no ya contra los godos.
Tengo que verte y nutrirme con tu savia,
la misma que está desparramada,
para que mate la decepción mundana
que nos lleva a no creer en nada.
Y a ti noble guerrero,
te imagino en la fragua, como herrero
soldando a ésta, la Argentina,
cual pieza vital, a América Latina.

En el libro quedó impreso el estado de ánimo de la época dominada por las atrocidades de la violencia y, en particular, de la que ya había nacido dentro del mismo gobierno a través de la Triple A, como lo expresaba el poema “Un nuevo engendro: el terror”, que ya había publicado en *El Argentino*.

El final estaba dirigido al miedo que, como sociedad, iba ganando la pelea a la libertad, logrando que muchos hablaran bajito y otros definitivamente optaran por el silencio o el exilio. En cuatro versos traté de resumir en el último poema esa horrible sensación de la que todos éramos víctimas en ese momento:

Censura

Pensamiento con ciencia
se mata con balas.
Al pichón que crece
le cortan las alas.

A los aplausos que cerraron la presentación del libro los entendí como un abrazo gigante que nos dábamos entre amigos y conocidos. Era también una despedida a 1975, que aunque le quedaban casi 100 días todos queríamos que terminara pronto. Se avecinaba el final de un período personal: el mes siguiente cumpliría 18 años. Y también anticipaba la despedida a un ciclo de la historia, que no sería fácil de olvidar. Por las razones que fueran, todos los allí presentes estábamos convencidos de que algo estaba terminando.

7 / LA PRIMERA TORTURA

Soñar adentro de una pesadilla

Manejar el tema de los sueños se fue transformando en una cuestión fundamental. Cada vez que soñaba estar en libertad con mis seres queridos, y luego despertaba en medio de la noche, con la cabeza tapada y la muñeca agarrada a la argolla del piso, caía en una depresión demasiado importante como para sumarla a la ya complicada situación en la que me encontraba.

Debía comenzar a soñar que estaba allí, secuestrado en La Cacha y con argumentos neutros para que no me sumaran ni restaran al estado de ánimo. No era fácil encontrar temas tontos en medio de ese escenario, pero fui haciendo un listado mental de cosas que ocurrían como el mate cocido, ir al baño, las comidas y el silencio, casi siempre interrumpido por un estornudo o el ronquido de quienes en ese momento estaban durmiendo.

Podía inventarme que en realidad estaba de picnic, pero ese tipo de estupideces duraban unos segundos porque el mismo cerebro las deshacía con su carga de realidad tremenda. Tampoco me servían esas formas de escaparme del drama en el que estaba. Así fue que con mi listita cerraba los ojos pensando en los temas que podía

soñar, y trataba de dormirme con ellos como argumento de mis sueños.

Las primeras veces me salieron mezclados porque empezaba así pero soñaba que me venían a buscar como los chicos en la escuela, y yo salía de la mano de mi hermana Lilian. Pero cuando me despertaba, otra vez se producía el cimbronazo. Insistí tantas veces con soñar lo que quería que finalmente, sobre el filo del segundo día, ya lo estaba logrando y me sentía mejor.

Fue en esos momentos, cuando me encontraba dormido profundamente, que sentí que mi bolsa me tiraba hacia arriba empujándome del cuello hasta casi sentarme sin que yo pudiera hacer nada. Cuando atiné a despertarme sentí que la bolsa volvía hacia abajo, esta vez empujada desde adelante. Mi cabeza se estampó contra el delgado colchón que no alcanzó a evitar el impacto. “¿Es este?”, escuché a mi lado. Alguien le contestó a esa voz: “Sí, es ese”.

No entendía qué estaba pasando pero empecé a imaginar que lo que me habían anticipado venía en viaje. Repasé todo lo que había estado memorizando acerca de mis argumentos y estaba seguro que podía convencer a cualquiera con respecto a mi pensamiento y mis acciones no violentas.

Lo que no podía imaginar era que esa no era la cuestión que iba a tener que demostrar. Yo seguía pensando que si podía convencerlos en el interrogatorio podría volver al centro de estudiantes antes del martes y cursar normalmente, porque los parciales eran la semana siguiente. No tenía a nadie con quien charlar. Todo se resumía a mi propio diálogo interior, con lo que me iba convenciendo yo mismo de los argumentos que se me iban ocurriendo.

¿Estás con el marxista de Alfonsín?

“¡Flaco, levántate y poné las manos en la espalda!, escuché a mi lado, sin haberme dado cuenta que alguien había soltado las esposas y que podía incorporarme. Lo hice rápidamente y uno estiró para abajo mi bolsa para que llegara a mi cintura. Yo ya había ido al baño pero no les dije nada. Sin embargo pasamos por el lugar donde supuestamente podía estar el baño y seguimos de largo. Salimos de la parte cubierta y una brisa muy fresca me llegó a la cara a pesar de la bolsa, pero rápidamente entramos a otro lugar y me dejaron parado frente a algunas personas a las que escuchaba respirar y hablar muy bajo.

“¿Vos sos Quintero?”, me preguntó uno de ellos. “Sí”, respondí rápido. “¿Y qué sos del de Paturuzú?”, me volvió a preguntar. Le contesté que era pariente lejano. “Ah, vos sos el pariente marxista de los Quintero”, me retrucó. Le dije, respetuosamente, que yo no era marxista sino radical *yrigoyenista*. “¿Sos radical y escribís como un marxista? ¿Nos tomás por giles, vos?”, me gritó ya muy enojado. Le dije que era radical del Movimiento de Renovación y Cambio. “¿Están con el marxista de Alfonsín?”, me dijo, tratando a apretarme. “Sí, pero Alfonsín no es marxista, es radical *yrigoyenista*”, le contesté con seguridad.

Allí intervino otro de los captores: “¿Sabés qué pasa pibe? Pasa que el que usa la dialéctica marxista es marxista, aunque pertenezca a cualquier partido; y ustedes hablan de las contradicciones y otras yerbas que son palabras del marxismo”. Hablaba como un profesor, por lo que pensé que éste tenía formación universitaria, a diferencia del que me había hablado antes. Hizo una pausa y continuó: “Te voy a leer un texto, así que escuchalo bien: Un soldado del mundo en el regreso, sintiendo algo profundo al ver su rezo de libre, comerciado, gritó al pueblo: el mirar lo no mirado; el creer lo no creído; el saber lo no sabido; es el realismo, aunque de gris sea tildado de extremismo; por las fuentes defensoras, del parásito llamado Imperialismo

¡¿Quién mierda escribió esta porquería?!”. “Yo”, le dije, con firmeza pero en voz baja, porque no me sobraba valentía en ese momento.

El otro hombre me agarró de las manos atadas mientras ponía con fuerza su bota contra mi espalda, haciéndome palanca. “¿Vos sabés a cuántos chicos les pudriste el cerebro con este librito de mierda?”, dijo sin gritar el que estaba al frente, mientras el de atrás hacía cada vez más presión sobre mi columna.

Le contesté que sólo habíamos hecho 200 libros, y que no creía que le hubiera podrido el cerebro a nadie. Eran poemas que había escrito cuando tenía 16 años. “Era lo que pasaba en ese entonces y así lo veía yo”, le contesté evitando quedarme callado sin dar razones, como me habían recomendado. Pero esa respuesta irritó más al que estaba detrás, presionó todavía más su zapato sobre mi espalda y me pegó un puñetazo en los pulmones que me hizo caer de rodillas. “Vos te hacés el vivo con nosotros. ¿Sabés quiénes somos?”, escuché mientras trataba de respirar normalmente. “No”, alcancé a decirles hablando casi para adentro. “Nosotros somos los dueños de tu vida ahora. Vos nos pertenecés porque si se nos calienta, te matamos y listo”, agregó con voz de loco el tipo de atrás. El otro dijo: “¿Vos crees en Dios, Javier?”. Le contesté que sí.

Me dijo que el cura del pueblo decía que no, y que le rompíamos las pelotas con artículos en el diario. “Con eso de la Biblia de la Liberación, también marxista”, comentó. No me gustó nada. Empezaba a sospechar que detrás de mi detención había una tarea de inteligencia con información recopilada de Saladillo a través de sus informantes. Pero como esos artículos yo los firmaba con el seudónimo de Juan Conciencia, me arriesgué a responder: “Yo de religión sé lo que aprendí en la misa, y siempre fui a tomar la comunión. Estoy bautizado y confirmado”.

Tenía que recuperar la calma porque entre el golpe y esa pregunta me dejaron perplejo. En ese momento, el que estaba atrás me pegó una piña en el medio de la cabeza que me estalló como un bombo. El impulso me tiró para adelante. No me partí la cara porque puse

las manos antes de llegar al piso, pero sin querer me dio tiempo a tranquilizarme lo suficiente como para, entre gemidos, recuperar la calma. “¿Y por qué ustedes no apoyaron el golpe si los radicales lo bancaron sin chistar y hasta se cansaron de meter intendentes?”, volvió a la carga el que hablaba como un profesor.

“Nosotros no apoyamos el golpe porque creemos en la democracia como sistema. Estamos en contra de toda violencia”, le contesté dando muestras de coherencia y no negando lo que seguramente ellos tenían en sus manos en forma de documentos políticos que habíamos sacado en su momento. “Ah, ahora me vas a decir que son del Mahatma Gandhi”, dijo el más alterado. “Somos democráticos, no violentos. Por eso estamos en contra de todo intento guerrillero en la Argentina”, le dije como para congraciarme. “A esos ya los hicimos bosta, pibe. Ahora vamos por los ideólogos como vos”, habló el de atrás, mientras me pegaba una patada en el culo como si fuera una pelota.

Me preguntaron qué era el CESPLA, cuya sigla significaba Centro de Estudios Sociales Para Latinoamérica, un ateneo de discusión pública que habíamos creado cuando el golpe militar prohibió a los partidos políticos. Que los tipos lo nombraran me hizo pensar de dónde habían sacado ese dato. Recordé una carta que me había escrito Fernando Volonté y que mi mamá había agregado a la que siempre me enviaba con la encomienda. Creyendo que esa carta era un recuerdo histórico, la había guardado en el zócalo de mi cuarto. El problema era que también hacía referencia al CYL (Comando Yrigoyenista en Lucha), que era la organización clandestina de operaciones que nuestro grupo había inventado (además del CESPLA, que era la pública), para hacer algunas cosas desde la clandestinidad.

Traté de tener una respuesta porque seguro entonces venía la pregunta sobre el CYL. Cuando llegó, respondí que era el Centro Yrigoyenista de Lectura. “¿Y por qué un centro de lectura firma este panfleto en contra de las cesantías en Vialidad de Saladillo con términos terribles contra la dictadura militar?”, me preguntó mi interrogador

“intelectual”. Tenía en sus manos - aunque yo no lo viera - un documento con consignas en contra de la actitud de las autoridades de Vialidad de la Provincia, que habían echado a más de 20 trabajadores y que habíamos impreso en el campo de Lolo Espíndola.

Me pregunté si también tendría el panfleto contra las detenciones de los dirigentes sindicales de Luz y Fuerza denunciados por las propias autoridades de la Cooperativa Eléctrica de Saladillo, que era tan duro como el de Vialidad, pero preferí contestar en forma inmediata: “No sé, no sabía que alguien hubiera panfleteado en Saladillo”. En un instante pasaron por mi mente la compra de un mimeógrafo que funcionaba con stencil y que estaba a buen recaudo en la chacra de Espíndola, lo que resultaba seguro porque nadie iba a ir al campo a hacer una requisita. A cambio, no era muy práctico porque para hacer las copias teníamos que viajar y tardábamos varias horas en sacar 200 panfletos, pero estaba claro que en esa tarea no podíamos usar nada que comprometiera al diario ni al CESPLA, que era nuestra máscara pública y donde firmábamos con nuestros nombres. Mientras que el CYL era nuestro órgano combativo en la clandestinidad.

La respuesta no convenció a ninguno de los dos interrogadores. El de atrás me pegó dos puñetazos a la altura de la columna que me dolieron, pero menos que saber que se habían dado cuenta que yo estaba mintiendo. Tenía la sensación que mi examen estaba reprobado y que todo lo que había estado repasando de mi vida en esas horas que me dejaron pensar, y a pesar de las advertencias de mis compañeros de cautiverio, no había sido suficiente. Empecé a hacerme la idea de que algo peor estaba por sucederme y, evidentemente, mi instinto de supervivencia no se estaba equivocando.

8 / EGRESADOS

Romper el orden

El sábado 29 de Noviembre de 1975, egresábamos de nuestro querido Colegio Nacional Anexo Comercial de Saladillo. En mi promoción sólo éramos 14 peritos mercantiles. En la otra división había 40 bachilleres y todos festejamos terminar la escuela secundaria y buscar nuevos caminos. En nuestros discursos de despedida dejamos en claro que el desafío natural de encarar algo nuevo se iba a hacer mucho más complicado ante el escenario de un país marcado por la violencia y el desastre económico.

El rector Julio Morena nos hizo llorar a todos cuando recordó nuestros primeros pasos en la vieja casona donde funcionaba el colegio, y también coincidió con los nubarrones de esa tarde, parecidos a los que se ceñían sobre la Argentina. Sin embargo, él era optimista porque veía en nosotros a una nueva generación dispuesta a cambiar la historia.

Semejante legado aparecía como un conjunto de palabras dichas en una emotiva despedida. Pero recuerdo que cuando las escuché me llevé la mano al corazón en un gesto casi de juramento.

En esos días el periódico *El Argentino*, con la mirada analítica de Volonté, publicaba una editorial que marcaba cómo la república caía en una destrucción institucional que no sólo comprometía a la democracia sino ahora también al federalismo, a partir de la paradoja de que quiénes hacían ese tipo de planteos eran interventores de facto en las gobernaciones provinciales: “Hay que considerar simultáneamente factores políticos y económicos. Ideológicamente se ha unificado por el triunfo de una fuerza verticalista, sumado a las inevitables confusiones entre partido y gobierno. Todo ello ha hecho surgir una perturbadora situación. Los conflictos internos de la agrupación oficialista, se han traducido en intervenciones federales en varios, demasiados casos, y en otros en una permanente agitación conducente a choques de poderes locales y nacionales”, decía Fernando. Para concluir que “No es que se deba volver a una idea federal obsoleta, plagada de tacuaras y de caudillos localistas, pero sí en lo posible revisar con urgencia una orientación que anula un elemento básico de la organización nacional. Solamente en ese momento se podrá hablar de federalismo”.

En ese convulsionado diciembre la versión de una nueva licencia de Isabel y su posible no retorno para dar solución definitiva a la crisis político-institucional empieza a tomar forma al punto que ese tema fue motivo de una de nuestras reuniones de grupo.

La división del peronismo se desató entre los verticalistas que veían que muerto Perón no había liderazgo factible (aparte del que por razones del azar y su condición matrimonial le había caído del cielo a Isabel), y los anti-verticalistas, que buscaban más una solución a la crisis que podía llevarse al sistema democrático y en el que se imaginaban un futuro de conducción del movimiento, si éste sorteaba el problema institucional.

En nuestro análisis, más allá de la supuesta paridad legislativa y de mejores lazos del verticalismo con la oposición, en este caso con el Radicalismo conducido por Ricardo Balbín, había hasta razones generacionales que hacía prácticamente imposible el triunfo de los

anti-verticalistas. Por eso es que *El Argentino* tituló “Incertidumbre que persiste” la editorial del 11 de noviembre, donde Fernando marca varios elementos claves como son esa puja entre los dos sectores del peronismo, que no puede romper la inercia de la crisis; el desastre económico que acumula el 300% de inflación en 10 meses de 1975 y el fracaso de la tregua salarial y de empleo que planteara el Ministerio de Trabajo; la ironía que en semejante situación, la Presidente le dedique sólo tres días de trabajo a su rol de conductora del Poder Ejecutivo de la Nación y las reuniones de gabinete que se abortan porque ella no está de ánimo; y por último con enorme sentido analítico, una hipotética reunión que llevarían a cabo los comandantes de las tres Fuerzas Armadas con líderes políticos del peronismo.

Pero ¿cómo podíamos nosotros, en una pequeña ciudad de Buenos Aires, tener ese dato con el que Volonté cierra su editorial? La clave estaba justamente en la noticia de al lado, en la tapa del periódico, en la que se dice que la Juventud Radical organizó una charla con el líder de la Federación Agraria Argentina, Humberto Volando, quien juntó una gran concurrencia, y en la que antes de comenzar a hablar nos contó a un grupito muy reducido cómo el resto de las organizaciones agrarias estaban totalmente jugadas a favor del golpe, proponiendo ministros e intendentes en los pueblos, adelantándonos que los militares iban a tomar la decisión de romper el orden constitucional en esos días.

Volando, con enorme claridad, planteó su posición antigolpista en una audiencia que esperaba que dijera exactamente lo contrario y que, sin embargo, escuchó su profecía de que si eso ocurría nos iba a ir muy mal a todos los argentinos. Esa sola afirmación valió la invitación a Don Humberto, porque cada día nos sentíamos más solos en esa posición contra el golpe de Estado, no ya solamente en el radicalismo, sino también en la sociedad.

Embajador especial

Las palabras del Ministro del Interior Ángel Federico Robledo referidas a que el exministro de Bienestar Social, el “Brujo” José López Rega tenía rango de embajador en España y que se había ido a Madrid, vía Brasil, a cumplir con órdenes específicas de la Presidente, nos cayó a todos como un balde de agua fría.

Quien era reputado como creador de la Triple A, que en ese entonces acumulaba más de 500 muertes, y que creíamos haber echado del gobierno por un rechazo unánime de toda la sociedad, tenía garantizado un ingreso pagado por los contribuyentes pero, sobre todo, revelaba el nivel de cobardía e incapacidad de los cuadros más lúcidos del peronismo, presos de una formación vertical que los había marcado desde jóvenes.

Esa noticia con la que se realizó la editorial de esa semana se terminó sintetizando en las palabras finales de la nota, refiriéndose a López Rega: “Su gestión ministerial se ve afectada por tres investigaciones simultáneas: Parlamento, Justicia y Fiscalía Nacional; que sea un ‘embajador especial’ de la Presidente en Europa, es una circunstancia poco alentadora y proclive a la máxima irritación colectiva. Pero esa es otra historia, y que en verdad, aún no ha terminado de escribirse”.

Apenas unos días después se vuelven a juntar en la misma tapa del periódico dos hechos íntimamente vinculados: la corrupción del gobierno de Isabel Perón y el intento de golpe de Estado de una parte de la Fuerza Aérea. Sobre el primero mucho ya se había escrito pero Fernando recopila casi todos los argumentos que durante más de un año *El Argentino* había publicado.

Uno de los mayores escándalos ocurrió cuando el Poder Ejecutivo impugnó las atribuciones del Congreso para investigarlo aludiendo a un malévolo designio de “minorías sinárquicas” tendientes a desprestigiar a los “gobiernos populares” por el camino de las imputaciones morales. A esa altura ya había un exministro de Bienestar Social pre-

so, otro prófugo con captura recomendada, y un tercero, nada menos que López Rega, citado por la justicia en carácter de imputado; y su secretario, Demetrio Vázquez, prófugo ante la citación de un juez.

La llamada Cruzada de Solidaridad había sido regada de cheques que se habían cobrado para –supuestamente- pagar facturas de luz por \$ 70 millones; además de otros \$ 1000 millones utilizados para 400 millones de planillas destinadas al juego de la quiniela que, obviamente, no tenía por qué pagar esa cruzada, además de que no constaban en ningún lado que se hubieran recibido.

Eso no era todo. En el mismo ministerio comandado por López Rega hubo dos casos más de corrupción. Uno, relacionado con la empresa Rojas. El otro, con un contrato con Libia que dejaban en claro los niveles de saqueo que la gestión de Isabel generaba casi en forma espontánea.

El segundo tema que expone Volonté es con el título “La crisis institucional más grave”, y se refiere al levantamiento del 18 de diciembre de un grupo de la Fuerza Aérea comandado por el Brigadier Jesús Orlando Cappellini, en una actitud de aparente resistencia a su pase a retiro, junto con otros uniformados de esa fuerza. Con el lema “Cristo Vence”, pintado en las alas de sus aviones, supusimos que el golpismo había cometido el error de anticipar su jugada y “estos locos”, como todos decían de Cappellini y sus seguidores, se habían mandado solos pensando en acelerar el proceso de ruptura del Estado de Derecho para poder liderarlo.

Nuestro grupo evaluó el tema con especial atención porque marcó en forma explícita que el sistema estaba al borde del abismo, y Fernando terminó su nota con una prédica anti-golpista: “Algo para computar: la indiferencia del pueblo. ¿Por qué tuvo más trascendencia para los porteños el ascenso de San Telmo a primera división logrado el sábado o el triunfo de River sobre Estudiantes el día domingo, antes que la sublevación de la Aeronáutica? ¿Será que ese pueblo no se siente identificado ni con el gobierno ni con los militares?”

Sin embargo lo que nosotros ignorábamos, por nuestra lejanía geográfica y del poder político de entonces, era que ese intento de

golpe de Estado no fue un hecho casual, sino que fue alentado incluso por parte de quienes preparaban el verdadero golpe militar. Cuando los comodoros Cáceres, Estrella, Gandolfi y De la Vega detuvieron al Brigadier General Héctor Luis Fautario junto a sus colaboradores, lo hirieron de muerte en su autoridad dentro de la Fuerza Aérea y con él al único jefe militar que se negaba a acompañar a Videla y Massera en la aventura golpista real.

Éstos aprovecharon esa situación y ante la detención de Fautario hicieron nombrar a Agosti al mando de la Fuerza Aérea, que ya reportaba a ellos, y alinearon al último mojón en su camino al poder. Dicen que Fautario, cuando logró salir de su encierro se dirigió a la casa Rosada a verla a Isabel (que no lo atendió), para avisarle que él sabía que la iban a derrocar en marzo. La prueba de la traición de Cappellini se comprueba con su nombramiento por parte de Videla, a los pocos meses, como Jefe del Comando de Operaciones Aéreas.

La indiferencia popular también convenció a quienes estaban montando el alejamiento del orden constitucional como si hubieran hecho un test acerca de quiénes podían llegar a salir a defender a las instituciones. Y mucho más cuando las mismas estaban siendo destrozadas por dentro, a partir de las actitudes de Isabel y su gobierno.

En la semana posterior a estos sucesos nos juntamos para charlar acerca de la soledad que sentíamos por defender una causa que aparecía a todas luces como indefendible. Repasamos todos los argumentos con que contábamos y llegamos a dos conclusiones. La primera era que no dependía de nosotros torcer el destino que ya se iba vislumbrando como fin de esta etapa constitucional. La segunda, tuvo que ver con una metodología que utilizábamos con bastante asiduidad, sobre todo cuando las cosas no aparecían como muy claras. En esos casos nos preguntábamos: “¿Qué hubieran hecho Alem e Irigoyen ante estos hechos?”. Llegamos a la conclusión de que debíamos seguir vacunándonos contra el golpe y contra el gobierno de Isabel, porque esa especie de locura nuestra tal vez podría ser exhibida como una virtud en el futuro.

No te hagas ilusiones

Después del interrogatorio un guardia me trajo nuevamente al edificio principal, y cuando me dijo que me sentara en el colchón me di cuenta de que ese no era el mismo en el que había estado el día anterior. Me habían cambiado, aunque estuviera en el mismo lugar general. Lo comprobé cuando en vez de enganchar la esposa a una argolla, el guardia la cerró en un caño que hacía de marco de toda la colchoneta, lo que me daba un poco más de movilidad porque podía subir y bajar el brazo corriendo la esposa en el largo del caño.

Me preocupó no tener cerca a mi anterior compañero de tabicado, de quien ya me había hecho amigo. Pero al rato que me dejaron, escuché la voz de una chica: “¿Te dieron mucho?”. “Más o menos”, le respondí. “¿Te maquinaron?”, volvió a preguntar. Le dije que sólo me habían golpeado, pero que era duro para eso. Me dijo: “Ah, no te hagas ilusiones que la cosa no termina así. Después te van a parrillar”, haciendo trizas mis esperanzas de haber zafado.

Con el tiempo iba a estar agradecido a esa forma de pensar que se basaba en hacerse fuerte desde la más cruel realidad, por lo que casi nada podía llegar a sorprenderme. La sorpresa siempre lleva a bajar

la guardia, y cuando uno está peleando por su supervivencia jamás puede quedar expuesto. Pero ahora me dolía pensar que mis penurias, lejos de ir terminando, estaban recién comenzando.

Para tratar de aliviar esa tensión busqué otros temas al efecto de distraerme. Dejé de lado la idea de hacer planes para los próximos días, como por ejemplo ver de recuperar las cursadas y retomar los estudios para los parciales, porque eso me tenía ocupado pero me llevaba a construir hipótesis que si no se concretaban iban a terminar deprimiéndome.

Nadie me lo explicó, pero manejar el estado de ánimo era una cuestión clave y se me ocurrió que todos los que estábamos allí hacíamos lo mismo. También por eso que el sistema clandestino de charla entre los prisioneros apuntaba a poner rápidamente en frecuencia a los nuevos, que éramos -sin quererlo- los que podíamos echar a perder esa equilibrada tranquilidad individual y, a partir de allí, la de todos los habitantes de ese lugar.

Yo traté de adecuarme a las reglas desde el lugar donde me tocaba, es decir del de los que estábamos tirados sobre los colchones tratando de sobrevivir, pero esa palabra era mucho más profunda que su propio significado literal, porque en realidad estábamos flotando sobre un abismo cuyo fondo desconocíamos. Aunque todos intuíamos que ese fondo era la muerte, tratábamos de no darla por sobreentendida y de esa forma la alejábamos.

Así por ejemplo me llamó la atención un proceso en el cual yo mismo fui cayendo, y que embargaba a todos: la creencia en una vida posterior después de la muerte. Todos allí éramos ateos o en mi caso agnóstico, es decir que no creíamos en Dios aunque utilizáramos en nuestro lenguaje su nombre. Sin embargo, muchos, entre los que me incluyo, estábamos convencidos que íbamos a tener otra vida tal vez porque la que estábamos viviendo, además de muy miserable, ya se estaba acabando. Lo comprobé cuando escuché a un compañero de tabicado susurrando una melodía que me parecía el Padre Nuestro. Le pregunté si creía en Dios. “No, pero si zafo de ésta soy capaz de ir a la misa de los domingos”, me dijo.

Ese tipo de promesas también permitían tener anclas con la esperanza, aunque fueran inversas, porque estaban atadas a las nubes. Que además para mí se estaba convirtiendo en una obsesión: imaginar el cielo azul y las nubes porque no los podía ver con una bolsa tapando mi cabeza y el tinglado que seguramente había en ese salón inmenso.

Un cielo azul

Pensar en el cielo azul me producía una sensación de temblor porque era la forma física de la naturaleza que expresaba la libertad, y yo había diseñado una forma de pensamiento especial para usarla en distintos momentos del día e inyectarme ánimo. Era una postal virtual que podía recrear a mi antojo, y que me transportaba fuera de ese lugar sin perder de vista que allí me encontraba, es decir sin tener que pagar el contraste de estar en cautiverio. Al tercer día encontré esa fórmula para poder evadirme sin bajonarme después, y la mantuve siempre. Fue fundamental en los peores momentos.

El otro tema que me atormentaba era el paso del tiempo. Al principio porque creía que mi situación se resolvería en el fin de semana, para no perder ninguna de las cursadas de la Facultad. Después, cuando tomé conciencia que mi cautiverio podía llevar mucho tiempo más empecé a considerar todas las variables que influían en mi estado de ánimo. La idea de poder medir las horas sin tener reloj ni ninguna referencia visual me empezó a inquietar, al punto que entre el mate cocido y la comida del mediodía y la cena, esos intervalos se hacían interminables. Pensé en varias formas de medir el tiempo, pero todas tenían demasiadas complicaciones para poder llevarlas a cabo en el estado en el que me encontraba. La mejor de todas terminó siendo contar hasta 600, lo que me garantizaba que estaba con mi mente ocupada por 10 minutos. Luego de repetirlo muchas veces traté de grabar el espacio de tiempo que me llevaba hacerlo para tra-

tar de aproximarme a una hora si lo repetía 6 veces. Con ese método pude aproximarme a calcular que si el mate cocido llegaba a las 8 de la mañana, la comida, por alguna razón, la servían a las 13 y no a las 12 como muchos pensábamos. El mate cocido de la tarde estaba a las 17 y la cena a las 20.30. Era un juego que no servía para otra cosa que tener la mente ocupada y eso, en nuestras circunstancias, ya era lograr un objetivo importante: no pensar en nada grave y no evadirnos de la realidad evitando la depresión posterior.

En esos días ocurrió un hecho que me conmovió porque tomé conciencia de la brutalidad de lo que allí ocurría. Me llevaron al baño y salí con la bolsa medio cruzada con lo que pude ver como una ráfaga a la persona que entró cuando yo salía. Era un muchacho joven con la cabellera larga de color castaño claro, pero en el casco del cráneo tenía un enorme coágulo de sangre que en parte se estaba cayendo junto con el pelo, dejándolo como si fuera un monje medieval. Caminaba encorvado como si tuviera alguna extremidad fracturada o rota.

Nos miramos un segundo porque él estaba entrando y se estaba levantando su bolsa para poder hacer sus necesidades. Venía apurado y por eso es que nos juntamos en esa situación tan particular. Cuando me esposaron de vuelta a mi marco del colchón, dejé pasar apenas unos minutos para decir: “Hola ¿estamos igual?”. Quería chequear de esa forma que no nos hubieran rotado de compañeros de tabique. “Sí, radical, estamos igual”, me contestó la voz que yo ya conocía desde antes de ir a orinar.

Le conté que en el baño me crucé con un flaco al que le quemaron la cabeza y tenía una costra de sangre coagulada y partes sin pelo. “¿Quién es?”, pregunté. “Es ‘Dedos’. Le dieron tanto que perdió la razón y anda medio cachuzo, pobre. Es un compañero nuestro que se la bancó hasta el final y el ‘Oso’ lo destrozó”, me dijo.

Ese segundo que vi a “Dedos” con sus ojos perdidos en la locura de los golpes recibidos me devolvió al infierno en el que estábamos, lo que traía la tentación de deprimirse y la decisión de sobrevivir.

Porque en el fondo de esos ojos yo me imaginé a un joven convencido de que si después de todo eso estaba vivo, era porque la vida le estaba dando otra oportunidad que él no pensaba en desaprovechar.

“Dedos’ es un pingazo. Se ensañaron con él porque no quiso batir a sus compañeros de cita y se las hizo perder”, escuché que me decían. Ahí me enteré de que cada grupo tenía un sistema de citas que estaban predeterminadas y que, además de pasar información de las decisiones que tomaban los niveles superiores, servían también para saber que todos los integrantes estaban operativos y en libertad. Por lo que la asistencia a las citas era tanto una cuestión clave en el funcionamiento de las “orgas” como en la seguridad de sus miembros.

Los grupos de tareas sabían esta cuestión y por eso cada vez que levantaban a algún militante nuevo lo torturaban rápidamente para saber cuándo y dónde era la próxima cita para poder atrapar al resto de esa célula. Cuando alguno de los miembros no asistía, cambiaban de lugar y de día de reunión porque debían presumir que el ausente había sido detenido. El resto de los integrantes debía tomar medidas adicionales de seguridad porque podía ocurrir que el secuestrado dijera quiénes y dónde vivían los otros miembros, por lo que en general se mudaban de domicilio. De poco servía la previsión de llevar a sus casas a los compañeros con una venda en los ojos porque siempre la confianza hacía que el lugar donde vivía cada uno se supiera. La tortura se ocupaba de sacar esa información para el sistema represivo.

Al día siguiente de ver a “Dedos”, también en la salida del baño, entró detrás de mí un flaco con la pierna enyesada hasta arriba de la rodilla. Cuando llegué a mi colchón y pude hablar con mi eventual compañero de tabique le hice ese comentario. “Eso se lo hacen a los que llevan a las citas para atrapar a sus compañeros. Le ponen un yeso con hierro adentro, que pesa un montón, y lo llevan a la cita para que el resto vea que está allí y como está enyesado no se puede escapar. Cuando el grupo se completa los atrapan a todos o la cita se pincha si ya el resto sabe que hay uno que fue capturado”, me explicó.

Cuando pasábamos para el baño en el pequeño pasillo donde había como una habitación o algo así, sonaba siempre música de chamamé que normalmente se escuchaba bajito, seguramente para los guardias que se encontraban cerca. Esa noche, después de cenar, la música estaba tan fuerte y estridente que podía notarse que el parlante ya no daba más. Me llamó la atención porque no había ocurrido eso antes, y supuse que se trataba de generarnos una molestia para quienes quisiéramos dormir. Estuvo mucho tiempo la radio sonando fuerte al punto que por cansancio me dormí igual, acurrucado y enfundado en la campera de mi abuelo que me daba más calor que la frazada con la que me tapaba hasta la cabeza.

A la mañana percibí un nivel de susurros más fuerte que el habitual y cuando presté atención todos querían saber a quién habían traído y torturado esa noche. Allí me enteré que la música fuerte era para que no escucháramos los gritos de quien en ese momento estaba siendo maquinado. Ese vaivén constante entre el deseo de escaparse con la imaginación y la ola de la realidad que con una frecuencia imprecisa pero inevitable, te traía al lugar donde estabas y te depositaba en esa costa con una crudeza insoslayable, era parte de un juego siniestro que iba minando todo tipo de esperanza y, por ende, nos consumía por dentro.

Si bien no pude enterarme de quién era el nuevo habitante de La Cacha, entendí que se trataba de alguien que había estado allí y que habían dejado libre. Pero como no se había mudado fuera de la zona, lo trajeron para reprocesarlo y sacarle nueva información. Eso ponía en duda hasta la posibilidad de que el hecho de dejarte libre pudiera ser cierto, y descubría un juego perverso en el que el nuevo detenido tenía muchas menos defensas para sobreponerse a un segundo ciclo de torturas luego de haber estado en libertad.

La moraleja que con sentido positivo asumí el conjunto de los secuestrados fue que si salíamos en libertad había que alejarse rápidamente de la ciudad y si fuera posible de la provincia. El consejo no incluía salir del país porque no sabíamos si no estábamos marcados

para que Migraciones nos detuviera si por fortuna nos encontráramos en esa situación. El comentario sobre el compañero recapturado era que estaba convertido en una piltrafa humana y que lo habían maltratado de la peor forma.

Eso me remitió a mi propia situación, porque volví a analizar el resultado de mi interrogatorio, pero no ya desde mi interpretación sino desde el pérfido pensamiento de esos tipos que, evidentemente, hacían de la desconfianza su credo y, de la tortura, su manual de acción más eficiente. Si eso era así volverían a interrogarme con mucha mayor rudeza, y para no sorprenderme debía volver a enfocarme en mis argumentos y en prepararme psicológicamente para ese momento.

No había pasado mucho desde el primer interrogatorio que comencé a intuir que no faltaban más que horas para el segundo. Volví a contar el tiempo por segundos y, luego de la noche, cuando vino el mate cocido en la mañana siguiente, me saltaron. “A mí no me dieron”, le dije al guardia que escuché que venía recogiendo los jarritos de aluminio. “A vos hoy no te toca”, me respondió en un lenguaje cortante.

Que alguien hubiera determinado mi ayuno me impactó porque era una clara señal de lo que me estaba esperando. Traté de tranquilizarme y, sobre todo, de no engañarme con algún argumento tonto. Repasé cada uno de los puntos del código de supervivencia que mis compañeros de cautiverio me había enseñado y las respuestas a cada posible pregunta que podían llegar a hacerme. Cuando estaba en esa tarea, sentí que alguien tomaba mi mano izquierda, soltaba la esposa del caño de mi lecho y me decía: “Levántate y poné las manos juntas que te tengo que llevar acá cerquita”.

Un temblor recorrió parte de mi cuerpo y me puse de pie. Sabía claramente lo que venía, pero no tenía certeza de cómo iba a reaccionar ante esa circunstancia. Yo, que era agnóstico, me encomendé a Dios y caminé junto al guardia que me llevaba como pidiéndome disculpas.

Carlos y su orquesta

Durante tres años estuvimos juntando dinero para poder hacer el viaje de fin de curso. Con kermeses, rifas y sobre todo bailes que organizábamos en algún club que nos cediera sus instalaciones, o en el local de la Escuela de Campo N° 5, a la salida, por Avenida Belgrano hacia Las Flores, que quedaba relativamente cerca del pueblo y permitía, si tocaban Carlos Beneventano y su orquesta, hacer muy buenas recaudaciones ya con las entradas o manejando la venta de bebidas.

“El maestro Carlos”, como le decían todos al músico más popular que tuvo Saladillo, vivía justo al lado de la casa de mis padres y era amigo mío. Compartíamos la pasión por el espacio exterior y por eso juntamos todos los artículos sobre la llegada del hombre a la Luna en 1969, que yo fui pegando en hojas de carpeta y archivando prolijamente.

En las noches de calor salíamos a la vereda de nuestras casas y Carlos, mirando el cielo, descubría las luces de los satélites que orbitaban la tierra. También lo obsesionaba el fenómeno de los OVNI y como él compraba el diario de la tarde, que era francamente sensa-

cionalista, encontraba allí siempre noticias de apariciones que en ese entonces estaban muy en boga.

Vivía solo desde su separación y compartía conmigo y Guillermo (mi vecino de la casa de enfrente), todas las aventuras que como ídolo de la música se le presentaban en cada baile. Nosotros lo escuchábamos con afecto, porque permanentemente daba pruebas de ser una buena persona. Participábamos de los ensayos que ellos realizaban a la hora de la siesta. Tenía dos vocalistas. Uno, de todos los ritmos modernos; y otro, de tango, al que llamaban Maneco, un hombre albino que veía muy poco, pero cantaba muy bien.

La presencia de Carlos y su orquesta garantizaba el éxito del baile, porque su cartelera, que se publicaba en *El Argentino*, incluía varios meses de actuaciones sábados, domingos y días previos a los feriados. En el campo, ir a esos bailes era la única diversión que tenían los muchachos y las chicas. La pista del galpón de la escuela 5 era de tierra y en cada intervalo debíamos salir con las regaderas de chapa a mojarla y esperar que el polvo que volaba se asentara sobre el suelo húmedo hasta que el ritmo de “Puerto Montt”, de Los Iracundos, arrancaba en el bajo del “Pato”, primo de Carlos y, rápidamente, todos salían a bailar.

Durante todo el tiempo que fuimos recolectando los fondos para el viaje, el monto total fue demolido muchas veces por una inflación que alejaba la meta con más velocidad que a la que nosotros conseguíamos el dinero. Era tal la desazón que asociados con los bachilleres intentamos en tres oportunidades ganar a través del programa de televisión “Feliz Domingo”, por Canal 9 de Buenos Aires, el viaje soñado a Bariloche. Estuvimos muy cerca pero no lo logramos. Nos preparábamos por lo menos dos semanas antes, ensayando nuestra participación que siempre fue muy buena, pero nunca logramos la llave que abría el cofre de la felicidad.

En ese enero de 1976, el fondo del viaje sólo nos permitía cubrir el 25 % del total, de forma que cada familia debía poner el 75 % restante. Reducir la cantidad de viajeros disminuía un poco lo que tuvieran

que pagar aquellos que fueran, de manera que cuando tuve que tomar la decisión de no ir me sentí como haciendo una última contribución a ese emprendimiento de mi promoción de peritos mercantiles. No sentía dolor por no poder viajar porque la totalidad del dinero que yo había juntado lo tenía para gastar en mis estudios en La Plata, que comenzaban en marzo; y si bien tenía la beca del Centro de Estudiantes de Saladillo para la residencia, no estaba dispuesto a pedirle plata a mis padres para financiarme porque iba decidido a conseguir un trabajo que permitiera mantenerme.

El tema era cuánto tiempo podía demorar en encontrar alguna actividad remunerada si, en el mejor de los casos, mis recursos me permitían estar allí por 6 meses. También pensaba si el trabajo me iba a dejar tiempo libre para cursar y rendir en la Facultad de Ciencias Económicas. De allí que cuidar cada peso ahorrado me garantizaba poder permanecer en La Plata el mayor tiempo posible.

El balance de Fernando

El jueves 1° de enero de 1976 *El Argentino* fue distribuido igual a pesar de ser feriado. Su editorial titulaba: “Con el deseo de un año mejor”. Fernando Volonté quería llegar de esa forma con un mensaje el mismo día que comenzaba el nuevo año y así lo hizo. Aprovechó para analizar lo ocurrido durante el año anterior y con una tremenda capacidad de síntesis, que yo no vi en los diarios nacionales, dividió la historia del 75 en dos períodos económicos: antes y después de El Rodrigazo, del que dijo “que no tuvo el ruido de la famosa bomba atómica, pero que provocó efectos comparables con el desastre total”.

El análisis político también se dividió en dos partes. Decía: “Durante la primera, tenemos el dominio total de López Rega, que conduce los destinos de la Nación. Como consecuencia de esa conducción se produjo El Rodrigazo, dado que el ministro de economía fue impuesto por el famoso astrólogo. La segunda, arranca desde el ale-

jamiento del “Brujo” López Rega, ahora prófugo de la justicia y con la captura recomendada a Interpol...”. Luego sintetizó: “Cuánto tema para el comentario nos brinda 1975. Lástima que es casi imposible una parte positiva; cuando las acusaciones contra la corrupción en todas las esferas gubernamentales son ya un hecho frecuente, y llega al punto culminante – y negativo – cuando la misma Presidente se opone a que se realicen investigaciones por parte de los legisladores. La Cámara de Diputados, como corresponde, rechaza el pedido del Ejecutivo”.

A los que reclaman el golpe

Mientras yo archivaba mis ganas de conocer el sur argentino con mis compañeros, el país se seguía hundiendo en busca de un destino que no por tan anunciado parecía irreversible. Nuestra última reunión de 1975 fue un tanto improvisada porque todos tenían compromisos que cumplir, pero nos sirvió para redondear un documento cuyo borrador tuve el privilegio de hacer y que, con las modificaciones que plantearon los presentes, fue aprobado por la Juventud Radical de Saladillo y lo publicamos el 1° de enero del 1976.

En él abordábamos el supuesto reclamo de un gobierno fuerte que pusiera orden. Desde nuestra óptica un golpe de Estado en nada beneficiaría a los sectores que ingenuamente lo reclaman. La historia argentina demuestra que desde 1930, cada vez que se quebró la legitimidad democrática siempre perdieron los sectores populares y se beneficiaron las empresas multinacionales y sus socios internos. Así, recordamos en el documento el aumento de los medicamentos sancionado por Onganía una vez derrocado Arturo Illia.

Dimos detalles de quiénes eran los que impulsaban una acción de este tipo. En primer lugar, algunos sectores militares admiradores fervientes de Pinochet, cuyo principal objetivo era aumentar indiscriminadamente la represión y lograr “la paz de los cementerios”. En

segundo, la Señora de Perón y su grupo de amigos, porque con Rodrigo destruyó la economía argentina, con López Rega saqueó las arcas de Bienestar Social y con ella en el sillón presidencial ridiculizó el proceso democrático. En tercer lugar, algunos burócratas sindicales y pseudo-políticos (Lorenzo Miguel, Alsogaray, etc), quienes siempre habían estado prendidos en “el reparto de la torta”. En cuarto lugar, los llamados “diarios serios” quienes respondían a los intereses liberales, retardatarios y conservadores de la sociedad argentina (La Prensa, etc), como así también a las empresas multinacionales (La Opinión, etc.). También ocupaban un lugar predominante dentro del espectro del golpismo los grupos subversivos porque creían que un gobierno militar crearía las mejores condiciones para su desarrollo y crecimiento.

Fundamentamos que no queríamos el golpe con frases muy simples: “Porque no queremos servirle consciente o inconscientemente a los intereses del antipueblo, porque no queremos hacerle el caldo gordo a la guerrilla, porque no creemos en milicos salvadores, porque tenemos fe y creemos en las organizaciones políticas de nuestro pueblo, porque no queremos para éste ni miseria ni hambre, ni represión; y porque creemos que las instituciones debe corregir los errores políticos de los hombres que las invisten”. Una posición que lamentablemente no era compartida ni siquiera por buena parte de nuestros correligionarios, que en las charlas de comité nos decían: “Mejor que vengan los milicos, echen a los peronistas y terminen con la subversión”.

Cuando discutimos ese documento nos basamos también en la posición política de nuestra organización provincial de la que Carlos Gorosito era Secretario de Actas y cuya palabra se refleja también en aquel ejemplar del 1° de enero, cuando en una entrevista afirmó que “Habrá desde luego timoratos o interesados que entre aspavientos y mentiras verán o pretenderán hacernos ver en los resultados de la puja democrática y en las instituciones mismas, los síntomas de la desorganización. Clamarán en procura del orden y de la unidad nacional, la que de acuerdo al criterio que sustentan sólo podrá lograrse a través de una dictadura”.

Nuestra coincidencia era tan sólida como solos estábamos ante la sociedad de nuestra ciudad a la que le hablábamos sin que casi fuéramos escuchados. Estábamos convencidos de que el golpe era inevitable y, sin embargo, como hormigas perdidas tratábamos de recorrer el camino inverso al de la corriente con una obstinación que sólo podía ser empujada por un profundo convencimiento, fruto de un trabajo conjunto de análisis y elaboración, al que diariamente cada uno acercaba su granito de arena.

Las palabras de monseñor Vicente Zaspé

No nos resultaba fácil en ese tórrido enero encontrar voces que coincidieran con nuestra prédica que ya era total y absolutamente en el desierto. Sin embargo la prolija lectura de Fernando de todos los medios que llegaban al periódico dio como resultado un mensaje de alguien que resultaba indiscutido para los sectores reaccionarios, los mismos que nos señalaban para quedar bien con los que se anotaban en la futura intervención al lado de los militares.

Así fue que él reprodujo el 22 de enero en *El Argentino* la homilía de monseñor Vicente Zaspé, Arzobispo de Santa Fe quien con mucha valentía y discrepando con la conducción de la Iglesia, que ya había aceptado el golpe militar, dijo: “La Argentina ha aceptado vivir en pecado, disimular el pecado, cambiarle el nombre y disfrazarlo; verlo en unos e ignorarlo en otros: a veces en los gobernantes y no en los gobernados; otras veces disimularlo en la autoridad y denunciarlo en la ciudadanía; estigmatizarlo en las personas y no detectarlo en las instituciones; verlo en la izquierda y no verlo en la derecha, denunciarlo en la derecha y callarlo en la izquierda. El país no cambiará tampoco con el terrorismo salvaje que nos carcome, con ideologías importadas, con declaraciones que nos hartan, con huelgas que nos paralizan o con adhesiones y repudios que en el mejor de los casos sólo manifiestan la sinceridad a medias o la verdad parcial. Un país

donde se mata a cualquiera, donde los muertos aparecen torturados, castrados, vaciados de ojos y reventados, no puede esperar la paz, porque la paz proviene de la justicia y ésta de la verdad. La Argentina puede salvarse y debe salvarse, pero desde la sinceridad de la verdad, la objetividad de la justicia y la energía del amor”. Eran palabras que contradecían la hipocresía general de la mayoría de los protagonistas de ese momento histórico.

Enero de 1976: balance

Cuando ya se terminaba enero hicimos un análisis del mes para ver la tendencia del mismo en relación a cómo había terminado el año anterior. Nuestra conclusión fue que la debacle continuaba al punto que ahora ya se estaban evaluando las intervenciones de Buenos Aires y Santa Fe por parte de los sectores verticalistas del peronismo gobernante para defenestrar, respectivamente, a Victorio Calabró y Carlos Sylvestre Begnis, sus gobernadores legales, que se mostraban díscolos ante el pensamiento recalcitrante de los “isabelinos”.

Esos mismos sectores empujaron el atraso de las elecciones, que tenían fecha el 17 de octubre, para mejorar las chances electorales de la Presidente, a quien visualizaban como reelegible y única carta para mantener la unidad del Frente Justicialista, La excusa que esgrimían era que no había posibilidades de confeccionar los padrones sin entender que difiriendo la convocatoria electoral se deshacían las posibilidades de que la sociedad visualizara una esperanza de cambio dentro del mismo sistema institucional y, por ende, le estaban haciendo el juego a los sectores golpistas.

En el mismo sentido se difería también la derogación del Estatuto Fundamental por el que se modificó en 1972, vía gobierno de facto, la Constitución Nacional, y que constituía una mácula para todos los partidos políticos- incluida la UCR-, que aceptaron ese barbarismo jurídico por una especulación electoral de instaurar la doble vuelta y

un senador nacional más por provincia, violando la ley fundamental y la historia de la democracia argentina.

Mientras tanto, se conocía el índice de inflación de 1975: 334,8% que por sí mismo ya constituía un elemento que dañaba profundamente el tejido de la sociedad y que mostraba su continuidad en ese mismo mes de enero. En esos días de enorme confusión todos agregaban su impronta a favor del caos como por ejemplo el general (RE) Ernesto Fatigatti, que debía declarar en el caso de corrupción de la Cruzada de Solidaridad (de la que él era vicepresidente) ante la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados, en la que no aportó nada nuevo más que evasivas y desconoció una cinta grabada presuntamente con su voz.

Chile de Pinochet

En el ejemplar de *El Argentino* del 29 de enero incluimos un artículo que extrajimos de la revista *Crisis* acerca de los padecimientos de los chilenos después del golpe de Pinochet en 1973. Tratábamos de mostrarles a nuestros vecinos lo que ocurriría en la Argentina si la misma tragedia tenía lugar en nuestro país.

Sectores enteros de la población habían caído debajo de la línea de pobreza y debieron migrar a villas de emergencia. Miles de estudiantes habían tenido que dejar de cursar para volver con sus padres porque se les había hecho imposible continuar. El cine y el fútbol era prohibitivos para enormes sectores de la población. Citábamos un informe del sindicato de Músicos y Actores, que decía tener el 96 % de sus miembros desocupados. En el artículo un ingeniero metalúrgico expresaba que ganaba 110 mil escudos por semana (14 dólares aproximadamente), mientras que un litro de aceite costaba más de un dólar. La mayoría de las familias hacía más de dos años que no compraban ropa ni zapatos.

Sobre todo hacíamos hincapié en el sistema represivo instaurado por la dictadura chilena con la DINA, una especie de Gestapo de Pinochet que sumados a los cuerpo paramilitares de la organización “Patria y Libertad” funcionaban como escuadrones de la muerte en Chile y que en los primeros 10 meses de 1975, de acuerdo a lo expresado por organismos internacionales, más de 80.000 personas habían sido detenidas, demoradas o interrogadas por las fuerzas de seguridad.

El corolario de nuestro artículo se expresaba por la frase que sintetizaba la transformación de la sociedad chilena a partir del golpe de estado: “Se puede decir, entonces, que nunca tan pocos se hicieron tan ricos en tan poco tiempo y, a ‘contrario sensu’, nunca tantos se empobrecieron tan rápidamente, hasta llegar al colapso”. Suponíamos que algunos de los que leyeran nuestra columna estarían tentados a pensar que ese mismo fenómeno podía suceder en la tierra de los argentinos.

11 / SEGUNDA TORTURA (PARTE I)

¿Este es el radical?

El que me llevaba tenía el seudónimo de “El Gallego” y era personal del Ejército, según me dijeron luego mis compañeros de La Cacha. Era una persona agradable que no destilaba odio hacia nosotros como sí hacían otros guardias. Yo estaba un poco nervioso al punto de que no recuerdo qué trayecto hicimos dentro del chupadero, pero pronto estuvimos afuera.

El aire frío se coló por la bolsa que cubría mi cabeza y una brisa fresca me la empujó hacia adelante como si quisiera inflarla. Ese contraste me terminó de despertar y me puso muy atento hacia lo que podía ser mi segundo interrogatorio, por lo que traté de pasar revista a todo lo que debía recordar si así venían las cosas.

El Gallego abrió la puerta de algún sitio adonde fui empujado por él mismo en una actitud que me llamó la atención. La misma persona que era en extremo correcta se había puesto ruda en forma inmediata al entrar a ese lugar. Me dejó parado y apoyado con la frente en la pared para evitar que ante las luces yo pudiese divisar figuras a trasluz de la bolsa. Las personas que estaban allí se quedaron calladas, evi-

tando que pudiera saber cuántos eran, hasta que uno dijo con voz de reto: “Desvestite, que estamos apurados”.

Me saqué la ropa y la deje caer al lado mío sobre el piso, quedándome en calzoncillo (que hacía como cinco días que no me lo cambiaba). Y el mismo hombre, pero esta vez forzando un vozarrón, me gritó: “En bolas, flaco, en bolas”. Me deshice de la última prenda que me quedaba, siempre frente a la pared. Sentí que levantaban la bolsa y me cubrían los ojos con una venda de tela que apretaron muy fuerte detrás de mi cabeza. Me volvieron a poner la bolsa encima como si fuera un refuerzo de mi ceguera forzada y me dieron vuelta. No sentí vergüenza por mi desnudez porque en ese momento pensar eso hubiera sido desconcentrarme de lo que allí podía ocurrirme, y eso era lo que más me preocupaba. Otro de los presentes dijo: “Tenés un buen físico flaquito, ¿Cuánto pesas?”. “67”, le respondí.

Luego me dijo: “Vení que yo te voy a acomodar acá en la cama”, y me tomó del brazo llevándome hasta el borde de un elástico que toqué con la pierna. Me empujó para que me echara boca arriba sobre ese rectángulo y, cuando recosté mi cuerpo, me fueron acomodando entre dos personas porque uno me tomaba las piernas y otro los brazos. Me estiraron todo lo que pudieron sin forzarme demasiado y luego fueron atando cada pierna y cada brazo a los extremos de la cama.

En las rodillas también me ataron para mantener mi cuerpo más rígido y con las piernas abiertas; y también en los codos me dio la impresión de que los sujetaban de alguna forma. Lo hicieron rápido pero yo empecé a sentir como que el tiempo comenzaba a estirarse, quizás por un deseo mío vinculado con lo que venía más que con algún otro sentido que pudiera manejar. Los pies y las manos estaban también con muy poca movilidad, lo que me dejó en claro que esos tipos sabían hacer ese trabajo.

La puerta se abrió y creo que entró una tercera persona que rápidamente se dirigió hacia la cabecera de mi cama improvisada. “¿Este es el radical?”, les preguntó a los otros y alguno debió asentir sin decir palabra. “Así que vos decís que sos radical, pibe, pero mirá si serás

atrevido. Seguro que a vos te contaron que los milicos andan torturando gente, ¿no? Bueno, voy a darte una noticia de primera mano: es cierto”, dijo en tono burlón, y se quedó callado.

Enseguida sentí que me ponían algo en los pies que no me hacía doler pero daba una sensación de incomodidad enorme. Como si me calzaran esas pinzas que agarran los bornes de las baterías, pero en este caso agarrados de los dedos gordos de cada pie. Apenas unos minutos después, del lado izquierdo de donde estaba mi cuerpo, alguien hizo sonar como una llave o cuchilla de interruptor que vino acompañada de un chillido permanente que se producía en algún lugar pero que no me parecía que fuera a generar nada agradable.

Alcancé a escuchar al que daba las órdenes. “Ablandalo”, dijo, y enseguida una descarga me pegó en la pierna izquierda haciéndome temblar como una hoja. Luego en la derecha, con la misma intensidad y provocando mi primer grito, que salió un tanto ahogado porque no tenía suficiente oxígeno en los pulmones como para gritar bien.

La sensación de dolor al sentir el músculo contraerse como respuesta a la descarga eléctrica, me pareció al principio como un calambre en los gemelos pero pronto ese dolor fue cambiando a otro tipo de sensación más parecida a la desintegración del músculo y un dolor a nivel celular por lo profundo. Cuando quise tomar conciencia y gritar más fuerte (como me habían indicado), las descargas subieron a los muslos y allí se sintió peor aún. Era como si el tamaño de mi propia superficie amplificaba la sensación de dolor, y en ese momento empecé a tensar las cuerdas que me ataban al elástico porque tenía el instinto de querer taparme los testículos que era lo que seguramente venía a continuación. Pero no pude ni siquiera correr las manos dos centímetros, así que me preparé para lo que seguía. Sin embargo, la descarga fue en la panza, que se me puso tan dura que parecía de roca o por lo menos así yo la sentía. El alarido que produjo fue notable porque tenía cargado el tórax de mucho aire que se me había acumulado esperando el impacto en los testículos.

“Ah, bueno, mirá como grita la mariconca ésta”, dijo el que guiaba el procedimiento, y agregó: “Así que vos te hacés pasar por radical pero sos un ‘erpio’ más que anda escribiendo esta basura. Dale, ahorranos tiempo y ahorráte sufrimiento y cantanos quienes componen la célula de la que sos parte”. “Yo no soy ‘erpio’, soy radical yrigoyenista”, le respondí. Me dijo: “¿Pero vos nos estás tratando de pelotudos a todos nosotros? Yrigoyen hace 100 años que murió, ya nadie se acuerda de él, y vos nos venís a joder con eso. Vos sos marxista y ¿sabés qué?: por eso te vamos a tener que reventar”.

Debe de haber hecho una seña, porque enseguida sentí la picana en las tetillas y me devolvió al espanto. Tardé un segundo en volver a tomar aire para gritar muy fuerte y ellos siguieron dándome con ese puntero imaginario que descargaba electricidad en el pecho. Cuando se alejaban de las puntas de las tetillas el dolor se me hacía más llevadero, pero cuando con saña se instalaban en ellas, sentía como que algo me penetraba y se escurría por todo el pecho. Era como si hubiera una ventana por donde el dolor entraba a mi interior y se dispersaba en cientos de conexiones imaginarias que me colapsaban.

Yo tenía en claro que debía decir siempre lo mismo y jamás dudar ni pedir clemencia. Si ellos descubrían un punto de debilidad me iban a desarmar como un auto viejo. Por eso gritaba y no decía nada. Fue allí cuando bajaron a darme en los testículos, que yo a esa altura me había olvidado que los tenía siquiera. El primer impacto fue brutal, porque me pareció como si tuviera un estallido de pólvora y éstos volaran en pedazos, cosa que mi inteligencia me decía que no podía haber pasado. Pero mis sensaciones me engañaban y mi cerebro no sabía con cuál versión quedarse.

Fue un momento corto como el canto de inicio de un coro que tiene toda una sinfonía, pero que sólo te muestra ese comienzo. Mis brazos empezaron a temblar sin que pudiera controlarlos. Me asusté más y, sin embargo, enseguida entendí que por ellos estaba liberando parte del sufrimiento que sentía en los huevos y los dejé temblar porque aunque parezca muy raro, eso me aliviaba. Era mi propio orga-

nismo el que se estaba defendiendo de la agresión brutal generando un espasmo en los extremos para liberar parte de esa energía que ellos ponían en mis testículos.

“A vos te batieron, flaco, te mandaron al muere tus propios compañeros. ¡Decinos quiénes son los otros porque ya tenemos dos que fueron los que hablaron, boludo!”, gritaba el tipo que me torturaba porque yo también gritaba y casi no lo oía. En realidad era muy difícil que lo oyera, no porque no escuchara sus palabras, sino porque todo mi ser estaba concentrado en el dolor que estaba padeciendo, y en tratar de sufrir menos. Si las tetillas eran ventanas a las peores sensaciones, las bolas eran enorme puertas porque a través de ellas me temblaban las piernas y el dolor se subía hasta el estómago y terminaba sintiéndolo en la garganta.

“Yo no tengo compañeros de ruta, escribo solo”, atiné a decir como en voz baja. “Ah, ¿te hacés el héroe ,pelotudo? ¿No te das cuenta que con lo que te estamos haciendo ni hijos vas a tener, la concha de tu madre, y todavía te hacés el héroe, gil”, dijo el torturador, por primera vez caliente.

Dejar de sentir

Yo estaba realmente al borde del colapso por tanto dolor cuando me ocurrió algo muy raro: dejé de sentir mis testículos. Era como si ya no los tuviera. Como si me los hubieran cortado y estuviera todo anestesiado. Por un instante mi grito se ahogó en sí mismo porque ya no sentía lo que me estaban haciendo. Pensé dos cosas muy rápidamente. Primero, que se me había desconectado algún nervio y que no tenía dolor porque estos hijos de puta me habían castrado; y segundo, que debía seguir gritando como si me doliera. Pero tardé unos segundos y ellos se dieron cuenta que algo ya no funcionaba y pararon de “maquinarme”.

El corte del chillido me produjo un alivio instantáneo y sentí como que revivía, pero en realidad ellos estaban cambiando en ese momento su librito. Empezaron a tirarme agua como si oprimieran una esponja y a pesar del frío del invierno, yo que estaba en llamas, lo sentí como un alivio. Pero ese alivio no duró prácticamente nada, porque otra vez pusieron en marcha el chillido que anunciaba el retorno de la picana. Esta vez no tenía una punta sino que era como un rastrillo que me impactaba simultáneamente en muchos lados y sometía a una especie de derretimiento general.

Entonces, a pesar que tenía una venda en mis ojos, que había abierto los ojos dentro de ella y que creo que tenía también una capucha tapándome la cabeza, podía ver el resplandor de las chispas que subían y bajaban por todo mi cuerpo y que empezaban a generar muchas pequeñas quemaduras en mi piel.

Además del dolor veía el humito de cada una de ellas y una sensación que para mí empezó a ser peor que ese dolor, que era el olor a carne quemada, que era mi carne, en forma de muchos incendios que iban creciendo con el paso de ese otro aparato que en vez de una punta, tenía tantas como mi cerebro podía imaginar.

“¿Quién es ese Fernando que te escribió la carta?”, me preguntó el interrogador en medio de mis llamas. “Es un amigo, director del periódico *El Argentino*, de mi pueblo”, le respondí. “Ah, ¿viste que tenías cómplices?”, dijo el tipo como si hubiera descubierto la pólvora. “Él es mi amigo”, le contesté mientras la máquina seguía subiendo y bajando por mi pecho. “¡Ese también es marxista!”, dijo gritando. “Ese es Radical igual que yo”, le respondí con firmeza, porque tuve la sensación que allí empezaba realmente el interrogatorio y que todo lo que dijera era clave para lo que después podía ocurrir.

La respuesta fue que me pasaran la máquina desde los pies hasta los hombros y mis gritos empezaron a sentirse tan fuertes que me los imaginé como mi espada con la que terminaría dañando sus oídos, o cansando sus mentes de enfermos y asesinos. Gritaba de dolor, pero también de impotencia, de no poder mover siquiera un dedo en mi

defensa. Me sentía ultrajado, pero empecé a pensar que esos sujetos que sentían placer al torturarme eran seres inferiores, de una humanidad tan incompleta que debían torturar para sentirse parecidos y, por lo tanto, de esa forma, confirmar su propia inferioridad.

No habría podido analizar la dosis de soberbia de mi propio pensamiento, pero en ese momento eso me hizo bien y, además del desprecio profundo que sentía por ellos, comencé a sentirme más fuerte. Sencillamente porque era un ser superior a esas lacras que me estaban torturando. Imaginé que mis gritos eran espadas que les hacían daño en sus oídos, nada más que en sus oídos, porque en ningún momento me ilusioné con que fueran a sentir lástima. Pero además empecé a sentir que, cuando gritaba, el sufrimiento disminuía, al punto que con el tiempo me dolía cada vez menos cada descarga. Fue en aquel instante que el chillido se detuvo y volvió el silencio.

“¿Por qué escribís esa basura marxista?”, me pregunta uno. “Yo escribo porque eso es lo que siento y no es marxista. Lo mío es nacional, no es comunista, le respondo aliviado por la tregua de dejar de picanearme. En ese momento, alguno de los que me estaba torturando me agarra de los huevos y siento que los tengo. La anestesia del dolor se me había ido. Y me empieza a pegar como si jugara a la bolita con mis testículos. “¿Sabés que éstos no te van a servir para nada? ¿Qué edad tenés?”, me preguntó, aunque yo sabía a dónde dirigían sus palabras. “Tengo 19”, le contesté. “Qué lástima que nunca vas a tener hijitos, porque ésta no se te para más, y a estos dos huevos los estamos secando como brevas. ¿Viste lo que te hicimos hasta ahora? Bueno, eso era de precalentamiento. Ahora vas a saber en serio lo que es la tortura en la Argentina”, dijo el mismo de siempre, con un dejo de fastidio. Yo empecé a temblar de vuelta, porque el chillido me indicaba que había vuelto a poner la máquina en marcha, y que con ella volvía la picana.

Los comedores universitarios

Mientras juntaba cada peso para poder ir a estudiar en el mes de marzo -cuando empezaban las cursadas-, los cálculos me angustiaban porque mis ahorros crecían bastante poco, producto del trabajo con mi padre, mientras los gastos para sobrevivir en La Plata, aumentaban todos los días.

Uno de los mayores problemas que tenía era el de la comida porque la estadía ya estaba resuelta por los dos primeros años en el Centro de Estudiantes de Saladillo (CEUS) mediante la beca que me habían dado. Llegué en Febrero para ver qué tenía que llevar además de la cama y resolví comprar una, que era un elástico con las patas soldadas.

En ese momento no me di cuenta de que la pobre estaba tan baqueteada que cuando le puse el colchón que me mandaron del pueblo, me hundía en el medio porque era demasiado blando. Me daba la impresión de dormir en una hamaca paraguaya, y al poco de andar tuve que buscar tablas para endurecerla. Una vez arreglada quedó relativamente cómoda. El problema seguía siendo alimentarme. Los chicos que en ese verano estaban en el centro, ya sea porque trabaja-

ban o porque estaban preparando materias para dar en marzo, hacían de comer en forma comunitaria y se arreglaban con pocas cosas.

Ellos me comentaban lo beneficioso que había sido el comedor universitario hasta que al final se había convertido en el ámbito de disputas de las organizaciones que militaban en la UNLP. Eso les dio la excusa a los interventores del peronismo en la Universidad para cerrarlo, objetivo que tenían desde hacía mucho tiempo.

En ese verano de 1976 recuerdo las paredes pintadas con la consigna “Ota la ganó. Perdió el pueblo”, refiriéndose al recientemente designado rector en la UBA, quien se declaró públicamente fascista, partidario de Hitler, Mussolini y Franco, y quién se propuso realizar un operativo limpieza de toda organización política, sea subversiva o no, porque eso era “un antro de la política”.

La situación en La Plata no era mejor y el tema de los comedores motivó que en los primeros días de febrero dos diputados del Movimiento Línea Popular, Ramón Asmar y Jorge Washington Ferreira, presentaran en el Congreso un proyecto de ley que propiciaba destinar al funcionamiento de los mismos los fondos que iban a la Cruzada de Solidaridad (ex Justicialista).

En su artículo, el periódico *El Argentino* al comentar la noticia aclaraba: “Como es notorio, los comedores universitarios de mayor población estudiantil de la Argentina -caso La Plata y Santa Fe- fueron cerrados el año pasado por las autoridades educacionales, ocasionando perjuicio económico de envergadura a los alumnos”.

Impulsan la reelección de Isabel

En esos mismos días de Febrero ocurrieron una serie de hechos que fueron complicando aún más una situación que de por sí aparecía como de difícil solución. El Ministro del Interior, Roberto Ares, concurrió a un programa de televisión y muy suelto de cuerpo manifestó que la fecha prevista para las elecciones de ese año, el 17 de octubre,

había sido borrada del calendario electoral. “El procedimiento elegido para abordar un tema de tanta importancia, resultó una sorpresa, al punto tal que algunos diarios no captaron la novedad, por supuesto motivó críticas ya que la trascendencia de la cuestión hubiera justificado con creces la convocatoria a una conferencia de prensa”, expuso Fernando Volonté en el editorial de *El Argentino*, agregando: “El Dr. Ares no indicó la fecha definitiva de la convocatoria electoral; posteriormente se dijo que los comicios estarían previstos para la primera quincena de marzo de 1977, lo que significaría una postergación de cinco meses con respecto a Octubre y la cancelación definitiva del plan de adelantar la fecha de las elecciones, que en su momento fue recibida con beneplácito por los partidos de la oposición, excepto en lo referente al día fijado para la realización del acto”.

Pero lo que más llamaba la atención era que realmente hubiera sectores, los más fuertes en la conducción del gobierno, que plantearan la reelección de Isabel Martínez de Perón, sobre cuya gestión el diputado Carlos Auyero dijo: “Pocos gobiernos en la historia argentina tuvieron un origen tan legítimo como el actual. Pero hoy, desde casi un año y medio, el ejercicio irracional de todo ese poder de origen, las mezquinas luchas de predominios de sectores y la evidente claudicación de las líneas programáticas, han tornado a este gobierno en estéril y paralizante”.

¿Sabían acaso los sectores verticalistas que con ambas decisiones consolidaban la estrategia del golpe de Estado? ¿O se trataba de un nivel de imbecilidad suprema que desdeñaba el poder del enemigo, que no lo era para ellos sino para el conjunto del pueblo argentino? En nuestro grupo discutimos cuál era su verdadera intención, y concluimos que para esos sectores el golpe militar no era en realidad una amenaza sino una salida en sí misma para evitar un juicio lapidario en las urnas.

El peronismo, si eso sucedía, se reunificaría de alguna forma en la resistencia como había ya ocurrido y no explotaría o se dividiría como podría llegar a pasar en una contienda electoral. De allí que

siempre tuvimos a este sector del gobierno como un aliado de los grupos que ya se aprestaban a ocupar el Estado. Y así lo hicimos público el mismo 19 de Febrero, en un comunicado de la Juventud Radical de Saladillo, con el título: “Crear la alternativa democrática para la liberación”, en la que expresamos una vez más nuestro rechazo a la interrupción institucional.

Planteamos: “Debemos crear la alternativa democrática y liberadora ya. Debemos denunciar a quienes apuntan a romper el proceso institucional mediante un golpe de Estado, quebrando la soberana voluntad popular de nuestro pueblo; para hacernos padecer más miseria; más explotación y más asesinatos a sangre fría de jóvenes políticos populares, como está ocurriendo en países vecinos: Chile, Uruguay, Paraguay y Brasil. Este gobierno que traicionó al pueblo, está en complicidad con las grandes potencias a quienes está entregando el fruto del trabajo del pueblo argentino”.

Un ministro cada seis meses

La designación de Emilio Mondelli como sexto ministro de economía del gobierno del peronismo marca el final de la gestión de Antonio Cafiero, quien es despedido con una inflación anual (enero del 75 - enero del 76) del 359,3 %. El promedio de duración de cada ministro era de poco más de seis meses. Pero lo más revelador de esa situación fueron las primeras declaraciones de Mondelli. Anunciaban que las únicas dos medidas que habían sido mencionadas como logros de la gestión de Isabel, y así resaltadas por el exministro Ángel Federico Robledo (la argentinización de empresas y la convocatoria a paritarias en todas las actividades), eran consideradas como dos grandes errores, revelando sus verdaderas intenciones.

Es que la discusión de ese momento, en realidad, era cuál sería el plan económico de las autoridades que emergieran del golpe cívico-militar. De acuerdo a nuestras informaciones, a 200 km de Buenos

Aires, en una pequeña ciudad de provincia, había en pugna tres proyectos con sus respectivos responsables. El Capitán Ingeniero Álvaro Alsogaray impulsaba un plan de ajuste de las variables macroeconómicas en forma brutal, que se sostendría sobre el sistema represivo de los militares para evitar el rechazo que obviamente se produciría a partir de los costos sociales asociados a las decisiones que debían adoptarse.

El desarrollista Rogelio Frigerio ofrecía un plan de sinceramiento de la economía, pero con algunas consideraciones acerca del impacto sobre los sectores industriales para atenuar su desindustrialización, aunque con una importante reducción del salario real para hacer competitivo a ese sector.

Por su parte, José Alfredo Martínez de Hoz, proponía dejar claro que el ajuste de las variables se produciría sin anestesia y postulaba una tablita cambiaria que permitiría que las empresas y sus inversores tuvieran un horizonte para planificar sus actividades en una economía totalmente abierta, donde el país produciría aviones o caramelos: lo que el mercado definiera. Una variante de esa escuela era la que encabezaba Juan Áleman, quien hacía eje en la reducción súbita del gasto público para alcanzar una situación de equilibrio fiscal en forma rápida.

Los mentores del asumido ministro Mondelli elaboraron una estrategia política en la que supuestamente buena parte del sentido del golpe de estado se justificaba por satisfacer los pedidos de los intereses económicos en juego y el caos político. Ellos creían que si se aplicaba un plan económico como el que tenían los golpistas, buena parte de su sentido se desvanecía. De forma que Mondelli tomó todas las medidas de ajuste más brutales que estaban en los tres planes a consideración de los Comandantes, y las unió en un plan que sería el del final del gobierno de Isabel.

Su ideología le permitía aplicar ese plan con orgullo, de manera que cuando lo presentó a la sociedad recibió el rechazo de casi todos los sectores políticos que no estaban comprometidos con el golpe de

Estado. Nosotros lo evaluamos y sintetizamos nuestra posición en una frase con la que pintamos chapas que saldríamos a clavar en los árboles de la ciudad: “Mondelli es igual que los golpistas: hambreadores y entreguistas”.

Expatriación y derecho a salir del país

Como tantas cosas que pasan inadvertidas en los últimos días de ese febrero afebrado por la temperatura y la locura, el Poder Ejecutivo dictó un decreto por el cual durante la vigencia del Estado de Sitio no se autoriza la opción de salir del país, prevista para los detenidos en el artículo 23 de la Constitución Nacional, en el caso de que se haya escogido como destino un país americano. También se modifica el artículo 639 del Código de Procedimientos en lo Penal, de modo que la sentencia pronunciada en el recurso de hábeas corpus será apelable y “sólo se concederá en el efecto devolutivo si fuera absolutorio”.

Fernando Volonté escribió en la última página de *El Argentino*, donde había una columna llamada “De Todo un Poco”, y en la que él solía destacar alguna información si era importante y llegaba escondida en las gacetillas de las reparticiones oficiales como si fueran cuestiones menores.

La sensación que nos íbamos formando era que todos los resortes de la represión se estaban tensando, como si ya hubiera en distintos sectores una serie de operadores que dibujaran una transición de la democracia a la dictadura. Un procedimiento que, como con el decreto de “aniquilamiento” firmado por Luder, pudieran decir que, en realidad, ellos estarían en el futuro haciendo cumplir las normas represivas que la misma democracia había sancionado.

Alfonsín en Bragado

El sábado 14 de febrero fuimos a un acto a Bragado. Todos teníamos la sensación que seguramente alguno de estos actos sería el último de esta etapa de la democracia. Poder participar de uno de ellos encabezado por Raúl Alfonsín, líder del Movimiento de Renovación y Cambio del radicalismo, era de las mejores cosas que nos podía pasar en ese momento.

Esa noche se pudo ver a un Alfonsín preocupado por el destino del país y de todos los argentinos. Su larga intervención nos captó a todos desde el comienzo, cuando manifestó: “Estamos ante una de las crisis más graves que ha sufrido la República. Y en estos momentos, cada uno de nosotros es presa de su propio problema. Cada uno buscando afanosamente lo que interpreta como su salida. Pero no se entiende que hay algo más que intereses sectoriales. Que hay una conspiración que sobre la base de la ineptitud, incapacidad, inmoralidad e irresponsabilidad, trata de destruir hasta lo más profundo del ser nacional. Es necesario olvidar diferencias ideológicas entre los partidos que buscamos una solución democrática. Para que sobre una base de coincidencias podamos ofrecer al pueblo una esperanza que aparezca como una alternativa valedera ante este desastroso gobierno y el golpe de Estado”.

La prolija enumeración de las denuncias de corrupción y de quienes desde adentro del mismo gobierno atentaban contra el proceso democrático, así como las consecuencias en todos los planos que tendría un golpe de estado, terminó con una verdadera proclama de la libertad en peligro: “Los que pensamos para el país, queremos una Argentina de trabajo, democrática y en orden. Pero no el orden de la burguesía alemana del año 36 que les costó traer a Hitler al mundo y escribir una de las etapas más negras de la historia de la humanidad. Sí, aún estamos a tiempo de escuchar a Primatesta, que les pide a los políticos creatividad y repudia a la represión por la represión misma. Y no como Bonamín, que parece justificar el crimen en nombre de

Cristo. Debemos encontrarnos los que deseamos un modelo de país que no sea una copia del imperialismo norteamericano, que en su opulencia administra la pobreza de sus dominados. Ni del centralismo autoritario ruso. Y empezar de aquí en adelante a construir ese modelo de país”.

Las lágrimas caían por nuestras mejillas cuando nuestras manos se rompían en un aplauso cerrado hacia ese hombre que, muy joven aún, era capaz de soñar una democracia distinta en el peor momento de las instituciones, y lo hacía con un planteo fuerte y valiente para mostrarnos con su dedo al viento el camino que casi nadie veía porque ese sendero estaba mucho más allá de nuestra propias narices.

Alfonsín venía de constituir el Movimiento de Renovación y Cambio en 1972. Allí se habían nucleado hombres y mujeres procedentes de distintos sectores del radicalismo. Algunos provenían del sabattinismo, seguidores de quien fuera gobernador de Córdoba con un perfil muy progresista. Otros provenían del unionismo, que se oponían a Ricardo Balbín y lo cuestionaban desde posiciones más conservadoras. Y también había un sector muy importante de la juventud que ya se expresaba como la Junta Coordinadora de la Juventud Radical, que se había constituido en Setubal en 1968, y que marcaba no sólo una impronta de renovación generacional sino un cambio metodológico en lo político que estaba dando un nuevo perfil al viejo radicalismo, expresándose fundamentalmente en las universidades a través de la Franja Morada, que tenía ya fuertes representaciones en todo el territorio nacional.

El discurso de Raúl Alfonsín en la década de 1970 era de los más claros y contundentes que podían escucharse en Argentina. Tenía la forma acompasada de los buenos oradores de las décadas anteriores pero incorporaba un bagaje de ideas nuevas y una contundente tendencia progresista que lo hacía parecer como antitético a los discursos del radicalismo de la época.

Despertaba interés y llamaba la atención a pesar de provenir de un sector interno minoritario que había tenido ya su bautismo de

fuego electoral antes de las elecciones del 73 (había sido derrotado en dos oportunidades). Nosotros decíamos con orgullo que nuestra voz se escuchaba igual, a pesar de ser un sector minoritario de un partido minoritario como era la UCR en ese entonces, porque la fuerza de nuestros argumentos sólo podía ser superada por la fuerza de nuestras convicciones.

El Alfonsín de ese tiempo hacía un análisis que casi siempre no coincidía con el de la mayoría de la dirigencia política de la época. Cuando todos creían que con el simple rejuente se podía lograr la unidad nacional, él era crítico y denunciaba que en realidad con ese objetivo lógico y altruista se estaba tratando de manipular los intereses nacionales en función de los intereses de la derecha peronista, a la que condenaba porque descreía de sus verdaderas intenciones democráticas.

En una charla en el Club Social de Saladillo, luego de ese tipo de visitas que él hacía aunque fuera para 20 militantes, se quejó de que en el partido todos se peleaban por salir en la foto que el PJ proponía, mientras que a él, por su forma de pensar, ni siquiera le avisaban de esas reuniones. Algunos, desde las mismas cercanías al liderazgo de Balbín, lo trataban de mal agradecido y de atropellado porque él bien podía haber sido su delfín y, sin embargo, había decidido enfrentarlo aun sabiendo que ello le iba a significar más de una derrota.

Ese hombre se debatía entre sus propias certezas que le indicaban lo que iba a suceder y lo que debía hacer, aunque supiera que nada podría cambiar ese destino. Nosotros compartíamos la misma sensación y desde el ojo de la cerradura de nuestro pueblo pequeño, alejado del centro de todas las decisiones, tratábamos de interpretar cada una de sus acciones y sumar las nuestras, aunque el viento soplara tan fuerte, que todos los días quebrara nuestras velas.

13 / SEGUNDA TORTURA (PARTE II)

¿Así te gusta?

Escuchar el chillido de la máquina ya me producía un efecto de dolor muy particular aunque no me hubieran aplicado aún ninguna descarga. Sin embargo, ese ruido activaba toda mi memoria de lo que había ocurrido y sobre todo mis piernas empezaban a temblar como esperando lo que ya venía. Tomé aire para cargar mis pulmones y gritar bien fuerte cuando, sin ningún aviso, sentí la picana en los testículos y me costó empezar a desgarrar el alarido que naturalmente me salió porque sentí como si de vuelta me los cortaran.

“Necesitamos nombres, flaco. Cantá alguno y paro. Si no te sigo dando hasta que se te caigan las pelotas”, escuché que decía mi verdugo. “No sé de nadie”, repetía hasta el cansancio obsesionado por la posibilidad de que secuestraran a quien yo nombrara y lo torturaran como a mí. “Dale largá un nombre así paro y te dejo tranquilo”, escuché la voz, cada vez más irritada. Yo decía a los gritos que no tenía a quién delatar, pero ellos insistían: “Dale, ¿a quién le reportás? ¿Qué son ustedes?: ¿erpianos’ infiltrados? ¡Marxista de mierda!”, me seguía interrogando cuando la punta del cable me estallaba en el bajo vientre, porque a las bolas casi ya no las sentía de vuelta.

“Metete la picana en la boca así se deja de gritar”, dijo uno que estaba ahí presente, cansado de escuchar mis gritos. Allí sentí cómo la punta de la picana recorrió todo mi pecho hasta metérmela en la garganta misma. Yo creía que seguía gritando pero era tal el colapso que me provocaba en la cabeza entrando por mis dientes, que no sé si podía emitir sonido alguno. Además no me podía oír, como si me hubieran puesto en silencio y sin embargo yo hacía todo el esfuerzo de gritar cada vez más fuerte. Al mover la cabeza para tratar de evitar ese chispazo adentro, la punta me tocó el maxilar y por un segundo sentí como que todo se iluminaba en mi cabeza. Podía verme por dentro, al punto que me parecía ver los huesos de mi dentadura en medio de una blancura tan fuerte que iluminaba todo a mi alrededor. Ahí me pareció ver la figura de un hombre calvo que se asomaba sobre mí, creo que para aplicarme la picana muy adentro de la boca y volver a la garganta porque se ve que en la dentadura yo volvía a gritar como un animal en agonía.

“¿Y?! ¿Así te gusta?!”, gritaba el enfermo que me torturaba, mientras me apretaba la punta en la garganta. El dolor de allí se irradiaba y me confundía todo el cerebro, como si me hiciera un gran cortocircuito. Pensé que eso me iba a desmayar pero no perdí el conocimiento. Al rato de aplicarlo sentí que la sensación disminuía y se me hacía tolerable. Como ya había ocurrido otras veces. Cuando el cuerpo se adaptaba o se desconectaban los sensores de dolor, la electricidad generaba su propia anestesia en mi organismo. Pero yo seguía gritando con la misma intensidad para hacerles creer que el dolor me estaba destruyendo. Sin embargo, en la garganta sentí como que mis tejidos se fueran rompiendo y mi voz se fuera apagando. Deben haberme destrozado las cuerdas vocales, pensaba, y trataba de imaginarme a qué profundidad estaban.

Supuse que no se podía llegar con esa punta hasta donde estaban ellas, pero el dolor se me concentró en el fondo del paladar, como si tuviera inflamadas las amígdalas, cosa que yo tenía con bastante frecuencia. Percibí el gusto de la sangre cuando tragué saliva y me di

cuenta que en ese lugar tenía una herida. Entonces escupí para evitar ahogarme. No sabía cuánta sangre estaba perdiendo, pero quería que se enteraran de que me habían roto algo para ver si aflojaban. Fue en vano. Siguieron machacando en mi garganta hasta que cambiaron de objetivo.

“Así que no te acordás de ningún nombre. ¿Y de que sos ateo como todos los marxistas tampoco te acordás?”, gritaba el tipo como enloquecido, mientras se ensañaba en mis tetillas, pero por lo menos me dejaba libre la garganta. “No soy ateo, soy cristiano”, le contesté enseguida. Me dijo: “Los amigos del cura de tu pueblo dicen que sos ateo como todos los marxistas. Si no lo sos, quiero que me recites el Padre Nuestro, zurdo de mierda”.

En ese segundo vino a mi mente mi primer año del secundario cuando para correr en karting con rulemanes en el Círculo Obrero, fui todo un año boy scout y, de paso, hice sociales con las “alitas”, que eran las chicas scout. En ese año iba hasta la misa con tal de mantenerme vinculado a aquellas adolescentes que ponían colorado al más pintado. Por eso, aunque el tipo no dejaba de flagelarme los pezones, empecé a recitar el Padre Nuestro a los gritos, completo, para ver si podía calmar a los leones.

Inexplicablemente, logré el efecto contrario. Me gritó, como drogado o borracho: “Ah, ¿vos sos muy vivo, no? ¡Te las sabés todas, hijo de puta!”. Me puso la picana de punta en la frente, casi entre los ojos. Así como cuando la tenía en la boca me parecía ver el hueso del maxilar desde adentro, el destello en la frente me hacía ver el frontal a pesar de tener los ojos cerrados, porque si me movía la punta me iba a quemar los ojos. Seguí gritando y ahora podía escucharme, como si los tapones que me había fabricado mi anterior sufrimiento se hubiera esfumado. Sin embargo el dolor en la frente se hacía cada vez más difícil de sobrellevar. Sentía que la punta estaba destrozando mi tejido al quedar fija en un lugar. Sin que yo me diera cuenta, cada vez me arqueaba más, como si en la frente tuviera un botón que moviera toda mi columna. Me tensaba en forma de un gran arco, al punto de

que sentía las sogas entrar en mis tobillos y las muñecas tan firmes que los brazos iban forzando los músculos al punto que sentía su propia ruptura detrás de las axilas.

“¿Qué carajo es el CYL?. ¡Hablá, cornudo! Vos no sabés lo que le hicimos a tu novia cuando te fuimos a buscar. Nos la cogimos todos. Y resultó una buena puta la rubia”, gritaba el torturador. “Centro Yri-goyenista de Lectura”, dije alternando con el grito que mantenía mientras me siguieran poniendo el pico en la cabeza, que ya se me partía y me dolía más que la picana misma. “¿Y por qué mierda un centro de lectura tiene que andar haciendo panfletos contra los despidos en Vialidad y hablando mal de la dictadura militar? Salvo que esté copado por la subversión apátrida como son vos y tus compañeros, pedazo de hijo de puta”, me replicó inmediatamente.

Le dije que fue porque leímos lo que estaba pasando y salimos a defender a nuestros vecinos que perdieron su trabajo. Tenía el cerebro ya agotado de tanta electricidad en la cabeza. Yo quería desmayarme pero no podía perder el estado de conciencia, así que apelé a lo que me había dicho los compañeros. Inspiré mucho aire y dejé de gritar, aflojé todo mi cuerpo y me concentré en no respirar ni mover el abdomen. Mi torso se cayó hacia el plano del elástico donde estaba atado, desde una altura como de 40 centímetros, que era la curvatura que mi cuerpo tenía y agaché la cabeza. Era como si hubiera entrado en paro.

Parando la máquina

Ellos, automáticamente, pensaron que había perdido el conocimiento y pararon la máquina, lo que me permitió relajarme aún más. Uno que estaba en un costado tiró una tela sobre mi cuerpo y empezó a auscultar mis latidos y yo empecé a concentrarme mucho más, como si quisiera detener el corazón por un instante. El chabón corría el auricular de lugar como si no encontrara los latidos y cuando los

otros le preguntaban si estaba en paro, el tipo les dijo: “No sé”. Fue cuando se me ocurrió que si seguía buscando me iba a descubrir. Pegué una exhalación como si me volviera a funcionar el corazón y me recuperara de un paro momentáneo. Ahí percibí que eran tres los que me estaban torturando, porque se corrieron a un costado a hablar bajito.

Cuando exhalé y largué todo el aire que tenía guardado en los pulmones debo de haber largado el moco que se había juntado en los bronquios de tanto gritar, con la sangre del paladar y la saliva que me salía sin que pudiera manejarla. Lo cierto es que me sentí bañado en ese líquido que estaba dentro mío y debo de haber manchado la bolsa con la que me cubrían para que no los viera, a pesar de la venda que ya no me apretaba porque la tensión de mi cráneo la había aflojado y casi no la sentía.

Ese “despertar” mío fue una tregua en la que ellos tomaron alguna bebida a mi costado izquierdo, y a mí me sirvió para reparar los daños. Ahí fue cuando percibí que por la parte inferior del vendaje que tenía en los ojos podía ver imágenes a través de la bolsa que manchada y toda, a contraluz, me pintaba formas como la superficie de mi propio cuerpo. Eso era un campo de batalla donde un montón de pequeños incendios minúsculos producían el humo de mi vello abundante, quemado por la picana.

Estaba ardiendo por esas quemaduras pero lo que más me impresionó fue el olor profundo de mi piel humeante. Aunque yo estaba vivo, mis células eran miles de cadáveres que olían a carroña y que ya no se quejaban ni siquiera dolían, porque estaban muertas.

“Bueno, flaco, ya viste la parca que te está llamando. Vamos a ayudarte a que te vayas con ella nomás, por hijo de puta”, rompió el silencio el mismo de siempre, y puso en marcha el chillido macabro. Siguió: “Así que vos escribiste este librito de mierda que tengo acá y que se llama *La triste realidad de Argentina y América Latina*. A ver cómo te acordás de estas poesías. Tengo una acá que es muy apropiada para este momento, se llama ‘El yugo en el tiempo’, ¿Te acordás de ella?”

“No me acuerdo bien, a eso lo escribí hace cuatro años, cuando estaba el gobierno peronista”, le respondí tratando de relativizar la vigencia de lo que allí decía. “Bueno, yo te voy a ayudar de dos maneras, te dicto un poco y te damos para que tengas”, dijo el torturador y empezó a leer: “Muchos años hace y en pasado/ en Europa nace e inspirado’. ¡Dale, recitá lo que falta hijo de puta!”. “En sucias ideas/ ocultadas, en otras menos reas/ roñas consumadas”, le completé. El agregó: “Fundamento genial del oprimido/ al combatir el mal/ pensar, le es exigido’. Dale, seguí vos”. Y yo seguía: “Naciendo el pensamiento/ y por más fuerte/ destrozó en su aposento/ al cieno inerte”.

Me pidió que la terminara de recitar. “Quiero escuchar esta parte”, me decía mientras sentía la picana haciéndome doler y temblar en las rodillas. Y yo terminé de recitar: “Así murió la Inquisición/ pero el rito perduró/ hoy la llaman: Represión”. “Ah, pero vos sí que sos un turro total. Te atrevés a denunciar a la represión adelante nuestro. ¿Vos sabés quienes somos nosotros? Los dueños de la represión en la Argentina. Esos pelotudos de la Edad Media eran unos bebés de pecho si los comparan con las cosas que podemos hacer nosotros. Acá, en este momento podemos decidir matarte o torturarte hasta que mueras, forro. Vos ya no existís más”, dijo, y subió con la picana hacia las bolas que en forma inmediata me empezaron a arder y doler al mismo tiempo.

Empecé a gritar y me di cuenta de que estaba cansado y agitado a la vez, al punto de no poder cargar bien los pulmones para gritar más fuerte. Entonces hice lo que me pareció mejor en ese momento, empecé a decir muy fuerte: “Entonces mátenme, pero dejen de torturarme al pedo”. “Ah, ¿te hacés el cojudo? Todavía no te vamos a matar, primero te vamos a torturar un poco más”.

Uno de ellos me agarra el escroto con un guante o algo que parecía rugoso y me aplican la picana en la punta del pene generándome un dolor distinto, nuevo, porque ese dolor me entra como si estuviera orinando para adentro y me penetra los órganos de una forma que

los siento como si los estuviera recorriendo con un submarino microscópico y destruyendo todo a su paso.

Quiero abstraerme de semejante sensación y como si fuera un reflejo dejo a mi cerebro en modo grito y pienso en ese cielo inmenso que seguro debe estar sobre nuestras cabezas. Trato de subirme a ese pensamiento y escaparme con él aunque sea al mismo infierno, que a esa altura podría ser un lugar tranquilo. Me inspiro en el azul casi sin nubes y allí se me cruzan, además de las estrellas fugaces de la tarde, que las siento dentro mío, una bandada de patos silbones que buscan otros destinos y pido que me lleven, pero no hay caso. La picana se ensaña con mi pene y yo trato de derretirlo para que lo dañen menos, pero no puedo. Entonces me encorvo y cargo los pulmones para retener la respiración, no ya para fingir un paro, sino para provocarlo, y sin largar el aire grito:

“Y bueno, entonces yo... ¡me muero!”, dije, y me quedé tieso, como si fuera un animal herido. Ya no pienso en el cielo porque necesito que todo se ponga mal para acompañarme en mi caída. Me concentro en unas tortas de bosta de las vacas que si bien son mierda, a la vez sirven de comida a otros animales y reconstruye el suelo para la próxima siembra. En eso me concentro y dejo de gritar.

“Dale igual, no vamos a parar. Si entra en paro lo tiramos en el hospital”, dice el que interroga y que es el jefe en ese sitio. Estuve a punto de dejar de hacerme el colapsado, pero en ese momento me seguían colocando la picana debajo de las axilas, matando mis cosquillas. Era un dolor que al lado de los anteriores no significaba casi nada. Así que me quedé aguantando la respiración y cargando aire con temblores que simulaban convulsiones. No sé cuánto tiempo estuve así hasta que pararon la chicharra casi antes que la picana, como si tuvieran un desperfecto técnico. Yo seguía sin emitir ni un grito ni dar señales de estar con vida. Supuse que los había convencido.

Al rato de estar así vuelvo en medio de una supuesta convulsión a recuperar los niveles de conciencia. Y cuando ven como que ya estoy normalizando mi respiración vuelven a arrancar, pero esta vez

los noto cansados, con menos ánimo y locura. Empiezo a sentir que puedo ganar esta batalla y sigo gritando como en el primer momento, pero entiendo que puedo definir esta pelea, atado y destruido, pero con el pequeñito aliento que me queda. Entonces les grito una vez más. “¿Por qué no me mataron?!”. El torturador frustrado me contesta: “Flaco, vos ya estás muerto. ¿O no te diste cuenta que esto es el infierno?”.

Quinta devaluación en dos meses

Existían dos razones por las que en los primeros días de ese marzo del 76 yo no estuviera en La Plata. La primera, porque la Facultad de Ciencias Económicas se encontraba en una gran convulsión como en el 74 y el 75, pero ahora a tal punto que no podía resolver el ingreso de los nuevos estudiantes.

La segunda razón se debía a la espera acerca de lo que podía ocurrir con la Argentina y su gobierno, porque había trascendido que en ese mes se definiría la crisis y eso en buen romance significaba el golpe de Estado. De allí que nuestro grupo de Saladillo estaba en sesión permanente, con reuniones en el periódico, en el Comité Radical o en la casa de Fernando Volonté, los tres lugares contenidos en apenas 80 pasos. Sólo hacíamos paréntesis para almorzar o cenar y dormir. Era lo que llamábamos vigilia cívica, o el largo velatorio de la democracia.

El 4 de Marzo de 1976 en la contratapa de *El Argentino* aparecía una información que no por repetida era menos descriptiva de lo que ocurría en ese momento, en ella se informaba de la quinta devaluación del peso en apenas 60 días. Se hacía referencia a que un año antes, el 3 de Marzo, el dólar se había reajustado sobre la moneda na-

cional un 50% y tenía un valor de \$9,98. “Si a esa cifra se la compara con la que rige desde la semana pasada (\$74,50 para el financiero y \$105,96 para el especial), se comprende que el alza del valor del dólar excedió con creces a la evolución del índice oficial de precios”.

El tiempo se termina

En su editorial titulada “Los Resortes Institucionales”, *El Argentino* advierte sobre la ausencia de tiempo para la toma de decisiones: “Ya es tarde para intentar nuevas estrategias. La estabilidad institucional pasa en estos momentos directamente por el alejamiento de la señora Presidente, ya sea a través de la licencia, renuncia, inhabilidad o juicio político. Deberá entonces el Poder Legislativo asumir la responsabilidad histórica que le compete, al ya tocar fondo la crisis”.

Luego agrega: “En los días por venir deberá afianzarse en el pueblo la idea incipiente de una alternativa democrática, hacia ella apuntamos sabiendo que en ella está la solución, entre el desgobierno y el golpe de Estado”. Siete días más tarde, Fernando Volonté escribe bajo el título “Por el momento”: “Y las reuniones se suceden buscando solucionar las pavorosas crisis que vive el país. Queda una sola alternativa a los dirigentes políticos y gremiales: el repliegue o el ataque directo a la propia titular del Poder Ejecutivo y de su movimiento, aunque esto último se aprecie hasta ahora como poco probable. Se ha intentado la técnica del ‘entorno’, con tácticas ya tan trilladas por haber sido usadas en otras oportunidades. Así como también comienzan a ser parte de una escenografía ya amortizada, los inútiles afanes retóricos en favor de una u otra cuestión. Pero la crisis económica y social es la realidad viva en la que nos vemos sumergidos. El vacío de conducción, la violencia, la corrupción. Todo esto hace trizas a esta altura todos los palabreríos y revelan la inutilidad de reuniones y encuentros donde nadie renuncia a nada y todos lo quieren todo”.

Ambas editoriales sintetizan, con la claridad típica de un excelente ajedrecista como era Fernando, la crisis en la que estaba inmersa la Argentina y también la desazón de quienes, sin otro interés que el de la defensa de los intereses populares, veíamos a la distancia cómo la dirigencia de nuestro país se debatía entre la impotencia y la incapacidad para resolver el problema por la vía institucional.

Las consecuencias del plan Mondelli

Nuestro núcleo duro se encontraba en sesión permanente y buscábamos todas las informaciones, ya sea las que escuchábamos por radio, entre las que no prescindíamos de Radio Colonia, que con sus inventos y suposiciones también aportaba algunos conceptos que nos servían para nuestros análisis. Leíamos todos los medios gráficos, tarea que hacíamos varias personas, para ver si teníamos la misma interpretación.

Debíamos tratar de saber cuál era la intención de la información publicada. Y cuando aparecía algún tema que surgía de una decisión de gobierno, este era motivo de una gran discusión acerca de qué hacer y qué decir. En ese momento el eje de todas las discusiones era la crisis económica que ya mostraba sus efectos en cuanto a desocupación y pobreza.

Cuando el ministro Emilio Mondelli dio a conocer lo que finalmente era el último plan económico del gobierno de Isabel Perón, discutimos y convinimos que había que criticarlo duramente. Era un típico ajuste de derecha. Entendimos además que si lo comparábamos con el gopismo haríamos doblete y le explicaríamos a la opinión pública lo que vendría si ese evento finalmente se producía. De allí que el 18 de Marzo, Fernando tituló su editorial en *El Argentino*: “Plan Mondelli: Más Hambre y Recesión”.

Allí decía: “Nosotros no los votamos para esto”. Esa era una frase que se escuchaba en la cola de la carnicería, en el almacén, frente a la

ventanilla de venta de pasajes, en realidad, en todas las colas del país. Miramos la fecha: 11 de Marzo de 1976, ¡Qué casualidad! Se cumplía el tercer aniversario de aquel pronunciamiento popular del año 1973, donde el pueblo votó masivamente por un programa de liberación, impulsando así una decisión que rompiera los lazos de la dependencia que se habían acrecentado durante los siete años de gobierno de fuerza de los militares. El Plan Mondelli ya estaba en marcha; escuchamos al ama de casa, al empleado, al comerciante, al obrero, y quisimos sacar nuestras propias conclusiones. Al acercarnos al surtidor y ver la nafta común a \$2.800, dejamos que nuestra memoria nos dijese que tres años atrás estaba a \$70, es decir que en dicho período el incremento había sido del 3.900%. No nos equivocamos cuando denunciamos oportunamente que la medida tomada en las bocas de expendio era simplemente una ‘pintada de surtidores’, mientras el proyecto de Ley de Hidrocarburos sigue durmiendo el sueño de los justos”.

Y con mucha amargura, remataba: “Aquella señora que protestaba en la cola de la carnicería había dado en lo cierto. Ella, como tantos honrados habitantes de este extraordinario suelo argentino, se expresaron hace tres años por medio de las urnas y en forma masiva, por un programa que contenía una serie de medidas - coincidencias logradas en la Hora del Pueblo por las mayorías nacionales - que sin duda eran acertadas. Esas programáticas progresistas tenían como último fin lograr el cambio de estructuras a través de un gobierno eficiente, que con un alto grado de capacidad y honestidad, lograra concretar la tan declamada liberación nacional. ¿Pero qué pasó después? Y esto es necesario gritarlo a viva voz, para que todos los entiendan. Nunca se llegó a aplicar el programa liberador concebido en gran parte por la Hora del Pueblo. De los paquetes de proyectos, las pocas buenas leyes que se sancionaron nunca se llevaron a la práctica. Y el Gobierno, ese gran responsable de tomar las medidas fundamentales, se encontró inmerso en el desorden, la incapacidad y el negociado”.

También anticipaba lo que vendría con un solo párrafo: “¿Cuáles serán las consecuencias del Plan Mondelli? Predecirlo no cuesta mucho

trabajo. He aquí una síntesis: desocupación, por ende mano de obra barata; inversiones extranjeras para aprovechar esa mano de obra barata; caída del valor de los activos de las empresas nacionales, lo que facilita la compra de éstas por parte de las multinacionales; liberalización del mercado cambiario; caída del valor real del salario hasta lo más bajo de la historia; privatización de empresas con problemas financieros controladas por el Estado; equilibrio del balance de pagos a costa de una cruenta recesión interna; freno de la expansión monetaria pero sin posibilidad de lograr frenar el complejo inflacionario”.

El mensaje de Ricardo Balbín

Ese Martes 16 por la noche nos juntamos casi todos los integrantes del grupo a ver por televisión, en cadena nacional, al presidente de la Unión Cívica Radical, Ricardo Balbín, en un mensaje que nosotros imaginábamos como una de las últimas apuestas que el sistema institucional hacía para evitar el golpe.

Esperábamos una pieza oratoria de aquellas a las que nos tenía acostumbrados el “Chino”, pero aspirábamos a que esta vez tuviera una firmeza y una decisión que funcionara como última trinchera para detener el golpe. Cuando vimos su tono cansado y apesadumbrado, nos convencimos que de la democracia sólo quedaban días. No cargamos las tintas sobre el viejo líder porque sabíamos que no era él responsable del futuro inmediato de los argentinos, sino todo lo contrario. Casi nadie del oficialismo le hizo caso ante las advertencias que realizó desde el mismo día que en el entierro de Juan Perón, cuando “el viejo adversario” despidió al “amigo” e hizo mención a abrir las ventanas para la participación de todos y a dejar de lado el “entorno” que en general nos lleva a equivocarnos y reiterarnos en el error, aún sin darnos cuenta.

Mucho discutimos acerca de cómo expresar la palabras de Balbín y fue la pluma maestra de Fernando Volonté la que así lo hizo en la

editorial de *El Argentino* que salió publicada en la tapa del ejemplar del 25 de marzo bajo el título “Balbín Reclamó la Unión de los Argentinos”, en la que quedó patentado el voluntarismo que nos guiaba aún en la peor situación. Fernando escribió en el último párrafo de esa editorial: “Ya en sus palabras finales, haciendo mención a los dos últimos versos del soneto “Avanti”, de Almafuerte, expresó el Dr. Balbín: ‘Todos los incurables tienen cura/ cinco minutos antes de la muerte.’ Aparentemente la visible emoción que le embargaba, lo llevó a hacer una pequeña modificación de la obra poética, ya que en ella se dice: ‘Cinco segundos antes de la muerte. O tal vez, inconscientemente, quiso expresar que si bien el ocaso golpista ya se vislumbra en el horizonte, se disponía de un poco más de tiempo para conformar la salida civil que eclipse tales aspiraciones”. Lamentablemente, no fue así.

Las paradojas técnicas de la impresión en tipografía del periódico de acuerdo al sistema de principios de siglo XX, impidieron rehacer ese ejemplar, el número 4157 en 76 años de vida, y sólo se pudo incluir en la página dedicada a Casamientos, Nacimientos, Enfermos, Parroquiales y Avisos Personales un artículo a dos columnas que decía “Último Momento – Se produjo el golpe de Estado. Cuando esta edición ya entraba en máquina se ha producido el golpe de Estado en nuestro país. En efecto, a las 3 de la mañana del miércoles 24 de Marzo ha tomado el poder en la Argentina la Junta de Comandantes en Jefe, anunciándose que asumirá como primer mandatario el general Jorge Rafael Videla. Mientras se suceden los comunicados de la FF.AA. se anunció que bajo control militar fue conducida al interior del país la ex presidente María Estela Martínez de Perón, mientras eran detenidos exfuncionarios y dirigentes acusados de delitos comunes. Se repite así la constante histórica de los últimos veinte años, en que ningún gobierno constitucional pudo completar su período. Mientras tanto el pueblo aguarda con expectativas el transcurso de los acontecimientos”.

El golpe en Saladillo

Ese miércoles no tenía casi nada de diferente de los días anteriores. Como en las otras noches salíamos a pegar afiches porque nuestro activismo era directamente proporcional a la angustia que sentíamos ante la inminencia del golpe. Los corsos habían terminado el domingo 7, pero todavía estaban sobre la calle Belgrano las lámparas de iluminación que decoraban la fiesta pagana del carnaval y como en esta avenida se concentraba buena parte de la circulación de la ciudad se nos ocurrió pintar el pavimento con la pintura roja hecha con cal y ferrite.

Nuestras consignas eran contra el ministro Mondelli y los golpistas. Esa noche aprovechamos y clavamos en todos los árboles de la plaza principal unas chapas que habíamos realizado desarmando latas de aceite del camión de mi padre y que al limpiarlas y doblarlas con el interior hacia afuera daban un cromado excelente. Allí habíamos pintado con sintético rojo: “Mondelli es igual que los golpistas. Hambreadores y entreguistas. Juventud Radical”.

Como habíamos arrancado tarde éramos un grupito de sólo seis personas con el apoyo del auto de Fernando en el que estaba prendida la radio y en la que, cuando estábamos terminando, pudimos escuchar la musiquita de banda y la voz característica que daba lectura al Comunicado N° 1 de la Junta Militar. En la calle no había nadie con quien compartir siquiera la noticia, porque el bar de la plaza en ese momento estaba cerrado.

Sobre Rivadavia al fondo se podía ver apenas un Rastrojero rezongando una segunda demasiado larga. El cielo estaba oscuro, como si las estrellas se hubieran refugiado en otro universo. Los seis nos quedamos quietos escuchando los detalles del control operacional y las primeras medidas de la Junta que demostraba tener más de un comunicado hecho de antemano. Cuando escuchamos el cierre del Congreso y la suspensión de las actividades políticas y sindicales ya habíamos internalizado que el tiempo de la democracia en la Argen-

tina había terminado. Se iniciaba el autodenominado pomposamente “Proceso de Reorganización Nacional”.

Cada uno de nosotros nos fuimos para nuestras casas en ese paisaje desierto de una Saladillo en la que el mutismo de la noche nos cubría sin otra manta que nuestro propio silencio. Habíamos imaginado ese momento de mil maneras pero nunca pensamos que nos embargaría una tristeza tan particular. Habíamos asistido a una enfermedad larga y traumática de un paciente que en realidad, aunque no lo supiera, buscaba su propia muerte y nosotros, que peleamos para que sobreviviera en nombre del pueblo argentino, debíamos ser parte de un entierro en el que nos tocaba ahora escribir la nota necrológica.

Supongo que miles de personas en la ciudad se enterarían de la noticia del golpe de Estado por la mañana, cuando el sol saliera. Sin buscarla, habíamos tenido la primicia y honramos el último minuto de la democracia con una acción de militancia coherente con lo hecho en los años anteriores. No teníamos la mínima idea de si lo que habíamos trabajado durante todo ese tiempo podía llegar a servir en el futuro, sencillamente porque no estábamos convencidos que, en esas condiciones, hubiera futuro.

“¿Vos eras amigo de Sergio Karakachoff?”, me preguntó una voz distinta a la del torturador que me había interrogado hasta ese momento. Era mucho más refinado y lo hacía sin gritarme, como si realmente tuviera interés en mi respuesta. “No, sólo lo conocía de nombre. Yo llegué a La Plata en marzo del 76 y a él lo mataron en setiembre”, dije mordiendo las palabras porque la picana me recorría de vuelta de arriba para abajo y porque todavía tenía presente el tremendo pesar por el asesinato de Sergio, a quien efectivamente no había llegado a conocer.

“Ese era otro zurdo igual que vos”, volvió a hablar el torturador original, agregando: “Pero a ese no lo matamos nosotros, lo mató la policía. Y vos sabés que los canas son una basura, por eso nosotros los odiamos”. No dije nada porque nada le creía y porque estaba más concentrado en tratar de tolerar el dolor que en sus palabras. Sentía que el efecto de la electricidad era decreciente, pero no sabía si eso se producía porque mi cuerpo se estaba acostumbrando o porque estaba perdiendo la sensibilidad por alguna causa neurológica. Igual se-

guía gritando como al principio porque ellos no podían darse cuenta que ya no me estaban haciendo tanto daño.

“Los que también son unos putos son los radicales, ¿no es cierto? Porque si no, algo habrían hecho para liberarte de nosotros y no movieron ni un dedo”, volvió el de la voz más académica. “Sí, hay muchos radicales que son unos putos cagones”, grité con todas mis fuerzas. En mi interior estaba refiriéndome a aquellos que habían propuesto intendentes para que los nombrara la dictadura o que estaban escondidos sin hacer nada por lo que ocurría en la Argentina. En cada una de mis heridas de ese momento tenía una lлага de odio hacia los traidores que se habían olvidado de toda la historia de lucha del partido por las libertades y los derechos civiles.

“Ah, bueno, ¿ves que ya estás entendiendo como son las cosas? Porque nosotros tenemos denuncias de radicales de tu pueblo que dicen que vos sos un marxista infiltrado”, dijo el torturador académico. “Esos son los más ratas de todos. Se dicen radicales pero son conservadores. Esos lo hubieran entregado a Yrigoyen o a Alem si hubieran vivido en ese tiempo”, dije, mientras gritaba cada vez más fuerte para que me doliera menos y siguiéramos perdiendo tiempo hablando de tonterías.

“¿Y a quiénes conocés de Montoneros en Saladillo?, preguntó el torturador descerebrado. “No conozco a nadie. No hay Montoneros en Saladillo”, respondí convencido que no existía ninguna célula de la “orga” en la ciudad, porque si así hubiera sido seguramente nosotros estaríamos enterados.

“¿Vos sabés que te fuimos a buscar a tu casa en Saladillo y que zafaste porque no estabas, no? Pero tenés que tener en claro que tenemos los datos de tus viejos y los podemos traer acá para ver si ellos se bancan este tipo de tratamiento que te estamos haciendo a vos”, dijo el más loco. “Y mis viejos ¿que culpan tienen si yo les salí torcido?, contesté como un resorte cometiendo un error garrafal de incriminarme sin querer. “¿Así que vos le saliste torcido a tus padres?, se agarró el loco de mi respuesta. “Y sí, porque ellos no querían que yo

militara en la JR”, le retruqué en forma instantánea, para enmendar mi error, aunque en la realidad de los hechos ellos me alentaron para que lo hiciera. “¿Así que sos el pendejo rebelde y desobediente?, dijo, y se ensañó otra vez con mis testículos, que como hacía ya un rato que no me la aplicaban allí, esta vez la sentí como si recién empezara y se me frunció hasta la lengua dentro del paladar.

“Te vamos a capar para que no tengas descendencia hijo de puta, así no traes otros zurditos más al mundo”, decía encarnizado sobre mis órganos genitales. “¿Y tu novia cuál es?, ¿la morochita esa que te visita en el Centro de Estudiantes?”

dijo el más educado, demostrándome que habían estado haciendo inteligencia en los días previos. Yo salía con una chica de Arribeños y si algo quería era no involucrarla porque nada tenía que ver con la política. “No tengo novia, no tengo tiempo para andar de novio. Yo estudio y trabajo y no tengo ni un rato para estar al pedo”, le contesté, recordando la consigna que persona que nombrara la hacía pasar por lo que yo estaba sufriendo en ese momento.

“¿Y esas flacas quiénes son entonces?”, preguntó el “académico” alzando la voz por primera vez, como haciéndose el enojado. “Son amigas de las novias de otros compañeros que viven en el mismo internado de monjas, cerca del Centro de Estudiantes”, respondí, sintiendo menos presión porque me estaba escapando por la tangente de la pregunta principal.

“¿Qué vas a hacer si te dejamos en libertad?”, me pregunta el académico. “Voy a seguir escribiendo”, dije gritando a viva voz, pero el otro torturador me interrumpió: “Pero ves que sos un hijo de puta y te tenemos que matar, conchudo de mierda”. “Yo voy a seguir escribiendo en contra de la violencia”, le retruqué casi como continuación de las palabras que él me había interrumpido, sabiendo que era una provocación, pero harto de tanta picana y tratando de demostrar que tenía una coherencia a toda prueba. Para ellos ese planteo era como el de un pastor evangelista o un loco. Las dos figuras no me parecían

nada malas, porque al fin y al cabo para su entendimiento podían parecer inofensivos.

La tensión del arco que tenía mi columna me daba la sensación de estar quebrado al medio, con la cintura flotando hacia arriba y estirando cada vez más mis brazos y mis piernas como si me estuviera descuartizando yo mismo. La picana, lejos de achatarme me producía el efecto de un imán, como si el cuerpo quisiera tocar la punta para evitar que la chispa me hiciera más efecto.

Era una conducta intuitiva que me descargaba electricidad pero que me quemaba menos y creo que por eso se fue desarrollando como una forma de defensa para atenuar el dolor. Pero mi cuerpo ya no podía sostenerse en esa curvatura y mis brazos y piernas estaban totalmente contracturadas de hacer fuerza y de ser martirizados por las descargas. Así que después de decir esto último, me derrumbé sobre el elástico y decreté que ya no podía seguir haciendo ese tipo de esfuerzos. Ahora esperaría con la espalda apoyada en el piso de la cama de tortura pero convencido que había respetado a rajatabla los consejos del código de supervivencia.

“¿Así que vas a escribir, eh? Por mí te podés ir a la puta madre que te parió. Vos estás pensando en escribir en contra de la violencia y nosotros nos jugamos la vida para que estos soretes no hagan flamear la bandera del marxismo en la Argentina”, dijo el torturador con un fastidio que me demostraba que estaba ganando la partida. “Fusílenlo”, dijo, y pararon la chicharra.

Yo me quedé callado como esperando ese final. En el tiempo que duró esta tortura llegué a una conclusión: la muerte no es lo peor. A veces es una salida cuando el dolor se vuelve inaguantable. Si realmente me iban a fusilar, prefería ese final a que me volvieran a torturar. Mi nivel de agotamiento mental no me permitía hacer un relevamiento de cómo funcionaba mi cuerpo al punto que me estaban desatando y no me daba cuenta.

Cuando terminaron con esa tarea me agarraron de uno de los brazos y tironearon para uno de los costados para dejarme sentado. En

realidad, apoyado sobre mi propio cuerpo. Al tratar de incorporarme tuve la primera sensación de fatalidad: no sentía las piernas y por lo tanto no podía sostenerme de pie. Me abarajaron entre dos antes que cayera al piso y ellos me pasaron la mano por detrás de la espalda para llevarme arrastrando de la sala de tortura.

Desmayado o dormido

Cuando salimos al fresco de la noche empecé a tiritar y ellos me aclararon que no me iban a fusilar como había dicho el torturador, sino que me iban a tirar en el colchón. El que dijo eso fue el mismo “Gallego”, que me había conducido del brazo hacia ese lugar. “Tranquilo flaco, que ya te vas a recuperar”, me dijo, como alentándome mientras las puntas de mis pies raspaban el piso porque ellos me llevaban en andas.

“Debo estar paralítico porque casi no siento nada de la cintura para abajo”, pensaba para mis adentros. “La puta madre, paralítico a los 19 años”, me decía, mientras entrábamos de vuelta al edificio central de La Cacha. Yo había perdido la referencia de dónde me encontraba antes de esa sesión de tortura, pero me di cuenta de que no íbamos para el mismo lado del que yo había salido ya hacía algunas horas.

Sentí como que entramos en una especie de cuarto dentro de esas indescifrables instalaciones, y me imaginé que a los torturados nos alojaban en sitios aparte para que el resto no pudiera hablar con nosotros. En determinado momento el traslado se detuvo y los guardias me sentaron como un muñeco sin vida. Me recostaron y fijaron las esposas a un fierro que salía del suelo. Yo me dejé caer no sólo porque quería descansar sino, sencillamente, porque no podía disponer de mi propio cuerpo. El Gallego se inclinó hasta poder hablar en mi oreja izquierda y me dijo: “Che Javier, aunque te parezca mentira de esto te vas a reponer en unos días. No rompas las pelotas ni se te ocurra

tomar agua porque si lo haces te morís. No vas a tener ganas de mear ni de cagar. Eso va a ser mejor porque nadie te va a llevar así como te trajimos nosotros. Acá te habrás dado cuenta de que te tenés que valer solo; y no te pongas a quejar o a llorar porque si alteras el humor del chupadero te van a limpiar, y esa vez no va a ser en joda”.

Sus palabras me parecieron convincentes y por otra parte yo no tenía ninguna otra opción, así que le agradecí y me quedé quietito. Estaba tieso y mi única preocupación era comprobar que mis órdenes cerebrales eran comprendidas por mis propios miembros. Empecé por las manos y luego de un rato pude abrir los dedos muy lentamente como si fueran los tentáculos de un pulpo anestesiado.

Todo el cuerpo estaba impactado, pero donde yo hacía fuerza para que esa zona se activara aumentaba la sensación de dolor. Debía tratar de hacerlo en forma muy lenta para no forzar nada. No tenía ninguna otra información de lo que le estaba ocurriendo a mi organismo más que lo que había surgido de esa breve charla con el Gallego. No sé cuánto tiempo pasó hasta que pude comprobar que podía abrir y cerrar las manos y eso ya me puso en positivo. Los brazos casi no los podía correr para el costado porque estaban como enyesados y tenía un enorme dolor en las axilas y las coyunturas, como si me hubiera desgarrado. Pero si las manos se movían, el problema sólo podía tener una explicación muscular o de ligamentos y tendones. Mi mayor temor eran las conexiones nerviosas, que parecían desconectas en medio de tantas descargas eléctricas. Pero arriba, en principio, no tenía otros daños que los que yo sentía y eso me tranquilizó bastante.

El otro desafío eran las piernas, que no había sentido cuando los guardias me trajeron arrastrando. Allí me tracé como objetivo mover el dedo gordo del pie izquierdo y un frío enorme me empezó a recorrer por mi cerebro la tercera vez que le di la instrucción de moverse. No pude siquiera sentir que la frazada que me habían puesto encima se movía o me rozaba, con lo que concluí que de la cintura para abajo no tenía conexiones que funcionaran.

Eso me dejó perplejo por bastante tiempo y desistí de intentarlo porque la depresión que se me instaló en forma casi inmediata al sentirme tieso, era tan grave como lo que realmente me estaba pasando. Fue así que después de un largo rato una puntada terrible me talaró la pierna derecha. Era un calambre enorme que incluía desde la parte trasera de la rodilla hasta el talón mismo. ¡Nunca un dolor tan brutal me hizo tan feliz! Pensé que si sentía un dolor localizado allí era porque esas partes estaban activas y conectadas con mi cerebro. Bancarme ese calambre me confirmó que mi umbral de dolor había sido desplazado y que todo se me hacía por demás tolerable.

Estuve un largo tiempo aguantando el dolor de la pierna hasta que empezó a ceder -o me acostumbré- y ya no lo sentía directamente. Fue entonces cuando comencé a pedirle por favor al dedo gordo de mi pie izquierdo que se moviera. Trataba de doblarlo para abajo pero aunque me parecía que lo sentía no percibía que se moviera. Esa sensación de tener el dedo no me garantizaba nada porque yo recordaba que en los casos en los que amputan miembros las personas sienten como que los tienen aunque se los han cortado.

Al rato de intentarlo sentí que la punta de mi dedo se refregaba en el zapato mocasín con el que había llegado hasta allí. En la tortura había perdido las medias y recién me estaba dando cuenta que no las tenía. Pero eso era un pequeño incidente si lo comparaba con el hecho que mi dedo gordo ¡funcionaba! Tenía todos los circuitos conectados aunque con problemas, pero eso ya era un tema diferente. Me fui quedando quieto y no sé si me desmayé o, simplemente, me quedé dormido.

Resistir o desensillar hasta que aclare

Durante muchos meses el golpe de Estado fue el centro del debate en nuestro grupo. Sin embargo, nunca pensamos que su ocurrencia nos pegara tan fuerte. En general, ver a una comunidad esperanzada en que las cosas finalmente se encaminaran nos producía una bronca muy difícil de disimular. Esa alegría de muchos radicales y conservadores y hasta el alivio de los peronistas nos parecía una mueca absurda al punto de que alguno llegó a plantear si no habríamos equivocado nuestra acción política de oposición al golpe, cuando éste era recibido por los mismos sectores populares que nosotros queríamos representar como la solución a tres años de violencia política, desastre económico y corrupción de la gestión del justicialismo.

Esa predisposición a favor del golpismo por parte de la gente, les permitía a nuestros adversarios internos facturarnos por habernos opuesto y los justificaba en su militancia pro-golpe. Pero fue precisamente en ese momento cuando los ideales juveniles se impusieron a cualquier pragmatismo circunstancial y saldamos nuestra discusión ratificando no sólo lo realizado. También nos sirvió para tomar impulso sobre lo que íbamos a hacer en los primeros meses de la dictadura.

Con los militares en el poder la contradicción para nosotros era si manteníamos la acción opositora al nuevo gobierno o, como se nos sugirió desde los mayores de nuestro partido, decidíamos “desensillar hasta que aclare”. No había lugar para la duda entre nosotros, porque todos los que estuvimos en las reuniones posteriores al 25 de Marzo (ya que el mismo 24 nos separamos en la madrugada y no nos juntamos en el curso del día como si fuera un duelo individual) coincidimos en que el paso del tiempo nos daría la razón y que casi todos estaban absolutamente equivocados.

Debo destacar la actitud de Fernando Volonté que no era un joven en ese momento y sin embargo compartía las posiciones nuestras que perfectamente podían ser irresponsables, dada nuestra falta de experiencia.

Comenzamos entonces a imaginar los escenarios que tendríamos por delante. Habíamos leído mucha bibliografía acerca de lo ocurrido en Chile y no pensábamos que la experiencia que comenzaba en Argentina podía ser mejor. Al fin y al cabo, la matriz de los golpes de Estado latinoamericanos de esa época tenían un mismo perfil ideológico y una metodología basada en la más cruda represión copiada de las acciones francesas y norteamericanas aplicadas en las guerras de Vietnam. Nuestra única duda era si el llamado Proceso de Reorganización Nacional iba a ser más duro o igual que el que encabezaba Pinochet del otro lado de la cordillera de los Andes.

El plan de la resistencia

Ante esa definición es que nos juntamos varias veces para elaborar lo que denominamos el “Plan de la Resistencia”, suponiendo que íbamos a padecer una experiencia como la de Adolfo Hitler en la Francia ocupada. El núcleo duro del grupo era el único que podía conocer la totalidad de ese plan, y cómo debía llevarse a cabo. Nosotros no teníamos experiencia en actuar en la clandestinidad, como

sí tenían los grupos guerrilleros, pero toda la acción política factible debía llevarse a cabo de esa manera, ya que la misma actividad estaba prohibida y reprimida por el gobierno militar. Luego de varias discusiones acordamos dividir el frente en tres. El primero era lo que pudiéramos hacer a partir de lo que se iba a publicar en *El Argentino*, que el mismo Fernando Volonté decidió poner “al servicio de la resistencia, porque mi abuelo lo compró para que sirva a la democracia y sin ella no tiene sentido”.

Pancho Ferro aportó toda su visión de “el ateneísmo”, que era la forma por la que se podía seguir haciendo política sin partidos visibles, pero discutiendo ideas en forma casi pública para canalizar la participación de la sociedad ante los canales formales obturados por la dictadura.

Los Ateneos reemplazaban a los Comités o las Unidades Básicas que habían sido clausurados por los militares, y servían para seguir militando aunque no se pudiera afiliarse ni hacer propaganda partidaria. Nuestra vía en ese frente se iba a llamar el CESPLA (Centro de Estudios Sociales para Latino América). Estuvimos un día entero para definir si era con doble P por Sociales y Políticos, pero finalmente preferimos no poner la palabra “política” para no alertar aún más a quienes desde el mismo pueblo le iban a pasar información a los militares de nuestra actividad.

Ahora bien, el CESPLA era público y trataba de funcionar donde le permitieran, ya sea en la biblioteca popular o en algún club haciendo charlas. También tenía una reunión privada en la casa de Fernando cada dos semanas, donde se planificaban las actividades. De allí se aportaban ideas que en muchos casos eran artículos publicados en *El Argentino* y su discusión previa servía para enriquecer nuestros conocimientos y nuestra información, que a esa altura se estaba tornando un bien por demás escaso y cada vez más vital.

El tercer frente era estrictamente clandestino y secreto. Se llamaba C.Y.L., que significaba Comando Yrigoyenista en Lucha, porque se basaba en la metodología conspirativa que había usado don Hipólito

contra el régimen conservador, desde el cual se habían armado las distintas revoluciones radicales que precedieron a la toma del poder a través del voto democrático en 1916.

Así como los peronistas decían que si “Evita viviera, sería Montonera”, nuestra guía era que Si “Hipólito viviera, estaría con nosotros, en la lucha callejera”. Y por esa razón las actividades del CYL eran de acción directa, de resistencia explícita. Aunque nunca apelábamos a la violencia, eran actos tipificados por la legislación represiva de entonces.

Para llevar a cabo esto decidimos instalar una imprenta clandestina que nada tuviera que ver con el periódico y que funcionaba para hacer copias de volantes que se ocupaban de los temas más graves que ocurrían en la ciudad. En todos se cargaban las tintas denostando a la dictadura militar. La integración del CYL estaba restringida al núcleo duro de nuestro grupo, y las acciones las debíamos llevar a cabo los mismos integrantes.

Con esos frentes definidos pasamos a planificar las distintas estrategias en cada uno de ellos e hicimos una pronta depuración de cómo se ubicaría cada persona conocida en Saladillo de acuerdo al escenario político que planteaba el gobierno militar en el territorio local. Ese grado de detalle nos permitía poder inferir los niveles de acompañamiento o rechazo que íbamos a sufrir cuando publicáramos o lleváramos a cabo alguna acción concreta.

Para completar ese detalle nos distribuimos las personas y las entrevistamos, tratando de sacar algunos mínimos compromisos de apoyo secreto con los que pudiéramos contar en la tarea a desarrollar. Tremenda fue nuestra desazón cuando comprobamos que entre el miedo, los mecanismos de autoprotección y las diferencias ideológicas con nosotros, estábamos prácticamente aislados. Sólo pudimos rescatar actitudes de personas no vinculadas a la política que, apoyadas en su sentido común y el aprecio que nos tenían, y a pesar del temor, estaban dispuestas a bancarnos.

Interventor municipal

El Argentino, en su edición del 1° de abril de 1976, reflejó cómo se procedió a efectuar la ceremonia de toma del gobierno municipal por parte del Teniente Primero Carlos Alberto Ramón Elizathe, el que requirió a viva voz una Biblia para jurar ante Dios por el Estatuto de Reorganización Nacional y la Constitución Nacional (sic), y para cumplir y hacer cumplir las directivas emanadas por la Junta Militar, labrándose un acta en la que también firmó el Intendente depuesto, Ariel Horacio Delía, quien se encontraba acompañado por sus colaboradores.

El interventor militar, antes de partir hacia el corralón municipal, donde dijo algunas palabras a los trabajadores allí reunidos, firmó la primera Ordenanza que en su Artículo 1° decía: “Disuélvese el Consejo Deliberante de la Municipalidad de Saladillo”. En el 2°, pone todos los bienes e instalaciones en custodia del Secretario de ese cuerpo y lo hace responsable por los mismos. El 3° es de forma.

La primera editorial de *El Argentino* ante la dictadura militar

La primera nota editorial de *El Argentino* durante la dictadura exponía, con la capacidad de síntesis de Fernando, nuestras discusiones de toda esa semana. Se publicó con el título: “La Constante Histórica”. En ella relata cómo los golpes de Estado en la Argentina tienen su origen el 6 de Setiembre de 1930, “cuando comenzó esto que ahora ya se ha transformado en un vicio. Allí encontraremos el arranque de los grandes desencuentros nacionales”.

El ingeniero Volonté relata el franco apoyo que tuvo el último gobierno depuesto de parte de la oposición, dilapidado por una supermiopía y una incapacidad ilimitada por parte de la Presidente Isabel Martínez de Perón, y afirma: “Será la historia, y en especial las horas

por venir, las que juzgarán ese esfuerzo de quienes aún creen en la civilidad, pero que lamentablemente hoy muchos no comprenden. El pueblo debe saber que en el momento final de esta etapa ya cerrada, cuando se realizaba la asamblea multipartidaria que varios sectores reclamaban desde dos meses antes, se estaba hallando la salida constitucional anhelada y se anunciaba para el miércoles 24 la constitución de la comisión bicameral. Pero ya era tarde, el golpe estaba preparado hasta en los más mínimos detalles, hasta con las proclamas impresas; cuando la civilidad se unía en la solución, la salida militar era irreversible. Ya todo era muy fácil. La Junta Militar se constituyó en el poder sin inconveniente alguno, sin oposición, sin tiros, casi solamente con las marchas en la cadena de radios. El pueblo, con una tranquilidad inmutable, mostró su complacencia en todos los rincones del país. Pero vale una pregunta: ¿alegría con qué? Se acaba de cerrar una etapa para la civilidad, la que comienza será larga y dura. Por eso, junto a Rudyard Kipling, con nuestra banderas enarboladas e intactas, repetimos: ‘Y si perdieras, empezar otra vez como cuando empezaste, y nunca más exhalar una palabra sobre la pérdida sufrida’”.

Ese era nuestro juramento de la Resistencia civil. La enorme pluma de Fernando Volonté fue capaz de escribirlo en la nariz de la dictadura militar casi el mismo día de su nacimiento, cuando ésta aparecía con toda la fortaleza de un poder que se basaba precisamente en la frustración de millones de argentinos.

Dictadura y sociedad

El comportamiento de nuestra sociedad, propia de pueblo chico, permitió ver cómo, con rapidez, se fueron alineando las personas y sus opiniones a favor del nuevo gobierno. Al punto que el mismo 8 de abril, a sólo 15 días del golpe de Estado escribíamos: “¿Qué ha pasado en el país? ¿Todo lo blanco, ahora es todo negro? ¿Tan fácil es cruzar de vereda? Ayer, aplaudiendo rabiosamente al gobierno pero-

nista; hoy embanderado con la ‘ejemplificadora’ acción del gobierno militar.”

Para no equivocarnos consultamos al pueblo, y allí encontramos enseguida la respuesta. Ese pueblo nos señala indignado la falta de conducta. Y agregamos: “¿Podía llevarse adelante un programa de liberación nacional en el caos, el desorden, la incapacidad y la corrupción? Evidentemente no. Todo lo que se consiguió en ese estado de cosas fue aumentar el grado de dependencia. Motivo por el cual es necesario lograr el mayor orden, tranquilidad, paz y capacidad puesta al servicio de una mayor eficiencia, para poder – dentro de ese estado estable de cosas - lograr encauzar un país hacia sus metas progresistas y liberadoras. Pero cuidado, a no confundirse, que también dentro del orden - como en el caso del desorden - se puede aumentar el grado de dependencia. Ello estará determinado por los lineamientos económicos que, si son entreguistas, nos conducirán a esa nueva frustración y a un mayor endeudamiento. Dentro del orden también se puede hambrear al pueblo, para que engorden los de afuera”. Estábamos convencidos de que la dictadura militar nos conduciría inevitablemente a ese destino de entrega y destrucción.

Las llamadas “fuerzas vivas” de la ciudad se alinearon rápidamente detrás de quién podía llegar a ser “interventor designado por el gobierno militar”, es decir intendente de la dictadura, sin ningún tipo de prurito o prejuicio acerca de la legitimidad del poder, en este caso inconstitucional.

En esa misma fecha *El Argentino* informaba que “serían dos vecinos que se postulan con más posibilidades para conducir el municipio. Uno, el Dr. Dionisio Ferré; y otro, el contador Roberto Ugartemendía”, que contarían con el apoyo de las fuerzas vivas locales, mencionándose al Centro Comercio Propiedad e Industria, la Sociedad Rural de Saladillo, organizaciones eclesiásticas y el Rotary Club.

Mientras se anunciaba que se habían dejado cesantes más de veinte agentes municipales y que el martes de la semana anterior y -luego de un allanamiento perpetrado en su domicilio-, había sido detenido

y posteriormente trasladado a Azul, el joven Jorge L. Cura, conocido integrante de la Federación Juvenil Comunista.

Circulaba extraoficialmente la versión de que en la requisita efectuada en su domicilio, sólo fueron encontrados algunos ejemplares del periódico “Nuestra Palabra”, órgano oficial del Partido Comunista. Cuando fuimos a buscar solaridad para presentar una carta en apoyo a Jorge, muchos nos dijeron con una mezcla de temor y de falta de valores democráticos: “Pero cómo vamos a pedir por su libertad si es comunista”.

Un frío nos corría por la espalda cuando escuchamos esos argumentos y recordamos lo que siempre nos repetía Carlos Gorosito en sus discursos, recordando al pastor luterano alemán Martín Niemöller cuando en la Alemania Nazi escribió ese poema que decía: “Primero vinieron a buscar a los socialistas, y yo no dije nada./ Porque yo no era socialista./Luego vinieron para los sindicalistas, y yo no dije nada./ Porque yo no era sindicalista./ Luego vinieron a buscar a los judíos, y yo no dije nada./ Porque yo no era judío./ Luego vinieron a buscarme, y no quedó nadie para hablar por mí”.

Por esa respuesta que recibimos al pedir solidaridad para Jorge Cura fue que nos sentimos realmente amenazados por primera vez. No era una amenaza que provenía de las fuerzas de choque de la dictadura. Comenzamos a sentirnos de la peor forma, porque en realidad la que nos estaba poniendo en riesgo era la actitud de nuestra propia sociedad que avalaba tácitamente que se pudiera privar de la libertad por pensar diferente.

Debimos volver a jurar nuestras convicciones en los valores de la resistencia, que eran los mismos valores de la democracia, y fue así que con toda la bronca del mundo, Fernando Volonté, el 22 de abril, me publicó un poema titulado “La noche de un pueblo y el canto del grillo”, escrito en esos días de desconsuelo. Decía:

He estado contigo / desde el día / en que pensando / supe
que existía.
Sufrimos / lo sufrido / por las mentes / que piensan sin
decir / que son sufrientes.
Así juntamos / la letra / y la lágrima nacida.
Así fue la letra / impregnada con sangre de la vida.
Por eso / no pintamos / ni el tiempo, ni la hora / del sol
esplendoroso / si alguien llora.
El haber estado / conjuga / el pasado y el presente.
De allí / que he estado siempre.
Por eso no olvidé / que tu no quieres / que te olvide.
Por eso mi voz / no se despide.
Así es que / oirás cantar el grillo / cuando hay luz / cuando
hay tormenta / o cuando el sol no tiene brillo.
Y quien pretenda / decir que quien / diciendo no dice
Le pido que al agua / que yo vierto, la analice
Los grillos / se deben a los pueblos / por eso deben los
nacidos / palabras / para tantos oídos.
Y cuando podamos / ver lo que / aún no vemos. Veremos
que los que hoy son más / mañana serán menos.
Se cerraron / las puertas, / las ventanas.
Las hormigas verán / un día sin mañana.
Aunque parezca / que el sol brilla, / o que ni espina / ha
quedado / de la astilla.
No compañero / de siempre, no crea / que ignoro su re-
proche / pero aquel día de tormenta / se hizo noche.
Y la noche / no es tu suerte.
Más en la noche / el canto del grillo / es el más fuerte.

Nuestra sensación era que en forma irremediable nos íbamos in-
ternando en la peor noche que nos hubiéramos imaginado. Nuestro
grupo compacto nos servía de cobijo, pero empezábamos a percibir
que éramos un pequeño punto en medio de la soledad que compar-

tíamos con nuestros propios vecinos, quienes por miedo o inconsciencia, ya empezaban a ignorarnos.

Después de la parrilla

Cuando me desperté del desmayo o del sueño después de la tortura había perdido el sentido del tiempo. No sabía si había pasado un día o si estaba en la misma fecha en la que me llevaron a darme en la “parrilla”.

Creo que desperté porque escuché ruidos que tenían que ver con la cena y, aunque no tenía nada de hambre, percibí el olor del guiso que habitualmente servían en La Cacha.

No recuerdo qué soñé durante esas horas que estuve desmayado o dormido y tirado sobre el colchón. De lo que sí estoy seguro es que cuando abrí los ojos lo primero que me vino a la memoria es lo que había pasado. Rápidamente me enfoqué en el funcionamiento de mi cuerpo, que era en lo que estaba cuando dejé de estar despierto.

Sentía y podía mover los dedos de manos y pies y eso me dio suficiente tranquilidad como para intentar levantar la rodilla, pero resultó imposible porque detrás del muslo tenía una contractura brutal que me impedía hacer fuerza de cualquier manera.

Traté y pude abrir las piernas distanciándolas un poco y allí me surgió un tremendo dolor en la ingle y en particular en la base de los

testículos. Una lágrima se me escapó del ojo derecho y me notificó que ese tipo de secreción estaba funcionando bien. Sin embargo el dolor inguinal me tenía muy preocupado porque no sabía cómo tenía esa zona, ni si en el futuro esos órganos iban a funcionar y no sólo para orinar.

Podía mover los brazos pero no levantarlos. Sentía un terrible ardor en la parte trasera de las axilas y la espalda estaba como sujeta por una estaca hacia arriba. Eso irradiaba dolor a casi todo el tórax, generándome una muy rara sensación de no tener el control de mi propia cavidad al punto que sentía como si las costillas estuvieran sueltas y los órganos internos también.

El olor a quemado de mi propia piel lo impregnaba todo. Me habían vestido después de la tortura y se había concentrado en la ropa, que ya tenía su propio tufo de suciedad y ahora se combinaba con el hedor de la carne quemada. Semejante depilación forzada agregaba el residuo del vello también quemado y pegado con la transpiración a mi pecho, para generar un olor tan fuerte como repugnante.

Trataba de respirar con la boca para evitar oler mi propia baranda y no hacía otra cosa que complicar el funcionamiento de mi paladar que, seguro, tenía destruido. Al punto que podía percibir una enorme costra adherida allí y que casi me impedía hablar, aunque en esa situación no tenía con quién cambiar palabras.

El que venía distribuyendo la comida me saltó sin preguntarme y tampoco me acercó un jarro con agua, que me hubiera tomado de un saque aunque sabía que no podía hacerlo, porque la sed me estaba taladrando la garganta. Yo escuchaba el cuchicheo entre mis compañeros de cautiverio: “Al radical lo hicieron mierda.” Fue la primera confirmación externa de lo que me había ocurrido. Tomé entonces la decisión de seguir durmiendo sin hacer ningún tipo de esfuerzo más. Me sentía como si hubiera rendido el peor examen de mi vida y que éste podía volver a repetirse porque algunos de los comentarios allí dentro era que te pasaban varias veces por la sala de torturas.

Había aplicado todas las enseñanzas del código de supervivencia y estaba satisfecho conmigo por haberme bancado semejante locura. Los dolores del cuerpo eran tantos que decidí tratar de evadirme de ellos. Proyecté mi mente hacia el pensamiento de aquel cielo azul que era mi talismán de la vida y una inmensa tranquilidad me fue cubriendo y despojando de todos los lastres que se aferraban a mi piel como cucarachas a la basura.

¿Era tal vez lo que me habían hecho el destino que nos imaginábamos cuando tomamos la decisión de resistir a la dictadura? No, en nuestra pequeña visión pueblerina no podíamos llegar a realizar una composición mental de la existencia de un aparato represivo del tamaño y de la ferocidad del que yo acababa de comprobar.

Me empecé a preocupar al imaginarme que mis compañeros de militancia de Saladillo terminaran pasando por lo mismo que yo. Realmente no estábamos preparados para esto, porque sí podía ocurrir que nos mataran, pero la tortura es un fenómeno más duro y que mantenido en el tiempo se torna imposible de aguantar. Con esa conclusión me volví a dormir. Necesitaba que pasaran las horas para ver cuál era mi estado físico luego del marasmo sufrido.

No tengo casi registro de esa noche excepto de dos oportunidades en las que me desperté sobresaltado porque pensé que me estaban torturando y que me ahogaba, pero en realidad estaba transpirado -a pesar del frío- porque no podía respirar al tener los bronquios cerrados.

Debí hacer todo lo que yo sabía para esas situaciones, además de calmarme, y así pude disminuir el chillido que salía de mi propia respiración. En la mañana escuché todos los ruidos a los que ya me estaba acostumbrando y nuevamente me saltaron para el mate cocido. La sed era un drama que sólo pude atenuar cuando alguien del otro lado del tabique me recordó que no podía tomar ni comer nada y me alentó diciéndome: “Aguantate, flaco, que ya te falta menos”.

Para distraerme descubrí que podía sentarme sobre el colchón y percibir que mi cintura tenía una bisagra que aún servía para doblar-

me. Me olvidé del tirón que recorría toda la espalda porque tenía una curiosidad que me carcomía, ¿Cómo estaría la piel de mi cuerpo?

Una vez que me pude sentar en el colchón hice carpa con la bolsa que tenía sobre mi cabeza y que me llegaba hasta la cintura, y metiendo una mano dentro de la misma, desabroché mi campera, levanté mi pullover y también la remera con la que cubría todo mi tórax. Lo que vi me causó impresión al punto que casi me caigo hacia atrás: en mi panza y mi pecho, cientos de pequeñas cáscaras de sangre coagulada daban la impresión de un territorio bombardeado.

Había perdido todo el vello que en su momento me había hecho sentir orgulloso de ser un hombre de pelo en pecho, y el vaho de éste quemado subía hasta mi nariz sin pedir permiso. Fue sólo un segundo porque baje enseguida mi ropa y me cubrí nuevamente el cuerpo. Pero me impactó tanto que me deje caer de espaldas como si estuviera vencido. Hasta ese momento no sentía absolutamente nada, pero fue verlas para que cada una de esas lastimaduras empezaran a arder y molestar muchísimo. No podía precisar si algunas picaban más que otras, pero en la suma se me hacía una molestia importante, que antes no tenía.

Con ese panorama me imaginé lo que serían mi pene y los testículos y otra lágrima se me escapó a pesar de estar en forma horizontal. No pensaba en ese momento acerca de mi capacidad reproductiva, a la que daba por definitivamente perdida de acuerdo a los dichos que yo sabía sobre el daño de la electricidad en los espermatozoides, porque no quería desviarme de mi objetivo en ese instante, que era sobrevivir.

Estuve así el mediodía y la tarde. Muchas veces escuché las voces de mis compañeros de cautiverio que me preguntaban cómo estaba y yo, con el hilo de voz que me salía, les respondía que bien, porque aún estaba vivo.

Ese aliento fue muy importante porque estaba sumido en una situación de tal indefensión que el sólo hecho de saber que allí había gente que se preocupaba por mi existencia, evitaba que me sintiera solo y la soledad era un monstruo muy grande porque me sentía con la mente en carne viva.

Traté por todos los medios de hacer que el tiempo pasara para poder restaurar todas mis funciones vitales y tomar agua, que era lo que más me angustiaba. El cascarón de la garganta parecía crecer aunque no estaba perdiendo sangre por la boca. Una parte de él se iba endureciendo producto de la coagulación, pero no podía evitar tocarlo con la lengua y de los costados se desprendían pequeñas partículas que a veces escupía y a veces tragaba, si podía.

Pensaba en arrancarlo con la lengua cuando me sintiera un poco mejor para impedir que todo ese tejido se pudriera en mi paladar, así que ese fue un motivo que me mantuvo entretenido y me distrajo de las heridas de las quemaduras que tenía por todo el cuerpo.

Al llegar la noche, cosa que percibí porque servían la cena, tuve buenas noticias. Me trajeron agua y algo para comer. No pude probar bocado porque casi nada me pasaba por el paladar. Además del cascarón que había resuelto arrancarlo al día siguiente tenía una terrible hinchazón que achicaba aún más mis posibilidades de tragar algo. Pero el solo hecho de poder beber e hidratarme me generó una sensación de bienestar increíble. Había recuperado uno de los factores fundamentales de la vida: tomar agua, y eso me tonificó bastante.

Con respecto al cerebro había estado chequeándolo antes de la cena. Hacía cuentas mentales de tres pasos para ver si las podía resolver y todas me daban bien con lo que inferí que no lo tenía dañado. Traté de recuperar recuerdos de mi niñez y casi todos fueron logrados positivamente. Algunos hasta me llamaron la atención porque yo ya no me acordaba cuando de niño muy chico dormía en una cuna que en realidad era un carro con los lados de chapa.

Sí tenía recuerdos de ese mismo carro cuando con Lilian lo acunábamos a Hugo, nuestro hermano menor y que en un momento se nos cerró con él adentro ante el espanto de mi madre. Pero nunca había recordado que yo estuviera allí durmiendo.

Tenía muy fresco cuando siendo bebé estaba recostado mirando hacia una de esas paredes del carro que parecían enormes y tomaba la sábana para agarrarme de algo y luego encontraba mi chupete y

lo ponía en mi boca. Sí, el mismo chupete que mi hermana tiró una noche en el fondo de mi casa dando por terminado mi tiempo de usarlo. Ese recuerdo a mis padres mirando de arriba y yo inclinando mi cabeza para buscarlos no lo había percibido nunca antes, sin embargo ahora podía traerlo a mi memoria con una fidelidad increíble.

También podía recuperar partes del primer grado mío con la maestra a la que llamábamos Mamá Noema, que siempre pensé que había perdido, como mis primeros días en la escuela. Para mí esos días fueron muy difíciles, al no haber concurrido al jardín de infantes. Por esa razón me sentía bastante retrasado con respecto a los otros compañeritos de aquel año.

Creo que ésa era la causa por la que yo tenía bloqueado esos recuerdos y, sin embargo, ahora podía acceder a ellos sin problema. Repasé todos mis argumentos antes y durante el interrogatorio y no sólo los recordaba bien sino que estaba convencido que los había podido exponer casi sin fallas, lo que me daba un mínimo de tranquilidad.

Hablando con mis compañeros me comentaron que mi interrogatorio había sido muy largo y que los gritos fueron desgarradores, por lo que estaban preocupados por mi salud cuando volví al recinto donde estaban todos. Me sugirieron que no bajara la guardia ni que me sintiera con el tema resuelto, porque era muy común que te torturaran varias veces hasta lograr quebrarte, por lo que seguí ejercitando mi mente repasando argumentos y los puntos que debía tener grabado si me volvían a llevar a la “casita de afuera”.

Así traté de dormir con un hambre que me partía el estómago y lo hice de a ratos porque me despertaba sobresaltado pensando que me venían a buscar para otra sesión de interrogatorio. Sin embargo, la noche que todos imaginábamos que estaba ocurriendo afuera se adueñó también de cada uno de nosotros y yo que estaba muy cansado entendí que la mejor forma de recuperarme, si es que podía, era durmiendo, a pesar de mis sueños.

Recuerdos de Tábata

El ruido de los jarros de aluminio en los que servían el mate cocido me indicó que era ya la mañana. Alguno pedía por favor que lo llevaran al baño, como ocurría siempre. Yo estaba entre los que tenían ganas de orinar, pero no pedí hasta que casi ya no quedaba ninguno sin ir hacer sus necesidades.

No sabía si iba a poder caminar y por eso esperaba que el guardia estuviera con más tiempo y así tal vez me podía ayudar a hacer el trayecto desde el colchón hasta el pequeño lugar que hacía las veces de baño. Cuando llegó mi turno quise levantarme pero me tambaleé. Me abarajó uno de los que venían de la armada, que eran bastante amables. “Te parrillaron mucho, flaco, parece”, dijo uno llamado Carlitos. “Sí, estoy medio hecho mierda, pero si me incorporo bien voy a poder caminar”, le dije.

Me ayudó y logré arrancar como si fuera un viejito de 90 años pero sin bastón. Con lentitud pude llegar hasta la puerta del baño, en donde me largó del brazo y pude entrar. Les advertí que podía tardar un poco más y sin decir nada el guardia asintió a mis excusas anticipadas. Me bajé los pantalones ni bien se cerró la puerta y miré mi pene y mis testículos y me quedé paralizado porque estaban igual que mi pecho, lleno de pequeñas quemaduras que en este caso completaban toda la superficie de la piel de mis órganos genitales.

No quería ni tocarme porque suponía que el dolor me podía llegar a doblar la sensación de espanto que ya estaba sintiendo y entonces miré al techo pretendiendo orinar pero no me salía nada. Era lógico que si no había tomado agua durante un día, casi no tuviera ganas, pero mi cerebro me indicaba que debía hacerlo. Así que me concentré para expulsar el líquido que pudiera tener en mi vejiga y fue allí donde casi me caigo desmayado porque al lograr orinar un poco fue tremenda mi sorpresa al mirar el inodoro y verlo pintado de rojo: estaba saliendo sangre.

No pude dejar de traer a mi memoria el recuerdo de Tábata, mi gatito negro que yo vi cuando lo atropelló un Peugeot 404 al cruzar la calle frente a mi propia casa, y que entró corriendo en el galpón del negocio de mi padre. Lo traté de agarrar pero pasó rápido a mi lado y se refugió sobre las bolsas de maíz que estaban en el galponcito del fondo. Allí corrí para auxiliarlo y acariciarlo pensando que no tenía nada, pero al levantarle la patita trasera para aliviarle el dolor que lo estaba afectando pude ver que un hilo de sangre salía de su pitito y le manchaba parte de la panza. “Está reventado” dijo mi padre, sin ser consciente que semejantes palabras no se borrarían nunca más de mi mente.

“La puta madre, tengo algún órgano roto”, pensé. Me limpié con el papel higiénico, en un esfuerzo supremo por mantener la compostura. De nada valía perderla ya que nadie vendría en mi ayuda en ese momento, y me paré poniéndome el calzoncillo y los pantalones sin chistar, pero con los ojos transformados en cristales a punto de llorar. La ventaja era que nadie podía verlos porque la bolsa del tabique me permitía hacerlo de incógnito, pero no alcancé a derramar ninguna de esas lágrimas que estaban más esquivas que nunca.

Volví caminando para el colchón que me correspondía y encontré al lado, al punto que casi lo pateo, el jarro con el mate cocido tibio y un pan, que era todo mi desayuno. Comí cada miga de ese pan medio crudo que me pareció exquisito y tomé todo el líquido casi en dos largos tragos, a pesar de la costra que suponía esa cáscara adherida a mi paladar, que iba a tratar de arrancarme en un rato más tarde, pensando en que si tenía algún órgano roto la única chance era que el mismo cuerpo lo reparara y que estaba bien que orinara bastante para poder drenar mejor la sangre que salía de mi aparato urinario.

Era esa una mala noticia de la que me costaría reponerme pero que sólo viendo su evolución podía llegar a extraer alguna otra conclusión, por lo que resolví dejarla a un costado y unos minutos después metí mis dedos en la boca como si fueran pinzas y saqué un coágulo de sangre seca con los costados húmedos y los tejidos vivos,

casi sin sentir dolor. Entre la arcada que me provocó la incursión de ambos dedos, y el asco de ver el cascarón sanguinolento, casi vomito a un costado del colchón.

El aire empezó a entrar a torrentes por el tubo liberado de semejante obstáculo y busqué el último chorrillo que quedaba en el jarro del mate cocido que, aunque frío, me suavizó la garganta que me había operado con mis propios dedos.

Allí estaba, roto por dentro, quemado casi en cada centímetro de mi piel y con la garganta sangrando un poquito porque escupía lo rojo del residuo que aún me quedaba, pero vivo y resistiendo. Pensé en ese momento que yo no era ningún héroe ni nadie especial y que todos los que tendían sus cuerpos sobre esos colchones húmedos habían pasado por situaciones similares. Todos los que habían sobrevivido, estaban allí, aun tratando de ganarle minutos a la muerte, que como luego me enteraría, también habitaba entre nosotros.

Se define el intendente de la dictadura

Con mucha atención seguimos en el grupo político las acciones del proceso militar a nivel local y en particular la puja entre los sectores que se disputaban la posibilidad de poner el nombre del futuro intendente de facto.

Las llamadas “fuerzas vivas” o “fuerzas avivadas” como les decíamos nosotros, pugnaban por llegar a las instancias provinciales y lograr imponerse en esa pulseada. Habíamos decidido, ni bien se definiera el nombre del intendente, hacerle un reportaje donde (como siempre ocurre en esos casos) se explayara sobre sus planes más ambiciosos para la ciudad, sobre todo en obras públicas como apunta siempre la impronta militar, para después -cuando éstas no se hicieran- pasar sistemáticas facturas del incumplimiento de las promesas.

Ahora bien, esta decisión incluía varias premisas que el grupo ya las había hecho propias en los primeros días del Proceso: estábamos ante una instancia de tiempo larga y que no se fijaba sus límites sino que iba a tratar de perpetuarse, como ya veíamos que ocurría en Chile. Nada de lo que hicieran iba a merecer de nuestra parte otra res-

puesta que la oposición, porque al negarle legitimidad desde el origen esto no podía resolverse con la llamada legitimidad en el funcionamiento, cosa que descartábamos que ocurriera. Nuestra posición crítica no era ignorada por quienes ocuparan el lugar del Intendente, con lo que no íbamos a sorprender a nadie.

Finalmente el 5 de Mayo juró como Intendente de facto el Dr. Dionisio Ferré, que en ese momento tenía 34 años, pero por su aspecto de extremo formalismo parecía mayor. El teniente primero Elizathe había estado 42 días en ese cargo, tiempo que invirtió en la disminución de la planta de personal del municipio, tareas de limpieza y adaptación del presupuesto de la comuna para que su continuador no tuviera que realizar los trabajos más duros.

El Dr. Ferré gozaba del apoyo de algunas de las “fuerzas vivas”, al punto que él era el asesor legal del Centro Comercio, Propiedad e Industria e integrante del Rotary Club, pero lo que definió a su favor fue su condición de ser ferviente militante católico e integrante del grupo más cercano a las autoridades religiosas de la ciudad y, también, de la arquidiócesis de Azul.

Con todos esos apoyos, la autoridad política local del proceso militar recayó en este abogado perteneciente a una conocida familia conservadora de Saladillo. Esa situación no dejaba de favorecernos porque si bien el sector más de derecha de la UCR local veía al Proceso como un avance positivo aun cuando no tuviera bien en claro en qué aspecto, no compartía afinidad con Ferré porque arrastraba una histórica disputa cuando el escenario político se dividía, antes de la aparición del peronismo, en radicales y conservadores, lo que nos evitó tener que lidiar con un colaboracionista del propio partido, como ocurrió en otras ciudades.

La democracia en boca del Proceso

La misma estrategia de tratar de ir desnudando a la dictadura e ir esmerilando el apoyo inicial que había obtenido en la sociedad por el descalabro del gobierno de Isabel, se reflejaba en las editoriales del *El Argentino*.

Nos provocó una enorme bronca que el Presidente de facto, Jorge Rafael Videla, en esos días hablara de la democracia como si fuera factible concebirla a partir de su propia negación. Con el título de “La Democracia Social”, Fernando Volonté hizo referencia a lo que Videla había dicho acerca de lanzar una convocatoria a todos los argentinos, para que fuéramos capaces de “imaginar y realizar una organización futura que nos permita el ejercicio de una democracia con real representatividad, sentido federalista y concepción republicana”.

Fernando define cuáles deberían ser los cambios que tendrían que ocurrir para lograr esa “democracia”, sabiendo de antemano que los mismos eran antitéticos con los objetivos del modelo represivo en marcha: “Esos cambios profundos tendrían que ser aquellos orientados en tres direcciones: la de una sociedad equilibrada y justa, con escalas abiertas al ascenso social; la de una economía dinámica, racional, organizada para administrar los recursos del ahorro y de la inversión necesarios al avance industrial y con un moderno y equitativo sistema de distribución del ingreso nacional entre las clases sociales; y la de una organización política dispuesta para la efectiva participación de los pueblos en la conducción política del Estado. En otras palabras -para buscarle contenido universal al enunciado-, la ‘democracia política’ exigiría, para operar como un sistema dinámico de promoción y conducción del desarrollo, la excepcional capacidad de desdoblarse en una democracia económica y en una democracia social. Pero en ningún momento podemos apartarnos del concepto de que la democracia es total, en el sentido que no puede existir a medias, ni como una suma de partes desordenadas y sueltas, ni como un sistema contrahecho que declara a los hombres libres pero les nie-

ga los medios -económicos, culturales y políticos- de ejercicio de la libertad”.

Con inteligencia, termina su editorial afirmando: “Será dentro de dos, cinco o diez años. No lo sabemos. Pero sí estamos seguros que desde ahora mismo deberá el pueblo argentino comenzar a prepararse para vivir en democracia social. Las formas tradicionales ya han cumplido su ciclo. Sólo cambiando con un sentido socialmente justo, lograremos el progreso pacífico de nuestra querida patria”.

La primera advertencia sobre qué publicar

El Poder Ejecutivo de la Nación sancionó una de sus llamadas “leyes” modificando el régimen de Contrato de Trabajo aprobado por la ley 20.744, estableciendo que el Ministerio de Trabajo integrará comisiones con la participación de los ministerios de Economía y Justicia para el estudio y la elaboración de proyectos de ley relativos a la reglamentación del derecho de huelga, régimen de trabajo rural, regulación de los estatutos legales especiales de trabajo y Código de Trabajo, predefiniendo sus intenciones con relación a cómo regular no sólo las condiciones de trabajo sino también los mecanismos de protesta en el futuro.

En esa misma semana el cardiocirujano René Favalaro visitó la ciudad de Catamarca y en esa oportunidad expresó su indignación, diciendo que la mayoría de los hospitales del país estaban totalmente desmantelados por causa de la burocracia y el desastre presupuestario. Luego se refirió al problema de los medicamentos, donde elogió la llamada ley “Oñativia” que fue dictada durante el gobierno del doctor Illia, mostrándose favorable a su reimplantación, adecuándola a la realidad actual. También dijo que “la Argentina ha perdido el liderazgo en Sudamérica porque se desintegró en los últimos 30 años”.

Entre nosotros estaba instalada la discusión de dar o no a publicidad a la velada amenaza que el periódico había recibido, por parte

de la autoridad militar, antes del cambio a un interventor civil el 5 de Mayo, como parte de ese trabajo sucio que debían hacer las fuerzas armadas para realinear a la población y a sus comunicadores.

Así fue que nos pareció lo mejor que la sociedad supiera que la tarea de informar con la verdad y discrepar con el Proceso tenía serios riesgos para quienes decidiéramos hacerlo. Fue por esa razón que en una muy dura editorial del 27 de mayo, *El Argentino* publicó el artículo “El Frío de mayo”, haciendo referencia a que a los típicos fríos climáticos de esta altura del año había que sumarles el enfriamiento proveniente de la fuerte recesión económica que hacía duro blanco en los comercios de la ciudad y en los asalariados.

El 198,3% de inflación del primer cuatrimestre de 1976 proyectaba un anualizado de más del 1000% cuando finalizara mayo, cosa que había terminado de derrumbar el poder de compra de los ingresos populares. Sobre esos datos, el artículo (una vez más firmado por Volonté) incluye un párrafo que es demoledor en sí mismo hasta para nuestras perspectivas futuras, pero que pasa inadvertido para el pueblo de la ciudad.

Dice: “Dejemos por ahora esas cifras que impresionan y aterran por sus perspectivas y vayamos a otro tema que nos toca bien de cerca. El presidente de la Nación, teniente general Jorge Rafael Videla, no ha perdido ocasión para definir su concepción acerca del periodismo y de su función en el presente proceso encarado por las Fuerzas Armadas. El primer mandatario ha hecho hincapié en la objetividad periodística recalcando que ella no debe significar la existencia de una prensa complaciente y oficialista. A partir de esa premisa, deduce que una prensa independiente y objetiva puede significar un canal apto para la expresión del pueblo. Nosotros tenemos la obligación ineludible de decir que todo ello configuran expresiones meramente declamativas, puesto que el lunes 26 de abril pasado la autoridad militar nos comunicó que no había libertad de prensa y que debíamos abstenernos de efectuar comentarios sobre ciertos aspectos de la situación nacional. Esa limitación ha significado el cercenamiento de

la libertad de expresión, motivo por el cual las palabras del presidente Videla pierden realidad”.

No se hizo pública esa advertencia para que se valorara la valentía de ser coherentes con la línea de pensamiento ante la virtual mutación de casi todos los medios de comunicación hacia el oficialismo procesista. Se publicó porque la amenaza era demasiado importante como para mantenerla en secreto.

Tampoco para justificar un cambio de línea hacia versiones más moderadas, al punto que en la misma tapa que se publicó esa editorial se incluye una nota firmada por Francisco Ferro, con el título “El Problema de la Libertad”. Pancho escribía con notable claridad argumental. Él acompañó con su nota la firme decisión de continuar en la brecha, a pesar de estar bajo amenaza del poder militar.

Explicaba que “la realización de la libertad es el único método para lograr el pleno desarrollo del hombre y de la sociedad humana. Vista la realidad social argentina, podemos afirmar que la libertad está condicionada al poder económico. Valga un ejemplo: no todos los jóvenes que egresan del ciclo secundario están en condiciones de continuar sus estudios en el nivel universitario. Sólo lo están aquellos que disponen de recursos económicos suficientes. Por ello, y haciendo una aplicación general de esta incuestionable realidad particular, podemos afirmar que sólo es libre quien puede económicamente serlo, es decir quien tiene lo suficiente para garantizar su libertad. Yendo a otro terreno, podemos apreciar como la ‘libertad’ es sólo una apariencia, una máscara que esconde la más cruda dominación. Hoy es común escuchar en materia económica hablar de la ‘libre empresa’, etc. Estas políticas ‘liberales’ son la negación más rotunda de la libertad. Primero porque la competencia está montada sobre un mecanismo de lucha, de conflicto. Segundo, porque la competencia al enfrentar los intereses de los hombres destruye la base misma de la solidaridad humana. Tercero, porque la libertad de los más fuertes es utilizada en el aplastamiento de los más débiles. El triunfo de los fuertes no es la victoria de la libertad, sino precisamente todo lo contrario, la derrota de toda

libertad. Muchos habrán tenido oportunidad de escuchar los reclamos de los grandes empresarios hasta hace poco tiempo, para que liberaran el mercado, que se acabara el control del Estado, etc. Pues bien, ahora se liberó y ¿qué pasa?: las grandes empresas se llevan la parte del león a costa de los consumidores. Esta es la 'libre competencia', libertad del más fuerte para saquear al más débil”.

Ferro continúa con su desarrollo en el plano social del concepto de la libertad, para terminar afirmando: “La libertad es indivisible. Donde se la niega a las organizaciones sociales, no puede existir para las personas físicas; donde se la niega a las personas, no puede haber organizaciones libres. La formación para la auténtica libertad supone la práctica constante de la libertad en todos los niveles y órbitas”.

Como afirmaba Fernando Volonté, ese mayo era extremadamente frío en todos los niveles y nuestro grupo se preparaba para continuar la resistencia a pesar de esos malos pronósticos. Los rumores acerca de lo que estaba ocurriendo en Capital Federal o en La Plata eran aterradores.

Yo ya estaba viviendo y cursando con custodia militar en las entradas y dentro de la misma Facultad de Ciencias Económicas. Por las noches el murmullo de la ciudad se transformaba en un concierto de ametralladoras y sirenas con fondo de miedo. Para poder ir sin tener que pagar boleto, porque no tenía forma de hacerlo, viajaba el viernes por la tarde haciendo dedo y el domingo por la noche me traía Carlos Patuto en su camión Mercedes Benz 1114 cargado de alimento balanceado para aves, con destino a Quilmes, a cambio de cebarle mates y darle charla sobre política.

Con el tiempo, Carlos se integró a nuestro grupo y tuvo una actuación importante porque era un hombre valiente y decía que él no quería manejar un camión toda la vida y para eso tenía que lograr cambiar el mundo. En Quilmes él me dejaba a dos cuadras de la estación y allí, a las 4 de la mañana, tomaba un tren con destino a La Plata, que salía unas monedas. En ese viaje podía apreciar a cientos de personas que hacían el mismo recorrido que yo. Con esa imagen, una lapicera y un cuaderno *Gloria*, compuse este poema:

El miedo es aire y se respira

Se acercó / a mí.

Meneó la cabeza / con un gesto / que no alcancé / a percibir / y me largó / una bocanada / de palabras:

“Conoces el miedo... / muchacho,

Yo sí,

Lo he visto / a partir de cada día / diecinueve.

Cuando los últimos / papeles / de dinero / se terminan.

Lo he sentido / continuamente / en estos meses / durante once largos, / interminables... / días.

Me ha salpicado / el miedo / en forma / de borbotones / de sangre, / cuando una bomba / explota / y mata inocentes, / cuando en / venganza / se fusila / a seis, también inocentes / por cada muerto.

Lo he visto / reflejado / en la mirada / de los hombres / y de las... mujeres.

“Sólo ustedes / muchachos... / y los niños / no lo sienten / porque hay sangre demasiado / joven / o porque hay / valor / aún no envejecido.

Créeme muchacho / tengo miedo, / por ustedes.

Créeme muchacho, / también tengo fe / en ustedes”.

Allí estaba yo / frente a él.

Un hombre / cualquiera / sin dinero, / sin silencio.

¿Y el miedo?

No sé, tal vez / no para todos, / sí para algunos / sea el valor / envejecido.

Para otros / la falta de valor / que siempre / padecieron.

Para la gran / mayoría... / son las armas / olientes / a pólvora / y a sangre, de inocentes.

19 / LA PASTILLA Y LOS VUELOS

Éste se va a volar

En mi condición de recién torturado recibí las mejores atenciones de mis compañeros de cautiverio, porque todos los que pudieron comunicarse conmigo me transmitieron su solidaridad, su pesar por lo que me estaba ocurriendo y también sus experiencias, que en esta situación resultan clave para poder entender no sólo lo que a uno le está pasando sino también qué puede ocurrirle luego.

Yo tenía una duda sobre la que no me animaba a preguntar porque suponía que al hacerlo ponía en riesgo a quien me respondiera. Era sobre si allí se mataban personas, es decir si las ejecutaban como se decía en la calle que estaba ocurriendo en la Argentina del '77. Pero como se mostraron tan afectivos me atreví a preguntarle a uno cuya voz ya no podría distinguir.

Recibí una respuesta de un compañero de cautiverio que me dejó más preocupado aún: "Acá no, pero hay algunos casos de los que estamos seguros que llevaron personas para matarlas en otro lugar. Hubo un caso de un muchacho cuyo padre era un importante militar, o alguien influyente del gobierno actual, al que le dieron una pastilla que lo había dejado medio tarado, y cuando lo llevaron al baño antes de

sacarlo de La Cacha, alguien escuchó que entre los guardias hablaban sobre dónde lo llevaban, y uno de ellos dijo: ‘Este se va a volar porque los padres nos están rompiendo demasiado las pelotas’.

Al que le atribuían el mismo destino porque también le habían dado una pastilla y luego se lo llevaron fue al “Batata”, que era un militante destacado de Montoneros y que luego de pasarlo por varios chupaderos lo tuvieron un tiempito acá para darle otro destino.

“¿Y vos crees que los llevaron a eliminarlos?”, le pregunté como buscando un línea de fuga en la duda. “Sí, acá pensamos que a los que son piezas importantes y ya no los pueden exprimir más, los matan. Hay casos donde ellos dicen que los elementos ‘recuperables’ son trasladados a ‘Cachavachas Super Stars’, donde tienen mejores condiciones porque allí están sin tabicarse y son los guardias los que tienen capuchas. Pero para mí que eso es una mentira, para que nadie imagine que finalmente vamos a ser ejecutados”, me comentó el compañero. “Salvo que sean del grupo de los ‘traidores’, como en los casos del ‘Ingeniero’ y de Marina, que colaboran con ellos. Incluso el ‘Ingeniero’ ha participado de interrogatorios de compañeros que lo identificaron por la voz y por la forma de preguntar”, me agregó para completar la información.

“Ah, entre los que me interrogaron a mí había uno que era diferente de los que hemos tratado. Sobre todo preguntando. Era más inteligente y mejor formado, no un adoquín como los militares o los policías”, le dije. “Ése es el ‘Ingeniero. Es un bocho que diseñó un sistema para esconder hasta una imprenta, pero que se dio vuelta cuando lo capturaron y entregó a casi todo su grupo de conocidos. Muchos están muertos ahora por su culpa”, me dijo con una amargura mezclada con un odio profundo.

“¿Y dónde vive? Porque no creo que esté compartiendo el mismo lugar que ustedes después de lo que hizo”, le pregunté para tratar de entender todo. “Esos dos viven ahí afuera, en una casa rodante, porque son pareja. Pero no están libres, los dejan salir para situaciones

especiales como cumpleaños o velorios, creo. Son tan prisioneros como nosotros, pero colaboran con los milicos”, me dijo.

Me quedé pensando acerca de los comportamientos humanos en situaciones de dureza extrema. De cómo podía haber reacciones de solidaridad pero también de miserabilidad y pensé si la vida valía ese precio.

Cuando estaba siendo torturado en varias oportunidades les pedí que me mataran. No sólo porque había preparado decir eso sino porque ya casi no podía seguir tolerando el sufrimiento. Negarse a sí mismo por la debilidad propia podía entenderse, pero de allí a convertirse en una basura para sus propios compañeros supuse que sería una tortura para toda la vida. Qué sentido podía tener vivir así y, además, sabiendo que para esas mentes retorcidas de los represores (al igual que para los nazis durante la Segunda Guerra), los traidores eran herramientas a destruir después de ser usadas.

Volver al mundo de los vivos

El almuerzo siguiente tuvo para mí un nivel de gratificación enorme, no sólo porque pude volver a comer después de casi dos días, sino porque esa actividad me devolvía al mundo de los vivos y pensaba que si mi cuerpo debía restaurar algún órgano que estuviera dañado (razón por la que orinaba sangre), lo mejor que podía hacer era proveerle de proteínas e hidratos para que pudiera realizar mejor su tarea.

Comí sin parar, como si fuera la última vez. Y me dediqué a escuchar y poder hablar con mis circunstanciales compañeros de tabique. En todos los casos teníamos una necesidad imperiosa que era transmitirle al interlocutor el nombre, aunque fuera el apodo de “guerra”, para que con la ilusión que alguno saliera alguna vez en libertad, ése fuera portavoz de la existencia de uno dentro de las instalaciones de La Cacha (cuando esta historia pudiera escribirse). Era una forma de

mandar un mensaje en una botella como el náufrago en una isla perdida, con la limitación de la memoria de cada uno. Por eso que cada cual trataba de agregar algún comentario ligándolo a la identidad que permitiera mejorar sus chances de ser recordado.

Ese día lo secuestraron al “Pepón”, que parecía un muchacho robusto por su voz gruesa, tal como yo la oí cuando le preguntaron quién era. Parece que lo habían estado buscando desde hacía un tiempo porque él vivía en el edificio de 1 y 60, desde donde se emitían los documentos de identidad. Lo acusaban de haber provisto de unos cuantos de ellos para darle identidades nuevas a compañeros de Montoneros.

Al rato de traerlo lo llevaron para torturarlo y lo devolvieron en unas horas, muy maltrecho. Apenas se lo podía escuchar pero se lo notaba psicológicamente entero y resistiendo. Contaba algún compañero que le decían Pepón porque tenía una nariz importante, y se notaba que gozaba de un gran afecto entre ellos. En realidad, por lo que decían, era de “Azul y Blanca”, es decir de la estructura estudiantil que le servía de apoyo a la “orga”. Estaba preocupado por el destino de sus padres, con quienes vivía y temía que los milicos tomaran represalias contra ellos, cuando -según decía- éstos no tenían ni idea de sus actividades políticas.

La persona que me contó eso era “Lupín”, cuya voz me resultaba muy confiable y de quien supuse que también tendría una nariz importante para usar ese nombre de guerra. Cuando se identificó conmigo me imaginé el personaje de la historieta que yo coleccionaba. Aparte de lo grato que resultaban esos dibujos del aviador narigón, la historieta traía planos para hacer una serie de manualidades o trabajos de electricidad que me apasionaban y en los que invertía horas enteras para verlos terminados y funcionando. Mi madre, cuando me veía haciendo esas cosas sin saber que lo mío consistía en copiar lo que traía la revista, siempre les decía a quienes preguntaran por mí: “Está en el galpón inventando algo”.

Lupín era de Pergamino y estudiaba Derecho. Le pregunté si conocía a Estrella, una chica de su ciudad que vivía en la pensión que estaba al lado del Centro de Estudiantes de Saladillo, pero no la registraba, seguramente porque era un poco más pequeña que él.

Escucharlo me transmitió tranquilidad y le conté algunas cosas de mi vida de estudiante relativamente nuevo en La Plata. Cada conversación llevaba una cantidad de tiempo importante porque había que hacerla en voz muy baja e interrumpirla si se escuchaba algún ruido, por mínimo que fuera, que indicara la presencia de algún guardia. Esa habilidad era lo que permitía evitar la patada con que te llamaban la atención si te pescaban hablando.

La otra voz femenina que conocí estando tirado después de la tortura, que me habló desde el otro ángulo de mi colchón, respondía al nombre de Pato o Patricia. Ella fue muy amable y se mostró muy preocupada por mi situación, sobre todo cuando le conté que estaba orinando sangre. “¿Te pegaron muchas patadas o golpes?”, me preguntó. “No, le dije. Casi todo picana eléctrica. Golpes, sólo algunos en los testículos, pero no creo que esos golpes me hayan roto nada adentro”, le contesté con más dudas que certezas. “Entonces debe ser de la electricidad. Fíjate si te dura más de dos días. Si es así pedí que te trasladen a un hospital. Por ahí sirve para que te blanqueen”, me dijo, dándome una nueva expectativa por si la cosa se ponía muy grave con mis evacuaciones líquidas.

Patricia estaba allí con su padre y los habían secuestrado también en La Plata. Según me dijo, por su militancia política. En ese momento se me pasó por la mente cuánto más vulnerable es una persona cuando se encuentra con un ser querido allí adentro. No sólo se preocupa por lo que a él le ocurra. También debe multiplicar esa terrible sensación por lo que le suceda al otro.

Pensé qué pasaría si traían detenida a mi hermana, que también vivía en La Plata y que estaba en una pensión en 11 y 60. Cómo reaccionaría yo si me hicieran escuchar el llanto arrancado por la tortura a un ser querido. Ahí entendí que había casos en los que los pade-

cimientos podían ser peores que los que estaba sufriendo y eso me llevó a ocuparme de mi propia realidad.

Yo había logrado olvidarme por unas horas de ese infortunio que charlamos con Patricia y cuando lo recordé me volvió a preocupar. A la tardecita pedí ir al baño para saber si la hemorragia interna continuaba. Cuando el guardia me hizo parar ya pude hacerlo por mis propios medios y caminar sin arrastrar los pies. Trataba de moverme con la dignidad de un preso político en manos de un poder autoritario, entero, aunque sólo fuera una postura.

Al sentarme en el inodoro traté de defecar y lo que salió fue normal, lo que me tranquilizó desde el punto de vista del intestino grueso. Tiré la cadena y oriné para no mezclar y cuando percibí que mi orín era rosado empecé a dudar si debía alegrarme porque no había hecho sangre como en la anterior oportunidad, o preocuparme porque aún seguían teniendo un sangrado, aunque mucho menor que aquella vez. Decidí que debía considerar que lo que fuera el daño, se estaba curando, y que la ruptura interior -si la tenía- se venía cerrando paulatinamente.

Cuando volví al colchón le conté a Pato de mi evacuación líquida y sólida y ella alentó mi pensamiento a favor del desorden que provocaba la electricidad en el cuerpo humano. Pudimos hablar un poco más antes de la cena y ella me pasó (para que yo tratara de memorizarlos) los nombres de personas que estaban allí detenidos: Carmen, Laura, Nora, Simón, Ana, Simona...

Después de haber sobrevivido a esa tortura, algunos allí comenzaron a pensar que yo tendría alguna chance de salir en libertad de alguna forma, y empezaron a compartir sus datos para que pudiera trasladar la información de su existencia. Aprendí otros nombres de memoria por si tenía la oportunidad de contarlos fuera de allí. Me sentía complacido que mis compañeros pudieran confiar en mí y ser portador de su mensaje de supervivencia. Porque en ese lugar, donde las esperanzas eran tan pocas, se concentraban las expectativas con una carga de energía suficiente como para iluminar individualmente

a todos, aunque en mi caso sentía una responsabilidad increíble que me empujaba a tratar de honrarla con todas mis fuerzas.

Esa noche sirvieron la cena y yo pedí repetir el agua que vertían en un jarro de aluminio. Tenía que tomar mucho líquido para hacer funcionar mis riñones y drenar la sangre que podía llegar a estar perdiendo de algún otro lugar o de los mismos riñones. Mi sentido común me decía que eso evitaría una infección. Si el proceso de cicatrización se daba normalmente, cosa que en mi caso siempre había sido excelente, tenía mucha chance de que se cerrara y se normalizara.

Lo que no consideré fue que desde que estaba allí siempre trataba de tomar poca agua porque sólo nos llevaban dos veces al baño y el primer pis de la mañana era otra tortura adicional a las que ya habíamos pasado casi todos. Creo que fue pasada la medianoche que sentí una puntada en el bajo vientre y unas incontenibles ganas de orinar.

Fuente de calor

El silencio era total porque a esa hora ya todos estaban durmiendo. Cualquier ruido se hubiera escuchado como un retumbo en medio del cementerio más silencioso del planeta. Los guardias no estaban cerca, lo que hacía imposible ubicar a alguno para pedirle el favor de que me llevara al baño, así que estuve aguantando como dos horas más y de pronto se me ocurrió buscar a tientas si el jarro de aluminio estaba cerca de mi colchón, porque no siempre lo levantaban y no tenía registro que lo hubieran hecho después de la cena. Así que de tanto tantear lo encontré a mitad del largo de mi cuerpo. Lo acerqué sin hacer ruido y me senté en el colchón tapando todo con la bolsa que cubría mi cabeza. Abrí la bragueta del pantalón y saqué el pene para hacer la prueba de orinar en el jarro.

Ni bien lo apoyé, un chorro empezó a salir como si fuera una manguera incontenible. Me empecé a preocupar cuando el jarro se empezó a llenar y yo no podía cortar el chorro. Un humo de calor sa-

lía del jarro casi lleno cuando, finalmente, casi al borde, dejé de orinar no por voluntad sino porque mi líquido se había agotado. Era más de medio litro que tenía sostenido por el asa que -también de metal- me aislaba del aluminio calentito.

El frío de esa noche fue uno de los más duros de ese invierno del 77, y tener esa fuente de calor me reconfortó porque me la pude apoyar en la panza y también en el pecho como si fuera una estufa portátil.

Estuve haciendo esa tarea de calentamiento más de 15 minutos, hasta que empecé a sentir que mi deposición de líquidos se había enfriado. La apoyé en el piso porque me estaba resultando incómodo sostenerla y allí me puse a pensar dos cuestiones que hasta ese momento no habían entrado dentro de mi horizonte de razonamiento. ¿Qué iba a hacer con lo que estaba dentro del jarro? ¿Cómo iba a tomar el mate cocido la mañana siguiente si tenía el jarro lleno de mi propio orín?

Entonces, ya mucho más tranquilo porque no tenía ninguna presión en el bajo vientre, y con ese envión de calor que había recibido desde dentro de mis propias entrañas, comencé a buscar un lugar para poder tirar el líquido hacia alguna parte que no fuera visible para los guardias la mañana siguiente.

Tenía una sola opción, porque del lado derecho casi no tenía forma de buscar dado que la esposa estaba maniatando mi brazo izquierdo, lo que me obligaba a hacerlo de ese lado. Yo había percibido que en ese sector había ranuras como si hubiera caños y no pude contener mi alegría cuando tocando percibí una cañería de luz o teléfono que parecía transversal al suelo, es decir que era una entrada hacia algún lado.

La chequeé dos veces y amplié la carpita que hacía con mi bolsa en la cabeza para empezar a verter por allí el líquido que estaba en el jarro ya frío. No sabía dónde conducía ese caño, pero sí que por allí se podía derramar el orín de la noche. Cuando terminé de volcarlo puse el jarro boca abajo en el piso de material, para que se escurriera total-

mente. Y me dormí con una felicidad enorme porque había resuelto el dolor de la vejiga, me había dado calor y había logrado descargar el jarro por el caño.

Mi cuerpo se venía recuperando de la tortura mucho más rápido de lo que yo me hubiera imaginado. En la mañana se volvieron a escuchar los ruidos de los jarros para el desayuno y los pedidos de ir al baño de los compañeros prisioneros. Cuando llenaron con la jarra gigante el mate cocido en mi jarro muy bien escurrido sentí un doble placer: el mate sabía igual que siempre o yo no tenía forma (por el daño infligido en la boca por la tortura) de darme cuenta de que era el mismo que había usado para orinar unas horas antes. Por otra parte, podía esperar cómodamente que fueran al baño casi todos, quienes seguramente tenían mayor urgencia que yo.

Amenazas y colaboracionismo

Los llamados de atención llegaban con una asiduidad casi semanal: “Van por mal camino. Le están haciendo el juego a la guerrilla. Los militares se van a enojar”. Esas eran algunas de las advertencias que nos llegaban de distintos “amigos” que querían evitarnos el “error” de rechazar al gobierno de la dictadura en todos sus niveles.

Muchos de ellos le llegaban a Fernando Volonté con el ánimo de silenciar al periódico *El Argentino*, que él había convertido en “un antro de extremistas de izquierda”, como dijera una señora “paqueta” de Saladillo afiliada a la UCR. Pocos, muy pocos, le encontraban sentido a nuestra prédica, sobre todo cuando aún los mismos peronistas que habían estado con Isabel se habían convertido en lo que siempre habían sido: unos conservadores de derecha pro-militares, en algunos casos recalcitrantes por cuanto se habían despojado sin ningún pudor de la cobertura populista del mismo peronismo.

Fue por esa razón que Fernando inició su editorial del 8 de junio con el título “Volver al origen”. Estaba dedicado al radicalismo, con estas palabras: “Informado ya amigo lector de que hay ciertas restricciones a la libertad de expresión, entonces fácilmente comprenderá

que tenemos un pequeño margen para expresar nuestras ideas. Con silencioso pesar celebraremos en consecuencia el próximo lunes 7 de junio el 'Día del Periodista'. Volonté recordaba que desde el 24 de marzo se había suspendido toda actividad política, cosa de la que se enteró toda la ciudadanía a través de los medios de difusión. Sin embargo, parecía que para algunos hubiese un cierto margen de maniobra. De hecho hubo ciertas cartas y declaraciones que la prensa grande difundió ampliamente, sin ningún tipo de observación. Primera y lógica conclusión: que su publicación gozó de la complacencia del gobierno militar.

En cuanto a su lectura de cierto sector del radicalismo, Volonté recordó los valores y el ejemplo de vida de Leandro N. Alem, cuando planteó para la Argentina: "Yo prefiero, porque lo creo más digno de una sociedad como de un individuo, vivir con menos lujo y con menos pompa, siempre que me dirija yo mismo. Prefiero una vida modesta, autónoma, a una vida espléndida, pero sometida a tutelaje".

Luego ahondó en ese argumento y se preguntó por la realidad contemporánea de la UCR: "¿Pero cómo la encuentra este 85° aniversario? ¿Tal vez con una indefinición profunda de su cúpula dirigente? Cuando algunos pocos intendentes, electos por la voluntad popular, fueron confirmados por el actual gobierno, y otros se quedaron con las ganas, la mayor parte de los argentinos pensó que cumplirían con directivas partidarias. Sin embargo no fue así, pues el partido guardó silencio y olvidó de reafirmar en tan importante eventualidad sus principios irrenunciables. Pero no todo ha quedado en eso. Días atrás, luego de ser designado embajador en Venezuela, el hasta entonces dirigente radical doctor Héctor Hidalgo Solá, fue interrogado por el periodismo si su nombramiento comportaba una apertura hacia los partidos políticos, a lo que contestó que 'los partidos políticos tomarán cada uno su decisión. Yo creo que los hombres que creen en la Argentina y que quieren al país grande y unido, como corresponde a su riqueza y a su fortaleza interna, deben ayudar en la medida de sus posibilidades para que este proceso no se pierda nuevamente en frustraciones'".

Volonté insistía en la crítica: “¡Qué distantes de las más puras concepciones yrigoyenistas han quedado sus palabras y esas aceptaciones! Dejemos que la respuesta la dé el mismo Hipólito Yrigoyen, cuando en 1919 le escribía al Dr. Molina: ‘Nuestra misión no es la ocupación de los gobiernos, sino la reparación cardinal del origen y sistema de ellos como el único medio para restablecer la moralidad política, las instituciones de la República y el bienestar general’”.

Así, con mucha bronca y enorme pasión, Fernando ponía en letras de molde la enorme contradicción que nos carcomía a todos los integrantes de ese grupo político que ya funcionaba con la sigla CYL. Ya se reflejaban el aumento de las presiones que buscaban silenciarnos y las decisiones de algunos radicales de ser colaboracionistas de la dictadura. Lo de Hidalgo Solá no era una cosa nueva, porque ya en el gobierno peronista él era de los que planteaban que había que integrarse no sólo en el gobierno, sin hacer una síntesis entre los dos partidos (FREJULI y UCR), y a los que Raúl Alfonsín acusaba de pretender ser parte del gobierno a cualquier costo. “Venden el alma por ser parte del poder”, decía.

El nombramiento de Hidalgo Solá como embajador fue un duro golpe para nosotros porque se nos enrostraba su pertenencia partidaria y él dejaba en claro, en privado, que tenía la venia de los dirigentes más encumbrados del radicalismo.

Recordando a Arturo Illia

Cuando se cumplieron tres meses de la nueva dictadura, recordamos por anticipado los 10 años del golpe de Estado que derrocó a Arturo Umberto Illia con el objetivo de trazar un contraste con lo que ocurría en la Argentina de 1976. Nos preguntábamos: ¿para qué lo sacaron?, recordando que durante su presidencia no hubo un sólo día con Estado de sitio. La libertad de expresión era ilimitada, no hubo persecuciones ni presos políticos y durante 1964 y 1965 se alcanzó el PBI más alto de los últimos 25 años.

Para profundizar más las diferencias con la actualidad de 1976, dijimos: “Hoy, a diez años del avasallamiento institucional, hombres de gobierno de la honestidad y de la incorruptibilidad del Dr. Illia merecen el eterno reconocimiento de su pueblo. En la mañana fría del 28 de Junio de 1966 se fue casi en silencio, acompañado por un puñado de amigos. La indiferencia de la gran mayoría es la prueba de hasta dónde llega el poder de los medios de comunicación que publicitaron con ensañamiento una imagen falsa. Pero diez años después, vivida una triste experiencia, con hambre y con sangre, el Dr. Illia ya no está tan solo como entonces. Un pueblo entero lo respeta y saben de qué lado estaban, están y estarán siempre los que una fría mañana lo sacaron por demasiado honesto. No podemos permitir más que se siga regalando nuestra historia. La vamos a defender”. Con esas palabras repetíamos nuestro juramento que aunque pareciera por demás fundado, nos hacía sentir cada vez más aislados.

Asesinatos de asilados

Los rumores acerca del nivel de represión que existía en el país eran moneda corriente. Yo había podido palparlo en La Plata, donde era común el despliegue de las fuerzas de seguridad y los disparos con que se rompía el silencio de las noches. Pero en Saladillo esas sensaciones tan duras no eran perceptibles porque la vida transcurría con la habitual monotonía de la mayoría de las ciudades del interior bonaerense, por lo que había que estar muy atento para poder seguir de cerca lo que realmente estaba ocurriendo en Argentina.

En ese junio de 1976 ocurrieron una serie de hechos que fueron imposibles de ocultar para la dictadura gobernante, y que nos permitió poder comunicarlos como una verdadera postal de la violencia de Estado que estaba teniendo lugar. El 10, en ese faro de publicaciones que se había convertido *El Argentino*, el ingeniero Volonté hizo referencia a los momentos difíciles que estábamos pasando los argen-

tinios y todos los latinoamericanos, citando a la Pastoral Popular del Padre Fernando Boasso: “La historia es marcadamente posibilidad, futuro, esperanza de algo mejor, algo nuevo cualitativamente. Secular experiencia de lo duro de una historia con tanto de opresión e injusticia para las masas populares, de lo invencible de los poderes adversos ocultos que reaparecen una y otra vez”.

Luego, Volonté empalmó este concepto con la realidad del momento: “Dentro de esta difícil situación que preocupa permanentemente al pueblo argentino, se han sucedido en los últimos días en nuestro país algunos hechos de violencia, que si bien no son nuevos, nos han conmovido profundamente, pues se ha entrado en el terreno del crimen con distinguidos hombres públicos pertenecientes a países vecinos, y que se encontraban asilados en la Argentina. Su causa había sido también la de la liberación latinoamericana. Primero fueron los ex-legisladores uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, secuestrados y asesinados ante la pasividad general. La semana pasada corrió igual suerte el ex presidente boliviano general Juan José Torres. Recordemos que su gobierno cayó el 22 de Agosto de 1971, ante la conspiración que encabezara el actual presidente, general Banzer. Luego de este suceso, la opinión pública recibió las declaraciones del Ministro del Interior, quien dijo que existe ‘una campaña muy bien dirigida desde el exterior para desprestigiar a las actuales autoridades y entorpecer el proceso de reorganización nacional’”.

Con una visión casi profética. Fernando cerraba su editorial con estas palabras: “Quizás nunca se llegue a saber la verdad sobre estos crímenes. Pero podemos intentar sacar algunas conclusiones lógicas. Michelini y Gutierrez Ruiz eran importantes para los uruguayos, representantes de corrientes tradicionalmente democráticas. Podían constituirse en piezas fundamentales para futuros procesos en el país vecino. Torres era figura clave para el pueblo boliviano, para el sufrido y postergado pueblo boliviano. Ninguno de ellos había tenido intervención en los problemas argentinos. Entonces, allí encontraremos la causa real de sus asesinatos, por su trascendencia para la causa

latinoamericana. En cuanto a quién fue el brazo ejecutor, eso es lo que menos importa, ya que mercenarios hay por doquier”.

Nosotros le habíamos puesto un título a este tipo de operativos: “Clearing del crimen represivo en América Latina”, porque no dudábamos de que las distintas dictaduras habían llegado ya a un nivel de coordinación en la que se hacían favores políticos de este tipo, como matar opositores sin necesidad de trasladar asesinos de un país a otro. Si eso ocurría con personas de prestigio continental, cuyos asesinatos no podían ser ocultados a la prensa internacional, qué poco quedaba para los argentinos que éramos rehenes de esos mismos asesinatos dentro del territorio nacional.

Nuevas penas para quienes hagan política

El jueves 17 de Junio de 1976 publicamos el dictado de la Ley 21.323 por parte del Poder Ejecutivo Nacional de la dictadura haciendo uso de sus poderes de legislar, que no nos sorprendió porque habíamos sido advertidos de que habría una norma de ese tenor. El “Decreto-ley” reprimía con prisión de un mes a tres años a toda persona que realizare actividades políticas.

Asimismo la “ley” es clara cuando dice que están penadas las tareas de organización o de difusión ideológica partidaria. En la editorial de esa fecha nos preguntábamos ¿Qué democracia puede nacer en esas condiciones? ¿Cómo se la puede mejorar a la democracia si se la está negando con los hechos? ¿O acaso se inspiraron en el dictador Pinochet, cuando en Montevideo durante la entrevista con Bordaberry afirmó que “la democracia es el mejor caldo de cultivo para el comunismo”?

No casualmente en forma simultánea se publica la Ley 21.327, con la que derogan beneficios del sistema de jubilaciones y pensiones para casi todos los beneficiarios del sistema nacional, basándose en que dichas normas generaban inequidades entre los mismos, ya que

algunos tienen mejores condiciones que otros en el marco de un nivel absoluto de carencias. Para ello, la dictadura había resuelto igualar hacia abajo quitando los mínimos beneficios a aquellos que hasta esta fecha los tenían.

La primera ley generaba una censura para que la actividad política quedara enmudecida ante el despojo que se le estaba haciendo a los jubilados. Cuando evaluamos estas nuevas medidas y la información de cómo la represión no sólo se estaba profundizando sino que ahora ya era de carácter general e indiscriminado, concluimos que en realidad se trataba de un ataque sistemático en el marco de un plan que no tenía otros límites que sus propios objetivos de aniquilar todo tipo de pensamiento opositor.

Esa norma de prohibición de la actividad política nos dejaba casi sin margen de acción para llevar a cabo debates a partir del Centro de Estudios que era público y convocaba a hacerlo en forma abierta sobre la realidad nacional. Nos iba resumiendo a nuestra actividad en la clandestinidad a través del CYL y a lo que podíamos transmitir entre líneas en el periódico *El Argentino*.

¿Quiénes aplauden a Martínez de Hoz?

En esos días se publicó en *El Argentino* una nota de Francisco “Pancho” Ferro, en la que trata de explicarse el apoyo que Martínez de Hoz, Ministro de Economía de la dictadura, obtiene de ciertos sectores: “Comentando la exposición del Ministro de Economía argentino en el Banco Interamericano de Desarrollo, el diario *La Nación* dijo entre otras cosas: ‘En los teatros se mide el éxito de los artistas por la duración del aplauso. En reuniones donde la mayoría son fríos financistas, los aplausos suelen ser una cortesía. Por ello sorprendió sobremanera la desusada prolongación del aplauso que siguió a la exposición del ministro de economía Dr. José Martínez de Hoz’. Sin lugar a dudas la comparación hecha por el diario pro-gubernamental

La Nación no es del todo exacta. Cuando a un artista lo aplauden, quien lo hace es el pueblo que ha concurrido a verlo. Los aplausos a Martínez de Hoz no provienen del pueblo argentino, que está padeciendo por las medidas económicas tomadas por todos los ministros de economía, desde Rodrigo hasta el actual. Sería más afortunada la comparación si pensáramos que nuestro país es una gran familia que acorralada por los ‘usureros’ está al borde de la quiebra. La familia confía la administración de sus finanzas a uno de sus miembros. Este reúne a los ‘usureros’ y les dice: ‘Quédense tranquilos que les voy a pagar lo que le debemos, para ello haré trabajar más a mis hermanos, les pagaré menos a ellos, comerán poco; y a los más chicos, en vez de estudiar, los mandaré a trabajar. Así reuniremos la suma necesaria para pagarle a ustedes.’ ¿Qué harán entonces los ‘usureros’? Se saludarán alborozados y un largo aplauso será el broche de oro. ¿Cómo tomarán sus hermanos las mismas palabras? Con el ceño fruncido y apretando los puños. De estas características es el aplauso que se le brindó a Martínez de Hoz. Los representantes de los ‘usureros internacionales’ celebraron alborozados las palabras del ministro. Los asalariados argentinos, es decir la gran mayoría, no encuentran motivo para el aplauso. Sí para fruncir el ceño y apretar los puños”.

La nota que causó revuelo

En la semana anterior se había publicado una nota de Lorenzo Espíndola, un integrante de nuestro grupo. El era un joven chacarero de Santa Elina, un paraje cercano a Saladillo. En la misma, con notable claridad, “el Lolo”, como le decíamos nosotros, describía el abandono del municipio en su tarea de mantenimiento de los caminos rurales.

La idea era pegarle a la gestión local desde todos los ángulos y ese artículo tenía un efecto contundente porque recuperaba el descontento de muchos productores agrícolas que había sido los mayores adherentes al golpe de Estado. Lo inaudito fue que hubo protestas

desde el poder con el doble objetivo de intimidar y de lograr la autocensura, pero el resultado fue exactamente el opuesto.

Fernando Volonté publicó como respuesta una editorial el 22 de julio que tituló: “Ser la voz de los necesitados”, en la que volvía a tratar el mismo tema pero ahora en la misma tapa. Refiriéndose al artículo de Lolo, dice: “Sin duda que interpretaba las necesidades de todos sus vecinos, y la suya propia por supuesto, cuando explicaba en su nota el mal estado del camino que los une con Álvarez de Toledo, ‘en una de las peores condiciones que ha estado’. También con todo detalle hacía referencia a lo que pagaban en concepto de tasa por conservación de la red vial municipal, que como todos saben, si es una tasa, lo que se paga es por la prestación de un servicio, que se paga pero que no se realiza. Si es una obligación pagar la tasa, es un derecho exigir la conservación de los caminos. Para ello no hacen falta ni petitorios, ni presentaciones burocráticas. Es un derecho que todo vecino cumplidor con las ordenanzas puede reclamar. Y Espíndola sabía que su periódico era la voz de quienes no tienen voz, en cuyas páginas sus sanas intenciones tuvieron el lugar que le correspondía”.

La resistencia cada vez más dura y desafiante

Cada injuria y reproche del poder nosotros lo tomábamos como una confirmación de nuestro rumbo. Desoíamos a todos los que con temor nos trataban de cuidar y algunas veces, en el medio de nuestra propia soberbia, los tratábamos de cobardes. Habíamos entrado en una vorágine que nos producía la satisfacción de ser los héroes en medio de una manada de pusilánimes, y por eso es que nuestras respuestas fueron cada vez más duras, siempre en el marco de la política pacífica y de nuestro planteo democrático.

Con esa lógica es que publicamos un poema mío que, por su título, buscaba irritar también a los sectores católicos que eran los más acérrimos defensores del gobierno de la dictadura a nivel local:

Lázaro, levántate y anda

Quiero escuchar / una palabra ... / Pueblo, / y verlo ...
Sangrante, herido / pero vivo / y fuerte / aún en la muerte.
Confesarte / la flor / de sus verdades, / sabedoras, / siempre
sabedoras.

Escupiendo / una vez más / el engaño, / abriendo / los costados,
/ subiendo / por los palcos, / bajando / los bastiones, /
gritando / las puertas, / pisando / los pisantes, / escrutando
/ su verbo militante

Y después / de todo eso, / que vengan / los que vienen /
cuando les conviene.

Y sabrán / que el corazón / y la mente / del Pueblo / son
hoy / la frente / que dice / las verdades, / que traza / los
senderos, / que mueve / las ciudades .

Y forma con / sus brazos / la carroña / de fuerza / que tú,
inmundo insecto, / detestas.

Pero sabrás / que un día, / las banderas de éste / serán go-
bierno, / y se impulsarán / los molinos de la historia / cons-
truída / por hombres, / de mi Pueblo;

Cincelada con sangre, / de mi Pueblo

Pintada / con los lustros / de otra historia;

incrustada en el fondo / de los seres.

Y esos seres, / de mi Pueblo, / pisarán la tierra / aún caliente
/ que alberga / a sus muertos / y a sus guerras.

Y en ese momento / sin las uñas / podremos / rasgarnos /
las montañas / y secar los pantanos / de la tierra / y de las
almas.

Mas tú inmundo insecto / que detestas / su súbito poder /
incontenible, / si, incontenible,

Quedarás bajo los pies / que los cimenten.

Preparado para aguantar

El tercer día después de la tortura tuve una buena noticia. Cuando evacué por la mañana no hice sangre sino un orín muy amarillo pero sin ningún rastro de color rojo o rosa. Al parecer, me estaba recuperando aunque no supiera bien de qué tipo de lesión.

Con esa tranquilidad me concentré en tratar de mejorar del resto de los dolores que me quedaron de esa sesión de tortura, sobre todo porque esperaba que me volvieran a parrillar y en ese momento debía estar en las mejores condiciones para poder aguantar.

El aliento de los compañeros de tabicado me cargaba las pilas al punto que ya había adiestrado el oído para saber bien cuándo se podía hablar y cuándo debía quedarme en silencio. Aún sin decírmelo, ellos tenían muchas expectativas de que yo saliera con vida si superaba las torturas y por eso era que no dejaban de pasarme datos sobre compañeros que habían estado o estaban allí y con quienes yo jamás iba a poder tomar contacto directo porque las chances de compartir tabicado eran realmente limitadas.

Así fue que Pato me habló de Horacio y el “Abuelo” o la “Abuela”, que eran dos militantes destacados que se encontraban en cautiverio

en La Cacha. O de “Perica”, la “Ratona” y el “Grillo”, en cuyos nombres me insistían para que yo los fijara en mi memoria.

Sentía de forma muy especial el vínculo que había desarrollado con el resto de los que estábamos en cautiverio. En nuestra época en libertad tenía de mi parte profundas diferencias con ellos, sobre todo en la cuestión metodológica. Yo no predicaba la violencia, aunque no ignoraba su existencia. Estaba convencido de que en ese campo no había ninguna oportunidad de cambiar nada, por cuanto siempre íbamos a ser vencidos por la reacción que tenía una diferencia aplastante de fuerzas en el campo militar. Pero, además, por un problema de formación, si aún en esa situación podíamos vencerlos, al tomar sus métodos violentos la reacción habría triunfado a través de nosotros mismos.

Pensábamos que la democracia no era una herramienta circunstancial sino un objetivo en sí mismo, por cuanto afirmábamos que los cambios más profundos los íbamos a lograr a partir de consolidar ese sistema como forma de vida de todos los argentinos; y creíamos que nuestro país había entrado en la decadencia desde el momento que decidió apartarse del camino de la democracia.

Recuerdo que en segundo año la profesora de Educación Cívica nos pidió que escribiéramos acerca de la Revolución y yo desarrollé el concepto del cambio pacífico a partir del funcionamiento del Estado de Derecho. La profesora quedó sorprendida por ese tipo de pensamiento en una sociedad totalmente volcada al ideario de la revolución cubana o guevariana, y se lo dijo a la clase, pero lo que más me sorprendió fue que después de ponerle un diez a mi trabajo lo tachó y le puso un ocho cuando se enteró de que era mío, porque yo era radical de los que se habían quedado en el partido cuando se dividió la UCR en los del Pueblo y los Intransigentes. Como ella era Desarrollista, sus prejuicios personales pudieron más que la lógica política.

Durante años me quedó ese recuerdo acerca de la arbitrariedad de quien tiene un pequeño pedacito de poder y las diferencias que habían calado tan hondo en la historia de los argentinos. ¿Qué culpa tenía yo

de las diferencias entre balbinistas y frondicistas en la Convención del '58, algo que había ocurrido cuando yo tenía un año de vida?

En el cautiverio no había diferencias de ningún tipo entre los que estábamos secuestrados, sencillamente porque todos habíamos padecido prácticamente los mismos tormentos y ninguno podía aumentar sus propias chances si no era a partir de la solidaridad del conjunto.

Sin embargo no todos éramos iguales. Ya me habían comentado acerca del “Ingeniero” y Marina, que tenían status diferentes. Por eso, en esos días, yo hice un comentario que mereció una respuesta que activó mi curiosidad. ¿Quiénes eran esas dos personas que tenían un régimen de funcionamiento diferente del resto? ¿Por qué razón el Ingeniero había participado de mi interrogatorio y del de muchos de los que estábamos en cautiverio si él había sido parte de la “orga”?

En realidad, no me costó mucho ubicar su perfil en lo que en la historia han sido los traidores que han existido siempre en cada etapa, tanto como los héroes. Me detuve en ese momento a recolectar las opiniones de quienes me hacían comentarios muy duros acerca de este sujeto y su pareja. Algunos lo hacían responsable de crímenes que yo desconocía, como el del asalto a la casa de la calle 30 donde había una imprenta de Montoneros donde se imprimía la publicación *Evita Montonera*.

Bocho hijo de puta

“Ese flaco es tan bocho como hijo de puta”, me dijo una de las chicas que tuve a mi lado en esos días, después de la tortura, cuando yo marqué que uno de los que me interrogaba no daba el mismo perfil que los otros, ya sea por su formación como por su inteligencia. “El montó todo y cuando lo capturaron entregó a sus compañeros que murieron resistiendo el mayor ataque armado que hubo en La Plata, a fines del 76. No tiene perdón de Dios”, agregó la chica, con un enorme desprecio que, pude comprobar, era compartido por todos los que hablaban de ese tema.

Que me contaran eso me ratificó la confianza que ya depositaban en mí, porque la mayoría me aclaró que nadie le hacía ningún tipo de desprecio al Ingeniero por su relación con los guardias, ya que no había ninguna garantía que el que lo hiciera no la pasara realmente mal.

Con esos datos fui completando un cuadro de situación extremadamente complicado para los sobrevivientes, porque dentro del mismo ámbito estaban los enemigos acérrimos y también la escoria propia, que muchas veces- como en este caso- es más dañina que el adversario real.

Un individuo así, quebrado en sus convicciones, en poder del enemigo, tiene un efecto fatal para cualquier organización y sus integrantes. El Ingeniero era eso, el eslabón clave para desarticular hasta la última pieza. Porque a diferencia de los mandos superiores que podían tener mayor información clasificada pero estaban obligados a autoeliminarse en el momento de ser capturados (o ya se habían ido del país hacia el exilio), este sujeto manejaba la lógica de la organización como para inferir los datos que no pudiera conocer. ¿Cuántos de los que estaban allí adentro le debían ese destino a este célebre colaborador?

Durante ese mismo tercer día, que como todos se hacía interminable, durante la tarde apareció el Gallego. Me preguntó cómo estaba y yo le respondí que mucho mejor. Luego aflojó las esposas que me sostenían al marco del colchón y me pidió que me incorporara. Yo lo hice casi temblando porque imaginé que venía otra sesión de tortura y realmente no estaba recuperado psicológicamente para volver a pasar por eso nuevamente.

El Gallego se dio cuenta de lo tieso que me puse y me tomó del brazo con fuerza para decirme por lo bajo: “Tranquilo, que no vas para ese lado”. Yo no alcancé a decodificar el mensaje pero me tranquilizó porque en esa persona, con quien sólo había tenido trato para ir y volver de la anterior tortura, pude percibir a un ser normal prestando servicio en un lugar inadecuado y nada más.

Me condujo por los mismos senderos imaginarios del interior de La Cacha que recorriamos para ir al baño. Pero siguió de largo hacia la salida. Volví a sentir el fresco de ese invierno que en mi caso jamás había sido tan cruel y no precisamente por el clima. Por un segundo pensé que el guardia me había engañado para que fuera más confiado y no tratara de escapar o me negara a acompañarlo. Sin embargo, me pareció que esta vez recorrimos un camino distinto y un poco más largo.

Me detuvo con un gesto decidido y sentí una estructura que me pegó en la rodilla. Él golpeó la puerta y una mano tomó la mía para que subiera unos escalones pequeños. Esos dos escalones me introdujeron en un lugar que tenía luz propia. Un pequeña lamparita aparecía en algún lugar sobre mi cabeza y yo veía su luz a través de la bolsa que todavía tenía cubriéndola.

Ja, ja, ja

Alguien me la sacó con un gesto tranquilo, como quien corre una cortina para que pasen las imágenes, y allí, frente a mí, apareció una persona flaca que parecía tener unos treinta y cinco años, que me dijo: “Hola radical, ¿qué hacés?”. “Nada, acá estoy”, le contesté con normalidad, porque no me pareció eso una sala de tortura. “¿Y cómo te están tratando?”, me preguntó. “Y, como a todos. Esto no es un lugar de vacaciones”, respondí con una especie de ironía que hasta a mí me sorprendió. “Ja ja ja... Tenés sentido del humor”, comentó.

Yo me quedé entonces callado y parado donde nos habíamos presentado. Él me extendió la mano para saludarme y yo se la apreté como era mi costumbre. Mi primera impresión de esa persona fue esa mano floja que extendió no sé por qué, ya que al decir de mi abuelo, cuando uno da la mano a otro debe tratar de transmitir firmeza y afecto a la vez. De lo contrario, mejor no darla.

“Yo soy El Ingeniero”, se presentó. “Yo soy Javier”, le respondí, impresionado porque ese hombre seguro tenía nombre y apellido (y nombre de guerra también). Sin embargo, prefería que le dijeran de esa forma, ya que yo había aprendido que como nos presentamos es como queremos que los demás nos llamen.

Enseguida me vinieron a la cabeza todo el rosario de información negativa que el resto de sus compañeros me habían transmitido con tanta bronca como odio a la vez. Frené esos recuerdos en forma inmediata. No porque no fueran ciertos. Yo les creía a mis compañeros de cautiverio, empezando por una cuestión de solidaridad y, además, porque lo poco que yo deducía de lo que ocurría en el chupadero me ratificaba sus dichos.

Sin embargo no podía comportarme de acuerdo a prejuicios en ese momento porque no sabía si lo que allí se estaba resolviendo no eran precisamente mi vida y mi libertad. Si así ocurría, entonces debía poner en juego toda la astucia que pudiera llegar a exhibir y evitar equivocarme.

Me invitó a sentarme a una pequeña mesa que tenía sólo dos sillas. La ventana contigua al lugar donde estábamos se encontraba tapada con diarios para que no se pudiera mirar hacia afuera. Entendí que los habían pegado ante mi llegada por lo que pensé que ellos podían ver hacia afuera normalmente. Digo ellos porque en la casa rodante se encontraba una mujer que llegó luego de mi arribo, pero que ni se presentó ni tampoco dijo palabra.

Estaba sentada en el otro extremo de la casilla para escuchar atentamente nuestra charla. Por sus gestos me pareció una persona limitada en su lenguaje y no sé por qué supuse además que no era demasiado inteligente. Para escuchar podía fingir que lo hacía estando de espaldas, pero nos miraba como si eso la ayudara a entender lo que hablábamos. Reconocí, por los datos de mis compañeros de cautiverio, que esa mujer debía ser Marina y ése sí que era un nombre de guerra. Ella merecía el desprecio de todos también pero mucho más de las mujeres prisioneras.

“¿Qué te parece si hablamos algunas cosas que a la gente que te interrogó no le han quedado demasiado claras?, me dijo El Ingeniero. “Sí, cómo no”, le respondí rápidamente. “Vos decís que llegaste a La Plata en marzo del 76, ¿no? Y que sólo militaste en Saladillo en el radicalismo, es decir que tenés un año y un trimestre en esa ciudad. ¿Qué hiciste durante todo ese tiempo en La Plata?, me preguntó. Le dije que estudiaba y trabajaba: “Eso hago. En el 76 rendí todas las materias de primero y una de segundo, y este año estoy cursando las tres del primer cuatrimestre y tengo todos los parciales aprobados. Todas materias de segundo año. Yo curso de 7 y media a 1 y media; y a las 2 trabajo en una escribanía hasta las 6 de la tarde. De ahí voy a lo de un compañero y estudiamos hasta las 11 ó 12 de la noche, todos los días de la semana. Cuando no curso a la mañana, voy también a estudiar a la biblioteca porque en el centro de estudiantes es bastante difícil poder concentrarse. En mi habitación estaba la libreta de la carrera, seguramente ustedes la deben tener”, dije, y me arrepentí inmediatamente de haberlo incluido entre los represores porque el flaco se quería hacer pasar como si fuera un consultor externo.

“Sí, ellos saben lo que rendiste en Económicas, pero creen que además hacías otras cosas en La Plata o en Saladillo”, dijo, pretendiendo hablar desde afuera del círculo de las fuerzas de seguridad, lo que confirmaba mi error al darlo por involucrado. Enseguida me preguntó: “¿Vos sabes quién soy yo?”. “No”, le respondí haciéndome bien el distraído. “Yo ayudo a mejorar las posibilidades de reinserción de aquellos que equivocaron el camino y son subversivos”, me explicó, sin que se le moviera un pelo.

A esa altura yo trataba de comprender quién era en realidad esa persona que tenía delante. No por lo que ya sabía de él, sino por lo que nadie sabía. Como cuando uno juega una partida de ajedrez, hay varios planos que son parte conjunta del mismo juego. Una de ellas es la personalidad del contrincante. Así, si uno percibe gestos impulsivos debe esperar el momento para hacerlo caer en una trampa en la que entrará como producto de su impaciencia. Saber cuál era la debi-

lidad de ese individuo aumentaba considerablemente mis chances de salir en libertad, y si me equivocaba nuevamente estaba mucho más cerca de morir por tonto.

Con esa respuesta de ponderar su tarea como una especie de ayuda social de los que habitábamos en el cautiverio, lo pude empezar a medir en forma más rápida. Esa contestación podía ser una respuesta adecuada para encubrir su tarea de colaborador que, de por sí, no es grata ni siquiera para el traidor más acostumbrado.

Pero cuando la dijo lo miré a los ojos y percibí un ser muerto por dentro, frío como un autómatas y en medio de un proceso de conversión a burócrata. En lo afectivo, lo sentí como castrado y careciente de las mínimas razones que hacen que los seres humanos hagan algo que valga la pena. Me acordé de Sui Géneris con sus “Confesiones de invierno”, especialmente de la parte que dice “Dios es empleado en un mostrador...”, y pensé que ese hombre que tenía adelante era lo que había quedado del empleado después de la quiebra de la empresa. Pero no se me ocurrió decirle si le gustaba aquel conjunto del que nosotros siempre cantábamos esa canción, sobre todo por la última estrofa, que decía: “Y si bien yo nunca había bebido/en la cárcel tuve que acabar/la fianza la pagó un amigo/las heridas son del oficial”. Porque si algo trataba yo en ese momento era de no irritar al recuperador de voluntades descarriadas.

En la casilla rodante me llamó la atención que hubiera una botella de Coca Cola, todo un premio inalcanzable dentro de un chupadero como La Cacha, y como vi una cama de una plaza y media me imaginé que El Ingeniero podía tener sexo con intimidad en ese lugar, otro sueño definitivamente desterrado para nosotros, cada vez más mortales.

Me distendía estar frente a ese individuo por varias razones. Sentarme en una silla después de muchos días de estar tirado en un colchón era motivo de enorme placer, aunque eso no durara demasiado tiempo. Luego, porque comprendí que quién tenía delante estaba en realidad en una situación de mucho mayor conflicto que yo. Al fin y

al cabo, ya me había despedido de la vida en varias oportunidades pero siempre con la enorme tranquilidad de haber hecho lo correcto.

Opté entonces por mostrarme decidido y cauto. Si me hacían este tipo de interrogatorio (y no el de la tortura), era porque habían concluido que aquel era ineficaz, o que esa etapa estaba concluida. En todo caso, la charla con el Ingeniero era una nueva oportunidad para mí.

“¿Así que no lo conociste a Sergio Karakachoff?, me preguntó, confirmándome sin decirlo que él me había hecho esta misma pregunta cuando me estaban torturando. “No, porque yo no milité en La Plata. Lo conocía de nombre porque era un dirigente importante del radicalismo platense” contesté. “¿Y por qué crees que lo mataron?”, me preguntó. “Dicen que fueron los del CNU. Ya se la habían jurado hacía mucho tiempo”, le respondí con la información que yo tenía, y sin mentir; pero además, haciendo funcional la respuesta al trasladar las culpas fuera de las fuerzas de seguridad, aunque nosotros supiéramos que la Convocatoria Nacional Universitaria participaba de la represión ilegal integrando las patotas con los militares.

“Ah, esos sí que son fachos”, dijo, sobre mi comentario, como si él recordara los enfrentamientos cuando formaba parte de Montoneros y la CNU fuera uno de sus enconados enemigos. “¿Y por qué hiciste este libro?”, me preguntó, sacando un ejemplar de “La Triste Realidad de Argentina y América Latina” de una repisa. “En realidad, yo fui escribiendo poemas y me plantearon recopilarlos en un libro y lo hicimos. Son como tres años de poesías seleccionadas y publicadas en 1975”, le respondí como reduciendo la intención política del librito y situándolo en el tiempo antes de la dictadura. “¡Pero son rezurdos los poemas!, dijo el Ingeniero.

Le dije que esos eran los pensamientos de ese momento histórico; y que los que militaban en las otras fuerzas políticas nos acusaban de reformistas y derechistas, pero nosotros nunca planteamos la violencia como método de lucha para cambiar a la sociedad. Lo que pareció incomodarlo. Entonces, me preguntó si no pensaba que escribiendo “esas cosas” podía estar haciéndole el juego a otros sectores que

utilizan a los jóvenes para lograr “objetivos mucho más perversos”. “Siempre lo que uno dice puede ser utilizado por otros en su provecho. Pero, ¿a qué tipo de intereses te referís?”, me atreví a preguntarle para darle más sentido a mi planteo.

Plan Andinia

“¿Vos conocés el Plan Andinia?”, dijo, mostrándome un libro bastante importante que tenía una estrella de David sobre el territorio Argentino. “No”, le dije. “Tendrías que leerlo porque acá está demostrado cómo los judíos pretenden apoderarse del territorio argentino para instalar un Estado aparte, utilizando a la izquierda y a la guerrilla con esos fines”, me explicó en tono de profesor.

“Prestámelo si podés, porque quisiera leer esa teoría”, le contesté, haciéndome el interesado, pero confirmando para mis adentros la raíz “nacionalista” del proceso militar, un punto en el que los represores podían encontrar una coincidencia con algunas agrupaciones totalitarias de la política argentina.

Hice silencio antes de que el Ingeniero me desarrollara los fundamentos ideológicos que le permitieran reconvertir el pensamiento revolucionario en reaccionario a partir de utilizar lo nacional y lo anti-judío como nexo para tratar de ser coherente.

“Lo del Tero no es fantástico porque el flaco es de vuelo corto, pero el tipo nos salvó de la anarquía; y de allí a la sinarquía había un solo paso”, dijo, como si hablara para otra conversación. “¿Quién es el Tero?”, le pregunté. “Videla”, me dijo, levantando la mano izquierda en un gesto de desprecio. “Vos decís ‘la sinarquía internacional’, como decía Perón”, le complementé para no quedar como que no sabía nada. “Si, la sinarquía internacional. Este Plan Andinia de los judíos de refundar el estado israelí en nuestro territorio. Por eso que había que terminar con la anarquía del gobierno de Isabel”, dijo.

Aunque me hice como que no lo conocía, yo tenía bastante en claro lo que significaba el llamado Plan Andinia y, más todavía, quiénes lo mostraban para tratar de convencer a los que pudieran acerca de la teoría del mal menor ante semejante amenaza.

En nuestro grupo político lo habíamos debatido porque en una reunión en 25 de Mayo un militante del radicalismo profundamente volcado a toda teoría de derecha había planteado cuestiones que nos parecieron terribles. Una, que en el 75 la Argentina estaba viviendo una guerra que, como nueva forma de conflicto bélico, no tenía aún el estatus de tal, pero que debía ser considerada de esa manera. Otra era que había en ciernes una conspiración internacional para quedarse con el territorio nacional al sur de la provincia de Buenos Aires, encabezada por el sionismo, que utilizaba a las distintas guerrillas para lograr ese objetivo. Ese plan se denominaba “Andinia”.

En ese momento fueron destruidas dialécticamente ambas posiciones. La primera, porque dar estatus de guerra al conflicto de violencia que vivía Argentina era legitimar todos los procedimientos que la guerra tiene y ése era una de los planteos que sostenían los militares y los civiles golpistas. Lo de la conspiración internacional anclaba las explicaciones en un eje ideológico nacionalista, o mejor dicho nazi, que se remontaba a los *Protocolos de los Sabios de Sión* que cuando, los leímos, llegamos a la conclusión que podían ser la base discursiva del sionismo y de Adolfo Hitler por su profundo desprecio de la libertad.

Esos argumentos permitirían cancelar a la democracia e imponer rápidamente un gobierno de base totalitaria ante un enemigo externo que obligaría a deponer todos los intereses internos, incluso el Estado de Derecho. Nosotros lo rechazábamos también porque formaba parte del discurso histórico del peronismo para justificar cualquier cosa mientras fuera gobierno (también en la resistencia).

“El General ya lo decía después del fin de la Segunda Guerra”, aclaró el Ingeniero, y agregó: “La cuestión es no hacerle el juego con posiciones que no conducen a ningún lado y que debilitan al actual

gobierno, que está tratando de poner las cosas en orden, aunque esta conducción no sea de lujo. Hay cuadros políticos militares que son muchos más capaces en otras fuerzas, como por ejemplo en la Armada, que seguramente van a encauzar mucho más el rumbo después que los que están ahora hagan el trabajo sucio”. “Sí, claro”, le dije, dudando si le hacía creer que rápidamente me había convencido, o daba la discusión para hacerle sentir que esa tarea no era tan fácil. Creía más verosímil que ofreciera una resistencia fundada en mi pensamiento democrático, y su natural rechazo a las posiciones nazis. Así que agregué: “El problema es ¿cómo se reconstruye y se inserta la Argentina en el mundo si no es a través de una economía desarrollada y con una democracia social?”

“Precisamente, nosotros pensamos en la democracia social” me dijo sorprendiéndome, como si él o ellos tuvieran ya definidos los pasos concretos que darían en el escenario político dentro de la misma dictadura. “Bueno, Raúl Alfonsín también habla de la democracia social. Lo repite en todos sus discursos”, dije, sabiendo que el mensaje de Alfonsín no tenía en común nada más que las coincidencias de usar las mismas palabras. Su contenido era totalmente diferente. Él Ingeniero estaba hablando de una democracia social como la hitleriana, y nosotros hablábamos de la mismísima democracia representativa de nuestra Constitución, con un profundo contenido social que estaba ausente en el texto de 1853.

Sin embargo, las “coincidencias” dieron un pequeño resultado porque él anotó algo en un cuaderno, y me hizo la última pregunta. “¿Vos crees que el cambio revolucionario se puede hacer sin violencia?”. “Sí, de eso estoy absolutamente convencido. No creo en la violencia como motor de ningún cambio trascendente en la historia de la humanidad. La violencia ha logrado sólo cambios circunstanciales, pero entrando en el último cuarto del siglo XX es como suponer que la brujería te puede curar del cáncer”, le respondí casi sin respirar, tratando de transmitir la mayor certeza en mis palabras.

“Que tengas suerte”, me dijo, despidiéndose y golpeando la puerta. Alguien la abrió. Me sorprendió que el Gallego estuviera allí esperando, aunque enseguida me di cuenta de que nunca se había ido de ese lugar, por si yo intentaba escapar de la casilla rodante.

Cuando iba caminando, llevado con fuerza pero con mucho respeto por mi guardia, tomé la última postal mental del Ingeniero y sentí una pena que seguramente no podía compartir con ninguno de sus compañeros. Él había vendido su alma a unos sujetos que la iban a usar, pero que seguramente no se la iban a devolver. Tenía -por su propia inteligencia- que convencerse que había entregado a sus compañeros por un interés superior del que seguramente, por esa misma inteligencia, no podía estar absolutamente convencido.

Sus afectos estaban perdidos igual que todos en el chupadero, aunque pudiera ir a visitar a su familia, como decían en La Cacha. Pero ya fuese por su anterior militancia o por su nuevo agrupamiento, él no volvería a compartir la vida de los suyos. Ese supuesto limbo donde todos decían que el Ingeniero estaba, y en el que podía tener sexo y tomar Coca Cola, en realidad era lo mismo que el infierno. Allí, su propia vida estaba tan emparentada a su propia muerte como el destino de todos los que compartíamos el mismo cautiverio.

Nube oscura

El invierno del 76 fue tan duro en lo climático como en el económico y social. El impacto favorable inicial en la opinión pública con el que contó el golpe de Estado pronto se fue deshilachando ante la aparición del elenco estable de la derecha civil, la soberbia y la discapacidad militar.

Nuestro grupo comenzó a pensar que por fin la conciencia política y social empezaba a reconocer nuestros méritos no sólo de haber predicho lo que ocurriría, sino por la actitud de haber enfrentado a la dictadura desde el primer día y sin ningún tipo de concesiones.

Pero a pesar de que algo de eso estaba empezando a ocurrir en el pensamiento popular, una nube oscura comenzó a tapar ese proceso. El terror y el miedo comenzaron a apropiarse de las mentes de nuestros vecinos, aun cuando los hechos que le daban forma a ese oscurecimiento ocurrían a cientos de kilómetros de nuestro pueblo grande. La respuesta del gobierno fue endurecer su maquinaria represiva y de esa forma frenar cualquier protesta por el ajuste que estaba causando un ostensible daño social. Pasaron raudamente de un terrorismo de Estado a un estado de terror generalizado en la comunidad.

La charla del padre Efraín Sueldo Luque

Nuestra estrategia opositora buscaba exacerbar las contradicciones de los que estaban en el poder con aquellos que, aun perteneciendo a sus mismas instituciones, tenían una clara vocación no militar y democrática. Fue así que aprovechamos que se hiciera presente en Saladillo el padre Efraín Sueldo Luque, un cura de enorme prestigio pero absolutamente enfrentado con la cúpula episcopal, que era colaboracionista del gobierno de Videla.

Efraín era hermano de Horacio Sueldo, un político importante que había fundado en la Argentina el partido Democracia Cristiana, por lo que resultaba imposible vincular a ambos con el marxismo o cualquier organización guerrillera. El lugar elegido para la charla también acentuó el juego de las contradicciones porque se hizo en el Club Social de Saladillo, uno de los ámbitos más conservadores de la ciudad, y convocó una nutrida concurrencia.

Nosotros aprovechamos para hacerle una serie de preguntas que el cura sin ningún problema respondió en un amable cantito cordobés. Cuando expresó que “la iglesia debe ser la voz de los que no tienen voz”, o cuando explicó qué era el movimiento tercermundista, o cuando dijo que era necesario lograr el amor y la justicia para que finalmente reine la paz, nosotros vimos ratificado lo que expresábamos en una serie de ocho notas tituladas “La doctrina cristiana” que yo escribía y firmaba como “Juan Conciencia”, basada en la interpretación del Evangelio con un sentido social y una visión contemporánea desde lo político.

Sabíamos de muy buena fuente que al cura de la ciudad pocas cosas le provocaban mayor malestar que esos artículos que, según les decía a sus acólitos, los escribía un marxista infiltrado en el catolicismo, pero que él iba a descubrirlo por apócrifo.

La exposición de Sueldo Luque fue para el grupo un espaldarazo significativo porque nos demostró que no estábamos solos y que coincidíamos con sectores con los que no teníamos afinidades natu-

rales como los católicos. Pero no percibimos que esa era una sensación nuestra, y que en los sectores del poder se comenzó a generar un hartazgo que podía dar comienzo a la construcción de una venganza en la que se pusieran en riesgo nuestras vidas.

La doctrina Videla

Fue el 8 de julio la fecha elegida para rechazar un conjunto de ideas que fue denominado por un importante diario de Buenos Aires como la “doctrina Videla”, extraída de su discurso pronunciado el último día del mes de junio, cuando clausuró la Conferencia de Gobernadores que sesionó en la Sala de Representantes de la Ciudad de Buenos Aires.

Los dos pilares fundamentales sobre los que se sostenía esta mentada “doctrina” eran: lograr la unidad en el pluralismo como instrumento para reafirmar la identidad nacional; y encarar programas concebidos y compartidos por todos los sectores. Fernando Volonté escribió una editorial titulada: “Cuando las palabras no llegan”, donde en primer lugar califica de exagerados a quienes pretenden darle a esas ideas estatura de doctrina. Pero se ensaña mucho más cuando dice que “está basada en programas concebidos y compartidos por minorías elitistas del país, pero nunca por todos los sectores de la ciudadanía”. Y luego se pregunta: “¿Qué unidad se podrá lograr cuando se gobierna de espaldas al pueblo? Más aún, ese mismo diario publica otra nota donde señala que el discurso de Videla ha significado el más franco respaldo político con el que cuenta el ministro de Economía Dr. José Alfredo Martínez de Hoz”.

Con relación al intercambio de ideas que supuestamente propone Videla en su discurso, Fernando escribió en *El Argentino* la siguiente consideración: “Los intercambios de ideas hasta ahora no han sido amplios que sepamos, más vale aparecen como cerrados; sirva como ejemplo el documento económico que le presentaron a mediados de

abril destacados economistas argentinos, que ni siquiera fue tenido en cuenta por el Gobierno. Y en cuanto a lo de representativos, es difícil encontrar quiénes son los que tienen el respaldo popular. Cuando en realidad son los programas que el pueblo siempre rechazó de plano los que ahora se aplican sin poder siquiera rebatirlos. Entonces, ¿quiénes son los que están sectorizados? Las diversas actitudes, decisiones y designaciones lo vienen demostrando”.

Debido a la repercusión de su nota anterior, el periódico volvió a poner en escena a nuestro amigo Lorenzo “Lolo” Espínola, que reunía la triple calificación de ser radical, productor agropecuario y pertenecer al núcleo duro de nuestro grupo político.

Esta vez hundió aún más el cuchillo sobre la inacción de la gestión municipal en una nota titulada “Obligaciones y Derechos”. Allí rememora todas las obligaciones de un buen ciudadano, sobre todo las del plano impositivo, es decir pagar los impuestos y tasas; y es allí donde pone en número las contribuciones a nivel local de un pequeño productor agro-ganadero del partido de Saladillo. Pasa luego a enumerar las dificultades que el mismo productor tiene al estar obligado a pagar el doble de flete por senderos sin mantenimiento, o el peligro que significa el arroyito llamado canal 16 que amenaza con inundarse al tener sus bordes totalmente descuidados, además del puente con un tremendo bache y el resto de los caminos en estado intransitables. El último párrafo tenía, además, una dedicatoria especial: “Si hay justicia, tal vez llegue hasta esta zona; y si no la hay, que Dios nos siga protegiendo. En Él nuestra fe. Nosotros también somos Pueblo”.

El artículo de Ferro y el aniversario de Saladillo

Apenas siete días antes Francisco Ferro había publicado un artículo haciendo eje en el tema económico, que era el que más frustración había generado en los sectores populares que apoyaron el golpe militar. Porque después del discurso del ministro Martínez de Hoz,

a todos les sonó la misma cantinela recitada por el Ingeniero Álvaro Alsogaray que, en su momento, había solicitado “pasar el invierno”, y que siempre terminó con un empobrecimiento generalizado y más recesión.

“Pancho” basaba su análisis en el documento de los economistas desoído y desconsiderado por el gobierno, pero apuntaba también a la llamada “doctrina Videla” y afirmaba que “de persistirse en este rumbo aumenta la desocupación y consecuentemente la inestabilidad económica y social del país. La opinión pública llegará a la conclusión de que este gobierno ha tenido por finalidad la protección de intereses de grupos, lo que configura una verdadera agresión de clase que, facilitará la promoción de ideologías extremistas. Habrá perdido así el gobierno ‘su justificación histórica’ y adquirido una responsabilidad tremenda, pues no podrá alegar falta de experiencia. En efecto, iguales razones condujeron al fracaso de la Revolución Libertadora. No serán cumplidos los objetivos de la Junta Militar. Por el contrario, desde ya puede afirmarse que no se promoverá el desarrollo económico basado en el equilibrio y la participación responsable de los distintos sectores. No se logrará la concreción de una situación socio-económica que asegure la capacidad de decisión nacional. No mantendrá el Estado el control sobre áreas vitales que hacen a la seguridad y al desarrollo. No se obtendrá el bienestar general a través del trabajo fecundo. No habrá un adecuado sentido de justicia social. Si habrá discriminaciones. Si será un gobierno de sectores y para mantenerlo. No se respetarán las garantías individuales y no se trabajará para la recreación de una democracia efectiva, imaginativa y fuerte que asegure su carácter representativo, republicano y federal. Hasta aquí las conclusiones. El pueblo será en definitiva el juez de este proceso y dará su veredicto. Podremos con el transcurso del tiempo comprobar quién estaba más cerca de la realidad: si los comentarios augurando éxitos de los llamados “diarios serios”, o las conclusiones de este conjunto de economistas. Si el plan logra satisfacer las necesidades populares habrá sido exitoso; si por el contrario, sólo logra

aumentar las penurias del sufrido pueblo argentino, será un fracaso más de los gobiernos militares. El tiempo será testigo”.

A tal punto estaba tornándose nuestra posición cada vez más crítica que en el 113 aniversario de Saladillo, Fernando Volonté aprovechó para remarcar esa línea política expresando: “El día del pueblo, en que se festeja un nuevo año de vida, sigue siendo propicio para olvidar las pequeñas diferencias y dar paso al júbilo común. Busquemos la unidad de los espíritus, enseñemos a practicar el culto de su pasado. Saladillo tiene un origen que lo enorgullece, es la esencia de la paz y del progreso. No nació para sembrar más muertes, nació para sembrar progreso en las tierras de esta pampa fértil. ¿Y qué nos dice el poeta? En este caso tenemos la rápida respuesta en los versos de Susana Esther Soba: “Estaba todo para que él naciera/ ¡Y qué hermoso que fue su nacimiento!/ No estuvo el militar con su arrogancia/ ¡Qué ventura este hecho!/ Ni tampoco algún jefe de frontera/ Ni un cacique sediento/ Nació bajo este signo jubiloso/ ¡Civiles lo quisieron!”.

Ravioles en Chascomús

Nuestra militancia de resistencia a la dictadura nos iba sumando conflictos no sólo con los sectores que eran parte del gobierno sino también con personas que desde dentro del Radicalismo no compartían esa posición y sostenían que el partido debía apoyarlo en todos los niveles.

El problema consistía, para quienes pensaban de esa forma, que no podían salir a expresar su apoyo de otra manera que no fuera tomando un café en un club céntrico, porque habían acatado totalmente la directiva militar de cero actividad política, mientras que nosotros seguíamos militando de todas las formas que podíamos y teníamos el periódico como herramienta de expresión.

La crítica hacia nuestro sector se fue haciendo cada vez más ostensible al punto que hubo quienes plantearon que nuestra prédica

no era radical y que ponía en riesgo a todos los dirigentes del partido en la ciudad. Con el ánimo de saldar esta discusión es que se organizó una visita a Raúl Alfonsín para que él analizara cuál era la posición que debía expresar el radicalismo de Renovación y Cambio en ese momento tan complejo.

A la reunión la organizó Alejandro “Titán” Armendáriz, referente de nuestra línea interna en la sección Séptima de la provincia de Buenos Aires y que, además, acompañaba a Alfonsín desde el inicio mismo del sector.

Viajamos desde La Plata Fernando Volonté y María Auxiliadora, su esposa; mi hermana Lilian, Carlos Gorosito y yo. Llegamos a la casa de Alfonsín en Chascomús antes del mediodía y Raúl nos recibió con una amplia sonrisa y ese abrazo campechano que en ese lugar lo hacía aún más cariñoso y abierto. “Vamos hasta acá a la vuelta a comer algo si ustedes quieren”, dijo Raúl. “Donde usted nos diga”, respondió Fernando en nombre de todos.

Cuando llegamos al restaurante tenía aspecto de fonda pero el olor que venía de la cocina era realmente apetitoso. Como era domingo le agradecemos muy especialmente que dejara a su familia para almorzar con nosotros y le anticipamos que pagaríamos, porque sabíamos que las finanzas de nuestro anfitrión eran muy malas en ese momento. “De ninguna manera. Ustedes son mis invitados. Acá hay que pedir pastas, que son una exquisitez”, dijo Alfonsín, sonriendo y guiñando un ojo.

Todos pedimos ravioles. Ocupábamos una mesa en la que Raúl se ubicó al medio para que todos lo pudiéramos escuchar. Estaba contento porque en esos días había salido *Propuesta y Control* que es “casi un libro para coleccionar”, explicó haciendo el gesto de poner un ejemplar imaginario en el estante de una biblioteca.

Relató además que le había entregado el primer número al ministro del Interior Albano Harguindeguy y que éste le había dicho como comentario cuando vio la tapa y el nombre de la revista: “Propuesta, sí. Pero, ¿control?”. Lo que revelaba claramente el pensamiento del

gobierno en cuanto a que nadie debía controlarlos en el ejercicio de la gestión.

Alfonsín nos comentó sus dudas acerca del pensamiento que se había instalado en los primeros días del golpe de Estado por el cual los militares se dividían en Halcones y Palomas. Los Halcones eran decididamente fascistas al estilo Pinochet, y deseaban realizar una carnicería en la Argentina encabezados por el general Genaro Díaz Bessone, en ese momento Ministro de Planificación. Las Palomas representaban el ala institucional del Ejército, y pensaban en llamar a elecciones cuando la situación del país se hubiera estabilizado. Estos se referenciaban en los Generales Videla y Harguindeguy, y tenían una mayoría importante, tanto en las Fuerzas Armadas como en el gobierno.

Al parecer, el sistema represivo era compartido por todas las Fuerzas Armadas; y el plan político y económico, también. “Creo que son muchos los que quieren quedarse en el poder para siempre”, dijo Alfonsín con un dejo de tristeza y cansancio. Se lo veía preocupado y nosotros no hicimos otra cosa que aumentar esa sensación, porque le planteamos que estábamos firmes en la resistencia pegándole a la dictadura desde todos los ángulos, con nuestro periódico como nave insignia, cosa que Raúl ya conocía y que ponderó sobremanera.

Fueron tres largas horas de intercambiar información y todos los datos hacían que nos fuéramos preocupando más, no sólo por nosotros mismos sino porque el destino de la Argentina en realidad era mucho peor de lo que imaginábamos aislados en la pequeña ciudad o en mi caso y el de mi hermana, estudiando en La Plata.

Todas las áreas de gobierno estaban tomadas por los sectores más recalcitrantes de la derecha y estaban ejecutando las políticas que si bien habíamos pronosticado antes, nunca pensamos que pudieran llegar a esos niveles de exclusión social y desprecio por los derechos humanos.

Cuando Alfonsín nos despidió en la puerta del pequeño restaurante, tomó de las manos a Fernando y a su esposa, y como si ellos fueran los representantes de todos nosotros, dijo en forma de súplica: “¡Cuidense por favor! ¡Tengan mucho cuidado!”

El mensaje nos llegó muy adentro a todos, al punto que cuando subimos al auto y despedimos con las manos en alto a ese hombre humilde que fumaba hasta el hartazgo, y que comenzó a caminar de vuelta hacia su casa saludando a algún vecino, un profundo silencio nos ahogó las palabras como si necesitaríamos tomar aire para poder reflexionar acerca de lo que habíamos escuchado.

El auto marrón de Fernando empezó a rumbear hacia La Plata y el silencio continuaba hasta que alguien atinó a decir: “Bueno, habrá que seguir peleando”. A partir de esas palabras empezamos a planear cómo seguiríamos haciendo las mismas cosas con las que habíamos abonado nuestro camino en los últimos años.

Los secuestros de Solari Yrigoyen y Amaya

A la semana siguiente, el día jueves fui con Dante, compañero del Centro de Estudiantes, a buscar la encomienda que mi madre me mandaba por la empresa Liniers. Todos los días de lunes a lunes nos llegaba una caja que remitían los padres de cada uno de los becados desde Saladillo, en los micros que cubrían ese trayecto.

En la que enviaba Elba, generalmente había una torta grande (que devorábamos con los mates), huevos, chorizos, longanizas o salames secos de cerdo, fideos, harina, tomate en lata, manzanas, naranjas y otros elementos que nos permitían resolver el almuerzo y la cena de un día y hacer stock para cuando alguna encomienda fallaba.

En un costado mi madre ponía una carta que escribía con una letra caligráfica y donde me contaba lo que había ocurrido en el pueblo durante la semana. Allí me daba detalles del barrio, de los parientes, de los fallecidos y alguna que otra noticia local que considerara trascendente.

En este caso me decía que también había una carta que me mandaba Fernando, con quien nos comunicábamos de esa misma forma entre semana. Volonté escribía esas cartitas en papel borrador del

mismo que utilizaba para hacer los originales de los artículos que se publicaban en el periódico con su máquina Olivetti que tenía unas letras grandes y muy claras porque estaba muy bien mantenida.

En esta carta Fernando recordaba en el primer párrafo lo que había ocurrido en la reunión con Alfonsín, acerca de la gravedad de la situación, aunque resaltando que no debíamos cesar de militar en la resistencia. Pero lo alarmante estaba en el segundo párrafo, donde decía, con mayúsculas: LOS SECUESTRARON A SOLARI YRIGROYEN Y AL NEGRO AMAYA.

Luego explicaba que “Titán” Armendáriz había viajado a Buenos Aires porque todo el radicalismo nacional se había movilizadopor esta situación. Cuando leí esas palabras entendí la tristeza anticipada de Alfonsín, que ya había comprendido que estábamos viviendo tiempo de descuento en los despojos de la libertad que aún nos quedaban a los argentinos, y que ahora la onda expansiva del terrorismo de Estado nos incluía también a nosotros.

Sobre los últimos días de agosto los pedidos por el secuestro de un senador y un diputado de la Nación de la UCR salían hasta en los medios nacionales que todo lo ocultaban. Incluso la Comisión Interamericana de Derechos Humanos le requirió información urgente al gobierno del General Videla por el paradero de ambos legisladores.

Para nuestro grupo seguir ese derrotero se transformó en la actividad más importante y realizamos varias tareas de militancia explícita pidiendo su aparición con vida en un pueblo donde ni Solari Yrigoyen ni Amaya eran conocidos, pero su calidad de ser radicales transformaba el hecho en algo singular.

Teníamos una sensación muy amarga porque ambos eran referentes nuestros en la estrategia de la resistencia a la dictadura y, a partir de sus desapariciones, se convertían en los símbolos de nuestra corriente interna, realmente combativa y visualizada por los militares como un peligro al punto de haber transpuesto la delgada línea que muchos radicales creían que la dictadura no se animaría a traspasar. En tanto, claro, la UCR fuera muda a lo que estaba ocurriendo en la República.

Fue en ese momento en el que la prensa nacional “informó” que Hipólito Solari Yrigoyen y Mario Abel Amaya habían sido recuperados de un grupo “subversivo” que los tenía secuestrados en Viedma, algo inadmisiblemente de creer. Pero lo que más difícil resultó de digerir fue que en vez de ponerlos en libertad, fueron recogidos por un móvil policial y puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional en calidad de “detenidos”, acusados de tener “vinculación con actividades subversivas” y llevados al penal de Rawson.

Militantes y familiares de ambos dirigentes trataron de tomar contacto con ellos pero no les permitieron verlos. Rápidamente nos enteramos que los habían torturado y que en el caso del Negro Amaya se encontraba muy mal porque lo habían dejado desnudo con el frío y los golpes recibidos. En un intento de tratar de sacarse el fardo de encima, lo que significaba que pudiera morir un ex-legislador nacional en un penal, y justificados en el problema de salud que ellos mismos le había ocasionado, Mario Abel Amaya fue trasladado a la cárcel de Devoto en un estado muy complicado.

Las Palomas tenían enormes garras en la Argentina y querían hundirlas en el cuello de todos los que hiciéramos escuchar nuestra voz disidente. El terrorismo de Estado demostraba que más allá de la descentralización operativa del sistema represivo, las órdenes eran claras: acallar a todos los que no coincidieran con el Proceso de Reorganización Nacional y la metodología era el uso indiscriminado de la violencia, llegando incluso a la muerte, si el Jefe del Cuerpo a cargo así lo entendía necesario.

A cada Jefe se le encargó además la disposición final de los cuerpos de acuerdo a sus “posibilidades operativas”, como si los seres humanos que pasaran por la máquina de la muerte fueran basura y cada Cuerpo Militar tuviera su propia planta de residuos.

El velo de esa falsa división entre Halcones y Palomas se iba descorriendo y todos fueron cambiando su aspecto externo para irse unificando en la figura inconfundible de la peor ave de rapiña. De la misma manera, fueron compartiendo las responsabilidades por sus

crímenes. Esa hermandad de sangre ajena sería el vínculo que esperaban los protegiera siempre e hiciera mudos a todos los protagonistas por los tiempos que vinieran.

Gritos en la noche

“Dale, levántate, que te tengo que llevar a otro lado”, me dijo un guardia zamarreándome del brazo y despertándome de la peor forma. No por la brutalidad de la acción, sino porque “ir a otro lado” podía significar la peor de las noticias en ese lugar.

Ante esa posibilidad el cerebro automáticamente clasificaba posibilidades. En primer lugar te llevarían a “volar”, que era la peor de las opciones, o a torturar que era también malo; o te podían llevar a otro chupadero, que de acuerdo a los comentarios, eran iguales o peores, salvo los llamados “super stars”, que para mí eran una mentira para generar alguna expectativa en quienes querían creer en algo mejor que La Cacha.

Sin embargo no se trataba de nada de eso. Recorrí agarrado por el guardia parte de la planta baja y nos fuimos desviando hacia la izquierda, donde abruptamente me sostuvo y me dijo: “Acá empieza una escalera larga, bajá con cuidado”. Desconocía que hubiera allí un recoveco de ese tipo, pero fui contando como 20 escalones hasta que, cuando busqué el próximo, me tropecé porque ya no había más. Giré hacia la derecha y percibí que ahí había más personas, lo que me tranquilizó porque seguía pensando que me llevaban a torturar de vuelta.

Hice diez pasos y el guardia me dijo que me bajara, tomó la esposa que yo tenía cerrada sobre mi muñeca izquierda, y cuando me senté en un colchón tirado sobre el piso me hizo caer para atrás y cerró la esposa libre en una argolla que estaba incrustada en el suelo. Allí me dejó, como una bolsa de papas. “Hola. ¿Quién sos?”, escuché a los pocos minutos que el guardia se había ido. “Soy Javier, el radical”, contesté en el mismo tono de la voz que me había hablado. “Acá te podés destabicar porque cuando el guardia viene bajando la escalera tenés tiempo de acomodarte la bolsa”, me dijo la misma voz.

Con mucho cuidado fui levantando la bolsa que cubría mi cabeza y también los hombros y me encontré en un lugar que ellos mismos identificaban como “el sótano”, en donde había tres personas más y dos colchones vacíos, aparte del que había utilizado yo.

Sin embargo, esa mañana parecía de mucho movimiento porque la sombra del guardia se proyectó varias veces en la pared de la escalera y estuvimos cubiertos la mayor parte del tiempo sin hablar. En un momento sentimos los pasos de los borceguíes bajando los peldaños y nos quedamos todos tiesos, escuchando que traían gente y la depositaban alrededor nuestro.

Después de un largo rato de silencio alguien anunció que podíamos sacarnos las bolsas y cuando lo hicimos vimos dos nuevos habitantes: una chica y un chico con uniformes de estudiantes secundarios. Pero, ¿qué hacían chicos tan pequeños en ese lugar donde todos esperábamos sólo sobrevivir?

Yo tenía presente lo ocurrido en setiembre de 1976, cuando secuestraron a estudiantes en La Plata y luego no volvieron a aparecer y empecé a pensar que el mismo destino pudiera ser el de esos chicos que estaban delante nuestro y, también, el de los platenses.

Estos habían sido secuestrados en el Gran Buenos Aires e iban a la misma escuela secundaria. Militaban en la JG (Juventud Guevarista), según nos contó Silvia, cuyo nombre de guerra era “Paula”, la que más hablaba de los dos. El chico, en cambio, estaba aterrado y todas nuestras palabras para tranquilizarlo eran insuficientes. Ella impresionaba

como una militante bien formada y con fuertes convicciones, pero el muchacho era sólo un perejil con poco tiempo en la política. De allí también su estado de angustia.

Silvia sentía, como todos los que allí nos encontrábamos, un reflejo final que nos hacía héroes y mártires en medio de una tremenda tragedia que marcaría al país para siempre. Esa sensación era el último dique de contención para cualquier debilidad que pudiéramos tener, o para enfrentar el sufrimiento de la tortura. En tanto nuestras convicciones estuvieran fuertes, esas ideas nos mantenían en alto la guardia para resistir lo que allí ocurría.

“El Gordito”, como le decíamos cariñosamente al compañero de Silvia, empezó a mejorar su estado de ánimo cuando le acercaron la comida del mediodía. Creo que eso lo convenció que no lo iban a matar rápidamente y le generó una expectativa a favor. Después de comer recuperó el habla y lo vimos mucho más aliviado.

En el sótano no estuve mucho tiempo pero tengo recuerdos muy intensos porque poder estar destabizados te daba una posibilidad de compartir, que en el resto del chupadero no teníamos. Entre los más grandes tratamos que los chicos la pasaran mejor. Esperábamos que no los llevaran a torturar, y así ocurrió por lo menos durante esos dos días que compartí allá abajo.

Pero la segunda noche en el sótano ocurrió algo que nos dejó a todos pasmados. El Gordito comenzó a gritar espantado en un horario en el que estábamos todos dormidos. Nos subimos las bolsas para ver qué le pasaba y pudimos entre todos ver que dos ratas corrían desde los pies de su colchón hacia un rincón. “Me mordieron los dedos”, decía, llorando como un chico. ¡“Guardias, guardias!, gritamos varios al unísono. Las ratas desaparecieron por una grieta enorme del costado y la sombra del guardia se proyectó sobre la pared de la escalera.

“¿Qué pasa gente? ¿Qué es este quilombo en medio de la noche?”, dijo el guardia protestando, mientras bajaba con una tranquilidad relativa porque en la sombra se veía claramente que tenía un fusil y venía barriendo la zona escalón por escalón.

Nos bajamos la bolsa y le marcamos que al pibe del secundario lo había atacado las ratas y sólo logramos que nos contestara: “Ah, por esa boludez me hacen bajar. Eso es culpa de ustedes porque dejan migas de pan cuando comen y las ratitas de acá vienen a teminar de limpiarles la zona, ja, ja, ja...”, dijo el guardia burlándose, mientras era posible escuchar el cuerpo del Gordito temblando.

“Si lo mordieron hay que ponerle aunque sea un desinfectante”, dijo una de las chicas. “¿Aparte hay que curarlo al boludo éste?”, respondió el guardia, que no era de los más simpáticos. “Ahora le traigo algo y que se cure él solo, así aprende a no dejar migas”, terminó diciendo el milico, que a esa altura se había ganado todos nuestros insultos en silencio.

Lo cierto es que ese hecho cambió la forma de funcionamiento del sótano, porque debimos mantener alguien siempre despierto, controlando el ataque de los roedores. Si nos mordían y contraíamos alguna peste, ahí sí que no teníamos ninguna chance de sobrevivir. Habría sido demasiado estúpido zafar de las ratas humanas y morir por estos animalitos que sólo querían comer lo que a nosotros se nos escapaba de entre las manos.

Escribir con la memoria

Silvia nos contó de su militancia y de su familia y percibí en ella una mentalidad de luchadora precoz con la que me sentía identificado, más allá de nuestras diferencias ideológicas. Percibí que esa mirada juvenil comprometida para cambiar el mundo corría transversal a toda nuestra generación, y que siguiendo distintos caminos seguramente tendríamos resultados diferentes pero podíamos llegar a encontrarnos en algún punto en tanto hubiera un sistema de convivencia no violento en el que el debate de las ideas pudiera realizarse.

Eso reforzó mi creencia acerca de que la democracia como fin en sí mismo era tan importante como nuestras propias ideologías, aun cuando en ese momento casi nadie compartía ese pensamiento que sonaba como liberal y pasado de moda.

Mis próximos sueños incorporaron esas vivencias del sótano y construí historias de allí dentro que eran un poco menos duras que las anteriores, que venían arrastrando el recuerdo de la tortura. Poder usar los ojos para ver también fue un descanso a tanta oscuridad y sobre todo hablar viendo al interlocutor completó un tiempo parecido a encontrar un oasis en medio del desierto.

En ese lugar traté de escribir usando mi memoria. No era fácil tener un texto archivado cuando éste es en prosa y no tiene rimas ni una métrica determinada; pero semejante complicación me resultaba de sí por un desafío y me concentré en crear un método para memorizarlo y tratar de guardarlo, para poder trasladarlo a la escritura si algún día dejaba el cautiverio.

Así fue que escribí mentalmente el texto que transcribo y que titulé “El barrilete azul”:

En medio siempre de los mismos latidos. Dentro del mismo embarque de sienes. Un día apareció Paula. Tenía la edad de un secundario y los cabellos pálidos del largo de su cuello. Una pollera azul y una camisa blanca era su uniforme de la escuela. Y una botitas anchas de gamuza gastada. Nadie encontró sus ojos ni sus pecas revueltas, ni tampoco el alambre que corregía sus dientes, hasta pasado un tiempo.

Paula soñaba consuelos o sus padres muy lejos. Estaba en la inconciencia de reír de día y llorar por las noches, pero bajo, muy bajo.

Una noche construyó todo un sueño en donde ella, con pantalones y una camisa clara repartía maíz a ratones pequeños, como si lo hiciera con las palomas tontas que completan las plazas. Ella repartía maíz por cada uno de los ratones pequeños y se quedaban quietos, y luego subían por sus mantas cuando ella dormía y hasta cuidaban los silencios de Paula y gritaban sus huidas con gemidos absurdos.

Cuando ella despertaba, a su lado mordisqueaban un pan casi nuevo guardado en un ladrillo y recordó una vez el asco de chiquilla y sus gestos de angustia y su celo del pan que ahora había compartido. Es que el asco se come, se bebe, se almuerza. Se junta en pedazos de manteles tendidos, se vierte como el agua en los jarros repletos. Y se clava en los ojos de luces

y manjares, se desata en las fibras de reptiles andando. Se revoca en las manos y se afila en los poros, pero muere antes de la muerte.

Paula soñaba también con ser un barrilete azul con un hilo muy tenso. Y era un barrilete pequeño, pero duro, muy duro y muy fuerte. Parecía que en su mochila lo llevaba escondido con forma de panfleto. Desde hacía tres años que venía remontando esa idea. Dicen que a cierta altura un barrilete duro, si le cortan el hilo, no baja sino sube y se queda en las nubes, hasta que lloren éstas.

Nadie sabía de sus momentos, de sus penas muy grandes que iba estrujando dentro y perdiendo latidos. Alguien le sorprendió con los ojos cerrados con el miedo de ver la claridad y sus pecas muy pálidas. Y le besó los labios como en uno de esos cuentos de no hace tanto tiempo. Ella abrió un ojito con el temor del caso y le besó los labios y el beso se perdió en la ceguera del resto que guardaba ese luto en sus cabezas. El alguien estrechó sus manos, tan juntas como en rezo y caminó tres pasos hasta todas las siestas, en donde ocultó su rostro, apoyó su cabeza y presionó sus sienas contra la parte blanda de sus sueños.

Tendría que llevar en mi memoria esa prosa, repasándola todos los días para no olvidarla. Era al fin y al cabo una tarea entre la nada que tenía por hacer allí adentro. Me ayudaba a mantener ocupado mi cerebro y consumir el tiempo que de tan abundante a veces se tornaba casi infinito.

“Che, flaco, levántate que te vamos a mudar”, me dijeron al tercer día, marcando el fin de mi remanso. Por lo menos sabía que iría a otro sitio adentro del lugar de cautiverio y no tenía por destino la sala de tortura. Pero sentí tristeza de dejar ese lugar donde me había sentido distendido después de tantas vivencias tremendas. Las ratas, que venían por comida no eran una cuestión tan grave porque se compensaba con creces por las ventajas que allí abajo teníamos.

Cuando iba caminando entre la gente tirada en sus colchones, cuyas respiraciones podía escuchar aunque no los viera, pensaba qué tendría por delante en ese lugar cuyo nombre de La Cacha ya comenzaba a ser parte de nuestras vidas o de nuestras muertes.

El asesinato de Karakachoff y Teruggi

En los primeros días de setiembre de 1976 el frío ya había amainado, pero se hacía sentir el viento aún fresco del sur y la ciudad de La Plata no podía resurgir de un infierno atroz de sirenas y metralletas nocturnas.

Casi nadie veía accionar subversivo sino un tremendo despliegue de las fuerzas militares y de seguridad. Yo cursaba desde las siete y media de la mañana en la Facultad de Ciencias Económicas, muchas veces con custodia en la entrada por la ochava de la diagonal 77 y la calle 47, donde estaban las aulas de las materias de primer año junto con el subsuelo del edificio “cárcel” de 48 entre 6 y 7, al que también muchas veces ingresábamos con guardia armada en su entrada por calle 6.

En algunas oportunidades, mientras caminaba desde 3 y 50 hasta ese lugar y pasaba por el comité de la UCR, en 48 entre 5 y 6, cerrado y clausurado por decreto de la Junta Militar, pensaba en encontrarlo abierto y conocer a mis correligionarios locales. No tenía un sólo contacto activo con el radicalismo platense que me permitiera ingresar en sus filas para seguir militando allí entre los fines de semana

que me iba a Saladillo. La mayoría de su dirigencia había acatado la amenaza proscriptiva de la dictadura y se habían replegado a otras ocupaciones menos riesgosas. Pero no todos habían tenido esa actitud. Fue precisamente por uno de esos líderes que se volvieron a abrir las puertas de ese histórico comité de la Sección 1ra de La Plata.

El lunes 13 de setiembre, el diario *El Día* publicaba en su página 3 que habían sido asesinados Sergio Karakachoff y Domingo Teruggi, secuestrados el jueves anterior. Leer esta noticia conmovía no sólo a los que habían conocido al “Ruso” Karakachoff sino también a los que, como en mi caso, no habíamos llegado a tratarlo.

Los comentarios acerca de su capacidad y valor para darle sentido a la coherencia política hacían de él un referente para mostrarle a los que siempre nos corrían por izquierda. Él daba fe de la existencia de radicales combativos y populares de los cuales sentirnos orgullosos.

Los postigos del viejo local partidario se abrieron para darle la despedida al cortejo fúnebre que recorría la calle 48. Desde el balcón se escuchó a un joven Federico Storani ahogado en la emoción y la bronca al pronunciar un discurso que, además de una semejanza de Sergio, era prácticamente el manual de lo que debía ser un militante político comprometido con la causa nacional. Mientras tanto, los presentes hacían caso omiso de las provocaciones de hombres armados que disparaban al aire y se asomaban por los autos que pasaban raudos por el comité, rozando la marcha cívica y como festejando la muerte de dos demócratas a manos de una banda de asesinos.

De nada había servido el hábeas corpus presentado por un grupo de profesionales ante el Juzgado Federal N° 2, que por primera vez no iba firmado por el Dr. Sergio Karakachoff, porque era por su propia libertad que se pedía. Tampoco sirvieron las innumerables gestiones ante todas las personas conocidas de las fuerzas militares o políticas del gobierno de turno, para recibir como respuesta que tal vez los que habían hecho ese operativo eran de la CNU (peronistas de ultra derecha), y que éstos estaban fuera de control. Como si el operativo

con 10 autos y 40 personas que participaron en el secuestro de Sergio y de “Mingo” Teruggi pudiera pasar inadvertido para las fuerzas de seguridad que en ese momento lo controlaban todo.

En esos días, el radicalismo en su conjunto, representado por sus máximos líderes que se expresaron en el cementerio en la voz de uno de sus mejores oradores, Anselmo Marini (ex gobernador de Buenos Aires), se notificó de que la dictadura que encabezaba Videla era el sinónimo de la muerte, y que estaba frente al fenómeno definido en los manuales de política como Terrorismo de Estado.

Ya no podía haber más límites a ser definitivamente opositor a ese tipo de gobierno que el miedo personal, la pusilanimidad individual o la complicidad ideológica por acción u omisión. Esa bisagra en el tiempo para las conductas personales chirriaron en forma simultánea con las bisagras del comité de la calle 48 al abrirse los postigos para despedir a Sergio Karakachoff, que como dijo Storani, “sus asesinos no se habían equivocado en nada; han elegido al mejor de los nuestros para tratar de destruirnos a todos con su muerte”.

Pero, ¿cuáles fueron las razones para que Sergio Karakachoff y Domingo Teruggi fueran asesinados de una manera tan cruel y despiadada? Hubo una explicación que corrió rápida como un rayo ese mismo día del sepelio. Unas semanas atrás, la esposa de Sergio y su amigo habían ganado un concurso en la Caja de Subsidios Familiares para el Personal de la Industria (CASFPI), donde las autoridades habían cesanteado a treinta contratados, algunos de ellos militantes de la Concentración Nacionalista Universitaria (CNU), provocando la protesta de esa organización que acusaba a ambos de marxistas, al punto que debieron renunciar.

Allí se comentaba que el dato de los domicilios de Domingo Teruggi y de Marimé Arias (esposa de Karakachoff), como así también el de la guardería de las nenas de ésta, sólo podía haber salido de la misma CASFPI y, en particular, de su plana directiva.

Pero no menos fuerte era, para explicar la motivación de sus crímenes, lo que en vida los dos fallecidos habían hecho, sus trayectorias

y sus acciones en favor de la democracia y de los presos políticos y desaparecidos en esos años de violencia en la Argentina.

A Saladillo llegaban sólo tres ejemplares de *La Causa*, el periódico que editaba Karakachoff en La Plata. El que le tocaba a Volonté en honor a su representación partidaria como ex diputado, era prácticamente devorado y abastecía nuestra lectura, ya que su planteo periodístico era similar al que sosteníamos nosotros en *El Argentino*, al punto que nos servía para saldar las discusiones dentro de la UCR porque Sergio, obviamente, no podía ser considerado un comunista infiltrado como nos decían a nosotros.

En sus líneas le había planteado directamente a Videla (que se había manifestado defensor de los derechos humanos y había denostado una campaña “anti-argentina” en el exterior) si de esa supuesta “difamación” eran responsables los que mataban o los que denunciaban las muertes.

Karakachoff denunció el secuestro de los legisladores radicales Hipólito Solari Yrigoyen y Mario Abel Amaya, que habían sido acallado a nivel de los medios de comunicación nacionales, así como la masacre de Pilar, con 30 personas dinamitadas sin ningún tipo de respuesta oficial ni la detención de nadie.

En sus denuncias hacía responsable a ese tipo de terrorismo que sembraba desprestigio y dudas acerca del rol de las Fuerzas Armadas y de seguridad como custodios del orden y la paz perturbadas. Estas palabras escritas con la claridad de un político y un periodista talentoso, pudieron haber sido el detonador de su asesinato. Porque estaba claro que el CNU iba tras los pasos de Sergio, pero en algún punto debía existir una necesaria coordinación de inteligencia, entre otras cosas para liberar las zonas donde éstos operaban para que quedaran vacías de fuerzas de seguridad y no hubiera cruces armados entre ambos grupos de tareas.

Esa mínima coordinación no podía remitirse sólo al tema operativo sino que debía haber una aprobación de la autoridad militar de los blancos que alcanzarían los grupos parapoliciales en esa etapa de

la dictadura, y es en ese nivel donde se dio la aprobación para que los ejecutores eliminaran al abogado radical que los estaba preocupando haciendo oír su voz y presentando habeas corpus. Por lo que creo que la responsabilidad de estos dos crímenes apuntaba a los máximos responsables del terrorismo de estado en el plano político y militar.

Ese faro que significaba el Ruso, como le decían los que lo querían y los que lo odiaban, y que marcaba el camino de la resistencia de la UCR contra la dictadura, se apagó con el último llanto en el cementerio de La Plata. Sólo nos quedó tratar humildemente de seguir esos pasos como si haciéndolo le rindiéramos el homenaje máspreciado, no dicho en discursos floridos sino en el sentido combativo de sus palabras.

Al fin y al cabo su muerte significó tal vez su contradicción más entrañable porque él mismo decía que “un militante no es un héroe. Simplemente quiere vivir. Simplemente no se conforma con aceptar que otros han decidido ya su vida, su futuro, sus módicas ambiciones y su muerte”. Él era un militante singular y por serlo entró directo en el altar de los héroes luchando por una democracia con la que soñaba, consciente de que perder las libertades para los pueblos podía significar el sinónimo de su propia muerte.

La noche de los lápices

Una semana después de lo ocurrido con Sergio y Mingo, el lunes 20 de setiembre, las escuelas se preparaban para el festejo de la primavera. Aunque el gobierno no quería dar asueto estudiantil, en todos los ámbitos se estaba organizando el gran faltazo que nos permitiera ir de pic-nic aunque fuese al Nacional, como nosotros le decíamos al campo de deportes de la UNLP ubicado en el bosque en calle 50 y 117.

Fue en esas charlas preparatorias que comenzó a correr un rumor que nos dejó helados a todos. Unos días antes, los militares habían

secuestrado a chicos de las escuelas secundarias de La Plata y los padres, desesperados, alertaban y pedían la ayuda de sus compañeros con lo que la noticia se generalizó a pesar que no había salido en los medios de comunicación masivos.

Ellos tenían entre 16 y 18 años y eran varones y mujeres que tenían en común su militancia política en la UES, que en ese momento era el brazo secundario de la Juventud Peronista. Todos se preguntaban por qué detener a jóvenes que por su corta edad no podían tener aún “actividad subversiva”.

Algunos vinculaban el secuestro a las movilizaciones del año anterior por el boleto secundario que había provocado su reconocimiento por parte del gobierno provincial del peronismo en crisis. La misma UES en la clandestinidad salió unos días después a denunciar que sus militantes Claudio de Acha, María Claudia Ciocchini, María Claudia Falcone, Francisco López Muntaner, Daniel Racero y Horacio Úngaro habían sido secuestrados por la Policía de la Provincia de Buenos Aires que en ese momento conducían Ramón Camps y Miguel Etchecolaz, dos personajes de los que se comentaban que eran de los más brutales en cuanto a torturar a los presos políticos de ese momento.

Por los comentarios de un compañero de Económicas más grande que yo, quien vivía en la pensión cercana al Centro de Estudiantes de Saladillo, aparentemente los secuestrados habían sido diez. Seis en un mismo día: el 16 de setiembre. Estos seis eran los que yo había visto en el panfleto que uno debía leer sin levantarlo del piso porque alguien siempre estaba mirando quien se llevaba esos papelitos impresos con bastante precariedad.

Me resultaba imposible aislar este tema con los asesinatos de la semana anterior en una ciudad controlada en su totalidad por la misma cabeza de seguridad a cargo de Ramón Camps y, además, lugar de residencia política del gobernador Ibérico Sain-Jean, un pequeño dictador con aspiraciones de oligarca.

Allí nada podía ocurrir por casualidad ni fuera de control si la acción venía del lado de la represión. Por alguna razón los militares en Buenos Aires y en particular en La Plata, estaban rompiendo sus propios códigos cuando la capacidad operativa de la guerrilla se encontraba en sus más bajos niveles desde hacía mucho tiempo. Con esa duda nos encontramos ese mismo fin de semana en nuestro grupo político, dado que - como era rutina - volví a la casa de mis padres y nos juntamos para tratar de entender qué estaba ocurriendo para que la violencia política represiva llegara a esos niveles de locura.

Hubo varias teorías, todas razonables, pero finalmente concluimos que podía haber dos explicaciones posibles. Una de ellas era que a partir de entender que la guerrilla estaba siendo derrotada en el plano militar, hubieran decidido avanzar sobre los que ellos entendían que eran sus simpatizantes o ideólogos, aun cuando no adhirieran a las mismas agrupaciones partidarias.

Para algunos de nosotros lo que estaba ocurriendo era que la dictadura en la provincia de Buenos Aires trataba de expandir el terror a todos los que tuvieran aunque sea una mínima inquietud de tipo social o política, al efecto de paralizar cualquier protesta por las reformas reaccionarias que estaban tomando en el plano económico y sus consecuencias para la población.

La otra teoría que resultó considerada factible fue que de acuerdo a la información que íbamos recopilando, el país se había dividido en feudos represivos en los que los jefes de cada cuerpo de Ejército tenían atribuciones totales en el marco de las decisiones estratégicas tomadas por la Junta de comandantes.

Sacamos esa conclusión por los datos que nos llegaban de Córdoba y del sur del país, en donde los modus operandi de las fuerzas represivas eran diferentes. Si eso era así, nos pareció que Buenos Aires estaba tratando de ascender en la grilla de ferocidad y brutalidad que para el cerebro de esos militares era una especie de galardón. Por eso ahora iban por la caza de adolescentes y abogados que no podían tener ningún poder de fuego, pero por cuyos asesinatos seguramente

pasarían a ser parte de la memoria de la humanidad como las acciones de barbarie más tremendas que se tuvieran conocimiento en la historia argentina del siglo XX.

También resultaba posible que ambas razones se combinaran y dieran sentido a acciones parecidas en distintos lugares. El apresamiento de los legisladores radicales Amaya y Solari Yrigoyen en el sur y la captura y muerte de Karakachoff y Teruggi en La Plata, aparecían con un mismo patrón de amedrentamiento a militantes políticos opositores que tenían claros antecedentes no violentos.

Para nosotros éste fue un punto de inflexión, porque después de analizar lo ocurrido en la primera quincena de setiembre debimos poner en consideración qué hacíamos con nuestra estrategia de resistencia y cómo seguiríamos adelante con ella. Hubo opiniones encontradas y cada uno planteó lo suyo.

El concepto de “desensillar hasta que aclare” volvió a estar sobre la mesa y llegó a tener consenso mayoritario hasta que alguien planteó que nuestras acciones ponían en riesgo a todos pero más que nada al mismísimo periódico *El Argentino*, con lo que la opinión de Fernando Volonté resultaba central ya que nadie quería transferir el riesgo a los demás.

Fernando habló al final, tomando aire y haciéndolo en forma pausada como él siempre lo hacía. Nos dijo: “Muchachos, yo no quiero exponer a nadie y menos a ninguno de ustedes, pero deben saber que yo voy a continuar porque creo que es lo que hubiera hecho mi padre”. Esas palabras fueron definitorias. Enseguida planteé que estaba dispuesto a acompañar esa patriada, y el resto también expresó esa misma voluntad. El rumbo estaba confirmado y también, con él, parte de nuestro destino.

Miedos profundos

Trasladado al ambiente más grande de La Cacha tuve que volver a ubicarme en cuanto a cómo funcionaban allí. Era prácticamente imposible hablar porque estábamos por demás expuestos, lo que hacía todo mucho más difícil de sobrellevar. Allí centralmente debía tratar de estar tranquilo y dormir todo lo que pudiera. Y eso que parece muy fácil como es dormir, se termina transformando en algo por demás complicado si debe realizarse sobre una colchoneta de 12 centímetros con humedad que viene del suelo y sin otra cobija que una o dos mantas en pleno invierno.

La posición fetal era la que más permitía retener el calor generado por el cuerpo que era la única fuente de temperatura, por lo que dormir significaba estar doblado para el costado lo que al no tener almohada generaba una fuerte tensión sobre el cuello, que en mi caso no era tan problemático porque a mí ya de chico me decían “sinco” (por “sin cogote”), pero que a los demás les traía muchos dolores cervicales.

En esa situación yo debía tratar de tener la mente ocupada para no caer en los temas que podían llegar a deprimirme, así que estuve atento a captar datos que no me bajonearan pero que fueran distra-

yéndome de la realidad en la que estaba inmerso. Por ejemplo, esperaba que pasara el tren que, con la rutina de todos los días, hacía escuchar su ronroneo persistente y también su aviso con el pitido inconfundible de una formación ferroviaria. Por lo que podía inferir que estábamos cerca de una estación, o por lo menos de un área de paso a nivel con barreras.

Esos detalles distraían nuestra atención y rompían la monotonía de estar tirado en los colchoncitos con la muñeca esposada al acero frío que se apoyaba en el piso (casi no sentía la mano izquierda). Yo siempre preferí que me engancharan ese brazo porque suponía que esa situación iba a traerme secuelas si es que salía vivo. Había tomado la decisión, en mi condición de diestro, de sacrificar mi mano más inhábil.

Los perros también cumplían ese papel de distraernos, porque daban una música al silencio sepulcral y, además, tenían sus formas distintas de ladrar. Sobre todo en las mañanas, cuando reclamaban que les dieran de comer. Nadie podía dudar que se trataban de perros de policía o similares, porque el ladrido grave y fuerte transmitía un tamaño de animal importante.

En el ambiente grande de La Cacha era donde mejor se los podía escuchar, ya que yo no había prestado atención a su existencia hasta la madrugada del primer día que estuve allí. El importante vacío hasta el techo de ese lugar amplificaba esos ladridos y a veces hacía que uno pensara que los perros en realidad habían invadido el chupadero y que venían por nosotros.

Eso fundamentalmente sucedía cuando sus aullidos se metían en nuestros sueños y proyectaban situaciones que la misma imaginación imprimía a partir de nuestros propios miedos. Yo siempre tuve temor a los perros malos porque cuando era chico un día, en la casa de mi abuela, un cusco garronero me sacó corriendo. En la desesperación tuve que dar la vuelta a la manzana para librarme de él, y cuando la completé me lo encontré en la puerta esperándome para seguir mordisqueando mis talones aunque en esa oportunidad mi tía, que era la dueña del animal, me protegió de sus afilados dientes.

Estaba claro que el estrés del cautiverio y nuestra indefensión nos hacía mucho más sensibles a esos miedos profundos que arrastramos durante nuestros años de vida, sin ser siquiera conscientes que los llevamos a cuestas.

En medio de ese tiempo infinito trataba de escribir de memoria y grabar en mi cerebro ese cúmulo de palabras. Ponía un protagonista de allí dentro y trataba de describir una situación o sensaciones con un mínimo de poesía. Había tomado esa costumbre desde mi estadía en el sótano donde estábamos destabados, esperando la arremetida de las ratas.

En donde estaba ahora había otra mujer a la que escuché que le hacían algunos comentarios. Le decían “Bichi”. Sobre ella, con esos pocos elementos y mucha imaginación compuse una prosa para recordarla:

Bichi era un alguien pequeño, con el cabello corto y el busto escondido en toda su fortaleza de mujer. Era quién sabía de momentos porque los acumulaba en mucho tiempo y se le reportaban en cada gesto. Tenía un silencio muy especial, porque doblaba alambres de cobre que le regalaban los guardias y ella hacía gatitos con colas erizadas que se paraban en el suelo y dormían al lado de su cabeza. Cada día se llevaba un poco del color de su piel y otro poco del color de su vida. Se desteñía en medio de los “alguienes” y se deshilachaba en cada uno de ellos. La espera sucumbía y revivía continuamente y cada vez se tornaba más grande y más vacía. Cada alguien le aportaba espacio pero no contenido. Sus sueños eran cortos, pero muchos. Alguien dijo que en su tiempo había llegado ya a controlarlos cuando los mismos le empezaban a hacer daño. Que con ella no había perros que le mordieran con la realidad, porque los tenía tan reales como la vida. Y se aferraba a ella como aquel que siente sus manos derretirse y sólo pende de ellas. De pronto estaba en el barrio de casas iguales en Villa Elisa, de césped tan verde como el sol en él. Y lo encontraba solo, sin nadie, excepto el paisaje tan tranquilo como siempre y cruzaba esquivando los árboles, saltando las flores, rompiendo el silencio, hasta que el silbido de una pava hirviendo le quitaba sentidos a sus pasos cortos y corría a la cocina, se volvía hacia el hall y miraba por la

ventana para ver a ese hombre tan desnudo de sol como ella que le gritaba: “Junta tus manos y llora por tu soledad, porque en los mares y en las costas están los caracoles que se nutren del sodio de tus lágrimas, que en los ríos más oscuros he encontrado tus huellas, que tus retoños seguirán sus primaveras y alumbrarán retoños y serás abuela”. Y seguro que ella lo soñó mil veces y todas las veces despertó sonriente porque había dominado a los perros que la despertaban y le traían a la felicidad de saber que sus sueños no eran ciertos. Esta vez se quedó tan quieta como siempre, contempló a ese alguien que de rodillas le miraba callado. Comprendió sus palabras, se tapó la cara con su brazo derecho y se secó las lágrimas con todas esas fuerzas que había acumulado en cada sueño.

Administrar los placeres

Con el paso de los días fui desarrollando una serie de métodos que mantenían a mi mente razonablemente compensada. Uno de ellos era tener en claro de qué placeres podía disponer en un ambiente tan hostil, para poder administrarlos y sacarles todo el provecho posible.

El mate cocido de la mañana, el pancito y la bebida que mitigaban el hambre de la noche (pero además nos daba la certeza de haber sobrevivido un día más y permitía recargar las energías mínimas para afrontar lo que el destino o nuestros captores dispusieran para cada uno de nosotros), ir al baño y descargar la vejiga o el intestino, calentarme las manos con el jarro donde había orinado eran placeres relevantes en esas condiciones.

Entre la tarde noche del día anterior en que íbamos a hacer nuestras necesidades, y la mañana, había además que sumar la espera que llevarnos de a uno implicaba. Por eso, cuando uno podía subirse la bolsa de la cabeza y mirar el interior de ese baño de color celeste despintado, sin otros elementos que el inodoro y el lavatorio, además del afiche del Firmenich burlándose de su propia tropa pegado en la puerta del lado de adentro, se sentía transportado a un mundo pequeño pero distinto

porque esos dos minutos que podía permanecer allí dentro eran de las pocas cosas propias que uno sentía de ese modo.

El horario del almuerzo proporcionaba el tercer placer. Además de saciar el hambre, se escuchaba el ruido de los platos de aluminio y la existencia de gente alrededor, que si bien teníamos prohibido hablar, daba una sensación de compañía que sólo se volvía a repetir a la hora de cenar. Además del plato que componía lo que dejaban a nuestro lado para que comiéramos. No era del todo malo, excepto que en general estaba frío.

Había dos placeres accesorios que uno debía saber administrar, como eran el pancito y la manzana con la que se acompañaba la comida. La tentación por comer todo junto era importante, pero debía poder manejarse y guardarlos dentro del pullover para irlos deglutiendo lentamente en las tardes que además tendían a hacerse interminables.

Hubo un día en que el plato de comida vino muy rico y abundante, cosa que nos sorprendió porque lo usual era el guiso en las formas más variadas, pero siempre escaso. El susurro dentro de La Cacha encontró sus razones en que seguramente se trataba del aniversario del Regimiento 7, del que se creía que venía la comida.

La gran decisión que uno podía dejar para la tarde era si comía primero el pan y luego la manzana o viceversa, aunque ir cambiando esa rutina también agregaba una pequeña dosis de improvisación a semejante aburrimiento. No obstante la opinión general era que preferíamos el aburrimiento a la tortura y alimentarse era clave para poder tener futuro en un juego donde el final era desconocido para nosotros.

La cena componía el cuarto placer del que disponíamos y con ella cumplíamos a rajatabla el mismo protocolo que con el almuerzo en cuanto a degustar y paladear cada bocado. Aunque era común que uno se comiera la manzana y el pan al poco rato del plato porque por las noches no se podía estar sentado en el colchón, y comer acostado no era de lo más recomendable.

Yo era alérgico al tomate y al trigo, según los estudios que me había realizado el Dr. Cordo cuando estaba en la escuela secundaria, y los

guisos venían bien marrones basados en salsas pasadas de cocción y tomaban un color muy oscuro, además de padecer sucesivas recalentadas. Sin embargo, nunca tuve una reacción como las que me ocurrían en el Centro de Estudiantes cuando comíamos fideos con salsa de tomate, porque no teníamos otra cosa. En esas ocasiones iba de cuerpo con sangre y me duraba el tiempo que tardaba en digerir ese tipo de alimento.

En La Cacha no me ocurrió nada de eso y yo se lo atribuí a que todo mi organismo estaba consciente del esfuerzo de sobrevivir y, para lograrlo, no podía perder ningún elemento básico para la vida, como era mi propia sangre.

Ir al baño antes de dormir o circunstancialmente por la tarde, era el quinto placer y debía también disfrutarse adecuadamente, desde la caminata del colchón hasta el lugar donde estaba el mismo. Esa procesión permitía intercambiar algunas palabras con los demás porque al estar ocupados los guardias en llevarnos se relajaba su control sobre el silencio que debíamos guardar.

Poder estirar las piernas merecía también su disfrute, por lo que parecíamos jugadores de fútbol relevados pero haciendo tiempo para salir de la cancha. Yo tenía muy presente el último partido que había ido a ver de la Selección frente a Hungría en la Bombonera, donde el equipo del Flaco Menotti, armado sobre la base del Huracán campeón del 73, le había pintado la cara a los europeos en el fixture de preparación para el Mundial '78.

Ese tipo de recuerdos gratos oxigenaban nuestras mentes y nos generaba la duda si cuando finalmente tuviera lugar el campeonato mundial estaríamos libres como para ir a ver algún partido o, por lo menos, vivos como para comprobar si iba a ser cierto que en esos días los argentinos tendríamos televisor a color para poder alentar a la Selección.

Cuando volvimos de aquel partido, con el amigo que compartí ese viaje a Capital, el smog de la zona de las fábricas que se alineaban sobre la Avenida Calchaquí y el Camino Gral. Belgrano, me recordaron que el imperio no estaba reparando demasiado sobre nuestro medio

ambiente y pensé cómo sería vivir en el Barrio Pepsi en medio de una nube de contaminación que, producto del clima, había bajado a la altura humana y podía sentirse hiriendo la vista y el olfato.

Disponíamos sólo de cinco placeres porque dormir no lo era. Lo mejor que podía ocurrirnos era que no tuviéramos pesadillas o sueños irreales que nos sumieran en la depresión cuando nos despertáramos.

Esa escasez de satisfacciones me hizo muchas veces reflexionar con respecto a los placeres que tenemos en la vida normal, que no bajaban de veinte y a veces treinta por día. En esa comparación, ninguno de los cinco que teníamos ahora era siquiera considerado porque tanto ir al baño como comer estaban dentro de las actividades naturales y las llevábamos a cabo casi sin prestarle atención.

La pregunta que me hacía era por qué jamás me había detenido a pensar en este tema cuando en realidad la felicidad humana depende centralmente de los momentos placenteros que componen su vida, y llegué a la conclusión de que en realidad esto no era muy diferente al dilema acerca de la libertad, que se valora cuando se pierde.

En ese caso me propuse un juramento como los que casi diariamente nos hacíamos allí dentro: si podía recuperar la libertad, analizaría mi vida desde la carencia más que desde la abundancia y jamás daría por sobreentendido que disponemos de ciertos beneficios simplemente porque nos corresponden. Muchas cosas habían cambiado desde ese 2 de junio de mi captura, pero estaba convencido de que serían muchas más las que cambiarían en adelante.

Los guardianes del terror

Una distracción adicional que yo ya había percibido en el sótano era la actividad que realizaban los guardias. En una oportunidad sentí la cercanía de una persona por el lado derecho de mi colchón y me dediqué a evaluar cada ruido para entender de qué se trataba lo que alguien estaba haciendo a mi lado.

Yo estaba ubicado como último en la fila que daba a una de las paredes del gran local en donde estábamos alojados la mayor cantidad de prisioneros. Por ende, esa persona se encontraba entonces en esa estrecha distancia entre mi cuerpo y el muro del edificio. Me volteé hacia el lado derecho tanto como pude porque tenía las esposas sujetas a mi mano izquierda y apoyé la bolsa sobre mi cabeza en el borde del colchón, lo que me permitía ver por debajo en un ángulo en el que podía proyectar mi visión por apenas un metro.

Entonces vi un bolso como los que se usan para llevar ropa y los dos borceguíes del individuo que estaba allí parado. Del bolso extraje una tenaza y se incorporó para realizar su tarea. A cada rato escuchaba el corte que los filos de la tenaza hacían al golpearse entre sí. Y él bajaba su humanidad para introducir un manojo doblado de alambre de cobre dentro del bolso, como un pescador guarda su presa en el recipiente para los pescados.

Estuvo mucho tiempo haciendo su trabajo desplazándose por la pared y alejándose de mi lado a medida que capturaba nuevas presas. Su constancia lo asemejaba a los predadores cuando están acopiando alimentos para el invierno. Ellos seguramente sabían que deben invertir ese tiempo porque tendrán su premio luego. Mi curiosidad me llevó, cuando a las horas el sujeto ya había tomado una distancia importante de mí, a preguntarle a mi circunstancial compañero de tabicado de dónde sacaban tanto alambre de cobre.

La voz a mi izquierda me sopló que en realidad ese lugar había sido una estación de radio y que por esa razón tenía cableados de ese tipo en muchos lugares. Los guardias sacaban esa mercancía como un trabajito adicional que venderían no sé si en forma individual o asociativa. Era una actividad que les daba dinero extra porque el cobre había aumentado su precio desde la nacionalización en Chile por parte de Salvador Allende en 1971, decisión no revertida por Pinochet en 1973, que indemnizó a las empresas extranjeras que habían sido estatizadas devolviéndoles el apoyo que éstas le habían dado para realizar el golpe militar.

Yo ahora podía percibir cómo el cuentapropismo argentino buscaba, además de un sobresueldo, revertir las necesidades históricas de importación de un metal básico para la industria. A veces quedaban pedacitos de alambre tirados a nuestra vera con lo que podíamos entretenernos doblándolos o modelando gatitos, como hacía Bichi.

A esa tarea de sacar el cobre, aunque fuera una actividad individual, la compartían las distintas fuerzas que se autodenominaban “conjuntas” cada vez que salían a cazar personas. Y las distracciones por llevarla a cabo nos permitía intercambiar la mínima información en forma de susurro acerca de quiénes nos estaban cuidando, dado que en ciertas ocasiones ellos se llamaban entre sí o se hacían llamar por nosotros por sus respectivos nombres de guerra.

Tenían en sus denominaciones características que nos permitían individualizar las fuerzas a las que pertenecían, así como los modos que provenían de la formación que habían recibido. Saber estos datos debía ser de conocimiento de todos los que estábamos allí porque siempre alentábamos la esperanza que alguno saliera vivo de ese cautiverio y que, ya sea por una cuestión histórica o literaria, pudiera escribir la narración de nuestro testimonio en La Cacha.

Entre los guardias había por lo menos cuatro “Carlitos” que eran de la Marina. Los diferenciábamos por la forma de tratarnos o por un apodo secundario que ellos mismos utilizaban. Así estaba “Carlitos, El Bueno”, que era un tipo bonachón dispuesto a no hacerte sentir una basura humana y de llevarte al baño aunque no fuera el momento de orinar, si tenías una urgencia. “Carlitos, El Misionero”, que era un tipo parco y de muy pocas palabras, creo porque carecía de roce social o tenía algún impedimento en su comunicación. No era agresivo ni tampoco propenso al maltrato, pero sí distante y callado, lo que hacía que ninguno le dirigiera la palabra, salvo cuando no podíamos identificar al guardia que andaba rondando.

Estaba “Carlitos, El Potro”, un individuo creído de sí mismo y soberbio al dirigirse a los cautivos. Por eso los más antiguos lo llamaban “Hipocampo”, porque se creía un potro pero era un pescado. Y tam-

bién estaba “Carlitos, El Enfermero”, que le decían así porque cuando había algún problema de salud lo consultaban ya que suponían que sabía algo del tema.

Estos cuatro individuos de la Armada componían parte del aporte que esa fuerza había hecho para el staff de La Cacha. De acuerdo a la información que comentaban las personas que estaban antes de mi llegada, el Servicio Penitenciario de la Provincia de Buenos Aires también aportaba varias personas, con perfiles parecidos: “Sabino”, “Palito”... Todos ellos nos trataban como presos sencillamente porque así ellos habían sido educados. No nos discriminaban por la ideología, sino que nos consideraban cosas sujetas a ser guardadas sin demasiada dignidad ni consideración humana.

A cargo de las fuerzas de secuestro y tortura estaba El Oso, al que le decían así aparentemente por su tamaño o por su capacidad de destrucción de las personas que quedaban bajo su cuidado. Su sola presencia en el chupadero generaba temor a todos y la mayoría de los que estábamos allí teníamos marcas en nuestra memoria de haber sido el responsable de las torturas padecidas.

Además, estaba un guardia llamado “Sérpico”, al que le decían “El Baboso”. Teníamos dudas de si era un penitenciario o un elemento de inteligencia, entre otras cosas porque él mismo se había puesto un apodo que denotaba un parecido con un personaje que encarnaba a un investigador privado, cosa que no hubiera hecho si fuera un cuida presos. Lo de “El Baboso” se lo decíamos porque se dirigía a las mujeres que estaban allí con la forma típica de un abusador.

De las versiones que logramos sintetizar surgían otros nombres como los de “Pablo”, que era un joven de inteligencia cuya actuación se desarrollaba en la Facultad de Veterinarias. De “El Pelado” resultaba difícil saber a qué fuerza de seguridad pertenecía, pero el rol de torturador lo hacía receptor de todo el odio a niveles sólo compartidos con el Oso.

Su calva asomaba siempre en todos los relatos como una imagen visible en medio del resplandor de la picana. “El Francés”, “El Ama-

rillo” y “Mister X” componían otra grilla de los que yo no tenía otro indicio que los dichos de algunos de los que estaban antes del 2 de junio. Al primero también lo ubicaban en los interrogatorios, por lo que podía ser que proviniera de Inteligencia del Ejército, que en el caso del lugar donde habíamos sido secuestrados no teníamos duda de que se trataba del Batallón 601, con asiento en La Plata.

Entre los prisioneros también nombraban como personal que funcionaba en La Cacha a “Pituto”, “Jota”, “El Potro” y “El Inglés”, pero no me aportaban más datos porque tampoco existían las condiciones para poder hablar de ellos dado que este tema podía ser muy duramente castigado por aquellos mismos de los que nosotros estábamos tratando de investigar.

Con esos nombres y esos perfiles meditaba con mi cabeza en el colchón que cada vez parecía bajar un poco más y que pronto tocaría el suelo. ¿Cómo serían esos tipos cuando estuvieran en sus casas y compartieran la mesa con sus hijos? ¿Les contarían sus vidas reales, en las que su trabajo consistía en cuidar personas secuestradas en forma ilegal y torturarlas o presenciar la torturas y eventualmente matar a otros seres humanos en la forma que las circunstancias exigieran? ¿Cuál sería el argumento para poder vivir tranquilo con una tarea tan poco humana?

Allí yo ensayaba tres explicaciones posibles. La primera estaba fundada en la idea de patriotismo berreta por el que se imaginaban a sí mismos cumpliendo con el deber de vencer a la “subversión apátrida y marxista”. Fundamento que duraba hasta que el sospechoso fuera reducido a la condición de prisionero y despojado de su identidad, además de su propio destino.

En esa situación, ese argumento se transformaba en inexistente porque la tarea no era diferente a la de cuidar animales en un zoológico, con la diferencia de que en realidad allí estaba lo que quedaba de nuestros despojos de personas.

La segunda explicación estaba más cercana a esto último, es decir se trataba de un mero trabajo de cuidar presos reducidos a su condi-

ción animal, sin derechos de ninguna naturaleza. Esta teoría, a diferencia de la primera que podía encuadrar a los militares, daba mejor para los elementos del sistema penitenciario, más acostumbrados a lidiar con seres casi humanos en las cárceles de la Argentina.

Y la tercera categoría debía incluir a los enfermos patológicos que gozaban no sólo haciendo sufrir a los secuestrados, sino que obtenían placer torturando y llevando a sus presas al límite de la vida, de la muerte o de la locura en medio de un orgasmo psíquico, que se combinaba con sentirse Dios y poder disponer de la decisión de matar, tratando con esto de compensar los infinitos agujeros que poblaban sus personalidades totalmente enajenadas.

En ese esquema no había procedencia de fuerzas que determinara por qué los individuos se vuelven fieras y predadores de sus semejantes. Esta calificación cruzaba a todos y exponía a las distintas fuerzas a tenerlos entre sus filas, así eran ejemplares como el Oso, El Pelado y otros, que deseaban torturar para sentirse superiores al resto de la especie.

Lo que quedaba en claro además era que La Cacha constituía una organización en sí misma, con niveles de autarquía relevantes en cuanto a poder decidir sobre la vida de quienes allí nos encontrábamos, porque alguien así la había concebido y les había delegado esas atribuciones.

Esa descentralización no disminuía para nada la responsabilidad de sus jefes superiores, que tenían conocimiento y bancaban las atrocidades que allí se cometían, sino que, por el contrario, hacía también responsables a quienes las llevaban a cabo en el terreno. En suma, era lo que nosotros en la teoría definíamos como el Terrorismo de Estado, pero sentirlo en carne y hueso puedo afirmar que imponía un nivel de sufrimiento que sólo podía ser sobrellevado por la infinita voluntad de continuar con vida.

La muerte de Mario Amaya

En una fecha que creo que fue el miércoles 20 de octubre, Carlos Antonio Gorosito llegó al Centro de Estudiantes con un rostro de profunda preocupación. Traía la noticia de la muerte del exdiputado Mario Abel Amaya que, como nosotros sabíamos, lo habían trasladado a la cárcel de Devoto por su delicado estado de salud desde el penal de Rawson.

Raúl Alfonsín tenía muy frescas las palabras de Hipólito Solari Yrigoyen, que le había contado cómo los habían torturado y que al Negro le habían quitado hasta el inhalador con el que trataba de mitigar el efecto del asma, y lo habían dejado desnudo en el piso, con los fríos del sur argentino haciendo estragos en toda su humanidad.

Los correligionarios de la Capital Federal trataron de velarlo en el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical, pero la dictadura lo impidió, así que tuvo que cumplirse esa ceremonia en la casa de sepelios de otro radical, Liborio Pupillo. Raúl fue el último que lo vio con vida en un estado tan deplorable que su madre, un día antes, no lo había podido reconocer aunque pasó a su lado en la cama del hospital donde estaba internado.

Los restos de Mario Abel Amaya fueron luego trasladados a Trelaw donde se hizo un importante acto de despedida. Allí, su amigo Raúl Alfonsín expresó:

Venimos a despedir a un amigo entrañable... Un amigo valiente que no sabía de cobardías. Un amigo altruista que no conocía el egoísmo. Un hombre cabal, de extraordinaria dimensión humana, encerrada en un cuerpo de salud precaria. Pero venimos también a despedir a un distinguido correligionario, a un hombre radical, a un hombre de la democracia, que no la veía constreñida a las formalidades solamente, sino que la vitalizaba a través de la participación del pueblo para poner el acento en los aspectos integrales, en los aspectos sociales.

Y venimos también a despedir a un hombre calumniado, infamemente calumniado, juntamente con otro correligionario que está sufriendo una cárcel que nadie se explica: Hipólito Solari Yrigoyen. Se pretende tergiversar el sentido de la lucha de estos dos extraordinarios correligionarios, cuyo único pecado es pretender solucionar los problemas de los desposeídos, cuyo único pecado es sostener con Yrigoyen la defensa del patrimonio nacional... Ruego a Dios que haga que el alma de Mario Abel Amaya descanse en paz. Ruego a Dios que permita sacarnos cuanto antes de esta pesadilla, de esta sangre, de este dolor, de esta muerte, para que se abran los cielos de nuevo; que en algún momento podamos venir todos juntos a esta tumba con aquellos recuerdos agridulces y recordar el esfuerzo del amigo y poder decirle que se realizó, que dio por fin sus frutos.

El mismo Alfonsín, que ya había escrito su artículo editorial de *Propuesta y Control* del mes de octubre, cuando vuelve de despedir al querido Negro Amaya escribe un epílogo que cuando en el grupo pudimos compartirlo leyéndolo en voz alta, el final nos salió quebrado de la emoción de sentirnos parte de la peor de las tragedias de la historia argentina, y que transcribo para que no se nos pierda en los anaqueles del olvido que muchas veces, y no por desidia, terminan encerrando el inestimable valor de las palabras:

Propuesta y Control - Octubre 1976

A modo de epílogo Acabo de leer lo que he escrito hasta ahora. No estaría tranquilo si así terminara todo. En nombre de la sinceridad que tengo la pedantería de sostener y que impregna mi estilo político, debo transmitir al lector amigo mis propios interrogantes dolorosos. En primer lugar, ¿estoy realmente cumpliendo con mi deber? ¿Qué dirían mis muertos queridos? ¿Qué dirán mis amigos presos? No he propuesto la lucha frontal, ni he imputado responsabilidades. He ahogado el grito del reclamo desgarrado y he arrinconado la ira y el dolor... Pienso que mis amigos muertos no me quisieran ver en actitud nihilista... ¿Qué le dirán sus muertos al general Videla? Pienso que todos los muertos de todos nos dirían a todos que tenemos la obligación de trabajar para encontrar la paz en la justicia, la libertad en la dignidad, la grandeza en la independencia. Por lo pronto, no siento tantos deseos de exclamar con Zola "Yo acuso", como de insistir con Galileo: "Eppur si muove" ("Y, sin embargo, se mueve").

Ese testimonio que Raúl Alfonsín escribió en el número de octubre de 1976 de *Propuesta y Control*, nos estremeció cuando como grupo lo leímos para tratar de entender lo que había pasado y cómo eso iba a influir en la vida de todos nosotros.

Las llamadas "Palomas" de la dictadura ya no podían ser calificadas así por ningún radical bien nacido. Quién sostuviera esa interpretación política estaba entregando la memoria de nuestros muertos más recientes. Las acciones de los que estaban en el poder habían fijado además las condiciones del futuro al llevar a toda la sociedad a un nivel de sometimiento que únicamente podía ser resuelto a partir de la derrota de los militares argentinos, no ya por organizaciones armadas sino por la acción de la sociedad misma, en un rechazo sistemático del fondo y las formas del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional.

Teníamos la absurda satisfacción de haber acertado en el diagnóstico de lo que iba a suceder, pero lejos de poder festejarlo nos ahoga-

ba la tristeza de pensar que, en algún momento la fatalidad generada por el terrorismo de Estado, podía incluirnos.

La misión de Amnistía Internacional

En la segunda semana de noviembre llegó a la Argentina una misión de Amnistía Internacional por las denuncias de violaciones a los derechos humanos que estaba cometiendo la dictadura. Era el resultado de muchos petitorios que se habían formulado desde nuestro país como así de los testimonios que habían brindado los exiliados argentinos en Europa y EEUU.

La integraban Lord Avebury, un Lord de Gran Bretaña; Robert Drinan, diputado de los EEUU; y Patricia Feeney, que era la representante de Amnistía Internacional. La delegación no fue recibida por ningún miembro importante del gobierno de Videla pero estuvo permanentemente custodiada por las fuerzas de seguridad con el objetivo que nadie se acercara a entregar ningún informe. Incluso las personas que hablaban con la delegación eran detenidas por estas fuerzas en una clara acción intimidatoria. La información llegó igual a través de distintos canales no oficiales, pero limitó enormemente sus posibilidades a la hora de compilar testimonios de residentes en el país.

Hacían una estimación de 5000 a 6000 presos políticos, basándose en los que se encontraban en las cárceles y penales, desconociendo la existencia de los centros clandestinos de detención en los que se concentró buena parte de la cosecha represiva de desaparecidos. Algunos testimonios que se les pudieron aportar incluyeron esta situación tan particular de centros de detención no oficiales, pero no existió la forma de poder contar cuántas de las personas que eran reportadas como desaparecidas en realidad estaban en una situación de limbo legal porque no aparecían en las cárceles ni a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN).

No obstante, con la información existente, Amnistía Internacional da a conocer la existencia de algunos lugares donde se ubicarían esos centros no oficiales de detención, lo que los expone por primera vez a nivel internacional a un rechazo generalizado porque viola todas las normas de comportamiento de los países civilizados del planeta.

Amnistía consigna además la existencia de represalias o venganzas oficiales por parte de las fuerzas de seguridad luego de algún atentado efectuado por las organizaciones armadas guerrilleras, como fue el caso, en el mes de agosto, luego del asesinato del General Omar Actis que era el presidente de la comisión organizadora del Mundial de Fútbol 1978. Allí se asesinaron y dinamitaron a 30 personas en la localidad de Pilar que, por los testimonios de quienes vieron los restos y en función de sus vestimentas, se habría tratado tanto de personas desaparecidas como a disposición del PEN. Es decir que habían sido ejecutadas en forma clandestina por las fuerzas de seguridad.

Además, el organismo explicaba que el terrorismo de derecha, responsable de una gran cantidad de crímenes caracterizados por su nivel de brutalidad, merecía una consideración especial para el gobierno, citando al Almirante César Guzzetti, Ministro de Relaciones Exteriores, cuando manifestó: “Mi concepto de la subversión se refiere a organizaciones terroristas de signo izquierdista. La subversión o terrorismo de derecha no es tal. El cuerpo social del país está contaminado por una enfermedad que corroe sus entrañas y forma anticuerpos. Esos anticuerpos no pueden ser considerados de la misma manera que el microbio. A medida que el gobierno controle y destruya a la guerrilla, la acción del anticuerpo va a desaparecer, como ya está ocurriendo. Se trata sólo de una reacción natural de un cuerpo enfermo”.

Este argumento que Amnistía Internacional descubre en la Argentina de octubre-noviembre de 1976 es revelador porque si bien el almirante lo expresa en forma personal, refleja el pensamiento colectivo de las fuerzas armadas de entonces, por el que justifican todos los crímenes del terrorismo de derecha. Lo ven como una reacción

natural más allá del nivel de la legalidad creado por ellos mismos, reconociendo por otra parte que la batalla militar está prácticamente liquidada, lo que obligaría a ir finalizando los mecanismos de excepción que diera supuestamente fundamento a la intervención de las mismas fuerzas.

La carta por el juego

Sobre finales de 1976 y con esas condiciones tan graves nos juntamos en la imprenta de Volonté a evaluar el año al que describimos como muy malo en términos políticos, con una cantidad de muertes y desapariciones que resultaba imposible estimar.

La sociedad en general todavía creía en el Proceso, aunque ya lo veía demasiado parecido a anteriores experiencias de final frustrante para la Argentina. Pero lo que más nos preocupaba era que arrojaba un manto de desconfianza al tomar conocimiento de las violaciones a los derechos humanos a partir de generalizar una frase en extremo dolorosa: “por algo será”. Con lo que hacía caer la responsabilidad de su triste destino en las mismas víctimas.

Nuestro grupo seguía creciendo porque ingresaban a él militantes de siempre de la Juventud Radical que, como Abel u Omar, asumían el riesgo de las acciones que llevábamos a cabo o de las ideas de resistencia que permanentemente dábamos a conocer. En esa reunión no sólo ratificamos el rumbo estratégico sino que definimos los temas con los que íbamos a encarar el año que ya venía: 1977.

Uno de esos temas era el primero a desarrollar porque condensaba una contradicción flagrante entre los supuestos postulados éticos de la dictadura y los hechos concretos de la vida en la ciudad: el juego clandestino. La complicidad entre la policía y los capitalistas del juego en Saladillo había permitido desarrollar el negocio a niveles nunca antes conocido, a tal punto que resultaba normal que los vecinos, conscientes de que *El Argentino* era un fiel reflejo de sus problemas,

mandaran cartas, muchas de ellas sin firma, explicando cómo en tal o cual casa se levantaban las apuestas de tal o cual capitalista.

Así fue que decidimos denunciarlo. En forma pública y con fecha del 31 de diciembre de 1976, le entregué una “carta de los lectores” a Fernando, que finalmente fue publicada el 20 de enero, para que la responsabilidad del periódico sólo fuera su publicación. Decía:

Los juegos permitidos es decir los juegos prohibidos

Saladillo es conocida en el resto de la provincia por varias cualidades, muchas de ellas nos llenan de orgullo, por ejemplo sus ciclistas, sus artistas, sus futbolistas, sus pilotos, sus boxeadores, sus cooperativistas, en general porque reúne dentro de sus límites geográficos un todo humano de características más que positivas. Pero desde un tiempo se la puede reconocer, para desgracia de todos sus residentes, como la “Capital de la Quiniela” de la provincia.

Aquí no vayamos a caer en echarle la culpa a administraciones anteriores. Partamos de esta base; antes del 24 de marzo casi no había quiniela en Saladillo. Existía sí, pero era nada comparable con la que en estos momentos reina como dueña de casa. Hagámonos la pregunta: ¿por qué el juego ahora representa algo así como cinco veces el ingreso de los funcionarios que están encargados directamente de reprimirlo?

Sin duda, y esto es de conocimiento público, lo que obvia dar nombres, hay quienes se hacen ricos lucrando con el negocio permitido, pero ¿quiénes son los responsables? ¿La gente que juega? No, ellos no son los responsables, como tampoco son responsables de que las condiciones económicas en general sean tan desastrosas. Allí la explicación es: la gente juega porque tiene expectativas de aguantar el chubasco ya que progresar de una manera honesta, no hay. ¿Los puntos que levantan? Puede que sí, pero para ser tajante tendremos que hacer la diferencia entre los que tienen fuente de sustento y aquellos para quienes la quiniela es la fuente de trabajo que a quienes les corresponde, no supieron radicar.

Entonces la cosa cambia. Después de todo es una changa más. Ya hemos reducido el círculo, solamente quedan: Los capitalistas y los funcionarios. Aclarando de éstos no sólo los locales sino de otras ciudades a las que deben dependencia. De los primeros, todos sabemos quiénes son, no hay necesidad de explicitarse sobre ellos, ese tipo de manifestación de delincuencia tiene su historia y como la gramilla “nace donde no se carpe”. Y aquí entramos en donde la responsabilidad es verdaderamente grande. Recuerdo que por repetición dos palabras subieron al candelero después del 24 de marzo: Demagogia y Moral.

La primera como repudio permanente de las autoridades anteriores y la segunda como caballito de batalla para la nueva administración. Pero me permito recordarles a esas personas. Demagogia es una forma de mentira y ahora me pregunto. Prometer Moral así con mayúsculas y consentir la realización de actos inmorales, ¿Qué es? acaso no es mentir, acaso eso no es demagogia. No pongo en duda que quizás algo se trató de hacer, tampoco la integridad del Departamento Ejecutivo y que tal vez los pescados grandes son demasiado influyentes, pero remito a este interrogante: ¿no tiene, concretamente el Intendente Municipal, una herramienta potentísima en su mano: la amenaza de su renuncia? ¿Es acaso o no una fuerza lo suficientemente poderosa como para sacar de la Gobernación hasta la respuesta más difícil? Tal vez se trató de hacer algo, pero mientras tanto el paso del tiempo consiente. Todo es cuestión de principios, ¿o acaso la Moral no es eso?

Entendamos que no se trata de desprestigiar a nadie porque la posibilidad está de corregir las anormalidades. Sólo me hago receptor de lo que piensa Saladillo y otra cosa que se sabe de nuestro pueblo en la Provincia es este poder de crítica. Solamente le hacemos honores. Los resortes están, las circunstancias para que la Administración demuestre su eficiencia, también. Por eso ésta pretende ser constructiva, depende de la interpretación.

La firmé y agregué mi número de documento.

No nos parecía que esta carta fuera un elemento crítico mucho más duro que todo lo que habíamos hecho o publicado hasta enton-

ces, pero no consideramos que en realidad algunas cosas no habían cambiado con el golpe de marzo de 76, como por ejemplo el sistema de recaudación por los negocios ilegales que regenteaba la Policía de Buenos Aires y que se habían vuelto aún más eficientes a partir de la consolidación de Miguel Etchecolatz como Director de Investigación de la institución y mano derecha del Gral. Ramón Camps, que figuraba como jefe de esa fuerza de seguridad.

Los que regenteaban el negocio en la ciudad plantearon a los niveles de gobierno y sobre todo a la Policía que nuestra prédica era absolutamente negativa para ellos y para todos los que recibían alguna regalía por exprimir el juego clandestino, al punto que se tocaron todos los timbres de la corrupción de la dictadura -y también de la política- que se sentía permanentemente criticada por nuestra estrategia de resistencia para acallarnos y hacer tronar el escarmiento.

La lluvia y el viento eran dos hermanos

El paso del tiempo a veces parece un límite matemático que tiende a infinito. Algo de eso ocurría en La Cacha hacia finales del mes de junio. Yo había tratado de llevar la cuenta de los días desde mi secuestro, pero en el período que estuve postrado después de las torturas se me mezclaron esas horas en las que no pude diferenciar bien el día y la noche. Tampoco estaba en condiciones de preguntar. Mantener actualizado el calendario mental es importante en una situación de inmovilismo total y ceguera visual, porque te aleja un poco de la locura y siempre te da sensación de futuro, mucho más cuando cada día vivido es un día ganado a la muerte.

El invierno y el frío aportaban lo suyo para generar un ambiente de depresión general. Fue así que transcurrió esa mañana en letargo total con algunos sollozos contenidos pero que fueron desinflando el estado de ánimo colectivo. Creo que fue por eso que luego de almorzar, los “Carlitos” que estaban a cargo de la guardia trataron de quebrar esa mala onda y hablaban en voz alta entre ellos gastando bromas acerca de algunos de los prisioneros.

La Bichi, como siempre, era la destinataria de algunas de esas cargadas que carecían de violencia y que para la situación general en la que estábamos sonaban más a mimos que a burlas. En determinado momento, el más lanzado de los "Carlitos", El Bueno, hizo sonar una guitarra con rasgueos que parecían hermosos sencillamente porque hacía tanto que no escuchábamos otra cosa que silencio, que esos sonidos nos generaron un nuevo placer para sumar a los únicos cinco que teníamos entre el día y la noche.

“¿Alguno de ustedes sabe tocarla?, preguntó el guardia, esperando una respuesta afirmativa. “Sí, el Chango”, dijeron varios, ante el silencio del invocado, que seguramente era el encargado de animar las guitarreadas con vino de las noches de militancia y de festejos.

Carlitos se acercó a donde estaba el Chango, que yo sentía un tanto lejos, y al rato se escuchó una voz potente que cantaba como con sordina una canción que todos conocíamos y que muchos nos atrevimos a acompañar apenas en tono de susurro melancólico. Era “El viejo Matías”, de Víctor Heredia: “La lluvia y el viento era dos hermanos/ Corriendo furiosos por el terraplén/ Y en un banco oscuro mojado y mugriento/ Él se acomodaba su uniforme gris”.

La letra me transmitió toda la mística romántica de las revoluciones latinoamericanas inspiradas en el sufrimiento y, en particular, en el de los seres y sectores sociales excluidos. Todos cantamos, y aunque no nos acordáramos bien lo hicimos con fuerza, hasta que otra vez quedó el Chango cantando: “Es cuco de niños y de no tan niños/ Su figura triste cruzando el andén/ Porque nadie ha visto sus ojos cansados/ La cruz del olvido temblando en sus pies”.

Todos allí estaban esperando el momento en el que la canción llegara al final para ponerle más fuerza a la voz: “Cuando llegan trenes repletos de obreros/ Se pone contento, brilla su mirar/ Gorrión de la tarde quiere hablar con todos/ Y después se queda sólo, sólo en el andén/ Se queda mirando las vías vacías/ La luz que se pierde, el tren que pasó/ Y después se aleja murmurando cosas/ El viejo Matías, ogro del lugar”.

Todos nos sentíamos un poco ese viejo, sobre todo en el estribillo que repitió el Chango para que no se nos terminara ese momento tan diferente y hermoso. Pero de repente se escuchó un ruido afuera que nos puso a todos en alerta. Nadie cantó más ni tampoco se nos ocurrió comentar lo bueno que fue ese momento compartido. Una sensación de silencio brutal nos petrificó y en apenas un minuto se escucharon esos pasos casi grotescos, inconfundibles para nuestros oídos entrenados: había llegado El Oso.

Como si ese fantasma hubiera estado escondido en alguna parte de La Cacha y nuestro momento grato lo hubiera convocado al único efecto de arruinarlo. Caminaba inquieto entre los colchones y los tabiques. Cada tanto se detenía. Yo sólo esperaba que el Chango ya no tuviera la guitarra en sus manos porque seguro eso le habría costado una sesión de tortura. Pensé que “Carlos” se la había quitado también en una actitud de autoprotección porque me imaginaba que esa clase de personas son malos tanto con sus prisioneros como con sus subordinados, y jamás hubiera tolerado semejante desatino de un momento de alegría para con quienes debíamos ser torturados psicológicamente cada minuto de nuestra existencia.

El silencio del conjunto tomó ribetes de venganza silenciosa porque El Oso no nos podría quitar esos minutos de gloria en los cuáles nuestras mentes pudieron escapar del lugar donde estábamos hundidos y volar hacia los recuerdos más gratos que la canción pudo despertar en cada uno de nosotros. Yo me acordé de mi padre esperando a sus clientes en la puerta del galpón donde tenía su negocio. En invierno el chiflete, como él le decía al viento del sur, entraba en diagonal y recorría todo el inmenso techado con chapas de zinc, que goteaban en las mañanas cuando se condensaban las heladas. Nunca lo vi con guantes en la mano. Por todo abrigo llevaba apenas una campera como la de mi abuelo, de corderoy, parecida a la que me cubría a mí dentro del chupadero en ese momento.

El frío no le hacía mella a mi padre. Se lo bancaba aunque de niño solía contarme que los sabañones le partían las orejas mientras ellos

saltaban en las escarchas que se iban juntando de un día para el otro. Mi padre no era el viejo Matías porque él se aferraba a su familia y a sus cosas con un sentimiento increíble y nunca confesado, pero tenía algún valor en común que me llevó a relacionarlo cuando escuché la canción.

Tenía una predisposición a hablar con todas las personas que venían a comprar a su negocio, aunque no tuviera nada en común con algunas de ellas. Era un comerciante notable para dejar satisfecho a mucha gente que hubiera merecido un enorme boleo en el traste, pero que él atendía con la habilidad del comediante que es capaz de ahogar su propio sentimiento para obtener el beneplácito de su público.

Sólo nosotros sabíamos de sus reniegos cuando esas personas trasponían, yéndose, el frente del negocio y él hacía un gesto subiendo la mano derecha desde la cintura hasta casi la cabeza como mandando al carajo a ese interlocutor ya ausente.

La sonrisa que estaba marcando mi cara por recuperar ese recuerdo se me borró instantáneamente cuando sentí que dos manos tomaban la bolsa y la bajaban con fuerza hasta el punto de voltearme hacia delante de mi posición de estar sentado en la que me encontraba. Ése era El Oso, que caminaba y cada tanto nos hacía sentir que él estaba allí para arruinarnos la existencia. Fue en esa oportunidad que por primera vez en mi vida, recordando las palabras de mi abuelo Luis que decía que si nosotros pensábamos fuerte y nos concentrábamos teníamos el poder de la maldición, que puse mis manos abiertas a pocos centímetros del colchón y desee para aquel sujeto despreciable el peor de los destinos.

Hice de esa situación un rito y circunscribí la maldición a todo su grupo familiar directo para que el impacto de mis deseos más brutales tuviera un efecto que aumentara su sufrimiento, porque imaginé a esa bestia como blindada a su propio dolor, pero sensible a las pérdidas cercanas.

De acuerdo al manual de las maldiciones que yo conocía, el efecto sería perceptible en los próximos dos años. Esa descarga fue más que

favorable para mí, porque pude canalizar en ella todo el odio que tenía sobre lo que me estaba ocurriendo y ponerlo en cabeza de alguien en particular, lo que me hizo sentir un poco más fuerte.

La Negra Suárez Nelson

A la mañana siguiente vino la rotación del lugar donde estábamos, lo que implicaba tener que caminar con las esposas sujetas de uno de los brazos y llevando la manta con la que nos cubríamos.

Yo ansiaba volver al sótano porque a pesar de la visita de los ratones que obligaban a hacer guardias, allí se podía estar casi destabicado y compartir momentos mucho más gratos que en los otros lugares de La Cacha. Pero no tuve suerte y esta vez solo cambié de posición en la planta alta. Siempre me causaba mucha curiosidad saber con quienes compartiría el encierro, tabique por medio. En este caso la sorpresa fue más que agradable porque la que me contestó del otro lado fue la Negra Suárez Nelson. Alguien me había contado que se encontraba allí, además de algunos detalles sobre la forma en la que había sido secuestrada.

El comentario decía que todo había ocurrido en un duro enfrentamiento entre las fuerzas de seguridad y los efectivos de Montoneros, entre los que estaban la Negra y su marido. Aparentemente el operativo lo hizo la Marina, y se había podido escuchar desde La Cacha porque las radios de los atacantes de la casa donde ellos se refugiaban estaban conectadas con la central existente en el chupadero y -suponían los muchachos- las habían puesto bien fuerte para que los que estaban cerca de allí escucharan como mataban a sus compañeros.

Me presenté con la Negra en voz muy baja y ella me dijo que había escuchado que allí había un radical y que era un placer conocerme. Le devolví el mimo con el comentario que había escuchado de ella en el sentido de que sabía que estaba embarazada y que llevaba la situación adelante con toda dignidad. “Es lo que me mantiene viva.

Además, me explicaron que no me preocupara porque casos como el mío ya estaban previstos. Me van a llevar a un hospital para que tenga a mi bebé y luego ellos se ocupan de entregárselo a los familiares”, me dijo, llena de esperanzas acerca del destino de su descendencia.

Tuve la tentación de preguntarle si ella creía en quienes habían matado a su hombre y violaban sistemáticamente los derechos humanos, pero me pareció una crueldad de mi parte, porque instantáneamente comprendí que lo que ella hacía era lo único que se podía hacer: confiar en la existencia de un futuro razonable para su bebé que le fijara un norte para sobrevivir ambos y seguir peleando contra todas las acechanzas que padecíamos nosotros, simples animales en cautiverio.

Me conmovió la firmeza de sus palabras como si estuviera blindada a las penurias y sólo en un momento se permitió hacer un comentario que motivó nuestras sonrisas, cuando yo le dije de mi estadía en el sótano y el ataque de las ratas y ella relató su propia vivencia en ese lugar y con las mismas visitas. “Pocas cosas me producen tanto asco como las ratas, y parecía que ellas sabían eso porque entre todos los que estábamos allí, me buscaban a mí. Tuve que pedir que me cambiaran porque no podía dormir”, dijo la Negra, haciendo de algo terrible un párrafo divertido.

Sentirla caminando cerca daba una tranquilidad difícil de explicar porque ante tanto inmovilismo ella era la energía de todos, transitando entre los tabiques y nuestros cuerpos. Por ella adiviné que en La Cacha había una especie de pasillo central transversal al lado más largo del edificio. Ella iba y venía en forma incansable y yo a veces me asomaba por debajo de la bolsa que tapaba mi cabeza y veía sus pies con unas medias claras y chancletas oscuras, a las que arrastraba como si fuera el carreteo de un avión aterrizando.

Cuando se paraba en algún lado el compañero que apreciaba su presencia le susurraba algo para alentarla y tomara envión para seguir viaje. Al escuchar su paso pensaba como sería la vida de aquel bebido que nacería en el cautiverio de la peor tragedia de los argenti-

nos. Cuando fuera grande él o ella no podrían dar otro testimonio de nuestra existencia más que las sensaciones que la Negra podía llegar a transmitirle cada vez que posaba sus manos sobre esa panza, que no sé por qué yo imaginaba inmensa.

En ese lugar, la Negra era como nuestra abanderada de la lucha por sobrevivir y cargaba nuestras pilas con el sólo hecho de escuchar sus pasos, que se iban diluyendo cuando se alejaban en medio del concierto de respiraciones que eran nuestro único coro para romper con el silencio que todo lo inundaba.

“¿Te falta poco para el parto?”, le pregunté. “Falta más de un mes, pero en esta situación seguro puede adelantarse”, respondió con una tranquilidad que demostraba que su fortaleza anclaba en un duro proceso de razones descartadas. En una de esas paradas se le acercó un guardia al que pude percibir por sus borceguíes de cuero negro y le empezó a hablar. Al principio pensé que se trataba de una tortura psicológica más, porque le recordaba el enfrentamiento en el que había muerto su marido, pero resaltaba la fiereza con la que había resistido y que había preferido morir antes que entregarse.

Me pareció de una crueldad enorme aunque el relato estuviera matizado de ese heroísmo reconocido por el adversario, pero que en el fondo era una ironía fatal. La pareja de la Negra era veterinario y este flaco que le estaba hablando hacía ostentación de estudiar la misma carrera. Tenía las formas verbales de un tipo bien formado por lo que todos suponíamos que estaba allí proveniente del batallón de Inteligencia y un acento como del norte recién aporteñado.

La Negra lo escuchaba poniendo sus escudos de ausencia de palabras. Como dejando que el individuo, que por la forma de expresarse imaginé petiso, vaciara la totalidad de su relato sobre el suelo oscuro de La Cacha en forma de un vómito de ideas retorcidas, que trataba de poner adelante esa mujer de acero. Fue en apenas un momento que la Negra retomó su camino y, supongo, eludió ese sitio donde la basura humana se quedó hablando sola.

Traté de atesorar de aquella mujer cada momento y guardarlo muy adentro mío para poder contar alguna vez de su existencia (si la suerte me lo permitía), deseando que pudiéramos encontrarnos en libertad para poder cambiar por palabras todos nuestros silencios.

Era en realidad un símbolo de las madres que protegen su descendencia más allá de la tortura y de ser prisioneras ya no de los guardias sino de un sistema que las mantenía con vida como animalitos, para que dieran cría sin saber nosotros cuál sería el destino de aquellos bebés que nacerían en el cautiverio de la dictadura.

La noté una persona agradecida del cariño que le dispensábamos todos sus compañeros, porque se sentía mimada de una forma singular por un conjunto de personas que lucíamos con una capucha en nuestras cabezas y esposados al piso. Ella era nuestro emblema, porque si con todo a cuestras resistía y seguía adelante, cómo no íbamos a hacerlo nosotros que estábamos aliviados de la mayoría de sus cargas.

Genaro y la Juventud Guevarista

Al día siguiente depositaron en las cercanías de mi colchón a un muchacho joven que cuando los otros prisioneros le preguntaron cómo se llamaba y de dónde venía, dijo: “Soy Genaro, milito en la Juventud Guevarista”. Ése era el brazo político juvenil del ERP, y merecía de parte de los guardias el peor de los conceptos y por ende de los tratos.

El personal de las fuerzas de seguridad hacía diferencia entre los Montoneros y los “erpios” porque para ellos, mientras los primeros eran una versión del peronismo y por ende de raíz nacional, los otros eran marxistas-leninistas y por eso subversivos apátridas o “rojos”. Yo pensaba en ese momento, incluso por los dichos del Ingeniero, que mientras a los militantes que venían de la organización peronista los consideraban recuperables, los marxistas tenían la calificación de descartables.

Cuando pude establecer comunicación con Genaro le traté de transmitir nuestro código de supervivencia pensando que aún no lo habían torturado, pero al comienzo nomás me paró diciéndome que ya lo habían maquinado y que estaba totalmente destrozado. Su formación romántica de la revolución había contrastado frontalmente con esta cruda realidad.

Entre las cosas que más lo deprimían era que al haberlo encontrado con ropa ajustada y campera de cuero, que era el look más común de los militantes de su grupo, le habían aplicado “el topo”, que era la picana que le introducían a las mujeres en la vagina y que además del impacto psicológico, estaba haciendo sangre casi sin parar.

Le dije que eso se iba a detener y le comenté que yo orinaba también sangre y luego se me pasó, con lo que creo que lo contuve un poco y se quedó en silencio como estábamos todos, pero él en medio del pozo profundo en el que estuvimos sumergidos a las pocas horas de llegar, hasta que nos empezamos a hacer la idea de cuál podía ser nuestro destino.

Un enero más que cálido

Por primera vez en mi vida podía salir de vacaciones y por esa razón ese enero sería imborrable. Con Lilian, mi hermana, habíamos aceptado la invitación de una amiga suya para ir a Villa General Belgrano en Córdoba donde su familia tenía una casa en el pueblo y así conocer una serie de lugares muy bellos que disfruté muchísimo. Las tres hermanas de origen alemán y su madre nos atendieron con enorme cariño y son parte de ese recuerdo tan grato del que con mis 19 años jamás olvidaría.

Yo ya trabajaba en una de las escribanías más importantes de La Plata gracias a Cecilia, la titular del registro, que me tuvo una paciencia increíble. Con lo que allí cobraba podía hacer frente a mis gastos, e iba ahorrando todos los meses. Con esos fondos pude pagarme esas vacaciones de verano que me vinieron muy bien porque entre el estudio, el trabajo, la militancia clandestina y la tarea de escribir en forma sistemática, estaba realmente agotado.

1976 había sido un año terrible en todo sentido, porque no sólo se había producido el golpe de Estado, sino que con él se habían instaurado las peores prácticas de la violencia en todas sus formas. La

vuelta a Saladillo para pasar la última semana de mis vacaciones fue por demás particular, porque cuando llegamos con Lilian, percibí una atmosfera diferente.

El impacto de la carta contra el juego clandestino había generado un cimbronazo importante, tanto en gobernantes como en quienes se ocupaban de levantar quiniela y también entre los que jugaban habitualmente que, para justificarse, criticaban a la oficial porque les hacía más descuentos y no pasaban por su puerta a brindarle el servicio.

Para el resto de la población el tema le resultaba absolutamente indiferente porque sus problemas eran en realidad cómo sobrevivían a la crisis económica del ajuste del gobierno cívico-militar. En síntesis, casi nadie reivindicaba nuestra acción que, obviamente, nos había acarreado los peores enemigos. Nos convencimos con la frase que hacer lo correcto siempre triunfa en el largo plazo y nosotros así habíamos procedido, pero en lo inmediato seguramente sólo nos traería problemas.

Sobre el fin de enero volvió a la calle *El Argentino* y Fernando Volonté arrancó el año con la misma firmeza opositora con la que venía bregando desde hacía ya mucho tiempo, incluso desde antes de la toma del poder por parte de los militares. La editorial, que tituló “Construir un País con Fe Argentina”, reflejó esa actitud de buscar las contradicciones entre lo correcto y positivo a nivel mundial y las acciones de quienes gobernaban la Argentina a comienzos de 1977.

En la misma se expresa: “Es éste el primer contacto del año 1977 con nuestros estimados lectores. Por ello lo iniciamos reiterando nuestra absoluta confianza y renovada fe en el pueblo argentino, hombres silenciosos y sacrificados que de un extremo hasta el otro habitan este noble suelo. En ellos depositamos todas nuestras esperanzas para construir un país pujante y progresista, no en quienes se autotitulan circunstanciales salvadores de la patria. Este 1977 ha comenzado en la vida diaria con los mismos problemas que nos dejara el año pasado; el aumento incesante del costo de vida. Es la cabal demostración que todo sigue igual y que aquí sólo se crearon falsas expectativas

por parte de quienes son incapaces de producir el cambio que el país necesita por la sencilla razón de no tener ni voluntad ni inclinación a producirlo. Pero la intención de esta nota no es la de señalar quienes son los incapaces de producir cambio alguno, esos hambreadores del pueblo no serán los protagonistas de este 1977 que hemos comenzado. Acá no hay una Argentina postrada, ni mucho menos. Acá hay ciudadanos, que en todos los estratos sociales saldrán por sus propios medios a construir un país con fe argentina. Acá hay miles y miles de cooperativistas que sabrán defender a sus entidades, porque saben los beneficios que las mismas brindan a los sectores más chicos pero a su vez más numerosos de nuestra población, sabrán defenderlas de todo proyecto que no responda a los intereses argentinos y que intente directamente cercenarlas. Acá hay miles de trabajadores dispuestos a salir en defensa de sus derechos más elementales, pasando por encima de sus dirigentes, muchas veces demasiado maleables y transigentes. Acá hay miles y miles de pequeños empresarios que en silencio trabajan por el engrandecimiento de la patria, pero que no por eso son ciegos ante los justos reclamos populares. Acá hay miles y miles de chacareros que a pesar de sentirse frustrados antes y después por haber creído en demasía con lo que le prometieron, están dispuestos por sí solos a construir este gran país. Todos juntos con una fe argentina que no tiene dueños, porque pertenece a todos, vamos a construir una Argentina progresista; mal que le pese a aquellos que se oponen con sus medidas regresivas al avance de los pueblos”.

Fernando ratificaba al inicio del año cuáles serían los principios que seguiríamos defendiendo, asumiendo todos los costos de decirlo cuando todos callaban y tenían miedo hasta de pensar. En la misma tapa, el periódico reproducía un reportaje a un amigo nuestro que estaba en la plenitud de su desarrollo en el boxeo. Con el título: “Julio Domeneghini, 21 peleas sin perder”, se recorría toda su vida dedicada al deporte de los puños y anunciaba su ingreso al profesionalismo.

En la nota, Julio recuerda desde su debut a los 15 años en el Club Sportivo de 25 de Mayo hasta las últimas peleas que lo habían cata-

pultado al escenario nacional. El relato del final de la última pelea muestra el fuego sagrado del saladillense frente a Morillo, subcampeón de la Federación Argentina: “Domeneghini va a buscar la pelea y a recoger los frutos de guardarlo dos vueltas, dos manos a la zona hepática, las dos que llegan y el rostro de Morillo muestra la impotencia propia y la potencia ajena. El cuarto round es una copia. Julio persigue, caminando ambos de buena manera el cuadrilátero, ninguno comete errores, la diferencia se marca de una manera tangible, el estadio estalla en un ‘Dale Julio’ que lo va a acompañar hasta el timbrado final. Últimos veinte segundos. Morillo, sentido, ya no se mueve, espera en las sogas, baja los brazos, las manos del local penetran solas, esas manos mandan, duelen, va a caer, cuando todo se detiene, es el final de la pelea y el comienzo de una esperanza para Saladillo”.

Mientras, las esperanzas de los residentes en el país se van desvaneciendo de a poco y así lo expresa en la contratapa *El Argentino*, que con aire de objetividad publica en “De todo un poco” el índice de inflación de 1976, que para los precios mayoristas marca un 386,2%, mientras que los precios de los productos nacionales se incrementaron un 385,7% y los importados aumentaron 390,8%, quedando claramente desvirtuada la estrategia de abrir la economía para mejorar los precios a partir de la competencia externa.

La cesantía de Fernando Volonté

Pero la respuesta a esa decisión de oponerse a la dictadura iba a empezar a pasarnos la factura y obviamente el primer blanco fue nuestro buque insignia: Fernando Volonté.

Fernando se había recibido de ingeniero en construcciones, ingeniero hidráulico e ingeniero civil en la Universidad Nacional de La Plata, e ingresado por concurso a la Dirección de Vialidad de Buenos Aires en 1965. Hizo el curso de posgrado en la Escuela de Caminos

de esa repartición, donde obtuvo el título de ingeniero en caminos e integró desde su ingreso el cuerpo profesional de la DVBA.

Al resultar electo diputado provincial por la Séptima Sección, solicitó la licencia sin goce de sueldo por cargo público, que se extendió desde 1973 hasta el golpe de Estado de 1976, momento en el que volvió a reportar en su lugar de trabajo originario.

En la tarde del jueves 20 de enero de 1977 un cartero toca timbre en su casa de la calle Sarmiento y le entrega un telegrama, que Fernando recibe con la amabilidad que lo caracteriza. Al abrirlo se notifica de que ha sido declarado prescindible en los términos del Artículo 1° de la Ley 8596, sancionada por el Gobernador militar de la provincia de Buenos Aires, lo que le permite dar de baja sin expresar motivos. Además, manifiesta en su Artículo 3° que “Las bajas serán efectivizadas teniendo en cuenta la necesidad de procurar un real y concreto proceso depurativo de la Administración Pública Provincial, sin connotaciones partidistas o sectoriales”.

La resolución instrumentando la cesantía lleva la firma del Ministro de Obras Públicas y tampoco expone los motivos de la misma. La impotencia lo embarga porque recuerda cada día en los que concurrió a brindar su capacidad y honestidad al servicio de ese ámbito que tanto quería, como era Vialidad provincial. Era de los primeros en llegar a su lugar de trabajo y se prodigaba absolutamente, al punto que siempre fue un referente en cuanto a eficiencia y dedicación. Pero ahora había sido cesanteado como tantos otros trabajadores en el territorio de la Argentina.

Rápidamente pudimos conocer los reales motivos de semejante arbitrariedad, que el mismo Fernando expone en la cobertura que hace *El Argentino* de la noticia de su cesantía: “se tuvo conocimiento que se debe a algunas publicaciones realizadas a través del periódico que dirige y que estuvieron en disidencia con medidas tomadas por las actuales autoridades pero siempre guiadas por un permanente espíritu constructivo, motivo por el cual se lo declara prescindible a pesar de entrar en colisión con el Art.3° de la misma ley. El Ing.

Volonté hace más de 10 años que dirige *El Argentino* y en ningún momento supeditó su pensamiento y su posición a quienes estuvieran en el gobierno ya que en esos 10 años esta hoja ha estado siempre en la oposición. Como dentro de Vialidad se brindara en toda su capacidad profesional, también en su función periodística se entregó sin dobleces y con total honestidad, siguiendo una conducta rectilínea que le trazaron sus mayores. Por comportarse de esa manera hoy es víctima del ‘delito’ de disentir”.

La nota se cierra citando a Miguel Angel Volonté (“La pluma en nuestra mano será instrumento de liberación o la romperemos por inservible. No hay otra manera de ser dignos de tales antecesores”) y sosteniendo que la idea de entregarse sin especulaciones, siguiendo el camino trazado y con total honestidad periodística, lo que considera “un deber irrenunciable”.

Para nuestro grupo esta noticia no podía sino generarnos una bronca profunda, porque apuntaba contra quien era nuestro líder moral y político y trataba de dejarlo sin sustento para seguir adelante con su tarea periodística. Pero además era un llamado de atención porque por primera vez nuestros enemigos, que teníamos definido con nombres y apellidos a nivel local y que se había ampliado a medida que los seguidores del Proceso iban creciendo en número, respondían en forma concreta.

Hasta allí sólo nos habían llegado las amenazas y los comentarios negativos, pero nunca habían pasado a la acción hasta ahora, y nada hacía pensar que no fueran a incrementar su ataque. Nosotros también pensamos en devolver el golpe y fue así que preparamos en el campo del “Lolo” Espíndola un volante que firmaría nuestro sello en la clandestinidad, el CYL, referido a la información, aún no confirmada, sobre la posible disolución de la zona VI de Vialidad, con asiento en Saladillo, que dejaría sin trabajo a muchas personas en la ciudad y que implicaba un serio retroceso en las tareas de mantenimiento y ejecución de obras viales en el partido y la zona, justo

cuando a través de la voz de Espíndola nosotros veníamos reflejando la bronca de los chacareros por el total abandono de esas tareas.

Revoleamos los volantes de manera masiva en los puntos de ingreso y egreso del personal obrero de Vialidad. Algunas personas nos comentaron la sorpresa de todos cuando al llegar se encontraron con las veredas alfombradas de nuestros volantes. Rápidamente, las autoridades mandaron a barrerlas para hacer desaparecer esos papeles contestatarios que expresaban la resistencia a medidas que inexorablemente sabíamos se iban a tomar.

Paradojalmente, y por una cuestión de edición, esa misma noticia sobre el levantamiento de la zona de Vialidad compartió la tapa del ejemplar en el que se informaba sobre la cesantía de Fernando Volonté, lo que indicaba que los tiempos también se venían acelerando.

El juego de los contrastes

Con la idea de ir buscando contrastes con las decisiones que la Junta Militar iba tomando en sus acciones y políticas de gobierno, en esos días rescatamos e hicimos público un artículo que el Ingeniero Juan Sábato publicara en *Propuesta y Control* sobre el tema “Una política petrolera para el país”, en el que muestra las enormes diferencias con la posición de la dictadura:

Una cuestión permanentemente vigente gira alrededor de cuál es la política energética y en particular cuál la política petrolera que conviene al interés nacional. Al respecto, y desde el inicio, se enfrentan dos posiciones irreductibles: la que asegura preeminencia a la empresa privada en la realización de las actividades económicas más importantes, incluyendo la explotación de nuestra fuentes de energía; y la que sostiene que esas actividades deben ser monopolio exclusivo, indelegable e incompatible del Estado, dando participación a las cooperativas formadas por los usuarios quienes, desempeñando un papel activo en el proceso administrativo-económico, de la distribución de energía eléctrica

ca por ejemplo, contribuyen a la democratización del poder económico del Estado.

Para una mejor comprensión de nuestro pensamiento al respecto debemos decir que cuando se habla de 'iniciativa privada' hemos distinguido siempre dos aspectos fundamentales, distinción a la que asignamos mucha importancia. Nos referimos en primer término a lo que llamamos 'auténtica iniciativa privada', entendiendo por tal aquella que se desarrolla en el vasto campo de las actividades industriales, agropecuarias; actividades en las cuales es posible y necesaria una sana y permanente competencia.

En el sistema económico que nos rige, ellas deben ser alentadas y reglamentariamente amparadas; con la acción concurrente del Estado constituyen la base para la puesta en marcha de los polos de desarrollo en las distintas regiones económicas del país. Esa iniciativa privada es la que quiere nuestra Constitución.

En cambio, consideramos inconveniente al interés nacional aquella 'iniciativa privada' que reclama directa o indirectamente, una intervención a cierto nivel en las actividades rectoras de la economía nacional como lo es, por ejemplo, la explotación de nuestra riqueza petrolera. Independientemente del problema semántico la 'empresa privada' es, en este caso, alguna de la media docena de compañías multinacionales, a veces, disfrazadas de 'empresas nacionales' que dominan el mercado mundial del petróleo. Ellas realizan sus actividades en un país cualquiera en función del desarrollo del negocio del conjunto mundial y con prescindencia del interés local; todo ello independientemente de los contratos que suscriben y de las cláusulas aparentemente protectoras que contengan los mismos.

Es claro que todo esto es facilitado cuando los responsables de la conducción económica local son militantes activos en el campo del liberalismo económico. En todo país en desarrollo existe siempre un grupo de personas vinculadas directa o indirectamente a esas actividades e intereses y que en circunstancias muy especiales acceden a la función de gobierno para imponer soluciones acordes con dicha filosofía económica.

La nota fue reproducida por *El Argentino*, que mientras tanto publicitaba una mueblería ubicada en la calle Rivadavia que ofrecía hasta 9 cuotas en un país altamente inflacionario y lo que era aún más importante, ¡recibía pianos en parte de pago! Muchas veces me pregunté sobre cómo suenan los pianos en las catástrofes y llegué siempre a la misma conclusión: con el sonido de aquellos que sólo quieren escucharlos.

Rompecabezas

Alguien se ha empeñado en recomponer los pedazos del rompecabezas de una película que vio hace seis meses, Estaba demasiado absorto en la inmensidad del tema, cuando recordó su llegada a la sala. Había entrado con lo justo. No era esa una buena época. En el intervalo se comió los girasoles y se rascó el cuello.

Cuando terminó la película salió con las manos en los bolsillos juntando ambas cejas con el gesto típico de los críticos mundanos. Se paró en la puerta y dobló hacia la izquierda de sus pasos. La calle estaba tan iluminada que se sentían los brillos del movimiento del cabello por el viento, como un estado de vuelo. Recordó en especial sus pasos, sus últimos pasos. Uno tras otro, en una intermedia rítmica, y su insistencia por corregir la punta de su zapato al comienzo de la cuarta baldosa. Y el desfile del gris y del amarillo. La llegada a las de color bermellón y el cruce en diagonal por el asfalto. Y el último árbol, ancho, grueso, tremendo en su fortaleza, el mismo que albergaba las noches de verano con novia y tanta pasión que no podía esperar ningún otro lugar.

Quizá fuera la hora del mediodía. Se remitió al costado de su cuerpo y apagó los ojos a la oscuridad que le reinaba. Fue sumiéndose en un sueño manso, rítmico, como de cantidades de aceite, Y en medio de la superficie su ser flotando pero semi-hundido. Cabe su miedo en la mente más mezquina y su pensamiento de que en cada profundidad hay un monstruo. Un pulpo que en las luchas perdió algunos brazos, pero tiene aún muchos. Y le toma del cuello. Y le baja el telón del agua rítmica a sus pupilas hasta que se le inunda la vista en otra oscuridad que irrita los ojos. Y se le inundan los oídos y la nariz, hasta que ambos se juntan en algún lugar, pareciera que fuera en el cerebro. Y el agua busca la convulsión de sus manos y los cabellos se levantan porque el cuello se inclina para escuchar cómo se vacían individualmente los pulmones y surgen los borbotones de la desesperación.

Hasta que se entregan las partes de a pedazos. Primero la garganta, lo último serán las manos que casi ya se abren camino por la forma cónica y luminosa de la muerte, pero se resisten. Es entonces cuando se le erecta el cuello y se le atraganta de agua la garganta. Olvida por momentos que debe liberar el poco aire que aún le queda, para introducir la libertad.

Es allí cuando me despierto ahogado en mi propia pesadilla y recupero la posibilidad de ser yo mismo, de no mirarme desde afuera, cosa que me hace pensar que mi mente ya se ha despegado de mi cuerpo y eso puede significar que ya estoy muerto.

Sólo imaginarme la tortura del submarino me destroza, porque de todas es la única que creo no poder aguantar. La idea de morir ahogado por inmersión siempre despertó mis peores fantasmas, y allí en La Cacha estábamos precisamente presos de ellos.

Es así que me despierto sobresaltado aunque la noche no lleva muchas horas entre otras cosas porque escucho movimientos en el tabique de al lado. El guardia le pregunta a un detenido nuevo cómo se llama y este le contesta con voz apagada: “Samuel”.

Esperé que el guardia se alejara y que volviera el silencio de fondo que permitía chequear la presencia de personal controlando nuestras conversaciones (uno podía sentir la profundidad de ese silencio que al

final resulta ser tan amenazante como protector) y me animé a entablar una pequeña charla: “Hola, ¿cómo estás? Yo soy Javier ¿Y vos?”. “Hola Javier, yo soy Samuel, aunque mis amigos me dicen Samy. ¿Dónde estás?”, me respondió deseoso de poder hablar con alguien. “Estás en La Cacha, un centro de detención y tortura de las fuerzas de seguridad”, le dije. “Uh, la puta madre. Me dijeron que estos lugares existían pero jamás pensé que me tocaría caer en un lugar así”, agregó.

Le pregunté dónde militaba, “Yo no milito en ningún lado. Estoy totalmente alejado de la política desde hace años”, dijo, “¿Ya te torturaron?”, le pregunté pensando que estaba abatido por esa razón. “No, recién me secuestraron y creo que estos tipos se iban a otro lado”, respondió. “Eso es bueno porque entonces yo te puedo comentar cómo son las cosas acá para que puedas armarte psicológicamente cuando te torturen”, le dije con la decisión de transmitirle el “código de supervivencia” que a mí me había sido tan útil.

“¿Vos crees que me van a torturar?”, preguntó. “Y, sí. Lo han hecho con todos los que están acá adentro, sin distinción de pertenencia política ni de jerarquía. Es preferible hacerse a esa idea y si finalmente no ocurre, mejor”, le respondí, tratando de no desalentarlo pero tampoco de mentirle y que luego fuera sorprendido de la peor forma. Me dijo: “No, la puta madre, a mí ya me torturaron en los 60, con la otra dictadura, y estuve preso desde el 68 hasta el 73 por el campamento de Taco Ralo en Tucumán. Ya pagué por eso y desde entonces no he militado más en política. Era joven y creía en la revolución, ahora yo no sé si podré soportar la tortura”, me dijo muy preocupado. “Si te toca, vas a poder. Sobre todo habiendo tenido ya experiencia”, le respondí, tratando de mejorar su estado de ánimo.

Hice memoria sobre lo que sabía de Taco Ralo, y recordé que en una charla en nuestro grupo de discusión política lo habíamos citado como el primer ensayo de guerrilla en el monte. Lo había protagonizado un grupo de la resistencia peronista al que habían detenido cuando caminaban sin armas y la policía provincial los confundió con contrabandistas.

No sé si mi cuerpo va a aguantar

Samuel me contó que ahora estaba en La Cacha por no hacerle caso a un amigo que le avisó que se fuera. Estaban secuestrando a todos los que tenían antecedentes subversivos, pero él le dijo que ya no hacía política y que sus antecedentes se habían borrado con la amnistía del 73, así que no tenía de qué preocuparse. Después siguió: “Mi amigo me rogó por favor que me fuera y yo como un boludo no le hice caso. Ahora parece que la revista *Somos*, que es pro-milicos, sacó un artículo de lo de Taco Ralo con los nombres de los que estuvimos allí, y no sé si alguna foto, y capaz que algún vecino de mi casa o alguien que me conoce la vio y me denunció. Y aquí estoy”, expresó profundamente deprimido.

Le dije que no se preocupara. Le comenté y le conté mi caso, advirtiéndole que como eran bastante parecidos sólo había que limitarse a sobrevivir tanto a la tortura como a las condiciones de vida en La Cacha. “Esas condiciones a mí no me preocupan tanto como la tortura. No sé si mi cuerpo puede aguantar otro maltrato” me dijo con la voz apagada.

Después me contó que era médico y que trabajaba en la Municipalidad de La Plata. Que tenía dos hijos a los que extrañaba y deseaba que ahora estuvieran bien porque no había podido ni siquiera despedirse. Estaba en silencio, como meditando acerca de su destino. Yo no quería cargosearlo porque respetaba profundamente ese silencio que él quería guardar.

Unas horas después escuché mi nombre en voz baja y le respondí de la misma forma. Era para preguntarme qué podía decirle de la tortura que allí aplicaban. Le conté toda mi experiencia y le detallé los consejos de tener armado un argumento al que debía aferrarse, que gritara mucho, que buscara de lograr pausas conteniendo la respiración y todas las recomendaciones que me habían hecho a mí. Las escuchó en silencio sin hacer ninguna otra pregunta y volvió a quedarse callado.

Cuando ya habían pasado varios días, suponíamos que no vendrían por él y su estado de ánimo estaba mejorando. Realmente era

un médico de corazón. Se preocupaba por la salud de todos, y su humanidad empezaba a contagiarnos a medida que nosotros le dábamos ánimo para hacer la necesaria adaptación que le permitiera sobrellevar el cautiverio de la mejor forma.

Era en ese sitio un ser casi mitológico, protagonista de un hecho histórico que la mayoría valoraba aunque no lo manifestaran. Para mí se trataba de un amigo logrado en las peores condiciones, que son -como decía mi mentor político- los mejores amigos. Pero un día, después del mate cocido de la tarde, escuchamos pasos y me di cuenta de que venían a buscarlo.

Se lo llevaron sin que pudiera despedirlo y creo que él imaginó enseñuida adónde podían conducirlo. Imploré por él porque lo sentía vulnerable. Pasaron las horas y su colchón estuvo libre esa noche y la mañana siguiente. Traté de conformarme pensando que por el estado en que uno queda después de la tortura lo habían llevado a otra parte más aislada, pero aunque le pregunté a mis circunstanciales acompañantes de tabicado, no tuve ninguna noticia que estuviera en alguna parte de ese lugar dantesco en el cual muchas veces debíamos pasar por el mismo Infierno.

El Negro Luis

El lugar vacío de Samuel lo cubrieron con otra persona. Cuando algunos le preguntaron su nombre, dijo llamarse “El Negro Luis”. Su voz parecía la de un muchachote de más de 25 años que me imaginé fornido. Su palabra denotaba decisión a pesar del lugar y la situación en la que estaba. Algunos del otro lado del tabicado le empezaron a dar charla en voz muy baja, que a veces yo escuchaba y otras veces no.

Con lo que pude oír me enteré que Luis era un oficial montonero importante, que venía de Capital Federal y que lo estaban paseando por distintos campos de concentración sin dejarlo demasiado tiempo en ninguno. Contó que entre la Capital y el Gran Buenos Aires ya había pasado por siete lugares y en todos las cosas funcionaban más

o menos igual. Con guardias de distintas fuerzas, en todos torturaban y en muchos de ellos se corría la voz de que había una forma de limpieza de aquellos que fueran considerados descartables.

Los que estaban cerca de Ezeiza o de algún aeropuerto eran subidos a aviones de los que luego los tiraban. Las noticias que traía Luis de esos otros chupaderos no eran muy alentadoras y motivaron que pronto todos dejaron de preguntarle como si así pudiéramos impedir que esa realidad tan dura nos incluyera.

Después de la comida de la noche, el Negro Luis me preguntó a mí por qué estaba ahí dentro, porque en todos los lugares en los que había estado no se había encontrado con ningún radical. Le conté mi historia y se interesó bastante al punto de que me dijo que él esperaba que yo pudiera salir vivo.

Me interesaba saber dónde lo habían secuestrado y me contó que en un bar de la Capital cercano al Congreso. Él había ido a una cita con otros compañeros, pero no fue ninguno. En cambio, aparecieron los de las fuerzas de seguridad de civil para atraparlos. El Negro Luis se quedó un momento sin hablar y cuando le pregunté si no habían ido armados, me dijo que no porque ahí siempre había requisas y cacheos.

Como él era oficial montonero tenía la pastilla de cianuro que cuando vio que no podía escapar, se la tragó. “¿Y por qué no te moriste?”, le pregunté sin comprender lo obvio de la respuesta. “Porque estos tipos tenían una ambulancia de un servicio de sepelios con todos los elementos para hacerme un lavaje de estómago y, contra mi voluntad, me salvaron la vida”, me respondió.

Cuando desperté estaba en la Escuela de Mecánica de la Armada, un lugar controlado por la Marina en plena ciudad de Buenos Aires. “Terribles hijos de puta, ¿no?; dije para agregar algo. “Sí, tremendo”, concluyó él. “Entonces ya te deben de haber torturado”, le manifesté considerando que en este caso el código de supervivencia no tenía sentido.

En efecto, lo habían torturado once veces. Me contó que al principio se la bancaba porque estaba ideológicamente preparado para resistir. Creía en el sentido del sacrificio a cambio de la revolución

popular, y no se preocupaba por ser un mártir más de los tantos que ya había. Cuando le pregunté por qué me había dicho “al principio”, me contestó: “Porque luego de una sesión de tortura, creo que la séptima, me dejaron sólo, atado en la máquina y pensé que se habían ido a cenar o a descansar porque estaban agotados de darme con todo. Ahí se me acercó una persona, se puso a mi lado y me levantó la capucha. Me miró y esperó que yo la reconociera para decirme: ‘Negro, dejá de hacerte mierda al pedo y contales lo que sepas, que nuestra causa está perdida’. Era la Negra Arrostito, una de nuestras combatientes fundadoras, que si bien había perdido peso en la conducción actual de Montoneros, no dejaba de ser un pilar central de la organización. Y yo, que ya me había acostumbrado al paso de la corriente por mi cuerpo y a los golpes de mis torturadores, sentí que todas mis creencias se derrumbaban y mi coraza se cayó a pedazos. A partir de ese momento todo el dolor al que me había acostumbrado se volvió tan intenso que penetraba mis poros y llegaba a mis nervios como si estuviera en contacto directo”.

Me dijo que desde ese momento les fue dando a los torturadores información que él creía que ya tenían, para no delatar compañeros. “Pero como creen que soy importante, me vienen llevando de chupadero en chupadero. Supongo que cuando crean que no tengo más nada que les pueda servir me van a eliminar, porque saben que yo no reniego de mis convicciones”, agregó.

Esas palabras del Negro Luis sonaron en mis oídos como el relato de un juego macabro de ajedrez en el que las piezas se van devorando entre sí, comenzando por los peones que seríamos los militantes, pero que inexorablemente terminaría en una matanza generalizada.

¿Y qué querés si son marxistas?

En el primer fin de semana de febrero hicimos una reunión del grupo con el objetivo de vernos nuevamente las caras y discutir sobre la realidad nacional y local. Allí evaluamos el impacto de nuestra denuncia por el juego ilegal y volcamos la totalidad de los chismes de la ciudad.

Uno de los capitalistas más importantes nos estaba insultando y había increpado a un conocido correligionario, que se había desentendido de nosotros diciendo: “¿Y qué querés si esos son marxistas y están infiltrados en el partido?”.

Al parecer la jugada no traía demasiados beneficios porque los sectores más moralistas de la sociedad, que supuestamente podían estar de acuerdo, retraían su visión principista por entender que antes estaba su solidaridad con el gobierno encarnado por los sectores católicos más recalcitrantes. Para nosotros, pedían la hoguera.

La asunción el 20 de enero de Jimmy Carter como presidente de los EEUU nos hacía pensar que era factible un cambio a nivel mundial que archivara la guerra fría. Por ende, los gobiernos dictatoriales ubicados en su patio trasero ya no iban a tener el mismo apoyo e impunidad internacional que los gobiernos norteamericanos les habían dado.

El fracaso económico y social de la gestión de Videla nos acercaba apoyo de parte de personas comunes de la ciudad, que nos veían a nosotros solos en una actitud opositora mientras el resto era complaciente o brillaban por su silencio. Pero el contrapeso era el miedo que obviamente los paralizaba para hacer otra cosa que manifestarnos su cariño, y solamente cuando nadie los veía hacerlo.

Eso iba cimentando una bronca de nuestra parte hacia casi todo el arco político que, sin necesidad de arriesgar sus preciadas vidas, permitiera conocer su posición sobre lo que estaba ocurriendo en la Argentina. Y así lo hicimos conocer en una editorial que Fernando Volonté publicó en *El Argentino* el 10 de febrero, donde decía: “Lo que sí vamos a criticar, porque además es coincidente con la opinión de gran parte de la ciudadanía, es la cómoda posición que adoptaron la mayoría de los dirigentes políticos de más conocida actuación, quienes después del 24 de marzo se ‘borraron’ prácticamente, no sabemos si por reconocimiento de culpa o por incapacidad ante un planteo no electoral. Lo cierto es que el ‘proceso’ necesita de su participación para poder elaborar una propuesta y también para el control de los excesos. Ya hemos conocido lo negativo de los procesos de ‘congelamiento’ donde luego se debe padecer la falta de renovación, tan necesaria para el futuro político de la nación. Finalmente, y por haber estado dirigida hacia un órgano periodístico, no podemos dejar de expresar nuestra preocupación ante la sanción impuesta al diario *La Opinión* mediante el decreto 210/77 del Poder Ejecutivo Nacional. Lo ocurrido no ayuda al afianzamiento del proceso, por el contrario, ha provocado una sensación inocultable de desasosiego entre quienes en ejercicio de una legítima actividad profesional, tienen la insoslayable obligación de mantener informada a la opinión pública”.

En esas mismas páginas se reflejaba también la historia de un chico que asomaba ya en el Racing Club de Buenos Aires: Julio Jorge Olarticoechea, al que se le hacía un extenso reportaje en el que el “Peta”, como le decíamos sus compañeros de generación, explicaba su

evolución desde que fuera a probarse al equipo blanquiceleste hasta el momento de su debut en la primera división.

“A mí me pareció increíble. No podía creer este ascenso tan vertiginoso, tan rápido. Hasta te diría que todavía la cosa me parece un sueño. No sé. No reaccioné. Lo que ocurre es que es un momento especial. Aunque ahora ya tengo los pies sobre la tierra y sé que no es un sueño. En 1976 jugué muy pocos partidos en quinta y aparecí en tercera. Fue ante Témperley en la primera rueda. En ese entonces tenía 17 años. Ahora 18”, dijo en la entrevista.

Una semana después, Lorenzo “Lolo” Espíndola publicaba una nota de opinión dura y concreta como su forma de pensar, que se tituló “Dónde quedó la unidad nacional”. Allí decía: “Ha transcurrido un largo tiempo del cambio de gobierno; tiempos en que se escuchaba decir: ‘debemos marchar hacia la unidad nacional’. Parecía como un acuerdo entre todos los sectores que componen nuestra comunidad. Hoy, la mayor parte de todos aquellos que lanzaban esa propuesta ni se acuerdan de ella. ¿Por qué será? Puede ser porque está lejos un proceso electoral o tal vez la proponían para rellenar discursos. La unidad no se asoma en nuestro país, es una verdad. Para eso debe haber un cambio de mentalidad, cosa que no se consigue con decretos ni leyes de parlamentos, eso ya está comprobado. Pero tampoco sirve unirse en la desgracia ni en los grandes triunfos, porque eso sólo son pasiones y eso también tiene un fin. No habrá líderes ni genios que puedan lograr una unión real y duradera, porque cuando éstos desaparecen, todo se derrumba, pero sí es posible cuando todos con distintas ideas, empujemos juntos hacia un mismo objetivo, con democracia, paz, salario justo y seguridad social. Ya es tiempo que el pueblo bajo cualquier régimen vaya proponiendo entre sí cuál es el país que desea, así de esa forma se conseguirán cambios naturales, es decir por propia creación de los pueblos”.

La detención de Fernando Volonté

El 24 de marzo se cumplía el primer año del golpe de estado que había derrocado a Isabel Martínez de Perón y ese día el llamado Proceso de Reorganización Nacional hizo una serie de actos en todo el país, auto-celebrando su irrupción en el escenario político argentino.

A los vecinos de Saladillo no les llamó la atención que camiones militares recorrieran sus calles aunque no había ningún aviso de desfile o celebración en la plaza principal, pero sí se quedaron pasmados cuando esos vehículos cortaron las calles en Belgrano y Sarmiento y de ellos bajaron soldados con ametralladoras que cubrían ambas arterias muy importantes del centro de la ciudad como fijando un cerrojo.

Lo mismo hicieron en la esquina de Emparanza y 12 de Octubre, cubriendo en ese caso un terreno baldío ubicado en dirección a Hipólito Yrigoyen para evitar la huida de los “elementos subversivos” cuya captura había sido encomendada por el jefe militar de la zona. Los buscados eran Fernando Volonté y yo.

El procedimiento en lo de Fernando consistió en una prolongada requisita del domicilio en busca de material que probara sus vínculos con las organizaciones subversivas o permitiera encuadrarlo en el marco de un pensamiento marxista-leninista. La enorme biblioteca de Volonté fue revisada ante su presencia, mientras era interrogado acerca de sus artículos críticos sobre el gobierno de la dictadura y el tenor de la bibliografía allí existente.

Tranquilo, él daba permanentes respuestas inquietando a sus interlocutores como si estuviera jugando una más de sus partidas de ajedrez. Los textos del radicalismo eran tantos que en determinado momento el militar que requisaba se detuvo sobre un libro de Leandro Alem que tenía su ilustración en la tapa.

En ella Alem lucía con su larga barba típica de la época y seguramente esto motivó la confusión del uniformado con Carlos Marx, por lo que preguntó sobre el nombre del caudillo radical que, obvia-

mente, no era el fundador del marxismo, lo que mereció una extensa explicación acerca del pensamiento del líder argentino y sus diferencias con la doctrina del europeo, terminando con el comentario de parte del militar: “Alem, ese sí que fue un buen presidente”.

Otro de los libros que encontraron en la biblioteca fue mi librito de 1975, “La triste realidad de Argentina y América Latina”, y con él y algunos elementos más. Fernando fue detenido en la comisaría local por disposición de la autoridad militar. Su familia propagó rápidamente la información y la respuesta de la gente fue inmediata. Una gran cantidad de personas se llegaron a la sede policial. Todos pedían hablar con el oficial militar a cargo del operativo y daban fe de la probidad intelectual de Fernando, así como de su pertenencia a la Unión Cívica Radical.

Muchos de ellos no eran radicales pero tenían un profundo respeto por esa persona que, además de ser un buen vecino, decía las cosas que ellos no se atrevían a manifestar. La historia de una familia con raíces profundas en la ciudad y los avales cívicos y sociales que se fueron presentando espontáneamente y algunos convocados por el grupo de amigos que estaba en Saladillo fueron desmoronando la idea de llevar a Volonté a Azul para ponerlo a disposición de las Fuerzas Armadas y mantenerlo detenido.

Nuestros enemigos también ponderaron que con este llamado de atención era suficiente y que, después de él, *El Argentino* sería llamado a silencio y la resistencia que se planteaba a través del mismo, habría sido sofocada.

El otro operativo fue realizado en la casa de mis padres. La sorpresa de ellos fue tal que los mismos soldados les pidieron disculpas, pero tenían que allanar buscándome para detenerme así como encontrar todo material que me comprometiera.

A los libros que podían resultar incriminatorios los habíamos enterrado con mi padre en el piso del gallinero que existía en el fondo del negocio donde él vendía aves y huevos. Era un lugar desagradable al punto que el excremento, que si bien mi padre juntaba todos los

días, formaba una capa dura de suelo y generaba un olor desagradable que por sí solo desestimulaba a cualquiera a permanecer allí.

En un cajón enterramos todos los ejemplares de mi librito que quedaron luego de la presentación, al punto que en esa casa no había ni siquiera uno. Lo mismo hicimos con muchos libros que componían mi propia biblioteca y que podían ser considerados como marxistas, ya sea por la ignorancia de quienes los evaluaran o por la amplitud de la intolerancia ideológica del régimen gobernante.

En determinado momento y con la presencia de mi madre los soldados comenzaron a correr dentro de la casa ya que habían encontrado dos cajas debajo de mi cama. Les parecía que al final habían descubierto el material buscado pero su sorpresa fue grande cuando se percataron de que allí estaban guardadas las colecciones de *Automundo* y *Corsa* con las que yo despuntaba mi preferencia por el automovilismo.

El comentario avergonzado de los muchachos uniformados fue un “parece que el chico es tuerca”, que mi madre recibió casi como una bendición. Luego de algunas horas allí, y de requerirle a mis padres la dirección en La Plata donde yo me encontraba, se retiró toda la tropa dispuesta en ese operativo y se estacionaron en la comisaría, que era donde estaba detenido Fernando Volonté.

Algunos de sus vecinos, con miedo y cautela, se acercaron a consolar a mis papás que no podían salir del asombro por lo que habían vivido. “Yo le decía a Javier que se dejara de joder con la política, que esta vez las cosas están muy complicadas” dijo uno de ellos como señalando un culpable al que casualmente ya los militares estaban buscando.

En el mediodía del viernes, Fernando Volonté fue puesto en libertad. La ciudad entera se había movilizó en su defensa. Cuando llegó a su casa y se abrazó con su esposa y sus hijos, sintió una enorme emoción por todo lo vivido. Ahí le contaron de todos los procedimientos y pidió por favor que me avisaran que me estaban buscando, pero ese mensaje nunca llegaría porque yo ya estaba en viaje a Saladillo sin saber absolutamente lo que estaba pasando.

Cuando el ómnibus de la empresa Liniers llegó a la terminal me desperté como si mi reloj biológico me indicara el fin del viaje. Al bajar la vi a mi madre, a la que los chicos del Centro de Estudiantes le habían podido avisar que yo llegaba en ese horario. Tenía el rostro esculpido por la desgracia y me asusté porque pensé lo peor para alguno de nuestros familiares cercanos, y me dijo: “Javier, te tenés que volver a La Plata, porque lo detuvieron a Fernando y te fueron a buscar a vos a casa”.

La abracé muy fuerte y noté que estaba como temblando. Le dije que por favor me contara, y así fue cómo al costado del micro estacionado me comentó todo lo que había ocurrido. No quería ir a la confitería porque tenía miedo que aparecieran los militares y me detuvieran. Me dijo que a Fernando ya lo habían largado pero que todavía andaban camiones del Ejército dando vueltas por la ciudad y por eso estaba muy asustada.

Le respondí que yo no me iba a volver esa misma noche en el próximo colectivo que saliera de Saladillo a La Plata y que a la mañana siguiente pensaba ir a hablar con Volonté. Ya más calmada le sugerí volver a casa y quedarme allí sin que nadie lo supiera. Caminamos por Mitre hasta 12 de Octubre, cruzando muy rápido las avenidas. Una vez que llegamos a ésta la recorrimos hasta Empananza.

En las últimas cuatro cuadras tratamos de evitar ser vistos por los vecinos por miedo a que alguno nos delatara. Cuando llegamos a la casa de mis padres pude abrazar a Tito, mi viejo y convencerlo también de quedarme ahí porque ya había allanado el lugar y no iban a volver. Cuando pude acostarme después de escuchar en detalle todo lo que ellos habían pasado, no me resultó fácil dormirme.

En la mañana siguiente volví a hacer caminando solo todo el mismo recorrido del día anterior pero en vez de doblar en 12 de octubre para Mitre llegué hasta Sarmiento y por ésta a la casa de Fernando. Cuando golpeé me atendió Maux, su esposa, que me abrazó fuerte y me dijo que su marido estaba bien pero que ella ahora estaba preocupada por mí.

Entré lo más rápido posible. Había dado una vuelta manzana antes de golpear y nada parecía indicar que ese lugar estuviera vigilado. Cuando caminé por el living, Fernando apareció desde el comedor y también nos abrazamos. “¿Te torturaron?”, le pregunté, sin darme cuenta que ésa no era la mejor forma de iniciar nuestra charla, pero él sonrió con esa mueca que siempre ponía y movió su cabeza en forma de negativa. “No, sólo fueron interrogatorios verbales”, respondió con la tranquilidad de siempre.

Le pregunté si lo complicaba que haya ido a verlo. “No, para nada, estábamos preocupados porque Maux me contó que fueron a lo de tus padres a buscarte. ¿Ellos están más tranquilos ahora?, me preguntó. “Si, yo dormí allá. Parece que las tropas se han retirado de la ciudad”, le comenté. “Bueno, hemos sido notificados que somos blanco de la dictadura, así que ahora habrá que cuidarse más”, exclamó Fernando sin darle tanta importancia al tema. Creo que porque estaba adelante de su familia y no quería angustiar a nadie.

El domingo nos reunimos en el taller del periódico para evaluar lo que estaba pasando. El respaldo hacia la persona de Fernando nos llenaba de orgullo y también nos hacía más fuertes en el planteo político, pero por otro lado -por primera vez- nos sentíamos vulnerables y sujetos del sistema de represión de la dictadura.

Debíamos analizar todos los cabos sueltos porque nuestros amigos sentían también que la delgada línea roja del riesgo personal se había roto y que habían llegado a buscarnos hasta nuestras propias casas.

A partir de allí empezaría una especie de libertad vigilada que debíamos administrar con inteligencia. La idea fue no apresurarse y esperar a que las aguas se volvieran a calmar. Mientras tanto, iríamos juntando todo el material que pudiéramos para volver a la lucha de las ideas lo más pronto que las circunstancias nos permitieran. Y para esa situación no faltaba demasiado.

Levantate y cerrá los ojos

El jarro es tan pálido y gris y sucio, que lo siente un hermano. Alguien se mueve a la derecha de la oscuridad y lo toca, lo recorre con los dedos y luego con las yemas. Es como si acariciara una mujer. Lo toma por su manija y lo lleva a la boca, Es el agua que calma la sed. Pero está el hielo que se quiebra y se funde en los labios.

Los dientes duelen hasta en las raíces porque hace demasiado frío. Sí, el frío, además de una sensación constante de lastimadura, es el inmenso templo donde desfilan desnudos los santos. Sí, alguien construye un sueño en donde hay un gran salón con mármoles blancos manchados por la falta de lustre y con una entrada pequeña como una ventana baja. Allí los santos están vivos y caminan hacia el otro extremo de esa sala que es muy lejano. Y dan pasos pequeños y empujados. Y el mármol se va congelando y la araña central grita su celo violado por el viento que entra por la pequeña abertura por donde desfilaron los ilustres. Y los santos desnudos se tapan por el frío con sus manos y siguen avanzando; algunos caen y desaparecen y el piso se mancha con falta de lustre.

Otros se agarran de sus compañeros y luego se sueltan para caer solos y no arrastrar más que a su propia figura. Y el resto, muy pocos, sigue caminando con las venas coloradas de los cuellos, con las uñas sangrantes y las piernas azules. Muchos de los santos que quedaron llegan al otro extremo en donde mueren por el esfuerzo, aunque con la satisfacción de haber cumplido su cometido.

El frío es una comida más, extensa, que se lleva en los dientes, pasa por el estómago y se acumula en los pulmones, para alojarse en los huesos y secarse en la piel. Y no se escapa de los huesos ni de los pulmones. Es una viruta invisible que se acumula junto al cuerpo de alguien, que espera tranquila ser tan grande como su dueño. Y en ese momento luchar con él por la propiedad de ese cuerpo. Y generalmente triunfar.

Por eso es que lo mejor es estar alerta y despertarse antes que la derrota transforme la realidad en la locura. Es lo que hago varias veces cuando los sueños se tuercen hacia el abismo. En este caso ni siquiera necesito hacerlo porque alguien me patea y me despierta.

“Levántate y cerrá los ojos que te voy a cambiar la capucha”, me dice. Le hago caso y el cambio dura apenas unos segundos. Me empuja para abajo, para que me vuelva a echar en el colchón, y me quedo pensando el porqué de ese cambio, ya que la capucha nueva es igual a la que tenía antes.

Acurrucado de frío, expiraba dentro de la manta para calentar mi cuerpo con el aire caliente de mis pulmones pero sacaba la boca para tomar el aire puro de afuera de la misma. Tenía la vejiga reventando de orina cuando me llevan al baño en la mitad del pelotón, porque estoy cerca. Cuando me siento en el inodoro para evacuar mis heces me ilumina una duda que sólo ahí podía develar porque nadie me iba a descubrir: sacarme la capucha y mirarla de afuera. “Baja probable”, decía, y una duda terrible me carcomió inmediatamente.

¿Qué significaba el término “baja” para estos tipos? ¿Libertad o muerte? Ya no pude estar tranquilo el resto de ese día y, además, a nadie quería preguntarle sobre qué significaba, porque también podía

ser una trampa para ver qué hacía yo en esa situación. Por la noche traté de reflexionar y llegué a la conclusión de que tenía más chance que me dejaran libre a que me eliminaran.

Elaboré un pequeño problema de probabilidades que me dio 66 a 33 a favor de la libertad, después de considerar una cantidad importante de variables que en muchos casos se anulaban entre ellas. La otra duda era: ¿cuándo ocurriría la baja?, y decidí que debía manejar mi ansiedad y hacer como que ignoraba totalmente el tema.

En la mañana siguiente, cuando me llevaron de vuelta al baño, el guardia me dio una maquinita de afeitar con una hoja adentro y me indicó que debía bañarme. Antes hizo que entrara a un pequeño lugar donde había una gran cantidad de ropa amontonada desde el piso. Estaban limpias, como si hubieran llegado de un lavadero. En el baño había una lluvia con un duchador eléctrico que largaba agua caliente. Yo tenía contados más de 30 días siempre con la misma ropa, y ya me había acostumbrado a mi propio olor porque en ese tiempo lo único que me había podido lavar eran las manos cada vez que iba a hacer alguna necesidad.

Cuando me fui a afeitar recién tomé conciencia que tenía una barba tupida, como la de un guerrillero. Me pase el jabón que me habían dado para bañarme por la cara y con esa espuma me rasuré hasta quedar tan prolijo como pude. La sensación de ducharme fue increíble porque ese placer no lo había podido experimentar en más de un mes.

Cuando entré al baño tuve que dejar toda mi ropa amontonada en una pequeña pila arriba de mis zapatos. También la que había elegido. Pero al salir pude comprobar que se la habían llevado, incluso mis zapatos y la campera de cordero que era de mi abuelo y yo amaba.

Los reclamé y me los devolvieron, pero cambié un jean casi nuevo con el que había llegado, por un pantalón con cuadraditos chiquitos que me parecía ridículo, pero me andaba bien sobre todo sin cinto, que era como estábamos allí. La camisa también estaba entre las ropas que me había comprado con mi sueldo de la escribanía y era

linda. Sin embargo, la tuve que cambiar por una verde que realmente me pareció espantosa, pero me quedaba bien. Las medias fueron un acierto porque elegí unas muy calentitas y el olor de las mías no daba para más.

Cuando volví aseado al colchón, con mi capucha bien calzada, percibí todo el olor de mi propia mugre acumulada en las dos mantas con las que me cubría. Me quedé esperando que me llevaran a algún lado, pero recién después del mate cocido que sirvieron por la tarde me vinieron a buscar. Yo tenía la duda si me matarían o me dejarían libre, pero en esa situación no tenía otra opción que aceptar el destino.

Había tenido más de un mes para hacer el balance de mi corta vida y estaba más que conforme con lo que había podido hacer hasta ese momento. Eso me daba tranquilidad. Yo prefería que si me tocaba morir ocurriera pronto, sin estar vegetando en ese chupadero para que después me terminaran matando igual.

“Levantate”, escuché a media tarde. Lo hice sin emitir palabra. No tenía que demostrar otra cosa que sorpresa, como si recién me diera cuenta de que algo raro podía ocurrir. Me condujeron agarrado del brazo por todo el trayecto que conducía hacia la salida de La Cacha. No podía creer que me estaba yendo de ese lugar donde yo había contado 33 días de cautiverio.

No me había podido despedir de nadie, aunque los llevaba a todos dentro de mi mente y de mi corazón. Cuando sentí el aire fresco al salir, respiré profundo ese oxígeno frío que esta vez no me hizo daño, porque cubrí mis bronquios de una sensación que me hacía casi indestructible.

Caminamos por una especie de estacionamiento junto con dos personas más que también estaban llevando como a mí. Creí que eran mujeres, a las que subieron en la parte trasera del auto, mientras yo estaba parado y ellos terminaban de ubicarlas. El que me tenía agarrado siempre del brazo me indicó que caminara hacia la parte de atrás del auto. Escuché que se abrió el baúl. Me indicó que subiera una pierna y me puso la mano sobre la cabeza para que no me pegara

con la cerradura de la tapa. Cuando estuve echado en el baúl me susurró: “Portate bien que te vamos a liberar”, y cerró con un golpe seco.

El auto estuvo en marcha un rato breve y arrancó haciendo chirriar los neumáticos. Yo no le había creído al guardia que me anticipó mi libertad, porque si iban a asesinarlos nos hubieran dicho precisamente lo mismo. Pero quería pensar que podían liberarnos, por eso pensé que debían tratar de pasearnos en todos los sentidos para que no pudiéramos darnos cuenta de dónde habíamos estado.

Me fui relajando en el baúl, aunque no me dormí. El auto andaba muy rápido por algún lugar que parecía una ruta porque el motor iba a pleno, y en las irregularidades del asfalto mi cuerpo parecía flotar, casi tocando la tapa del baúl. Para evitar esa situación me estiré y calcé mi cabeza y los pies contra los guardabarros de cada lado, para no lastimarme.

Un golpe escalofriante

Fue en uno de esos saltos que escuché que el conductor comenzó a realizar rebajes y a volantear zigzagueando de un lado al otro y se me ocurrió que podías llegar a chocar y tomé en cuenta que yo tenía apoyada mi cabeza contra la chapa del costado del auto. Por lo que traté de hacerme los más pequeño que pude. En ese momento sentí un golpe escalofriante contra el guardabarros trasero izquierdo del auto, y noté claramente que estábamos en un trompo con destino desconocido.

Después de unos segundos casi infinitos el auto se detuvo y yo deje de bambolearme dentro del baúl. Cuando traté de estirarme no lo pude hacer porque del lado donde yo había apoyado mi cabeza unos minutos antes, la chapa estaba hundida más de 20 centímetros y me hacía tope aun estando acurrucado. No podía creer que me hubiera salvado de esa forma, porque ese golpe tremendo me hubiera destrozado el cráneo si no hubiera cambiado de posición.

Ahora el auto estaba detenido pero con el motor a fondo. Un olor a quemado empezó a entrar al baúl y comencé a pensar en el peor de los destinos. Habían chocado y el auto había quedado acelerado e incendiándose, pensé. ¿Qué chances tenía yo en esa situación de que a alguno de los secuestradores se le ocurriera rescatar el individuo que estaba en el baúl? Ninguna. No podía creer que habiéndome salvado por centímetros unos minutos antes mi destino fuera morir quemado.

De sólo pensar que el tanque de combustible estaba debajo de mi espalda, sentía una angustia cercana a la locura. Empecé a patear la tapa, pero me quedó rápidamente en claro que de adentro era imposible abrirla. Tenía que pensar mientras el olor se tornaba inaguantable. Al menos cabía la posibilidad que me desmayara y luego muriera quemado con lo que no sentiría mi cuerpo rostizarse. Fue en ese momento que percibí que el motor seguía estando acelerado a fondo y pensé que alguien debía estar pisando el pedal para que eso ocurriera.

También era probable que nos hubiéramos caído en alguna cava y que al tratar de sacar al auto de allí se estuviera quemando el embrague. Escuché gritos y el auto comenzó a moverse lentamente aun cuando el motor seguía a fondo. Allí sentí que avanzábamos unos cuantos metros, y como que trepábamos de vuelta al pavimento.

El ruido del caño de escape me indicó que habían dejado casi de acelerar y que la situación estaba bajo control. El olor continuaba dentro del baúl pero no aumentaba. Alguien se acercó hacia la parte trasera. Trató de abrir la tapa del baúl con la llave y no hubo caso. Me preguntó si estaba bien y le grité que sí. Luego las puertas del auto se cerraron y volvimos a viajar un trecho.

Nos detuvimos dos veces, pero esta vez sin ningún contratiempo que yo pudiera percibir desde mi posición de baulero. Después de la segunda parada, el trecho se hizo un poco más largo. Bajamos del pavimento y sentimos unos golpecitos como de rieles. Eso ya me parecía conocido. A los pocos minutos estacionamos y todo se quedó en silencio. Alguien desde afuera estaba haciendo palanca sobre la

tapa del baúl con algún fierro y finalmente logró abrirla. El aire que entró disipó rápidamente el olor a quemado y me devolvió la lucidez que creía haber perdido.

“Bienvenido a La Cacha. Otra vez será”, dijo el guardia que había abierto el baúl, burlándose de mi retorno. Yo no podía creer que mi liberación se hubiera frustrado y que me hubieran traído al mismo lugar de donde había salido apenas una hora antes. Cuando me llevaron para adentro sentía un profundo dolor en el estómago que podía ser por todo lo vivido, o tal vez porque tenía hambre y la hora de la cena ya había pasado.

32 / JUNIO DE 1977: LAS HISTORIAS SE JUNTAN

Una crónica de 40 años

El domingo 29 de mayo fue un día frío, con una fuerte helada en Saladillo. Esa tarde Carlos Giannoni, un querido y reconocido ciclista local, recorría a las 6 de la tarde la última vuelta de un raid que había comenzado con la lluvia en la madrugada del sábado: 55 horas girando sin parar en torno a la plaza principal.

Un público entusiasta lo recibía con un aplauso cerrado que expresaba también el único premio que recibiría por semejante hazaña, que logró convocar una respuesta solidaria de todo un pueblo que estaba escaso de afectos y símbolos que valieran la pena.

Nuestro grupo había tomado debida nota de la advertencia recibida con la detención de Fernando Volonté y la decisión, dos semanas después, fue persistir en la línea de resistencia que nos habíamos trazado antes del golpe de Estado, aumentando la sofisticación del mensaje para no quedar tan expuestos.

Sabíamos que la próxima vez todo iba a ser más duro. Sin embargo el 2 de junio, la inteligencia del director del *El Argentino* encontró la forma de expresar su pensamiento acerca de los importantes feste-

jos llevados a cabo por la dictadura, recargados de un patriotismo que ofendía la inteligencia humana.

Recurrió a reproducir una nota de 1937 titulada “Después del 25”, que realmente parecía una crónica de lo que nos pasaba a los argentinos 40 años después:

Ya ha pasado el nerviosismo de la fecha, la satisfacción un poco ingenua ante el despliegue de las banderas, el efecto de alguna frase de circunstancia, la exaltación momentánea producida por las estrofas del himno. La vida recobra su habitual carácter. Queda solamente el recuerdo de un día de fiesta, traducido por el lánguido bostezo de la niña que ha danzado con más animación que de costumbre y del empleado que ha disfrutado de la actividad, brindándose una tarde deportiva.

La emoción de la patria se experimenta demasiado en las ceremonias externas, para que se enraice en la conducta y marque directivas en los actos de cada ciudadano. Si la patria fuera solamente el símbolo, la bandera y el escudo, con exclusión de cualquier factor positivo, cualquier pillastre estaría a la altura del hombre digno, nada más que teniendo la prudencia de embanderarse, él y su casa, en la fecha indicada.

Se confundirían así, lamentablemente, el mundo de lo ficticio con el de lo real. Estas repúblicas adolecen del mal de los gobernantes pillos, que cometen todos los excesos en el afán de aprovechar las ventajas del poder y al mismo tiempo se declaran los campeones número uno del patriotismo.

No conocemos un déspota de estas playas, que a la par de apartarse más ostensiblemente de la ley, deja de invocar simultáneamente a la patria y los próceres. De ahí que en el alma popular se vaya afirmando la convicción de que, cuanto mayor sea la ostentación de ese carácter, más grande son las lagunas que tienen en su haber los que las dispensan.

Mi secuestro

Con el título “De la casa del C.E.U.S. fue llevado detenido Héctor Javier Quintero”, *El Argentino* del 9 de junio publicaba la noticia que se había enterado 5 días antes cuando uno de los chicos que estaban en el centro de estudiantes se había comunicado con mi hermana para contarle lo que había pasado en la noche del jueves.

Lilian llamó a Saladillo al único teléfono que conocíamos, que era precisamente el de Fernando Volonté, quien recibió la noticia y quedó en un silencio que sintetizó la gravedad del mensaje recibido. Él debía ir a la casa de mis padres a contarles lo ocurrido según la breve comunicación que había mantenido con Lilian, una tarea por demás ingrata.

Mi padre puso en marcha su camión a las 5 y media de la mañana como todos los viernes y salió a realizar uno de los tres repartos semanales de alimentos y compra de aves y huevos. Él tomó por la calle Rivadavia hacia el Cristo pero antes de la rotonda con la ruta, salió por el camino real de tierra que lo llevaba a Stragamount y se fue metiendo en los huellones que comunicaban las chacras que poblaban la zona de La Mascota para terminar saliendo a la ruta 51 por el camino de la escuela 40, ya en La Barrancosa.

A las 10 y media de esa misma mañana, Fernando estaba por tocar timbre en la casa de la calle Emparanza, pero observó que el galpón del negocio estaba abierto. Cuando el camión de Tito no estaba, ese lugar lucía enorme. Se asomó y la vio a Elba atendiendo clientes en el segundo galponcito.

Esperó que terminara de despachar al último de ellos y cuando mi madre lo recibió con enorme gentileza, le preguntó por Tito, mi padre, recibiendo como respuesta que estaba en el campo. Entonces le propuso pasar al patio que existía entre ese lugar y el fondo de la casa de familia. Allí casi sin mediar palabra le dijo lo que ella presumía por la seriedad y preocupación que emanaba el rostro de Fernando: -“Lo detuvieron a Javier en La Plata”, y escuchó como respuesta: “Yo sabía que esto iba a pasar”.

Fernando abrazó muy fuerte a mi madre que prefirió quedarse calladita antes que quejarse del destino. Las siguientes palabras de Volonté fueron de aliento y le comentó todas las cosas que se podían hacer para gestionar mi libertad y que todo se iba a resolver bien, cosa que dejó a Elba mucho más tranquila.

Lo sorprendieron las últimas palabras que se llevó de boca de mi madre: “Él es un muchacho muy fuerte y va salir vivo de donde esté”. Ella en ese momento se mostró segura y se contuvo porque Hugo, mi hermano de 12 años, estaba en su cuarto preparándose para ir al colegio Nacional.

Cuando Tito terminó de estacionar el camión dentro del galpón y bajó la persiana ya eran como las dos de la tarde. Le extrañó que Elba no lo saliera a recibir como hacía siempre y cuando entró a la cocina ella estaba sentada en una silla apoyada sobre la mesa y lo esperaba con la comida lista, pero sus ojos estaban rojos de llorar y aún tenía un pañuelo en su mano. “Se lo llevaron a Javier del Centro de Estudiantes”, dijo mi madre.

Mi padre, a quien yo jamás había visto llorar, dice mi madre que no pudo contenerse y se sentó en la otra silla como si fuera a derrumbarse. Pero fue solo un instante, porque enseguida reaccionó y preguntó: “¿Dónde lo tienen?”.

Todo el grupo de amigos y otros vecinos de la ciudad sumaron su aporte para acompañar a Lilian en la acción de denuncia ante la comisaría así como en la presentación del habeas corpus, que como era de rigor tuvo respuesta negativa de parte del juez interviniente. En el relato de lo sucedido, *El Argentino* hace una descripción de mis estudios y ocupaciones, rescatando la actividad literaria y de colaboración para con el periódico. Por último termina haciendo votos para una pronta libertad.

Esa crónica se encuentra acompañada, en la tapa del semanario, de la editorial que se centra en la interpretación del comunicado de un conjunto de dirigentes de la Unión Cívica Radical y que firman Ricardo Balbín, Arturo Illia, Raúl Alfonsín, Carlos Perette y otros, en

el que manifiesta en sus partes más salientes: “De nuestra convicción surge nuestro rechazo a la violencia, a la demagogia y a la intolerancia. Todas estas deformaciones lesionan el sentido ético de la política que aspiramos y servimos permanentemente”.

En otra parte de la declaración señalan acertadamente que “sin Estado de Derecho desaparece la seguridad y se impide el normal desarrollo de la Nación. Tiene proyecciones irrestrictas la condición humana. Por eso pensamos que en la más cruda interpretación de cualquier realismo, la seguridad del Estado no puede poner en peligro la seguridad de la Nación y la libertad de nuestros ciudadanos. Integramos un pensamiento político que siempre combatió las transgresiones constitucionales y las injusticias sociales. Desde las nativas vocaciones colonialistas, pasando por el ‘fraude patriótico’, los confusos hechos de fuerza y la demagogia corruptora. No olvidamos tampoco, por mostrarnos hoy una especial significación anti-histórica, la destitución del gobierno constitucional de 1966, acto ilegítimo, en cuya esencia arbitraria se incuban muchos de los factores de nuestra decadencia posterior”.

Otra de las partes salientes de la declaración, por la fuerza conceptual con la que se definen los actuales momentos de incertidumbre, es la referente a los derechos humanos y allí manifiestan: “Nuestro pensamiento político ha condenado, con inocultable lealtad íntima, todos los hechos que angustian a la República. Dijimos nuestra palabra ante todas las muertes. Afirmamos reiteradamente que la violencia no era el camino de la recuperación solidaria, ni de nuestra paz interior, ni del bienestar general. La cuestión no es que mate la represión o la guerrilla. La cuestión es que no mueran más los argentinos. Se trata de no matar”.

Este documento fue el primero que dirigentes políticos de radicalismo y de la política en general hicieron público desde el golpe de marzo de 1976, y en él se puede claramente distinguir, por la forma y las palabras del planteo sobre los derechos humanos, la letra de Raúl Alfonsín. Pero su gran mérito es que logra la firma de todos los

sectores internos de la UCR, algunos decididamente cómplices de la dictadura.

Una semana después y con el título “Vecinos de Saladillo peticionan por Héctor Javier Quinterno”, *El Argentino* publica una carta firmada en forma masiva por vecinos y dirigentes de la ciudad, dirigida al Ministro del Interior, general Albano Harguideguy, y al Jefe del Area Operacional 113 y Jefe del Regimiento 7 de Infantería de La Plata, coronel Roque Presti, en la que además de una serie de conceptos elogiosos sobre mi persona manifiestan: “No pedimos que no se lo investigue, lo sabemos alejado de todo cuanto implique subversión y violencia, por ello nuestra seguridad. Investígueselo todo cuanto crean pertinente. Sólo pedimos saber su paradero, su actual situación e imploramos por su vida”.

El artículo que reproduce la carta termina con el siguiente comentario: “En el momento de escribir estas líneas no se había obtenido por vía oficial ninguna respuesta a los petitorios, ni concedidas las audiencias solicitadas por sus padres, ni aclaración alguna sobre su situación. En cuanto a trascendidos por vías oficiosas, indicarían que el joven Javier Quinterno estaría con vida, detenido en un lugar no precisado y que pasaría a disposición del Poder Ejecutivo Nacional”.

El grupo político estaba angustiado e hiperactivo realizando todas las gestiones imaginables para averiguar mi paradero. Tanto Fernando, como Pancho, Goro y todos los demás viajaron a La Plata con el objetivo de agotar todas las instancias políticas, judiciales y de todo tipo que permitieran saber algún dato. Pero el sistema represivo demostró que era prácticamente estanco a toda gestión externa a sí mismo y, evidentemente, esto se repetía con todos los casos de desaparición de personas que ocurrían todos los días en el territorio de la Argentina.

El 30 de junio, y siguiendo con el tema en tapa, *El Argentino* publica: “Sin noticias sobre el paradero de Héctor Javier Quinterno”, y comenta de la respuesta del jefe militar de La Plata acerca de no tener conocimiento de ninguna detención de la persona buscada.

Allí, por primera vez, Fernando Volonté comienza a explicar las razones que habrían desencadenado el secuestro. “Pasados tantos días desde su desaparición, se tejen muchas conjeturas sobre los motivos de la misma, pero habiendo una marcada coincidencia en señalar que el origen de su secuestro es debido a una situación netamente de Saladillo, dado que el joven Quintero no tuvo actuación alguna fuera de nuestra ciudad, salvo los estudios universitarios en La Plata. Al respecto se recuerda muy a menudo la carta de los lectores que publicamos en nuestras páginas el 20-1-77 y en la cual con tanta valentía Javier Quintero denunciaba públicamente el auge del juego en nuestra ciudad, y que recogiera elogiosos comentarios entre todo el vecindario”.

Con la misma intención, Fernando vuelve sobre el tema el 7 de julio cuando volvió a publicar en tapa: “Sigue sin conocerse la situación de Héctor Javier Quintero, afirmando que se cumplirán 34 días del momento en que fue sacado del Centro de Estudiantes de Saladillo en la ciudad de La Plata”, y afirma en forma categórica que “como la única actuación pública realizada por el joven Quintero ha sido en Saladillo, ya no quedan dudas que la situación por la que atraviesa se debe a una denuncia originada en nuestro medio”.

¿Estamos en La Plata?

Desde aquella liberación fallida en la que finalmente debía sentirme feliz de estar con vida y no haber muerto aplastado o ahogado en el baúl, cada minuto en La Cacha me parecía interminable. Suponía que cada mate cocido o cada comida sería la última allí dentro y que en algún momento vendrían a buscarme para finalmente liberarme, pero eso no ocurría.

Traté de grabar en mi cerebro la mayor cantidad de datos posible y a cada superviviente de allí adentro por alguna característica que me permitiera luego recordarlo. Esperaba que si me tocaba ser

liberado eso sirviera a los demás compañeros de cautiverio porque existía una tácita convicción que no todos podríamos vernos algún día disfrutando de esa situación.

En uno de esos silencios colectivos una vez se escuchó una voz de mujer a la que nadie reprimió, explicando que ella iba a publicar un aviso en un diario nacional convocando a un reencuentro de todos los que habíamos estado en este chupadero, cosa que recibió la aprobación de todos y ahí se escuchó: “¡Silencio!”

Algo me indicaba que los “egresos” se producían a la tardecita o a la noche, por lo que esperé ansiosamente ese horario los dos días siguientes a la partida anulada, pero no tuve suerte. Sin embargo, mi capucha seguía teniendo el aviso de “baja”, con lo que no perdía las esperanzas.

A la tercera tarde vino un guardia que me aflojó la esposa y me hizo parar. Me llevó del brazo por el mismo trayecto que la vez anterior. Cuando llegamos al lado del auto, me hizo cerrar los ojos y me colocó una venda en vez de la capucha, me sacó la otra esposa y me ató con una sogá las manos detrás de la espalda y me dijo: “Cuando te dejemos tenés que esperar media hora y luego, si buscás la punta de la sogá, te podés desatar vos solo. Ahí vas a quedar en libertad. Si cuando yo te saque del baúl vos no tenés el mismo nudo que te hice ahora, te mato ahí nomás. Si seguís haciendo boludeces como hasta ahora te volvemos a chupar y no salís más. Así que o esperás la media hora o te matamos entre todos, ¿entendiste?”

Con esas instrucciones las expectativas de que me soltaran crecieron notablemente, y no estaba en mi ánimo discutir nada. Sólo quería salir de ese lugar. El auto anduvo sin parar un largo rato, por lugares que parecían ser rutas o caminos sin tránsito. Ya me había acostumbrado a viajar en los baúles y a esta oportunidad llegué casi a disfrutarla y lo único que trataba era de guardar en mi mente referencias que me permitieran después determinar el lugar donde había estado secuestrado porque suponía que podía ser de interés, pero casi no había lugares que me dieran esa información.

En determinado momento salimos de la ruta o el camino pavimentado por el que veníamos y empezamos a circular por un sendero golpeado que seguramente sería de tierra, hasta que el auto (un Ford Falcon) se detuvo. Escuché que algunas personas bajaron y enseguida la tapa del baúl se abrió.

Me agarraron entre dos de los brazos porque yo no podía salir del baúl y me pararon junto al auto. En ese momento, el mismo que había hablado conmigo antes de subir me preguntó: “¿Te acordás de todo lo que te dije?”. “Sí”, le dije yo. “Bueno, acá voy a poner en tu bolsillo tres billetes para que puedas viajar”, dijo, y sin agregar más nada los tipos subieron al auto y salieron arando.

Me quedé un largo rato haciendo tiempo para que pasara esa media hora que me habían advertido y cuando me pareció que ya estaba bien busqué desatarme las manos, cosa que fue relativamente fácil. Luego me desaté la venda y pude ver, en este caso la luz de la Luna.

Estaba en el medio del campo cuando tomé conciencia de que era libre. Giré 360 grados para ver si percibía alguien que me estuviera controlando y no vi a nadie. Estaba parado en un camino vecinal que en realidad era una huella angosta y fue allí cuando divisé a unos cincuenta metros la luz de un auto que avanzaba por un trayecto perpendicular en forma rápida.

Estuve a punto de salir corriendo pero no lo hice por temor a que se tratara del retorno de mis captores y en realidad me agaché un poco para pasar desapercibido. El auto pasó y pude observar que se trataba de un taxi. Se detuvo y cuando se abrió la puerta una mujer podía distinguirse con claridad. Mientras ella pagaba su viaje yo me apuré a marchar hacia lo que luego descubrí era una calle asfaltada que parecía importante.

El taxi retomó el mismo camino y le hice seña con mi mejor cara de bueno, si podía llevarme. Cuando el auto se detuvo, subí rápidamente y allí mismo me albergó una duda que sin darme cuenta transformé en pregunta para el taxista: “¿Estamos en La Plata?”. “Sí”, me contestó medio sorprendido. “Perdón, es por la tarifa. Estos es todo

lo que tengo. ¿Llego a 3 y 50?”, le dije, y le mostré los tres billetes. El hombre se sonrió y me respondió: “Te llevo”.

Me sentía como una persona devuelta de un viaje a Marte, pero no se me ocurrió comentarle nada. Ni siquiera podía hablar de fútbol porque estaba desactualizado y realmente no tenía ganas de hacer otra cosa que mirar el paisaje.

Ese suburbio pobre de la ciudad me pareció más hermoso que nunca. Cuando el taxi frenó en el Centro de Estudiantes de Saladillo y vi que había luces saliendo de aquel primer piso, con los balcones mostrando los calzoncillos y las camisas a secar al viento que colgaban siempre mis compañeros, una sensación de felicidad enorme me embargó por completo.

Caminé los ochos pasos que había desde la esquina y toqué timbre. En ese momento los muchachos no se habían olvidado de cerrar la puerta con llave. El que bajó a abrirme fue Carlitos, con quien había compartido primaria y secundaria. Se quedó perplejo como si viera un fantasma y en vez de abrazarme, que era lo que yo esperaba, salió corriendo escaleras arriba, gritando: “¡Volvió Javier!, ¡Volvió Javier!”.

Todos se fueron juntando mientras yo ascendía lentamente porque estaba duro de tanta inacción. Cuando por fin llegué al living, nos estrechamos todos en un abrazo circular que yo aproveché para contarlos y tranquilizarme de que éramos los mismos siete de siempre.

Ellos no me querían ni preguntar cómo la había pasado, sólo querían saber si había comido y si no tenía ninguna herida. Yo necesitaba avisarle a mi hermana que estaba bien, para que se lo dijeran a mis padres. En el cautiverio muchas veces imaginaba el rostro de mi mamá por las noches esperando alguna noticia mía.

Deseaba que su rostro se iluminara cuando le comunicaran mi liberación. Carlitos -a mi lado-, ya repuesto de la sorpresa, me confió que ahora ya no iba a fumar más porque ésa era la promesa que había hecho si yo aparecía vivo. Le agradecí a él y a todos los muchachos por esos deseos que sin saber yo recibía, a través de algún correo imaginario, en mis días en La Cacha.

Viernes 8 de julio, pasadas las 21

El Argentino dio la noticia: “Al cumplirse justamente 36 días desde su desaparición, el viernes 8 de julio, pasadas las 21 horas, fue liberado en las proximidades de la ciudad de La Plata, el joven saladillense Héctor Javier Quintero, por cuya suerte se preocupara la gran mayoría de nuestra población. El sábado 9 luego de las 12 hs. se produjo su arribo a Saladillo, donde fue recibido por sus padres, familiares y amigos, generándose renovadas escenas de indescriptible emoción. Su presencia física y su invariable estado de ánimo trajeron la tranquilidad que su hogar necesitaba”.

En la noche del 8 de julio Fernando Volonté volvió a recorrer el mismo camino que 36 días antes lo llevara a la casa de mis padres. Esta vez su rostro exultante no podía disimular la alegría que lo desbordaba. Cuando tocó timbre eran más de las 11 de la noche, pero no le importaba demasiado molestar a los Quintero a esa hora.

Sabía que ellos se pondrían muy felices de lo que venía a decirles: “Lo liberaron a Javier. Recién me habló. Está con Lilian y viene mañana en el colectivo de las 12”, dijo Fernando como una ametralladora que quería contar todo junto para trasladar un estado de ánimo que merecía ser compartido. Un abrazo muy grande los confundió a los tres y les devolvió el sueño perdido durante más de un mes, pero que parecía toda una vida.

¿Te torturaron, hijo?

El retorno a Saladillo después de todo lo ocurrido me generaba una alegría difícil de describir, porque en primer lugar era recuperar la libertad y volver a ver a mis seres queridos, pero también sentía que había vencido a la adversidad en su forma más cruel.

Por eso cuando pisé el suelo de la terminal y descubrí allí a mis padres y a mi hermano, mi sonrisa fue tan amplia que algunos que estaban ahí de casualidad esperando a sus familiares o habían viajado en el mismo ómnibus que yo, arrancaron un aplauso que me conmovió.

Me detuve un momento abrazando a mi madre porque la notaba diferente. No podía ser que en poco más de un mes algo hubiera cambiado en ella y luego me di cuenta que todo su cabello se había encanecido aunque sólo contaba 43 años.

Cuando llegamos a nuestra casa de la calle Empananza algunos vecinos se animaron a saludarme pero allí comprobé por primera vez una situación que me acompañaría en adelante: para la mayoría de quienes me conocían era poco menos que un héroe que había sido secuestrado y devuelto por el régimen al que nosotros combatíamos.

Nuestra actitud era la que muchos hubieran querido adoptar, pero sin tomar los riesgos que hacerlo implicaba. Sin embargo el miedo los paralizaba al punto de que nadie quería que lo vieran conmigo. Por eso que los saludos eran en la intimidad. Sólo unos pocos aceptaban hacer público ese afecto ante terceros por miedo a ser sospechados de cómplices y pasar por el mismo destino del que yo estaba volviendo.

Empecé a sentirme como un héroe leproso con muy fuertes reconocimientos en la intimidad y un profundo aislamiento a nivel de la comunidad. Estuve el fin de semana encerrado en mi casa tratando de ponerme al día sobre qué había pasado en ese poco más de un mes de ausencia.

Nos juntamos con Fernando y el grupo a comer un asado y charlar acerca de política. Cuando me preguntaban si me habían torturado y yo decía que sí, el silencio se adueñaba de la reunión y todos cambiaban el tema para que yo me sintiera más cómodo.

Yo no tenía problemas de contarles lo que me había ocurrido, sin embargo nadie quería que yo lo hiciera, seguramente porque pensaban que eso me haría mal. Empecé a tomar conciencia que mi vida definitivamente había cambiado. Ya no podía volver a La Plata porque me iban a secuestrar nuevamente. Había perdido mi trabajo en la escribanía y mi carrera estaba abruptamente interrumpida con la pérdida de todo el año, porque al no cursar ya estaba libre en las tres materias semestrales y no podía inscribirme en las de la segunda mitad.

El resultado era un desastre total que comprometía profundamente todo mi futuro. Entre las cosas que hice el lunes siguiente fue ir a la Biblioteca Mitre a saludar a las chicas que eran mis amigas de siempre. Me dijeron que tal vez me convenía ir a vivir a Francia hasta que la dictadura terminara en la Argentina. Es más, me prestaron dos libros para que aprendiera a hablar en francés, idioma del que yo no conocía ni una palabra.

Les acepté los libros pero jamás me pasó por la cabeza irme de la Argentina. No obstante tenía que encontrarle un destino a mi vida

porque todos los caminos que yo tenía absolutamente claros desde los 15 años, ahora estaban trancos.

Para evitar atormentarme con mi falta de futuro puse todas mis energías en cumplir mi promesa realizada en el cautiverio, me puse a escribir todo lo que tenía grabado en la memoria y así estuve concentrado casi tres días seguidos en mi cuarto hasta que puse a resguardo mis recuerdos, que en muchos casos eran textos en prosa que había preservado con un celo total.

Fue allí que el día viernes de la primer semana de haber vuelto a Saladillo me llamó Omar Benítez, que había sido mi profesor de música en el colegio Nacional y con quien siempre tuvimos una excelente relación. Él era el gerente de la Caja de Créditos Cooperativa que se había abierto hacía un año, y que era un poco la niña mimada de la ciudad porque a la ausencia de crédito y altas tasas de interés le había surgido con más fuerzas que nunca una plaga habitual de ese tipo de situaciones: la usura.

Además del juego clandestino, la usura completaba en parte el panorama de una comunidad en problemas. Ante esa situación, un conjunto de personas con espíritu de colaboración habían constituido una cooperativa que ya tenía más de 2000 socios y que tomaba y prestaba dinero en la forma más conveniente en una situación muy complicada.

Allí se habían convocado cooperativistas convencidos que, al no poder militar en los partidos políticos, tenían un ámbito de actuación pública junto a comerciantes y simples ciudadanos que veían que una respuesta de este tipo era lo mejor para la ciudad. La presidía Francisco Barone, un hombre del partido Comunista muy respetado. y entre los miembros de la comisión directiva estaba también Fernando Volonté.

Cuando fui a ver a Omar me mostró las instalaciones alquiladas de la Caja de Créditos y a sus empleados, la mayoría compañeros míos en la secundaria. Después de una linda charla muy afectiva, Omar señaló un fichero de asociados que se llevaba volcando las in-

tegraciones de cuotas sociales en forma manual y me dijo: “¿Y qué te parece si venís a darnos una mano acá aunque sea para poner al día este fichero?”. Sin dudar le respondí que sí. Era mucho más tentador hacer algo y estar con gente conocida que enroscarse solo.

Al día siguiente nos sentamos con Fernando en el periódico a evaluar cómo seguíamos y coincidimos en mantener la posición política porque allí estaban nuestras convicciones y en esa forma de pensar habíamos apostados hasta nuestras vidas, pero además estábamos en un buen momento para seguir acumulando voluntades a través del respeto y del nivel de conocimiento que nuestra causa había logrado.

El tema era mantener la exposición y la prédica pública. De allí que la causa del movimiento cooperativo de crédito aparecía como una oportunidad que nos permitiría continuar en la lucha. Una vez más podíamos hacer coincidir nuestros valores e ideología con una acción concreta a la que le dedicaríamos muchas horas con la intensidad de siempre.

Pero vale hacer una pequeña aclaración. El advenimiento de la dictadura llevó al poder a los civiles más retrógrados que esperaban su momento para dominar la Argentina. Así fue que José Alfredo Martínez de Hoz arribó al Ministerio de Economía y puso en marcha un plan destinado a alinear rápidamente al país a la distribución internacional del trabajo, razón por la cual en nuestro territorio debíamos dedicarnos sólo a ser productores y exportadores de carnes, granos y materias primas e importadores de productos industriales y servicios del resto del mundo.

Muchas de las instituciones creadas en una etapa tan caótica como la que habían vivido los argentinos antes tenían una impronta correcta y como se oponían al propósito que perseguía la conducción económica debían ser eliminadas. Entre ellas estaba la del cooperativismo de crédito, que se había desarrollado a partir de los años 60 y durante el gobierno de Arturo Illia había tomado una envión singular impulsado, entre otros, por el exvicepresidente de la Nación, Carlos Humberto Perette, militante del cooperativismo desde su juventud.

Con más de 250 entidades cooperativas operando dentro del sistema financiero argentino regido por el Banco Central de la República, esa situación resultaba inadmisibles para el nuevo ministro Martínez de Hoz y para los “Chicago boys” que lo acompañaban, quienes imaginaban una banca formada por pocos bancos y en su mayoría extranjeros.

Integración solidaria

Eso se pretendía hacer con la sanción de la ley 21.526 de entidades financieras, que plasmó una línea de pensamiento en la que todo lo que no estaba prohibido, estaba permitido, y fijó capitales mínimos muy altos, que obviamente superaban en mucho lo que tenían en sus patrimonios las cooperativas de crédito, que en tanto no los alcanzaran debían desaparecer a partir del 30 de junio de 1979.

Lo que el gobierno de facto no esperaba era que el movimiento cooperativo planteara una alternativa a la virtual liquidación de sus entidades. El postulado fue: “A la concentración monopólica, anteponer la integración solidaria”. Con esa consigna cientos de Cajas de Créditos Cooperativas salieron a juntarse entre sí y transformarse en bancos cooperativos. El Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, manejado por el Partido Comunista Argentino impulsó y apoyó con sus cuadros técnicos esa transformación que fue una de las más importantes gestas en esa etapa de la dictadura.

Los que estábamos en la resistencia percibimos rápidamente que debíamos participar y ayudar a proteger a las instituciones de la comunidad, y tratar de avanzar en la generación de nuevos instrumentos que sirvieran para anteponer a los intereses que representaba el gobierno de entonces, planteándolo como un nuevo frente de militancia.

Ingresar por primera vez a la Caja de Créditos a siete días de haber recuperado la libertad fue un desafío muy importante, porque yo

aún tenía 19 años y venía con una serie de experiencias difíciles de imaginar para esa edad.

A poco de andar y empujado por Omar, el gerente, y Hugo Rolando, el contador, se me fueron planteando las enormes complejidades que el sistema financiero de entonces presentaba y que demandaba una nueva generación de tecnócratas en lo que se empezó a llamar “la patria financiera”.

Concentrar mi esfuerzo y el del grupo en ese frente nos permitía estar activos y ayudar a la comunidad en un nuevo puesto de lucha, que también tenía sus bemoles políticos porque aparte de los cuadros del PC (que era aliado del gobierno de Videla aunque sufriera el desprecio de éste), nuestro frente era un conglomerado de todas ideas diferentes pero adheríamos a la filosofía del cooperativismo por encima de esas discrepancias.

Pero no todos eran dulces, como decía mi abuelo, porque tenía que cumplir con algunas de las tantas promesas que mi madre y mis abuelas habían realizado en la etapa de mi detención. En su momento ellas habían incorporado en las misas de los sábados un pedido especial por mi vida y con mi aparición al sábado siguiente se incluyó su correspondiente acción de gracias, por lo que tuve que ir a la iglesia con mi madre y mis abuelas.

Al terminar me hicieron pasar a saludar al cura que había oficiado y agradecerle los pedidos que había hecho por mí durante varias semanas. Cuando estuvimos juntos, el cura me preguntó: “¿Te torturaron, hijo?”, como preocupado por mi estado mental y también para saber el nivel de rencor que guardaba contra quienes me habían denunciado (algunos estaban en la misma misa y eran conspicuos creyentes de la fe católica). Le dije: “Sí, y lo que yo pasé no se lo deseo ni al peor de mis enemigos”. “Está muy bien hijo que no guardes rencor, porque eso no ayuda”, me contestó.

Le dije que ya había perdonado a quienes instigaron a que me secuestraran, lo que generó en el padre un movimiento de aprobación con su cabeza que coronó con estas palabras: “Eso sí que es de

buen cristiano”. Consideré como positivo lo que afirmaba, aunque realmente no me creyera. El mensaje que él debía transmitir a los feligreses militantes del Proceso de Reorganización Nacional, era que de ahora en más la pelea por las ideas seguiría pero que en lo sucesivo ellos no debían traspasar la delgada línea de la delación y la violencia represiva.

Mientras tanto, *El Argentino* seguía expresando nuestra oposición al gobierno de facto. Así en setiembre, además de difundir la asamblea extraordinaria de la Caja de Crédito Cooperativa Saladillo Limitada que autorizaba la fusión con la Cooperativa de 25 de Mayo (que ya tenía reconocimiento del BCRA y antigüedad suficiente para transformarse en banco cooperativo), publicaba un extenso reportaje a Luis León titulado: “Democracia y Participación”, en el que el “Bicho” León, además de darle a sus ideas un enfoque nacionalista, desarrolla una clara definición de la democracia y lo profundamente alejado que está el gobierno de siquiera parecerse.

En el mismo número se reproduce un artículo de *La voz del Interior* de Córdoba, en el que se critica al ministro del Interior, el general Harguindeguy, por su afirmación acerca de que “éste no es el tiempo de los partidos políticos y la Argentina no está ni estará por muchos años para la discusión de comité”. Para luego preguntarse qué ha ocurrido con ese tipo de pensamiento en la historia de la Argentina, cuando por agotamiento del mismo proceso dictatorial éste cae inexorablemente en una convocatoria electoral a la que concurren los mismos que estaban antes porque esa etapa, al cerrar los partidos políticos, impidió también su renovación.

En el mes de octubre, además de una editorial de Fernando Volonté evaluando la gestión económica del gobierno nacional, a la que califica de fracaso, aparece en la tapa una noticia sobre la liberación de los tres sindicalistas de Luz y Fuerza: Pedro Uthurrat, Orlando Dortona y Alfredo Montes, por los que la ciudad se movilizó a partir de distintos petitorios.

Así expresaron ellos su agradecimiento: “Muchas gracias. Al habernos reintegrado a nuestros hogares y a nuestro pueblo, luego de ocho meses de ausencia por los motivos que son de público conocimiento, sentimos un ineludible deseo que surge de los más profundo de nuestros corazones, de hacer público nuestro agradecimiento a los numerosos convecinos que estuvieron solidarios en las duras circunstancias vividas. A los 1600 saladillenses que pusieron su firma en el petitorio por nuestra libertad, como también a aquellos que por distintos motivos no lo hicieron pero que dieron sinceras muestras de adhesión. De esta manera queremos llegar a todos y a cada uno, para decirles gracias, muchas gracias”.

En esa misma tapa también se destacaba una disputa entre Humberto Volando, presidente de la Federación Agraria Argentina, y Juan Aleman, Secretario de Hacienda de la Nación, a quién le expresa: “El secretario de Hacienda debe inhibirse de hacer declaraciones contra presuntos evasores impositivos, por cuanto fue el propiciador y el mayor defensor del reciente blanqueo que en la práctica significó amparar legalmente a quienes transitaron por inmoralidad evasora. Su ataque permanente al cooperativismo no sorprende porque la mentalidad elitista de la oligarquía argentina nunca ha tolerado entidades basadas en los principios de la solidaridad y el bien común”.

El viernes 21 de octubre de 1977 viajamos a Rojas con las autoridades de la Caja de Crédito Cooperativa a una reunión trascendente. Hacía pocos días que en una decisión propiciada por el Gerente y el Consejo de Administración me habían designado adscripto a la Gerencia y ya le estaba dedicando más de 12 horas por día a la entidad porque el camino crítico que tenía por delante para transformarse en banco era extremadamente difícil.

Habíamos diagramado con quien ya era mi mentor en el tema financiero, el profesor Rodolfo Pirotta, el ensamble de nuestra Caja de Crédito con la Cooperativa de Créditos de 25 de Mayo. Una acción con muchísimas complicaciones y riesgos porque la apertura de la sucursal en Saladillo, que era la forma como hicimos la fusión, im-

plicaba que la casa matriz debía absorber un volumen cinco veces mayor que su propio tamaño en préstamos y depósitos, cosa que logramos en un tiempo de cuatro meses.

La entidad fusionada se multiplicó por seis en ese tiempo sin que recibiéramos ninguna observación de parte del Banco Central. La mayor amenaza fue que en esos meses se disputó el Campeonato Argentino de Fútbol y, como era de rigor, se enfrentaron los eternos rivales de la zona: 25 de Mayo y Saladillo, partido que terminó en una confrontación entre las hinchadas que pudo llegar a poner en peligro la tarea de fusión que estábamos desarrollando y que tuvo como dato relevante que cuando los festejos por el triunfo saladillense llegaron frente a la sede del Club Atlético Huracán, la policía arrojó bombas de gases lacrimógenos, un hecho sin antecedentes en la ciudad. Lo que provocó la indignación de los vecinos que no podían creen que tanta alegría se empañara por semejante acción.

Ese 21 de octubre se firmó el acta compromiso de fusión de seis cooperativas para constituir el primer banco cooperativo de la región centro-oeste de la provincia de Buenos Aires. A ese acta lo suscribieron las cooperativas de Arribeños, Lincoln, Luján, Rojas, 25 de Mayo y Saladillo, y luego se sumaron también las de Colón, Zárate, Pergamino, Arroyo Dulce y Las Flores, conformando lo que se denominaría Banco Local Cooperativo Limitado.

El nombre surgió porque no había forma de ponernos de acuerdo en uno que contuviera el localismo de cada ciudad y todos querían que llevara el nombre de la propia. Lo mismo ocurrió cuando hubo que definir la casa central, en la que debimos elegir un lugar equidistante y donde no existiera una cooperativa, porque todos querían tenerla en su propio territorio.

Por esa razón se eligió Chacabuco. Todas las cooperativas tuvieron que aportar una persona para conformar el staff de esa casa central desde donde se planificaría el nuevo banco. Y fue así que 25 de Mayo lo propuso a Pirotta y Saladillo a mí.

Allí conocí a un grupo humano maravilloso con una capacidad de aprender y trabajar como jamás imaginé que podía existir. Con “Toto” Pirotta, luego de haber resuelto el tema de nuestra propia fusión y tener dos entidades legales, nos dedicamos a pleno a constituir un banco. Nos sentíamos abrumados por el nivel de complejidad que esa tarea significaba pero la aceptamos porque como decía Toto: “Alguien tiene que hacerlo”, y yo, con mis 20 años recién estrenados, tenía toda la irresponsabilidad típica de esa edad.

Los meses de noviembre y diciembre fueron muy duros para toda la comunidad porque el ajuste económico se iba haciendo crónico y la desindustrialización avanzaba de la mano del ingreso de productos importados, destruyendo también las economías regionales y por ende los empleos en las grandes urbes y en las provincias del interior.

Esa situación se reflejaba a través del *El Argentino* que, con la pluma de Fernando Volonté, no dejaba centímetro de papel sin utilizar en una resistencia que sumaba adhesiones convencidas por la cruda realidad y la desilusión del golpismo. “Después de 18 meses se puede decir que los ricos son mucho más ricos y los pobres mucho más pobres”, decía.

El 15 de diciembre de 1977 la editorial de *El Argentino* se titula: “La Democracia como solución”. Se hace referencia a las declaraciones que Raúl Alfonsín formulara al diario *La Voz del Interior*, donde afirmó que “la única respuesta a los problemas del hombre moderno es una democracia social, un Estado de Derecho que garantice la libertad de las personas y el progreso social”. Alfonsín también decía que creía “en la necesidad de una democracia fuerte, de un Estado democrático y fuerte, que sea eficiente para defender al pueblo, no sólo de la subversión y el terrorismo de la extrema izquierda, sino también de una derecha que pretende manejar los resortes de la economía por encima de una decisión popular y democrática. Esto no significa de ninguna manera postular una democracia autoritaria, que sería un contrasentido. Nosotros los argentinos hemos sufrido en carne propia los embates de la violencia y el terrorismo de izquierda y de

derecha, y también la agresión de los grandes intereses económicos, por lo que debemos apresurarnos en la construcción de una democracia fuerte y estable”.

El último ejemplar de *El Argentino* de ese año hace un resumen de todo lo ocurrido en la ciudad y expresa:” Para nuestro querido Saladillo, fue 1977 un año negro, un año para ser olvidado. Persecuciones, cárceles y secuestros, tuvieron un origen en una derecha reaccionaria y autoritaria ensoberbecida de poder”. Pero deja abierto un mensaje esperanzado: “Y ya a las puertas del nuevo año, nos encontramos con el pueblo más unido que nunca, solidario en la adversidad, dispuesto a concretar para un futuro cierto la gran unidad nacional que ganará la paz. A ese esfuerzo constructivo y progresista sumamos nuestra voz, con decisión y fervor argentinos”.

Cuando brindamos por el fin de ese año, todo nuestro grupo y nuestras familias sintieron como que habíamos pasado por una prueba crucial en nuestras vidas. Estábamos felices, no sólo por seguir vivos, sino fundamentalmente por haber sido coherentes con nuestras ideas, a las que no habíamos traicionado nunca y de las que cada día estábamos más convencidos que finalmente triunfarían.

Alfonsín Presidente

El viernes 9 de diciembre de 1983, a las seis de la tarde, caminamos catorce militantes desde el local que teníamos en Humberto I° 2715 de la Capital Federal hasta la calle San Juan, cargando las banderas para tomar el micro de línea que nos llevaría hasta la Plaza de Mayo.

Los pasajeros nos miraban con afecto y reconocimiento, como si hubiéramos sido una parte importante del triunfo de Raúl Alfonsín del 30 de octubre, y también así nos sentíamos nosotros. Éramos en realidad un pequeño núcleo de referencia entre los más de sesenta que aportaban su trabajo en el comité que se había abierto en plena efervescencia de participación política para recuperar la democracia.

Nuestro objetivo era poner una base de la sección octava de Capital, en el frente izquierdo del Cabildo, donde al día siguiente hablaría el próximo presidente de los argentinos. Esa noche cálida nos permitió recordar todo lo que había ocurrido en ese período funesto de la dictadura, del que la mayoría sólo arrancaba a contarla desde la derrota de Malvinas, cuando la bestia anémica por sus propios errores y destruida por consumir su veneno, era nada más que un fantasma al que alguien debía darle su partida de defunción.

Resultaba tan claro en ese momento visualizar el camino a recorrer que no tenía sentido siquiera hacer memoria cómo habíamos llegado a ese momento de tanta alegría. Esa misma plaza nos había observado en tantas movilizaciones como la de la CGT Brasil, el 30 de marzo del 82, aunque en esa oportunidad la guardia de infantería no nos dejaba acercar a la plaza.

En esa marcha armamos grupos de manifestantes en todas las esquinas que se dispersaban cuando aparecían los móviles policiales. Hasta tuvieron que sacar las grúas para patrullar una ciudad que estaba sumida en el caos total, al punto que cuando estábamos en la Diagonal Norte una chancha hidrante que ocupaba el medio de la calle tomando posición para mojar a los manifestantes fue sacudida por un estruendo tremendo como si hubiera explotado y vimos cómo se abrieron todas las puertas y los policías salieron espantados por el ruido.

El festejo nuestro se convirtió en aplausos cuando vimos que al costado del vehículo policial estaba destruida una máquina de escribir de carro grande que le habían arrojado desde un piso alto del edificio de YPF, y que había causado todo. O luego de la rendición en la Islas que fuimos a reclamar por el fin del gobierno militar y la represión causó cientos de heridos y detenidos porque esa vez hicimos fogatas en varios puntos y tuvieron que movilizar a los bomberos para apagarlas.

O en diciembre del 82 cuando se hizo la movilización de la multipartidaria a la que por primera vez concurrimos con un sistema de seguridad que armamos en el Comité Capital del Radicalismo y que nos permitió sacar a la columna nuestra, que era ya muy importante, hacia Diagonal mientras cubríamos la cabecera de la plaza y allí mismo los Servicios asesinaban a Dalmiro Flores, un joven trabajador que fue la víctima de esa jornada.

Con tantos recuerdos, la noche se hizo más corta y ya en las primeras horas de la mañana empezamos a seguir la ceremonia de ascunción de nuestro presidente. Nadie podía acercarse sobrepasando nuestras filas en las que ya teníamos a la totalidad de nuestros mili-

tantes. Conocíamos de memoria el discurso de la campaña de Raúl, pero ahora queríamos escucharlo ya en el ejercicio del poder y así fue como esa mañana con un enorme calor popular vimos transformarse a nuestro líder político en el estadista que refundaría la democracia de los argentinos.

Allí desgranó algunas de las ideas fuerza con las que gobernaría un país devastado por la dictadura y entre ellas ratificó el juzgamiento a las Juntas Militares que instauraron el terrorismo de Estado en la República así como a los jefes de las organizaciones subversivas que se habían alzado contra el anterior gobierno constitucional.

Pocos creyeron que repetiría esa promesa de campaña, porque la debilidad de la democracia que estaba naciendo parecía impedir arrinconar al poder militar que se había auto-infringido la peor de las derrotas.

Cinco días más tarde se constituía la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) y se daba a conocer el decreto por el cual el Presidente ordenaba juzgar a los integrantes de las tres primeras Juntas del Proceso de Reorganización Nacional por su responsabilidad en el terrorismo de Estado, un hecho único en la historia de la humanidad.

En nuestra vida también habían pasado cosas. Aquel embrión de banco que en enero de 1978 empezamos a armar desde el subsuelo de la recién abierta sucursal Chacabuco, finalmente se concretó el 1 de julio de 1979. Su evolución fue muy favorable y finalmente tuvimos que abrir primero una oficina administrativa en Buenos Aires, en la calle Uruguay, y luego la casa central en Lavalle y Libertad.

Vivir en Buenos Aires nunca había sido mi objetivo pero mientras pudiera estar cerca de La Plata me permitía ir rindiendo de a una materia para mantener la regularidad en la carrera que había dejado de asistir después de mi secuestro en el 77. Con la excepción del año del mundial en el que aproveché la distracción general para ir a cursar los lunes y miércoles de 7 a 13, días en los que llegaba y me volvía a Saladillo sin quedarme en La Plata.

Ese año rendí 8 materias que agregué a las 7 que había aprobado el primer año, para poder seguir luego navegando la carrera. Pero en Capital además de dedicarme a la actividad del banco me reencontré con compañeros de militancia del radicalismo con los que rápidamente encaramos la actividad desde 1980 en adelante. Hasta que allí pudimos asistir a la recuperación de la democracia con la elección del 30 de octubre del 83.

Volver a La Plata

Mi asignatura pendiente, aparte de las materias que aún me faltaban para recibirme en la Facultad, era volver a residir en La Plata. De esa ciudad tenía los recuerdos más tremendos y un desafío: ser feliz y construir un futuro diferente. Por esa razón cuando me llamó Fernando Volonté que había sido designado Secretario General de la Gobernación de la recién inaugurada gestión de Alejandro Armendariz, no dudé un segundo y me trasladé para asumir como Subsecretario Técnico Administrativo.

A poco de hacerme cargo me vino a ver en el mes de febrero del 84 el Presidente de la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados, el diputado provincial Luis Mennucci, que estaba investigando el tema de las violaciones de los DDHH y las desapariciones de personas en particular.

Me impresionó la valentía de aquellos que sabiendo que los militares sólo se habían replegado para ver cuándo volvían al poder, se animaban a exponerlos ante la justicia. En esa circunstancia conocí a un joven, Miguel Berri, que era el jefe de relatores de la Comisión y que tomaba personalmente los testimonios de las víctimas del terrorismo de Estado.

Obviamente me ofrecí como testigo y aporté la totalidad de los datos de mi detención en La Cacha para agregar a esa causa que lograron formar a partir de la denuncia del Ministro de Gobierno de la

Provincia de Buenos Aires, Juan Antonio Portesi, en el juzgado Penal N° 3 a cargo del Juez Pablo Peralta Calvo.

Fue mi primera declaración como testigo contra los crímenes de la dictadura y desde entonces empecé a sentir que estaba honrando la memoria de muchos que ya no podrían hacerse escuchar. El secretario del juzgado me preguntó si estaba seguro de lo que iba a hacer como si supiera lo que finalmente realizaría el juez cuando unos meses más tarde, el 23 de octubre de 1984, se declaró incompetente y remitió todas las actuaciones al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, lugar donde la causa sufrió el mismo destino de quienes eran buscados: su desaparición forzada.

El inicio de las actividades de la CONADEP resultó de un nivel impensado por su repercusión mundial y selló el avance de la conciencia social acerca de los crímenes de la dictadura argentina.

Su contribución no sólo estuvo dada por generar el material sobre el cual se fundamentara la acusación fiscal en el Juicio a la Juntas Militares sino que permitió que todos supieran lo que había ocurrido en los años de plomo, que muchos desconocían y otros se negaban a conocer bloqueados por el miedo o sus prejuicios ideológicos.

Fueron más de 200 días en el que el interés de la comunidad estuvo en vilo sobre la cuestión de los derechos humanos y a medida que se fueron haciendo públicos los avances en la investigación nuevos elementos se sumaban para emitir un veredicto social y político del período 1976-1983, además de dotar a la justicia de pruebas y testimonios que serían fundamentales para condenar a los comandantes.

Yo remití a la CONADEP mi presentación en la causa Portesi porque entendí que en mi condición de funcionario no debía hacer de mi testimonio una bandera que pudiera interpretarse como político-partidaria.

Cuando el 20 de setiembre la CONADEP hace entrega al Presidente de la Nación el informe titulado “Nunca Más”, los que habíamos padecido el terrorismo de Estado nos sentimos representados en esos casos que allí se exponían en forma de testimonios desgarrados.

dores. Pero cuando 15 días después la Cámara Federal desplazó al tribunal militar que estaba enjuiciando a las Juntas para tomar el caso y llevar adelante el juicio vimos con claridad que la decisión política haría finalmente avanzar la historia.

El Juicio a la Juntas

El juicio a la Juntas Militares perseguía en primer lugar un objetivo más moral y filosófico que judicial o punitivo. En realidad se trataba de dejar establecido para los tiempos que los responsables políticos de instaurar el terrorismo de Estado serían enjuiciados y condenados.

Raúl Alfonsín así lo manifestó en su campaña electoral cuando todos los partidos políticos, encabezados por el peronismo, con excepción de algunos de izquierda, habían aceptado la Ley de auto-amnistía sancionada por los militares.

La pregunta era cuánto poder tenía la joven democracia argentina para encarcelar no sólo a los jefes sino a todos los militares que habían participado en el capítulo más sangriento de la historia.

Muchas veces discutimos esa cuestión en nuestro grupo político. y ese tablero nos mostraba que si no se lograba fracturar al conjunto de los uniformados éstos tarde o temprano volverían a funcionar como el Partido Militar que había estado presente en nuestra historia desde 1930.

El tema era cómo compatibilizar esa situación con los reclamos legítimos de justicia de todos los damnificados por la violencia de las fuerzas de seguridad. Y esa contradicción no tenía solución en el corto plazo al punto que fue haciéndose cada vez más explícita en el esfuerzo del gobierno de Alfonsín de evitar que todos los militares se abroquelaran detrás de los comandantes o de sus propias generaciones de jefes y se produjera un nuevo golpe que destruyera a la democracia recién reconstituida. La otra opción era el enfrenta-

miento armado entre el campo civil y los militares que además de las pérdidas de vidas se evaluaba como de final incierto.

Estaba claro que quienes pretendían el retorno a la violencia armada corrían por izquierda toda posible solución no traumática, aun cuando unos meses antes estuvieran a favor de la amnistía.

Cuando el 9 de diciembre de 1985 se dictó la sentencia que condenó a Jorge Rafael Videla y Eduardo Massera a reclusión perpetua; a Roberto Viola a 17 años de prisión; a Armando Lambruschini a 8 años de prisión; y a Orlando Ramón Agosti a 4 años de prisión, el pueblo argentino festejó ese hecho como una conquista histórica que además mostraba a la Argentina como la única democracia del mundo que se había atrevido a semejante hazaña.

Pero de lo que no se tenía conciencia a nivel general era que en los tribunales de todo el país se estaban acumulando demandas de personas, víctimas del terrorismo de Estado, contra muchos mandos inferiores de las fuerzas armadas.

El sistema represivo utilizado por los militares argentinos, copiado en parte de sus camaradas franceses y norteamericanos, obligaba a que todos se mancharan de sangre o fueran partícipes de las acciones represivas para que nadie luego pudiera plantear posteriormente su “inocencia” de los hechos ocurridos.

Eso, sumado a un justificativo ideológico basado en un patriotismo nacionalista, los hacía funcionar como un conjunto compacto, en retirada, pero al acecho, que ahora resultaba imputado en forma personal en los tribunales de la toda la nación.

Para acotar esa situación el mismo Alfonsín había dispuesto dictar instrucciones a los fiscales que limitaran esa actividad judicial hacia los cuadros inferiores de las fuerzas armadas, pero ese recurso no sólo fue ineficiente para lograr el objetivo propuesto sino que produjo el efecto contrario, al igual que la sanción en 1986 de la llamada ley de “Punto Final”, que fijaba un término de 60 días para presentar todo tipo de demanda con relación a la represión en la etapa de la dictadura.

Esta ley aceleró la presentación de cientos de nuevas demandas, que aumentaron el malestar de los cuadros militares y permitió que fueran surgiendo nuevos liderazgos intermedios en el Ejército que ya decididamente cuestionaban no sólo a sus propios jefes que supuestamente no los defendían del ataque de los civiles, sino a la misma democracia que los estaba juzgando.

De la euforia al retroceso

Ese nivel de rechazo fue creciendo y terminó estallando cuando, luego de ser detenido en el Comando del Tercer Cuerpo de Ejército en Córdoba el mayor Ernesto Barreiro, este se negó a presentarse ante la justicia de esa Provincia.

El desacato tuvo la inmediata adhesión del teniente coronel Aldo Rico, quien se autoacuarteló en la Escuela de Infantería de Campo de Mayo, pidió la remoción del Jefe del Ejército, General Héctor Ríos Ereñú y el cese de los juicios vinculados a la represión durante el gobierno militar.

La respuesta popular fue inmediata y hubo concentraciones multitudinarias, una de las cuáles realizada el sábado 30 de abril desbordó la Plaza de Mayo. Millones de personas poblaron todas las plazas de la República. Ese mismo día las fuerzas políticas firmaron un Acta de Compromiso Democrático en defensa de las instituciones y Raúl Alfonsín, desde el balcón, dijo dos discursos que nos conmovieron a todos.

El primero, explicando que iba a Campo de Mayo a exigir la rendición de las tropas insubordinadas. El segundo, anunciando la resolución del conflicto, con esa frase que quedó grabada para siempre: “La casa está en orden y no hay sangre en la Argentina”.

Durante ese tiempo el Presidente comprobó que ningún batallón del Ejército estaba dispuesto a reprimir a los insurrectos y que la opción a la negociación era el enfrentamiento entre civiles desarmados

y militares, cuyas manos ya se habían manchado de sangre durante el proceso militar.

El resultado de esa negociación se pudo comprobar en junio de 1987 cuando se aprobó la Ley de Obediencia Debida, que estableció que del grado de teniente coronel para abajo nadie podía ser considerado culpable de la comisión de los delitos llevados a cabo por el terrorismo de Estado, con excepción de la apropiación de bebés, que fuera intencionalmente excluido del proyecto de ley.

En ese momento, nuestra frustración por lo que creíamos era una claudicación ética nos llenaba de bronca y nos negábamos a entender cualquier explicación acerca de las razones de Estado que pudieron haber justificado tener que aprobarla. Entre los que obtuvieron su libertad con la sanción de esta ley estuvieron el propio Barreiro, el comisario Etchecolatz, el capitán Alfredo Astíz...

Una preocupación adicional consistía en reflexionar en qué medida los militares habían percibido su poder y la debilidad de la democracia. Lo que derivó en dos alzamientos más durante el gobierno de Alfonsín.

El 15 de enero del 88, nuevamente Aldo Rico produjo una proclama desde donde estaba preso en Monte Caseros, Corrientes, constituyendo el Ejército Nacional en Operaciones. Estaba yendo más allá de los reclamos relacionados con las fuerzas armadas. Al punto que crea el Movimiento por la Dignidad Nacional (MODIN), un grupo que tuvo que ver con las bombas que se pusieron en 1988 y 1989 en los cines de la calle Lavalle de la ciudad de Buenos Aires.

El otro alzamiento fue el 1 de diciembre de 1988, en el que 45 oficiales de la fuerzas especiales Albatros, de la Prefectura Naval, saquearon un arsenal en Zárate y se refugiaron en Campo de Mayo, donde surgió el liderazgo de Mohamed Alí Sieneldín, jefe militar de ideas nacionalistas. Ante la posibilidad de enfrentarse con las fuerzas leales (que por primera vez aparecen en juego), se trasladan a Villa Martelli y logran el apoyo de políticos que, como en el caso de Carlos Menem, les prometen tenerlos en cuenta si ganan las próximas elecciones.

Finalmente se rinden y Seineldín resulta procesado al hacerse responsable del levantamiento. Hasta allí resultaba a favor que la reiteración de este tipo de acciones no mostraba un aumento en las adhesiones, en particular en el campo militar, y que se estaban aislando cada vez más. Pero el trasvasamiento de las mismas al campo de la política, alentaban futuras acciones con tal de desgastar al gobierno radical.

En enero de 1989 el Movimiento Todos por la Patria (MTP), liderado por el ex ERP Enrique Gorriarán Merlo, se dispone a copar el cuartel del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 del Ejército, invocando que quería detener un nuevo alzamiento carapintada.

En realidad, estaba tratando de abrir una brecha revolucionaria de izquierda de base movimientista, que convocara a la comunidad a una insurrección contra los militares y, también, contra el gobierno incapaz de manejarlos.

La acción militar de copamiento se inicia el 23 y dura hasta el 24. Allí, 70 milicianos del MTP son reducidos por una respuesta desmesurada de las fuerzas de seguridad conducidos por el Ejército, el que se autonomiza incluso de la conducción del presidente durante el primer día de combate.

La presencia personal en el lugar del evento recién le permite a Alfonsín recuperar el control político de la situación; y si bien él resuelve hacerse cargo de la toma de la decisión de reprimir, la información revela que las acciones llevadas por los militares violaron elementales derechos humanos procediendo a fusilar a varios detenidos y a desaparecer a dos militantes del MTP.

Esta acción, que bien pudo haber sido inducida para generar mayor nivel de desestabilización y deterioro del poder político del gobierno, marcó también el retorno del fantasma de la subversión y generó la psicosis de un poder jaqueado por derecha y por izquierda, bloqueado en sus políticas, complicado en el plano económico y debilitado para afrontar el año que se iniciaba, que era bisagra por su componente electoral

Eso fue confirmado por el triunfo del peronismo en las elecciones presidenciales de mayo de 1989 y el advenimiento al gobierno del presidente Carlos Saúl Menem en julio. Ambos resultados fueron una consecuencia lógica de una sumatoria de causas que venían paradójicamente del período anterior a la restauración democrática de 1983.

La hiperinflación de los meses anteriores a la elección de junio arrancaba sus bases en el desastre fiscal heredado por la gestión de la dictadura y su guerra perdida en el sur. De allí también el nivel de endeudamiento del país con una situación dramática por las altísimas tasas de interés internacionales y los bajos precios de las materias primas que la Argentina exportaba.

Todos estos temas conformaban una bomba que la gestión de Alfonsín no pudo desarmar y terminó estallando. El peronismo la amplificó desestabilizando la situación económica y social e impulsando el corte de toda vía de financiamiento para la Argentina a nivel mundial a partir de las gestiones de Domingo Cavallo, quien fuera luego nombrado Canciller del nuevo gobierno.

Para nosotros la llegada de Menem significaba el peor de los retrocesos en la cuestión formal de las causas de los derechos humanos vulnerados por el Proceso. La información que disponíamos se confirmó el 7 de octubre, cuando con un supuesto objetivo de “pacificación y unidad de los argentinos” el presidente anunció que había firmado cuatro decretos indultando a 70 civiles y 220 militares, incluyendo a todos los jefes procesados que no se habían beneficiado por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, a todos los líderes y miembros de grupos guerrilleros y a otras personas acusadas de subversión, además de a todos los participantes de las rebeliones militares de Semana Santa, Monte Caseros y Villa Martelli. Como corolario, también indultó a los comandantes condenados por los delitos cometidos en la Guerra de Malvinas.

Pero semejante nivel de concesiones no logró impedir el cuarto alzamiento contra la democracia, que se produjo el 3 de diciembre de

1990, encabezado por Gustavo Obeid, quien había sido beneficiado por el indulto de Menem pero obedecía las órdenes de Seineldín.

Obeid tomó el Edificio Libertador y sus seguidores hicieron lo propio con el Regimiento 1 de Infantería, la fábrica de tanques Tamse y otras unidades del Ejército. El levantamiento esta vez fue sofocado por el teniente general Martín Bonnet, con más de 10 muertos. Pero lo increíble fue que apenas 26 días más tarde el presidente Carlos Menem anunció seis nuevos decretos de indultos incluyendo esta vez a los comandantes condenados por el Juicio a las Juntas en 1985, a cuya lista se agregó a Ramón Camps, Ovidio Riccheri, Mario Firmenich, Norma Kennedy (procesada por malversación de fondos públicos), Duilio Brunello, José Alfredo Martínez de Hoz (por la participación en el secuestro y torturas de Federico y Miguel Guthein) y Guillermo Suárez Mason. Con estos nuevos indultos se consagraba un absoluto nivel de impunidad, y todas las causas por delitos de lesa humanidad retrocedían a fojas cero.

La continuidad de la lucha

Los familiares de las víctimas desaparecidas y los sobrevivientes del terrorismo de Estado buscamos la forma de reencauzar el tema a través de los caminos que fueran factibles y uno de esos fue presentar nuestras declaraciones ante la Audiencia Nacional de Madrid, en el Juzgado Central de Instrucción N° 5, al que hicimos llegar el testimonio de las denuncias que habíamos realizado en la Argentina.

Así fue que nos juntamos con Patricia Rolli, quien fuera secuestrada el 15 de abril de 1977 junto con su padre en La Plata, y con quien nos habíamos conocido en La Cacha. Ella había conseguido el contacto para hacer las presentaciones y ambos las remitimos en mayo de 1998 con la esperanza de lograr que los criminales de lesa humanidad fueran reclamados desde el exterior. Estábamos solicitando una justicia que se nos negaba en nuestro propio territorio.

Fue en ese mismo año que se pudieron impulsar los llamados “Juicio por la Verdad”, que si bien no tenían efectos penales porque no se podía perseguir penalmente a los responsables de los crímenes de lesa humanidad de la dictadura en virtud de la vigencia de las leyes de Punto Final, Obediencia Debida y a los indultos del presidente Menem, buscaban conocer cuáles fueron las circunstancias de la desaparición y el destino final de tantas personas en la etapa del gobierno de facto.

Se basaba en el “derecho a la verdad” que teníamos todas las víctimas del terrorismo de Estado. En ese juicio declaré el 26 de abril de 2000 en mi calidad de testigo y fui interrogado por el Dr. Leopoldo Schiffrin. Allí pude relatar en detalle todo lo que me había sucedido en La Cacha y, en particular, mencionar a la gente que se encontraba secuestrada en ese lugar.

Fue una extensa declaración por cuanto me hicieron preguntas, además del Dr. Schiffrin, el Fiscal Subrogante ante la Cámara Dr. Carlos Duludun, la señora Defensora Oficial, Dra. María Inés Spinetta, la Dra. Elizabeth Torres (por la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Plata) y la Dra. Sofía Caravelos (por la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos).

Todos sabíamos que en ese momento esas audiencias tenían un carácter más simbólico que efectivo a la hora de proveer justicia, pero el derecho de los familiares a saber la verdad ya de por sí justificaba el esfuerzo que todos hacíamos para que éstas se llevaran a cabo.

La crisis de 2001 y 2002 vació de legitimidad a la mayoría de las instituciones de la República, las que se trataron de recomponer mostrando como que “estaban haciendo los deberes”. Así la llegada al poder en 2003 de Néstor Kirchner, con escaso nivel de votos a favor y la deserción de Carlos Menem de competir en la segunda vuelta, impulsó al nuevo responsable del Poder Ejecutivo a tomar una serie de medidas que aumentaran su prestigio y apoyo popular, como la reconstitución de la Corte Suprema de Justicia de la Nación dejando de lado la Corte adicta que había sido degradada en la gestión del menemismo.

En el mismo sentido debe interpretarse la decisión de impulsar desde el gobierno la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida en agosto del mismo año (que ya había sido propuesta anteriormente en varias oportunidades). Pero allí mismo se planteó si esa anulación resultaba operativa para impulsar los juicios por delitos de lesa humanidad que habían quedado frenados.

La discusión fue saldada por la decisión de la Corte Suprema de la Nación, en junio de 2005, que declaró inconstitucionales ambas leyes y abrió finalmente las puertas para retomar el enjuiciamiento de los responsables del terrorismo de Estado en la Argentina. El mismo Raúl Alfonsín se pronunció a favor de la anulación de dichas leyes explicando que la situación en la que las mismas se habían sancionado estaba superada y que la democracia debía terminar de pagar esa cuenta con la sociedad. Y fue también el máximo tribunal de la justicia argentina el que en julio de 2007 declaró nulos los indultos de Carlos Menem, referidos a perdonar crímenes de lesa humanidad, ratificando la inconstitucionalidad de los mismos que ya había sido sentenciada por distintos juzgados y cámaras de apelaciones.

Los obstáculos finalmente se habían despejado y era hora de avanzar en completar el segundo término del planteo de Verdad, Justicia y Memoria.

Pero siempre cabía la posibilidad de volver a retroceder, y esa fue la intención de quienes en setiembre de 2006 secuestraron nuevamente a Jorge Julio López, que ya había estado desaparecido en la época de la dictadura, y cuyo testimonio como sobreviviente comprometía fuertemente a Miguel Etchecolatz, jefe operativo de la policía de la provincia de Buenos Aires que aparecía como responsable principal del genocidio en ese territorio.

Su ausencia es una baja clave para la democracia porque fueron sus instituciones las que debieron protegerlo de los residuos del fascismo que aún quedaban, y la acción implicó una fuerte intimidación para todos los que veníamos aportando nuestro testimonio en los juicios que se estaban reactivando. Mas no habíamos llegado hasta

la mitad del río para volvernos, así que hicimos de tripa corazón y sumamos a su memoria entre las personas por las cuáles debíamos seguir adelante.

La síntesis de este tramo histórico de avances, retrocesos y nuevos avances en el tema de los derechos humanos en el país podría exponerse en una triple paradoja, a saber. La primera: el que más convicción tuvo y sentó las bases para que el sistema de la democracia existiera desde 1983 en adelante, derogando la autoamnistía de los militares y haciendo juzgar a los comandantes de las tres Juntas, fue el que se vio obligado a retroceder con las leyes de Punto Final y Obediencia Debida para evitar el golpe de Estado o el derramamiento de sangre.

La segunda: el que nada demostró en su vida política de apego al sistema democrático, llevó la situación de los procesamientos por crímenes de lesa humanidad a su peor situación con los indultos, determinó con sus engaños a los sediciosos y sus propias contradicciones, el final del Partido Militar.

La tercera: aquellos a quienes el tema de los Derechos Humanos nunca les había interesado, lo aprovecharon por una necesidad política y abrieron la posibilidad del juzgamiento de los militares represores.

De la Verdad a la Justicia

La utilización de nuestros testimonios en 2010 en los juicios contra Omar Alonso y Juan Carlos Herzberg en sus calidades de apropiador y entregador de la hija de María Elena Corvalán, “La Negra Suárez Néelson” y sus condenas de 10 años de prisión a cada uno, nos permitió abrigar más esperanzas acerca de la utilidad de todo lo hecho hasta entonces.

Al Igual que en la causa Miranda, Isaac Crespín y los avances del proceso de Delitos de Lesa Humanidad ocurridos en La Cacha, donde se confirmaron los procesamientos con prisión preventiva y

embargo por privación ilegal de la libertad agravada en 37 hechos y doblemente agravada en 91 hechos en concurso real con el delito de tormentos, esas acciones encaminaban las cosas en el rumbo correcto de conseguir finalmente la justicia.

Cuando recibí la notificación del Tribunal Oral Federal 6 para declarar el 12 de abril de 2011 a las 12.30 en Comodoro Py por el juicio acerca de la existencia de un Plan Sistemático de Apropiación de Menores, sentí que finalmente podía rendirle tributo a la entereza que la Negra Suárez Nelson había demostrado cuando compartimos cautiverio.

Luego de saludar a Raúl “Lupín” Elizalde, que declaró justo antes que yo, me encaminé a contar lo que podía aportar acerca de esta mujer embarazada a la que le habían primero robado su bebé y luego su propia vida. Aporté todos los detalles que pudieran ser contrastados y también que fueran útiles para demostrar que los represores tenían armado un plan para los casos de las embarazadas, razón por la que las cuidaban como si fueran vientres alquilados.

Cuando bajé en el ascensor de ese edificio emblemático de la justicia argentina empecé a convencerme que los ocho represores imputados en esa causa tendrían seguramente la condena merecida, y así fue.

El 19 de febrero de 2014 caminamos por la rambla de 51 con Victoria, Florencia, Agustina y Pilar, mis cuatro hijas, y con Mariana, mi mujer, a dar mi testimonio ante el Tribunal Oral Criminal Federal N° 1 de La Plata en el juicio de La Cacha. Todas ellas me habían bancado durante décadas y yo quería que estuvieran conmigo en ese momento, uno de los más importantes de tantos años de lucha.

La calle 4 estaba cortada entre 51 y 53. De un lado accedía el público y, del otro, los imputados y las fuerzas de seguridad. Cuando nos acreditamos sufrimos un poco porque Pilar, que en ese momento tenía 13 años, no pudo entrar al ser menor de 16. Hubo que acercarla a la casa de la abuela para que no nos tuviera que esperar allí afuera.

Nuestras tiras celestes adheridas a la muñeca nos daban el derecho de poder estar dentro del teatro que tenía la DAIA (donde se

llevaba a cabo el acto), al igual que las rosas, que se las ponían a los familiares de los imputados y que se encontraban separados en otro lugar del teatro, como si fueran dos hinchadas de fútbol.

Cuando me senté, y antes que el fiscal comenzara con las preguntas, me detuve a pensar en todos aquellos que no estaban. Por ellos estábamos allí, pero también por mis hijas y mis convicciones acerca de la paz y el Estado de Derecho. Nos merecíamos una sociedad mejor, y la única forma de hacerlo era logrando que la justicia fuera igual para todos.

Mientras los miembros del Tribunal tomaban sus lugares miré al corralito de rejas donde estaban los imputados, entre ellos Etchecolatz. Pensé para mis adentros cómo debían sentirse esos tipos bajo la mirada de los jueces, siendo que ellos decían que sólo debían rendirle cuentas a Dios, según sus creencias “occidentales y cristianas”.

Esa sensación de dulce revancha me pareció irrefrenable (y lógica, además). Mientras, a través de la figura de estos victimarios, volví a recordar a todos los ausentes y los ojos se me pusieron como de cristal y me tuve que concentrar para no dejar caer una lágrima por la terrible emoción que me embargaba.

La declaración fue de las más extensas que yo hubiera hecho en juicios porque fueron muchos los que preguntaron acerca de detalles que les interesaban para sus defendidos o las partes querellantes.

Cuando terminé me ofrecieron decir unas palabras finales, así que improvisé un párrafo en el que manifesté: “Hoy estamos aquí porque nuestra Nación perdió el destino de la civilización. Y eso es así en la medida que no entendimos que la base y la estructura de la Nación está en función del respeto de su marco jurídico y del Estado de Derecho. Por eso les agradezco a todos, absolutamente a todos, esta posibilidad de testimoniar que para mí es una obligación, en particular para quienes hoy no están y no tuvieron la misma suerte que yo. Muchas gracias”.

El 24 de octubre de 2014, 37 años después de la ocurrencia de la mayoría de los hechos, el Tribunal Oral Criminal Federal 1 de La Pla-

ta dictó la sentencia condenatoria a la pena de prisión perpetua a 15 de los 21 represores acusados de crímenes de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura en el centro clandestino de detención denominado La Cacha, ubicado en Lisandro Olmos, La Plata.

Los jueces Carlos Rozansky, Pablo Vega y Pablo Jantus impusieron además 13 años de prisión a tres integrantes del Destacamento de Inteligencia 101 del Ejército y 12 años de prisión al militar retirado de la Armada Juan Carlos Herzberg, y absolvieron al ex militar Luis Perea, en un fallo impecable que coronó un proceso inobjetable.

Pero los violentos tenían que dar la nota. Miguel Etchecolatz, cuando se leía la sentencia, mostró un papelito que los que estábamos cerca pudimos ver que decía “Jorge Julio López. Secuestrar”, en franco tono de provocación, lo que motivó la inmediata acción del presidente del Tribunal.

La respuesta del represor fue insultar a los presentes mirando en forma desafiante al público, tratando de irritar. El “Oso” Acuña, aquel que nos pateaba cuando estábamos durmiendo amarrados a las esposas en el suelo de La Cacha, tuvo una crisis nerviosa y profirió todos los insultos imaginables, olvidándose que ya no estaba en aquel lugar donde él era el dueño del destino de todos. Un grupo de guardiacárceles los sentaron y los cercaron dentro del corralito de los imputados.

Cuando la lectura de la sentencia terminó, un cerrado aplauso envolvió todo el recinto del teatro. Nuestras muestras de alegría eran incontenibles. En medio de esa muchedumbre que festejaba el fin de la impunidad, me abracé con Mariano Slutzky, hijo de Samuel, que estuviera detenido conmigo. La búsqueda de su padre nos había encontrado 20 años antes, y ahora veíamos cómo sus torturadores eran retirados esposados. En el caso del Oso Acuña, a la rastra, porque estaba en una situación casi de locura.

Todavía nos quedaba un prófugo que faltó a la cita de este juicio que estaba terminando: Aníbal Gauto, que se refugió en Israel adoptando esa ciudadanía para burlar a quienes lo están esperando para

juzgarlo por su presunta participación en el terrorismo de Estado como personal de inteligencia de las fuerzas de seguridad.

Esa tarde los argentinos habíamos logrado recuperar el sentido de las tres palabras por las cuales siempre luchamos. La Memoria, que la mantuvimos porque grabamos con sentimientos muy profundos cada hecho ocurrido en esos años crueles. La Verdad, que resultó imprescindible para mantener la luz encendida y la esperanza de aquellos que esperaban una respuesta. Y la Justicia, como máxima expresión del Estado, castigando a los responsables de los crímenes. Finalmente podíamos decirles a aquellos que no estaban, que habíamos cumplido.

Hoy, 8 de julio de 2018, termino de escribir este libro. Se cumplen 41 años de mi retorno en libertad al centro de estudiantes. Por esa razón, a las 21, hice algo que durante todo este tiempo no había hecho nunca. Volver a esa misma esquina, más precisamente al N° 398 de la calle 50, donde comenzó esta historia.

Me quedé parado mirando hacia arriba los balcones que lucen como entonces. Y me pregunté por qué guardé todo este tiempo esta historia si reconstruirla me hizo tanto bien, ya que fue como encontrarme con aquellos compañeros de lucha y de resistencia con los que intentamos cambiar una sociedad injusta.

Me sorprendió que cuando la fui escribiendo se me aparecieron los recuerdos con una gran fidelidad, como si fuera ayer que los hechos hubieran sucedido. Creo que porque estaban guardados con afectos y sentimientos muy fuertes. Era imposible que se borrarán.

En este texto busqué una síntesis entre la narración, la poesía, el periodismo y la política. Para hacerlo utilicé una sola amalgama: la pasión, el hilo conductor de toda la historia que aquí se desarrolla.

En ella está impresa la subjetividad de quien cuenta su propia verdad sin modificar hechos ni personas. Nada de lo que aquí se comparte es de ficción, aunque cueste creerlo; y los equívocos en los que pudiera haberse incurrido son sólo el producto del error propio de cualquier humano y de esa pasión que mencionara antes.

Los hechos que le dan origen a este libro son el testimonio de cómo -desde una pequeña ciudad un conjunto de personas con ideas y convicciones, alejado de los centros informativos del país, fue capaz de enfrentar con dignidad la peor tragedia de los argentinos y la forma en que ese torbellino de locura fue cubriendo todo el territorio nacional.

Está claro que los seres humanos pueden ordenarse de muchas formas, pero hay una que nos caracteriza fácilmente. Están las personas que tienden a callarse ante las adversidades y no hacer nada, y están aquellas que no pueden callarse aunque eso implique riesgos increíbles y generen acciones en consecuencia.

Éstos son los valientes. Que no son violentos, sino profundamente pacíficos. Que ponen su energía para cambiar aquellas cosas con las que no están de acuerdo. Fernando Volonté era una de esas personas y dio todo lo que él tenía para llevarlo a cabo.

Quizás muchos podrán decirnos que nuestra resistencia no provocó la gran revolución y tendrán razón. Pero debemos decirles que si con tan poco (y siendo tan pocos) pudimos dar esta batalla para ayudar a recuperar la democracia sin nunca dejar de creer en ella, ¡qué queda entonces para aquellos que pueden más y tienen los recursos para hacer cosas trascendentes!

Si todos damos esas batallas pequeñas que están a nuestro alcance con el convencimiento de vencer, ¿acaso la suma de muchos no provocaría un cambio sustancial, transformando el paisaje de las frustraciones que sufrimos todos los días? ¿Qué ocurriría si todos los argentinos cumpliéramos las normas y las leyes y viviéramos siempre bajo el imperio del Estado de Derecho? Seguramente nos asombraríamos de cómo rápidamente superaríamos la infelicidad cotidiana con resultados increíbles.

Este es el mensaje final. Todos vamos a morir algún día. Algunos serán recordados por sus grandes logros y otros, tal vez, no sean recordados por nada trascendente. Pero vale la pena preguntarse: ¿cómo nos gustaría que nos recuerden? Soy de los que creen que deberíamos tratar de ser recordados por entregar cada momento de nuestras vidas para construir un mundo mejor a quienes tal vez, algún día, se enteren que existimos.

Esta edición de 500 ejemplares
se terminó de imprimir en Impresiones Centro,
Bolívar, Prov. de Buenos Aires, Argentina,
en el mes de diciembre de 2018.



La Cacha, memorias de una época refleja las vicisitudes de un grupo pequeño de personas que, desde un pueblo de provincia, decidieron enfrentar a la dictadura mucho antes que ésta asumiera el poder blandiendo como única arma la palabra escrita a través del periódico “El Argentino” de Saladillo. Devenido el golpe de Estado debieron afrontar las consecuencias de persistir en una resistencia basada en fuertes convicciones democráticas, al punto de poner en riesgo sus propias vidas.

Nos muestra una parte de la historia argentina dominada por la idea de que el fin justificaba la violencia, desde un punto de vista singular y refleja detalles conmovedores de la vida en cautiverio como nunca antes se habían contado.

El libro desarrolla en forma paralela el relato que describe la supervivencia por un lado y por otro, el contexto histórico previo y posterior al golpe del 76 así como los avances y retrocesos en la política de derechos humanos. Finalmente las historias se cruzan logrando una conjunción de sentimientos y vivencias con una base de contenidos histórico filosóficos que sintetizan una tragedia que los argentinos no deberíamos olvidar.

